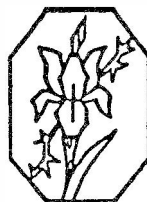


COOPERADORES
“VIVID LO QUE SOIS”

VICENTE GARRIDO PASTOR

COOPERADORES
“VIVID LO QUE SOIS”



VALENCIA

1999

© Instituto Secular Obreras de la Cruz, Valencia, 1999

Depósito legal: V. 120 - 2000

Artes Gráficas Soler, S. L.
La Olivereta, 28 - 46018 Valencia

PRESENTACIÓN

ESTA sencilla publicación recoge todo lo que el Siervo de Dios, Vicente Garrido Pastor, el Padre, habló a los miembros Cooperadores del *Instituto Secular Obreras de la Cruz*, en alocuciones, retiros y ejercicios espirituales, desde que fundó esta Rama de Mujeres, en 1972, y de Hombres, en 1974, hasta su fallecimiento, en 1975.

Nuestro principal objetivo es poner a disposición de todos los miembros Cooperadores, la doctrina del Fundador, sus orientaciones, sabios consejos y, en definitiva, el espíritu que él deseaba ardientemente inculcar y transmitir.

Fue mucho el empeño, el interés y el esfuerzo que puso en esta empresa, y grande la ilusión y la esperanza que depositó en estos nuevos miembros del Instituto. Decía con frecuencia: “Yo espero mucho de los Cooperadores”.

Consideramos justo que sus destinatarios de entonces y, sobre todo, los de ahora, que no han tenido la suerte de recibir directamente sus enseñanzas, puedan enriquecerse con estos contenidos.

Esperamos que la lectura asidua de estas páginas les ilumine a todos para responder con fidelidad a su propio perfeccionamiento y a su misión en el mundo, principalmente en el campo del apostolado familiar, social y eclesial.

NOTA:

En esta edición, se ha seguido el criterio cronológico. Se ha procurado respetar textos y expresiones espontáneas, con el fin de ofrecerlos con la máxima fidelidad y corrección posibles, habiéndose suprimido lo que estaba incompleto.

**BREVE RESUMEN HISTÓRICO DE LA RAMA
DE MIEMBROS COOPERADORES
DEL INSTITUTO SECULAR
OBRERAS DE LA CRUZ**

Los Miembros Cooperadores del Instituto iniciaron su andadura el día 3 de marzo de 1972, cuando un grupo de veintitrés mujeres emitieron la "Promesa de Fidelidad", en Moncada, casa de la Madre de Dios. Fue al terminar unos ejercicios espirituales, dirigidos por el Padre, con esta finalidad.

Con anterioridad, el Padre había dado a conocer éste su proyecto, a las Obreras, en el Capítulo General Ordinario, diciembre de 1971. Era la novedad más importante de las nuevas Constituciones presentadas para la aprobación pontificia del Instituto en junio de este año.

En síntesis, lo que caracteriza a un miembro cooperador es:

- Ser persona de probada fe, vida moral sana, y fidelidad a la Iglesia.
- Intensa espiritualidad, concretada en actos de piedad propios.
- Un compromiso apostólico, que ante todo consiste en la ejemplaridad de vida, encaminada a recristianizar las familias, y la colaboración en el apostolado del Instituto.

El grupo de mujeres fue creciendo de forma progresiva. En el curso 1972-73 comenzaron las

reuniones formativas; retiros mensuales, en los distintos lugares donde había grupos; retiros generales en Moncada y Torres-Torres. También ejercicios espirituales, que dirigía el Padre.

En mayo de 1974 se organiza la rama masculina de los Miembros Cooperadores, de forma similar a la de las mujeres. Y así quedan establecidos, junto con los de éstas, grupos de hombres, matrimonios, jóvenes y sacerdotes.

En abril de 1975, después del fallecimiento del Padre, los Cooperadores se sintieron más responsables y motivados a seguir su obra, siendo fieles a su doctrina y a los planes que él tenía sobre ellos.

Sucesivamente, se redactó el Reglamento ampliado, inspirado en las Constituciones de las Obreras, y se hizo el "Oracional". Empezó a funcionar la Comisión Directiva. Se diseñó y se les entregó la medalla. Cada curso se preparaba el programa de actividades. Se fueron celebrando cursillos de Navidad, reuniones de encargados de grupo y de Obreras que trabajaban con los Cooperadores, convivencias para jóvenes y adolescentes, etc.

Desde el año 1972 reciben, periódicamente, el Boletín de Información. Y en 1996 se celebró la I Asamblea General.

En la actualidad hay Miembros Cooperadores en España, Holanda y Chile. Y tienen asignado por el Instituto el proyecto misionero de la Casa "Medio Camino", en Santa Cruz, Bolivia, dedicada a la promoción de jóvenes nativas.

AÑO 1972

EJERCICIOS PARA COOPERADORAS

Moncada
Febrero-Marzo

PLAN DE VIDA

EN el pasado mes de Enero se celebró el Capítulo General de las Obreras de la Cruz –que todavía no se ha cerrado–, para estudiar, repasar, las nuevas Constituciones del Instituto, aprobadas ya por el Santo Padre. Y, a la vez, llega, juntamente con estas Constituciones, el Directorio y un Reglamento que dan normas para la vida y actuación de las Obreras, en sus distintos grados.

Siempre pensé que llegaría un día, aunque yo no me atrevía francamente a dar ese paso, en que se ensancharía el Instituto... Y por fin, esto se ha presentado y se ha logrado. En resumen: que las nuevas Constituciones han entrado ya en vigor y se han hecho efectivas.

En ellas se establecen tres clases de miembros, o de Obreras. Unas, diríamos, en primer lugar, que son las que están a disposición del Instituto completamente: las Internas; las que veis que viven en los Cenáculos, en las Casas, las que llevan todo..., y el gobierno del Instituto. Están ligadas por sus votos. Estos votos tienen una dimensión propia, característica de estos Institutos. Las que vienen después, son Obreras que no están a disposición del Instituto en su totalidad, sino en aquello que pueden; en tiempo, en persona...; son las Externas, que viven en sus casas, habitualmente, fuera de los Cenáculos, ocupadas en sus

trabajos, sus quehaceres, sus empleos. Y están atadas, también, al Instituto, por los votos, por los tres votos, que tienen una dimensión distinta a los de las Internas. El de la castidad, es igual para todas. El de la obediencia, es distinto, porque ya viven en sus casas y solamente en aquellas cosas que ellas puedan cumplir y puedan hacer, se les puede ordenar. El de la pobreza, es muy relativo, es distinto. Las Obreras Internas, en cuanto a pobreza, tienen sus manos libres, también; es amplio. Estos Institutos son de una flexibilidad grande: son, diríamos, el paso avanzado de la Iglesia, la vanguardia de la Iglesia. Puede una Obrera Interna, después de sus votos –voto de pobreza–, puede disponer de todos sus bienes, los que tenga ella; es dueña de sus cosas. De lo único que no puede disponer, es de lo que ella gane o produzca como Obrera. Lo demás, lo suyo, lo que le den, lo que le venga, eso es suyo; puede disponer como ella quiera. No se le pide nada más que su trabajo y el fruto de su trabajo.

Estos dos grados, son Obreras de la Cruz en sentido estricto. Por eso están ligadas por los votos, y lo que les hace Obreras, son los votos; de tal manera que si no hicieran los votos, dejarían de ser Obreras. Lo que les vincula, son los votos.

Ahora viene, en tercer lugar, esto que es lo nuevo. En estas nuevas Constituciones ya aparece otro grado, otra forma de Obrera, que es más amplia, sin votos. En vez de votos, se hace una *promesa de fidelidad*. Por tanto, ya es compatible la razón de Obrera de la Cruz llamada Cooperadora, o Cooperadores si fuesen hombres –en su día lo serán–, es compatible con el estado del matrimonio, porque no exige votos.

He ahí la amplitud nueva que el Instituto tiene, para poder ya recibir aspirantes que tengan las condiciones que exigen desde Roma, con esta reglamentación. Por tanto, pueden pertenecer las mujeres casadas o solteras y las aspirantes al matrimonio. Y en cuanto a los hombres, exac-

tamente igual. Y esto es un resumen del Reglamento. Pueden pertenecer o pedirlo, que hay que pedirlo, todas aquellas personas, no dice ni mujer ni hombre, que lo deseen, que quieran vivir el espíritu del Instituto, y actuar según el apostolado propio del Instituto.

Promesa de fidelidad, eso es lo que les ata. La promesa de fidelidad ya está redactada. Es promesa de fidelidad a la Iglesia y al espíritu del Instituto. Y esta promesa se ha de renovar tres veces al año, que son tres fiestas dedicadas a la Virgen: el 25 de Marzo, que es la Encarnación, cuando la Virgen se constituye Madre de Dios..., la maternidad de la Virgen, como Madre de Dios; el 8 de Diciembre, que es la Purísima Concepción; y el 15 de Septiembre, que es la fiesta de la Santísima Virgen de los Dolores, Patrona del Instituto. En estas tres fechas, las Obreras de la Cruz Cooperadoras han de renovar la promesa de fidelidad, que es lo que las ata. Claro que si pasara alguna fecha sin acordarse, que creo que no, no pasa nada; luego, se hace.¹

Para ser admitidas, ¿qué *condiciones* se piden? Primero: que sean personas de probada fe –luego os diré un poco–, de probada fe; que tengan vida moral sana, es decir, que no tengan una vida moral, como ya me entendéis, de mala referencia, de mal nombre, en fin, de desprestigio...; una vida moral sana. Es una mujer honrada, es un hombre honrado...

Segundo: que sean fieles a la Santa Iglesia; que vivan su cristianismo.

Tercero: que tengan –fijaos bien– un mínimo de posibilidades para cumplir las obligaciones del Instituto. Un mínimo de posibilidades; no dice un máximo de posibilidades, para que lo pueda cumplir, no, sino un mínimo de posibilidades. Este mínimo es lo menos que se puede pedir, y lo menos que se puede exigir. Es decir: del mínimo a nada

¹ Actualmente sólo se renueva la Promesa el 15 de Septiembre.

no hay más que un paso. Y si dijera: pues no hay nada, nada que facilite el poder cumplir, pues entonces no puede. Con que tenga un mínimo, basta.

Obligaciones. En cuanto a la vida propia: ejemplaridad de vida. El ejemplo enseña. El ejemplo canta, el ejemplo educa, el ejemplo arrastra, el ejemplo es el apóstol, más que la palabra. Ejemplaridad de vida. Con esto no os imaginéis que se pide una santa... Ojalá.

Vida de piedad adaptada a sus condiciones personales y familiares. Piedad, que es la devoción acentuada. Ahora, esa piedad, ¿cómo se pide? ¿A todos por igual? No. Sino que sea una piedad adaptada a las condiciones personales. Por ejemplo: la piedad lleva consigo o requiere la oración. ¿Todas las personas pueden hacer su rato de oración? Sí. ¿Dónde? Ahí está: adaptada a sus condiciones personales y condiciones familiares. Si la familia, por ejemplo, no le permite el hacer tal y tal acto de piedad, que esté tranquila. Tiene que adaptarse a las condiciones familiares.

Ejercicios espirituales anuales. Todos los años deben hacer ejercicios espirituales. Bien aquí, allá, más allá, donde sea, como sea, pero se han de hacer... Obligación de practicar ejercicios espirituales, por el magnetófono, reunidas aquí, en otra parte, no importa.

Retiros mensuales. Todos los meses, el retiro espiritual. ¿Dónde? Donde sea. Particularmente, una se lo puede hacer, como las Obreras; por ejemplo: de cara al crucifijo, de cara al libro, te pasas unos cuantos ratos... Y vas repasando la doctrina del Señor, tus deberes, tus obligaciones, lo que puedes hacer, lo que debes hacer.

Y reuniones que se organicen para los miembros Cooperadores... Pero si una vez no puede ir, no pasa nada, ni dos tampoco. Pero si habitualmente no puede ir, ninguna vez, entonces, debe suplirse de alguna forma... Es decir, todo esto va a perfeccionar a la persona. En las reuniones habéis de tener vuestros modos, vuestros puntos de vista, hablar, intercambiar vuestras cosas, en fin, reanimaros, a

la vez, y abriros camino; apoyaros, como verdaderas hermanas, en el sentido apostólico y de caridad.

Prácticas de piedad –fijaos en esto–, dice *recomendadas*, no obligatorias. Se recomiendan estas prácticas de piedad: santa Misa, el Rosario, la oración mental, rezo de los Dolores de la Virgen... En fin, es facilísimo todo. Práctica de los siete primeros viernes a la Santísima Virgen, que son los antecedentes a la fiesta de la Virgen, en Septiembre. Que se puede hacer, bien. Vuelvo a repetiros: son prácticas recomendadas. Si uno no lo hace, no pasa nada. Y el Septenario antes de su fiesta, 15 de Septiembre, que se hace aquí solemne, y en todos los Cenáculos. Particularmente, una se lo puede hacer.

Apostolado. En cuanto al apostolado: colaborar; como nosotros colaboramos con la obra de la Redención del Señor. ¿Cómo? ¿Con qué medios? Primero: con el ejemplo de una vida cristiana. Es una madre cristiana, es una esposa cristiana, y su colaboración ha de ser el ejemplo de su vida. Segundo: van a colaborar en el apostolado realizado por las Casas-Cenáculos o Grupos... Cada una sabrá a qué Cenáculo pertenece, o a qué Grupo. Y entonces, ella colabora, ayuda...

Cooperar también en el campo familiar. ¿De qué manera? Recristianizando los hogares. Es decir: hay que meterse en los hogares, para recristianizar... Esto es una faceta en el campo de apostolado, el familiar, el de los hogares, que es muy difícil...

Campo específico de apostolado. Lo que le especifica, quiere decir lo que caracteriza al Instituto en su apostolado es: promocionar cristiana y socialmente, sin distinción de sexos, principalmente, a la juventud y, en especial, a la clase obrera. De modo que el Instituto tiene el fin característico que lo constituye... Lo específico es el fin siguiente: Apostolado Social Obrero...; la clase media. No se rechaza a nadie, pero entra la clase media, la clase menos media, la clase pobre, la clase trabajadora, la clase que vive del jor-

nal, es decir, de su trabajo. Eso es un campo inmenso de apostolado; sin desecher a la clase privilegiada, que no se desecha a nadie, pero lo específico es eso: la masa, que es donde está todo el mundo, donde se pierden las almas, donde se hace la revolución, donde se pervierte todo, en esa gran masa...

Pero vamos a trabajar, y os advierto que da gusto trabajar con esa gente... Trabajar con esa masa, da gusto. Por lo menos, es la que más sufre, más padece...

Además de este fin, abarca muchísimos fines complementarios, que no están aquí; esto está en las Constituciones. Fines complementarios: casas de ejercicios, casas de retiro, residencias, talleres, fábricas, en fin, puntos de formación de la mujer, de toda clase. Abarca todo. Son fines complementarios...

Y últimamente, en cuanto al punto económico, que es siempre el punto flaco, el Reglamento dice lo siguiente: no se exige ninguna cantidad..., sólo lo que cada uno quiera aportar, libremente. Y si su situación económica se lo permite. De modo que ya más no se puede apurar. Ahora: esto, ¿para qué? ¿Para ayudar al Instituto? Sí, pero en mi resolución, no. Es para que, una vez constituida esta Rama de Cooperadores, formen como una especie de caja para gastos que puedan tener, que no han de ser muchos; es en lo que es relativo al apostolado; en lo relativo a lo que se pueda gastar, porque pienso que tengáis un boletín, como lo tienen las Obreras... Y cosas de esas, que pueda haber.

Todo lo que haya de aportación, ha de ser consumido y gastado en vosotras mismas, bien en la ayuda mutua, en una necesidad, en lo que sea; porque habéis de tener ese espíritu, porque ése es el espíritu de la Obrera. Que cuando ve a una necesitada, el Instituto se lanza, rápidamente, adonde sea... Se ayuda todo lo que sea. Por tanto, en lo económico, ya lo sabéis: nada se exige. Si algo alguien da, será libremente, y porque pueda darlo, que se lo permita su situación... La providencia de Dios ya trae las cosas.

Y nada más. Esto es el completo ya, de lo referente a las Obreras de la Cruz Cooperadoras. Obligación en cuanto a la piedad, está explicado. Obligación en cuanto al apostolado, cómo tiene que actuar. Sobre todo, vivir el espíritu de Obrera, vivir el espíritu de Dios, vivir eso. Que una vez se vive, pues, uno ya se lanza. Otras cosas en que haya alguna dificultad, se pueden preguntar y se resolverán.

Espero que la Virgen, como a nosotros, y a todas sus Obreras, os cubra con su manto, os guíe, os fortalezca. Y con ella, nunca temáis nada. Porque no sé qué tiene, no sé qué tiene, que resuelve las cosas sin saber cómo se resuelven.

Mirad: todas las cosas grandes que nos han venido, han sido en viernes; todas. En viernes, llegaba el hierro para esta casa, tantísimas toneladas, que no tenía nadie en absoluto. En viernes también –el día 12 de Junio, que eran, ese año de 1971, mis Bodas de Oro sacerdotales, y allá en Santa María del Monte, Torres-Torres, celebré la Misa, a las 12 de la noche–, llegaba a mis manos el escrito de aprobación del Papa, del Instituto, con sus nuevas Constituciones. Era viernes. Y esa misma noche, viernes, llegaba también a mis manos el nombramiento, que lo concedió el Papa, benigneamente, en mi favor, de Prelado de Honor de Su Santidad. Todo llegaba en viernes.

Y si fuéramos repasando, es una cosa que cuando mira uno a la Virgen, no sabe qué decirle, más que en sus manos está esta Obra suya, y ella la tiene que llevar adelante. Si, pues, ahora, por ese favor divino, y por esa llamada maternal, se ha acercado a vosotras, las que seáis, no importa, que sepáis abrir vuestro corazón, y mirarla de fijo, para decirle: ¡Madre!, aquí tienes una nueva Obrera Cooperadora.

ESTADO DE PERFECCIÓN

UNA vez dijo Jesús estas palabras: Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. No dijo: conviene que seáis, podéis serlo; sino sed, que es un mandato, sed perfectos. Haced esto. Es un imperativo, es mandato.

¿Quién es perfecto? Llamamos una cosa perfecta cuando es completa, cuando nada le falta en su razón de ser. Una mesa, si le falta algo en razón de mesa, no es perfecta. Si todo es completo, diríamos que una mesa es perfecta.

En nuestra vida de seguimiento de Jesús, ¿todos los que le siguen, le siguen en igual grado de perfección? No. Vamos a establecer, brevemente, unos grados.

El estado de gracia nos hace hijos de Dios, nos hace vivir la vida de Dios. En este sentido, nuestra vida es perfecta, está divinizada, está en el interior. Esta gracia aumenta, aumenta; cuanto más aumenta, más perfección da, porque más vida de Dios nos da. Así que, los santos en el cielo, las almas en el cielo, todas ven a Dios, pero no todas ven a Dios en el mismo grado, porque para ver a Dios y gozar de Dios, necesitan la gracia. Cuanta más gracia tienen, más ven a Dios, más llegan a comprender, de alguna manera, a gozar de Dios. Es que uno que se pone unas lentes, según la intensidad de estas lentes, verá la distancia; cuanto más potentes son, a más distancia ve. Supongamos

varios que tienen unas lentes. El mínimo de ellas, en graduación, llega a ver el objeto. Todos ven el objeto; el que más graduación tiene, ve más; el que lo supera, ve más; y así, gradualmente.

La gracia tiene su aumento. Ese aumento de gracia da un aumento de perfección. Esto, en cuanto al interior, que no se ve; sólo Dios lo sabe. En cuanto al exterior, tiene sus grados, que se conoce por los grados de intensidad de vida en la imitación del Señor. La imitación de Dios nuestro Señor en nosotros, no consiste en otra cosa sino en asemejarnos a él; en el modo de hablar, de actuar, de vivir; conformar nuestra vida con él, de tal manera que lleguemos a ser otro Cristo, una reproducción de él.

Los santos se esforzaron en ser unos imitadores de Jesucristo. Así dice san Pablo, en una de sus cartas: Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo. ¿En qué imitamos al Señor? En todo lo bueno; por tanto, se rechaza lo malo. Si imitamos al Señor en la virtud, que otra cosa no encontraremos en él, nuestra perfección crecerá según crezca la virtud: más paciencia, más honestidad, más sinceridad, más justicia, más amor, más caridad, más sacrificio, más amor a la cruz, más amor a Dios, más entrega... Ese más va marcando el grado de perfección de nuestra vida.

Todo esto excluye en nosotros lo que la pudiera impedir de raíz, que es el pecado grave. Donde hay pecado grave, ¿qué perfección va a haber si está muerta el alma? Ha de estar viva. El pecado venial, ¿quita perfección? Sí. Pero notemos que hay pecado venial subjetivamente y objetivamente. Es decir: que hay cosas que son pecado venial voluntariamente y, entonces, son por el objeto, pecado venial, y por la voluntad que lo quiere, también; es responsable.

Hay pecados veniales que en sí, subjetivamente, no lo son, porque no se quieren, son involuntarios; no obstante, la falta o la cosa que se comete, es un pecado venial. Por ejemplo, a uno que se le escapa una mentira, sin darse

cuenta; es un pecado venial aquello, pero no se le imputa, es decir, no se le atribuye, porque no es voluntario. Un enfado, un destemple que sale natural de la persona, en un momento, o por estado nervioso o demás, es simplemente una imperfección; no es pecado, no hay voluntad.

Porque para que haya pecado se necesita que haya voluntad. No basta el acto exterior; el acto exterior no dice nada, ni en la virtud ni en el pecado. Lo que cuenta es la voluntad, en la virtud y en el pecado. En un acto externo, por pecaminoso que fuese, si no hay voluntad, no hay pecado. En un acto exterior, por bueno que sea, si no hay voluntad, no hay nada. Lo que les da, pues, el ser, es la voluntad, es la intención.

Según, pues, sea la intención nuestra, sea el grado de intensidad en nuestra voluntad, en las cosas, ahí habremos de buscar el grado de perfección. Cuando, pues, una persona llega en una intensidad interior de querer, en una de las virtudes, en una entrega, por ejemplo, en un amor, en una acción, en un trabajo, en un sacrificio, en un algo, y en una voluntad tan entera, que es total, está tocando el grado de perfección mayor al cual pueda llegar en ese momento.

Los actos, pues, veniales, pecados veniales voluntarios, quitan perfección, no la quitan de raíz; quitan parte de perfección. ¿Puede una persona llegar a no tener pecados, ni veniales? Sí; si habitualmente vive con una rectitud de intención, de voluntad y de todo, de tal manera que rechaza todo aquello que puede ser ofensa del Señor, grave o pequeña, o como sea, que no quiera más que agradar al Señor, siempre vive en un estado de reconciliación, de amistad, de amor, en un estado de equilibrio, de perfección.

¿Puede aumentar ésta? Sí. ¿Cuándo? Además del pecado grave, o pecado venial, hay actos que son indiferentes; por ejemplo, dar un paseo, hablar, estar un rato con aquella persona, leer...; actos que se llaman indiferentes, que no

son ni buenos ni malos; sino que son buenos o malos, según la intención. Así, si uno va a visitar a aquella persona; visitar a una persona, no es ni bueno ni malo; si va a visitar con intención mala, el acto es malo; si va a visitarla con intención buena, de socorrerla o de consolarla, el acto es bueno.

Bien. Hay, pues, actos indiferentes que son buenos y que producen como cierta satisfacción. ¿Puede uno privarse de esos actos que producen cierta satisfacción? ¿Y qué ocurriría? Pues que haría un acto de mortificación, porque se privaría de aquello que le gusta, siendo bueno. Entonces, ¿daría una meta de más perfección? Evidentemente, porque la mortificación nos prepara a más perfección.

La mortificación tiene un oficio muy hermoso. Mortificar quiere decir como matar en nosotros, no aquello que es malo, porque lo malo yo diría que no se mortifica, porque eso se tira...; mortificamos aquello que no es malo, aquello que nos agrada de alguna manera, que nos satisface, pero nos privamos de aquello, eso se llama mortificación. Así, aguantamos a una persona, también, que habla, habla, habla... Y su habla nos está fastidiando un poco, y estamos aguantando aquello por amor de Dios; nos está perfeccionando. O quisiéramos hablar, y responderíamos, y diríamos tal cosa, y no lo hago por amor de Dios; y me callo, me sacrifico. O tomaría aquella cosa, y ahora no la tomo, me mortifico. La mortificación es un elemento esencial, necesario, para progresar en la perfección. Por tanto, la mortificación significa llevarnos la contraria en aquellas cosas que son de nuestro agrado, o en aquellas cosas que siendo de nuestro agrado, nosotros las aguantamos, sufrimos, superamos, ¿por qué? Por el amor de Dios, por imitación de Jesucristo; como él, dice san Pablo, nos aguantó, nos cargó sobre él, nos sufrió, para ofrecernos a su Eterno Padre.

Por eso, la mortificación tiene un papel importantísimo, que es conciliar voluntades; que es neutralizar, mu-

chas veces, ese desequilibrio de la vida; que es impulsarnos a hacer aquello que conviene o debemos hacer, pero no tenemos ganas de hacer. Yo, como a vosotras os habrá ocurrido muchas veces, cuántas veces no hablaría y, no obstante, debo hablar, o conviene que hable; y aun esforzándome, pues, hablo. Cuántas veces vosotras tendríais ganas de contestar a aquella persona y decirle cuatro cosas, y no las decís. Y las podéis decir, porque tenéis derecho; no obstante, no las decís. Esto es la mortificación cristiana, elemento indispensable para adelantar en la perfección. Por eso, la persona que va por este camino de perfección, fijaos y veréis cómo es tan señora de sí, cómo domina la situación propia, o por lo menos, tiende a dominarla, cómo no disparata, de qué manera se supera en las cosas, cómo la veis sonriente, alegre... Hay algo ahí; ¿creéis que no batalla? Sí. Pero cuando una cosa vosotras la contempláis perfecta, qué hermosa es.

Ocorre aquí algo que tiene importancia: la mortificación es necesaria para la perfección cristiana, porque ayuda a practicar las virtudes. Porque nadie tendrá virtud, ni menos en grado que pueda aspirar alto, si no es a base de mortificación, nadie. Y si oís lo contrario, no es verdad lo que dicen; lo dirán, quizá, por ignorancia. ¿Creéis que uno va a ser paciente, si no se mortifica? Imposible. Porque uno no se hace paciente, lo tienen que hacer. Y lo tienen que hacer los demás, con las molestias. Y entonces, las tiene que aguantar. Como Job se hizo paciente.

¿Creéis que uno va a guardar la castidad cristiana, si no se vence, si no lucha? Imposible. ¿Creéis que una persona va a tener caridad, según la medida de la caridad que nos aconseja el Señor: amarás a tu prójimo como a ti mismo, si no se desprende, si no se mortifica, desprendiéndose de sí y de aquellas cosas que el Señor le pide, o que por caridad y por justicia debe hacerlo? No, no puede ser, es imposible.

Mas ¿creéis, concretando, que sin esta mortificación podría haber ningún matrimonio que viviese en paz? Ninguno. ¿Y habría algún sacerdote que pudiese estar aguantando horas y horas en un confesionario, o estuviese predicando, estuviese cumpliendo su deber sacerdotal, así, sin la mortificación? No. Y apostolado, menos.

Pero me he desviado de lo que os quería decir... ¿Es preciso mortificarnos en todo, para ascender en nuestra perfección? En todo, así, como norma general, sí, es decir, tener espíritu de mortificación. Ahora, en concreto, en todas las cosas, no; sería un laberinto. La perfección nunca hace perder la cabeza. La mortificación, en la perfección, lleva las cosas en el orden natural, que la cabeza va ordenando... Eso es tener el hábito de mortificación. Es el imperio que nosotros tenemos de nuestro propio yo.

Perfeccionar, pues, nuestra vida, es acercarnos a Jesús. Cuanto más nos parezcamos a él, seremos más perfectos. No es la negación de todas las cosas que en el mundo hemos de vivir. Es saber vivir las cosas de tal manera que no nos desvíen nunca de Dios, ni nos apeguemos a ellas.

La perfección, mirad, nos adelgaza; adelgaza a la persona; es decir, afina el espíritu; la adelgaza, quitándole impedimentos y cosas, y la hace tan fina, tan fina en el trato, en todo, tan ligera para responder a las cosas de Dios... ¡Qué hermosa es la perfección! Y no es nada del otro mundo. Está al alcance de todos. Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Por algo lo dijo el Señor. Y no lo dijo a casadas o solteras o demás, a todos: ¡Sed perfectos! Luego Jesús pide un *mínimum* de perfección a todos.

En cuanto al estado, viene la perfección; en cuanto nuestro servicio al Señor –hablo en lo externo–, ya viene la perfección. Estado más perfecto es el estado de castidad perfecta, el de virginidad, más aún. Estado menos perfecto es el de matrimonio. Pero la perfección cristiana como virtud, tanto puede estar en un estado como en otro. Así ten-

dremos mujeres casadas que son santas. El estado no hace perfectos, sino que nos mete en el camino de la perfección. Si no, todos los sacerdotes, religiosos, religiosas, serían todos perfectos. Es como uno al que envían a una universidad a estudiar, y otro que está estudiando en un campo, detrás de un arado; el que va a la universidad, tiene un camino muy amplio, muy fácil para poder aprender, si él quiere. El que está detrás de un arado, pues, estudia a ratitos, como puede.

El estado de perfección no da la perfección, facilita la perfección. Los otros estados no niegan la perfección, no se oponen a la perfección, pero tienen muchos obstáculos para la perfección. No obstante, con la gracia de Dios, se superan todos los obstáculos. Esto anima de una manera muy grande a todos, especialmente a los que van por el camino del matrimonio, o están ya dentro de él. Y yo ¿no podré alcanzar la perfección? Sí. Y yo ¿no podré así llegar a un grado de perfección? También, ¿por qué no? Le costará más...

Y ahora viene el último interrogante. Uno se pregunta: yo, casada o casado, o que voy aspirando al matrimonio, ¿no podré entrar en un camino de perfección, a mi modo? Y ahora contestamos: sí. Y éste es el camino que se os abre.

COMPORTAMIENTO ENTRE LOS ESPOSOS E HIJOS

Voy a daros unas cuantas ideas sobre esta materia, que es de mucha importancia para conocimiento vuestro. Habéis oído hablar mucho del celibato. Se ha discutido mucho, y es un tema que estuvo, está y estará sobre el tapete. Este tema lo ha traído precisamente ese declive o disminución del nivel espiritual. Claro, cuando baja el ave que volaba, ¿dónde se va a posar? En la tierra, y si es un charco, en el charco.

¿Es lo mismo celibato que matrimonio? El celibato quiere decir que una persona no está casada, que no está unida en matrimonio, que es célibe. Por eso san Pablo, cuando habla del matrimonio y de la virginidad, dice: De la virginidad yo no tengo mandato, solamente tengo consejo. Ahora, del matrimonio, sí: que aquel que en matrimonio se uniese y dejase, o el varón a la mujer, o la mujer al varón, para tomar otro varón u otra mujer, ése es un adúltero; no puede separarse; solamente la muerte...

Célibe, pues, es el que no está unido en matrimonio. Y san Pablo dice: Yo esto no lo puedo mandar, no lo manda Dios; solamente puedo dar un consejo. Y deseo que todos fuerais célibes, como yo lo soy. Solamente es un deseo...

¿Es lo mismo virginidad que castidad perfecta, o castidad imperfecta? Tampoco. Virginidad, en sentido estricto,

todo espiritual, quiere decir que en materia referente a la castidad, sexto y nono mandamiento, la persona, hombre o mujer, no ha cometido pecado mortal. En el momento en que una persona sobre esta materia ha cometido pecado mortal, ha perdido la virginidad. En sentido estricto, del todo. Pero ordinariamente, como la Iglesia lo toma en el sentido en que ella interpreta la palabra virginidad, quiere decir, que aun estando unida en matrimonio la tal persona, si el matrimonio no está consumado, permanece virgen. Así, hay santas que son vírgenes y mártires. De modo que la virginidad, ante la Iglesia, solamente se pierde por eso. Bien en el matrimonio, bien fuera del matrimonio.

Y eso es lo terrible en estos tiempos. En el matrimonio es una cosa legítima, natural, lícita, mirando el fin matrimonial: la familia. Pero, ¿y las relaciones que no son nada y se creen que dan derecho a todo lo que quieren? Las relaciones no son nada; no son una carta blanca para hacer todo lo que les dé la gana. Las relaciones solamente son un tiempo para que unas personas se traten y vean si pueden concordar o no pueden concordar, si congenian o no congenian, si podrán convivir el día de mañana o no podrán convivir. Pero nada más, en absoluto, nada más. Tienen la misma obligación que otro que no tenga relaciones, de observar el precepto de la castidad, la misma obligación. Sólo con una diferencia: que el que no tiene relaciones, tiene obligación de huir de aquellas ocasiones en las cuales pueda tener las tentaciones contra la virtud, y el que tiene relaciones no está obligado a huir de esa tentación que le puede surgir del trato con la otra persona; pero tiene obligación de resistir la tentación. Con esto os daréis cuenta de que esta vida cristiana que se vive no tiene tal sentido, de verdad, de cristiana. Esto es un paganismo, un materialismo y una brutalidad. Estamos con la doctrina revelada en la mano, así os hablo. Esto es la virginidad; por tanto, una persona virgen puede y debe ser sin matrimonio, puede y debe...

El mundo está así. ¿Tienen culpa los padres? Yo no lo sé, francamente. En algunos, diría que sí; en otros..., no podemos culparlos, porque hoy la gente sale de casa y no saben ni dónde van, ni qué hacen. Pero en otros, si no de hecho, por lo menos culpabilidad tienen de no haber instruido debidamente, en su tiempo oportuno, de no haber vigilado como debían vigilar, de no haber impuesto su autoridad como debían imponerla.

Y que nadie me diga que esto no puede ser. En algunos casos no podrá ser. Claro, cuando se establece una corriente de esta clase, diremos, ya no puede ser. Pero, ¿por qué antes, ahora y en el tiempo futuro, podremos citar familias donde todo va como una seda, todo va recto? Porque se les ha educado así.

Comprendo que la situación actual es muy difícil. La juventud está así, y los padres tienen que luchar muchísimo. Los que son buenos. Las madres si son buenas, sufren más, en general. Porque los hombres se desentienden, en cierto modo; están ocupados en sus negocios, sus cosas, sus trabajos; y la madre, la esposa, es la que está en la tarea de la casa, se da cuenta de todo. Es decir, es más maternal, diríamos, siente más, hay más corazón.

Y la castidad perfecta, ¿se puede observar? Sí. ¿Es virginidad? No; en algunos casos, no. Virginidad y castidad perfecta, en una persona soltera es, a la vez, lo mismo, pero en una persona casada, no. Esa castidad perfecta, ¿en una persona casada se puede observar? Sí, de mutuo convenio. ¿Es peligroso? Sí. ¿Puede hacerse algún compromiso en esta cosa? De no haber una seguridad completa, no.

Pero esa persona ha enviudado, hombre o mujer, ¿puede observar castidad perfecta? ¿Por qué no? La castidad perfecta es incompatible sólo con la condición matrimonial, el uso matrimonial; pero fuera de eso, no; puesto que ha enviudado, puede observar una castidad perfecta. ¡Cuántas hay en los conventos, así, viudas, y cuántos hombres!

¿Y la castidad imperfecta? ¿Existe en el matrimonio? Sí, y debe existir. ¿En qué consiste? En evitar todo aquello que sea contra el fin matrimonial..., todo aquello que es contra el fin matrimonial, que es puramente animal, y nada más. Esto es lo que llamamos castidad imperfecta, y que hay obligación de observarla. Éste es el sentido cristiano del matrimonio.

Gran lucha hay que experimentar aquí, ¿por qué? Por falta de formación. Si los hombres estuviesen bien formados, si a los hombres se les formase bien, si ellas estuviesen bien formadas, en cristiano, en doctrina católica y demás, sabrían a qué obliga un matrimonio... El matrimonio no es una sexualidad, puramente; para eso son los animales; el matrimonio es algo más. Ahí juega, por tanto, en el matrimonio, un amor; en los animales, no lo hay. Juega una confianza, porque ya lleva una entrega. Juega una donación. Juega una fidelidad. Juega un respeto mutuo, una dignidad mutua; si digno es el hombre, digna es la mujer, y ambas dignidades, a la vez, deben respetarse, porque los dos son instrumentos de Dios para una fidelidad.

Que el matrimonio no es instrumento puramente de placer; es un instrumento creado por Dios para una generación hacia el cielo. Si es de confianza... Luego, la confianza debe mantenerse y procurarse y cultivarse entre los esposos. ¡Ay, cuando se pierde la confianza entre ellos! Cada uno deberá examinar por qué se perdió esa confianza, si dio motivos a ello, o si fue una suspicacia. Porque puede ser una suspicacia de uno de los dos.

Y cuando no hay confianza, no hay paz. Y cuando no hay paz, el matrimonio es una tortura, es una cruz. Y entonces viene la intervención equivocada en los hijos. Porque como entre ellos no tienen confianza, lo que uno dice el otro lo deshace; lo que a uno le parece bien, al otro le parece mal.

El respeto mutuo... Mirad: la mujer siempre ha de perder, no hay más remedio que perder. Es el vaso frágil, aun-

que algunas son el vaso fuerte. Pero si quiere contribuir a que haya paz, posible, tiene que perder. Y el marido también. ¿En qué ha de perder? ¿Qué significa perder? Pues, aguantar; llevar sobre sí el peso. ¿Qué peso? El del carácter, el del genio, el del modo de ser, los ímpetus que tenga; a veces, la tacañería, a veces, la poca limpieza... Yo qué sé cuántas cosas diríamos. Y tiene que aguantar, la pobre.

Norma general: yo diría que la mujer, si tiene la táctica inspirada por la virtud y la mano derecha de saber llevar las cosas, no siempre triunfará humanamente, pero casi siempre, al final, gana la batalla.

Ahora: en cuánto a los hijos. Dad buenos consejos. Los consejos buenos siempre se pueden dar, a todo tiempo, con prudencia. Los mandatos se pueden dar también, porque los padres tienen potestad mientras son, por los menos, menores. Y aun mayores; tienen la potestad; pero no siempre se debe ejercer esa potestad, o conviene ejercerla. No. ¿Para qué voy a tirar yo una piedra sobre esa pared, si me va a rebotar? ¿Para qué vamos a mandar una cosa, si ese mandato va a ser mal recibido y va a rebotar a aquella persona? Salvo que se trate de una cosa que haya que hacerla por encima de todo, entonces, sí, rebote o no rebote, el mandato se pone.

Pero esto son casos especiales... "No puedo con mi hija". Ni podrá Vd. tampoco, porque el ambiente le podrá más a su hija que el ambiente de casa. El ambiente de fuera es tan potente, que se necesita el ambiente de casa bueno y, al mismo tiempo, el interior bien formado..., para que luchen contra ese ambiente de fuera.

Habéis de luchar mucho. ¿Que tenéis fracasos en esto? Yo no lo deseo; pero si llegase, no me extrañaría nada. Porque apenas podremos hoy tener un hogar donde no haya un fracaso, uno; que a lo mejor es toda la nave fracasada. Y a esto llamamos matrimonio cristiano...

¿Cómo habéis de tratarles? Unas veces, un poco fuertes; pero os doy una receta: tratad con afabilidad a vues-

tros hijos, tratadles bien, corregidles bien, convencedles de que obran mal. Si no lográis convencerles, no lograréis nada. Será una simple reprensión, y se escaparán; porque han de salir. Hoy la vida está en la calle, no está en el hogar. El hogar es como un lugar de comida, como una fonda, pero nada más. No es un hogar de unión, de amor, de cariño, de intimidad, no... Ya no es el hogar cristiano; es una fonda.

Acogedles bien, sobre todo, vosotras, las mujeres. Sed corazón, pero sin dejar de ser cabeza también. Decid: mira, hijo, hija, que por ahí vais mal; la madre tiene experiencia, no te engaña. ¿Por qué haces eso? No te lo digo como acusándote, pero, ¿tú no ves que eso te conduce a tal, tal...? ¿Tú no te das cuenta? En fin: lograd que reflexionen un poco, si es que se logra que reflexionen. Por lo menos, ésa es la táctica. El que no convence no gana la batalla.

Y no se convence a una persona si no se la atrae para que atienda, porque al atender es cuando se le puede ir volcando esa doctrina, esas ideas; y al mismo tiempo, ese calor, ese algo... Es difícil el oficio. Pero sed corazón. Tratad bien a unos y a otros. Poned amor, poned cariño, poned buena cara.

Así que, no desesperéis nunca. Es cruz. Y la cruz es dulzura en el trato, es vencimiento propio, es rascar nuestro amor propio, es pasar por humillaciones. No tengáis miedo. Hay que recristianizar.

Esto es lo que intentamos, ésta es la misión, precisamente, de este tercer modo o grupo: recristianizar la vida del matrimonio, recristianizar la vida social. Porque es una mina de almas para Dios, para que se salven.

¿A qué vino el Señor al mundo? A hacernos a todos cristianos. Éramos paganos y vino a hacernos cristianos, a hacernos suyos. Y a hacernos suyos en todos los estados, y en todas las condiciones de la vida, en cualquier situación en que nos hallemos, porque el cristianismo lo impregna

todo; debe impregnarlo todo: desde un nacimiento en Belén, con los cantos de los ángeles, y una huida a Egipto, y una vida en Nazaret privada, oculta, de trabajo, pobre, no miserable, sino pobre, y una vida de trabajo y de apostolado, y una vida de cruz, y una vida de cielo... Esto es lo que dice el cristianismo.

Ojalá mucha, mucha gente profundizase en el significado de ser cristiano. Pero ahora, vosotras profundizad un poco más, dentro del cristianismo, en vuestro estado, vuestra responsabilidad, vuestra cruz, que no debéis tirar de las manos. Por tanto, la educación, el buen ejemplo... Y la mortificación del amor propio.

Y dentro de este estado que tenéis escogido, una llamada de Dios, para que, como tales, podáis ser un instrumento de Dios, escogido para recristianizar, en primer lugar, lo que vosotras ya vivís, y extenderlo. En primer lugar, digo, porque la recristianización no ha de estar limitada a los hogares, sino dirigida al mundo entero. Es trabajar por Cristo.

Termino esta alocución, en la cual he querido daros unas normas, verteros unas luces sobre lo que vosotras podéis necesitar, aunque sé que las tenéis, que las vivís; pero de todos modos, esto os da como un ánimo interior, para decir: pues "sí voy bien"; o "en aquella cosa debo corregir un poco". Salid de aquí para llevar al hogar la sonrisa, paz, alegría.

En fin, qué hermosa es la vida cuando nosotros la impregnamos de Dios nuestro Señor, y vivimos con un ideal: santificarnos y santificar a los demás.

SI UN CIEGO GUÍA A OTRO CIEGO...
POR LOS FRUTOS LOS CONOCERÉIS

¿Qué será mejor: ir un ciego cogido de otro ciego, o ir el ciego solo, dejándose llevar de su propio instinto? Pero ciegos no estamos, porque todos llevamos una luz interior, que es la luz de la conciencia, que en cada momento nos hace ver cuál debe ser nuestra conducta. Y esa luz, como una lámpara interior encendida, va alumbrando los pasos de nuestra vida, las decisiones que hemos de tomar, cómo debemos actuar.

Puede ocurrir que una persona, guiada por esa luz de su conciencia, se equivoque. Pero si tiene buena voluntad su intención es recta, si su ojo, como dice en el Evangelio Jesús, está sano, ante Dios no se equivoca. Porque lo que ante Dios vale es la recta intención, es la sana voluntad. Esto se llama la conciencia subjetiva, la que llevamos todos en nuestro interior.

Es malo el dejarse llevar de quien está ciego porque quiere. ¿Y quién está ciego porque quiere? El que no recibe la luz de Jesucristo. ¿De dónde ha de recibir esta luz? Del que lo es, del Maestro.

Para eso necesita vivir cerca de él, estar con él, convivir. De aquí la necesidad que todos, absolutamente todos, tenemos de una vida de oración. Nuestra vida espiritual tiene dos fases: una, que es propia, particular nuestra, per-

sonal, que va directamente hacia Dios; él se nos comunica y nosotros comunicamos con él, mediante ese hilo secreto, ese teléfono secreto de la oración; y otra, que tiene relación con los de fuera, cuando nosotros, a los de fuera, a nuestro prójimo, comunicamos lo que Dios nos ha comunicado; les damos parte de esa luz que nosotros hemos recibido; les comunicamos esa ciencia que Dios infunde en los ratos de conversación y de intimidad con él.

Porque si tratamos con una persona que sabe, aprendemos ciencia; y si tratamos con una persona que es mala, y no andamos con cuidado, aprendemos el mal. ¿Quién, pues, tratando con Dios nuestro Señor, no aprenderá el bien? Si es el Maestro del bien...

Y nuestro trato se llama oración. Ésta es la fase íntima de nuestra vida. Pedidme un santo cualquiera, y yo os diré: alma de oración. Pedidme cualquier persona de apostolado eficiente, fecundo, de resultados positivos, de ganancia de almas, y yo os diré: es alma de oración. Porque lo que se consigue solamente por una simpatía, por una atracción personal, por unas condiciones de que Dios ha adornado a una persona, eso no perdura; es un arrastre que se hace, pero que cesa pronto, más o menos pronto, desaparece; pero lo que produce una ganancia, porque se ha puesto una convicción, se ha metido un ideal, se ha puesto muy hondo ese querer, y no querer de persona, sino querer de Dios, es distinto.

Podrá, quizá, influir mucho, la condición de la persona, sus aptitudes, su simpatía, su modo de tratar, su modo de hablar... Efectivamente, son medios, son instrumentos que Dios da a cada persona, pero no es eso todo. Eso será un instrumento, diríamos, de música; pero si el que toca no le da el sentimiento a esa música que suena, esa música no habla, no penetra.

Todo apóstol, cualquiera que sea, y los hay, lo es, primeramente, por la fuerza de su oración. Y tenedlo en cuenta: que si una madre, en su casa, algo ha de conseguir,

aparte de lo que ella puede poner, en su trato, en su afabilidad, en su paciencia, en su sacrificio, en su ejemplaridad, aparte de todo esto, si la gracia de Dios no actúa en ella, no alcanzará nunca esa transformación del hogar. Y éste es un campo de apostolado: recristianizar el hogar.

Cuando esta persona se lanza hacia fuera de su hogar, tendrá que echar mano de ese algo interior que lleva de Dios; porque no va a trabajar para azotar el aire, para perder el tiempo; va a trabajar en una empresa divina. Y la empresa divina es de transformación de corazón, de conciencia, de espíritu, de voluntad, de cambio total de la persona, no por fuera, sino por dentro; pues cambiada por dentro, queda cambiada por fuera.

Y esa virtud de cambiar, sólo Dios nuestro Señor la puede dar. Y la da, notadlo bien; la da cuando nosotros nos acercamos a él, cuando podemos decir: Dios vive en mí y yo vivo en él. Él actúa en mí, y por esa fuerza de su actuación, yo puedo producir algo. Entonces, somos árboles buenos. Y el árbol bueno produce frutos buenos. Dice Jesús en el Evangelio: Todo árbol bueno produce frutos buenos, y todo árbol malo produce frutos malos. Por los frutos, los conoceréis.

Vosotras ya, en estos ejercicios brevísimos, a los que habéis venido con ansias de mejorar vuestra vida, con una espera de un algo que Dios también espera de vosotras, necesitáis, aun siendo buenas, transformar, pero como se transforma la tierra, muy hondamente, para ser otras tan distintas como distinto es aquel que habiéndose acercado a su señor, éste, al marchar su siervo, le encomienda algo, y con esa encomienda, parte; ya no es el mismo, ya lleva una responsabilidad.

¿Y cómo conoceremos su actuación? Por los frutos. Yo os aseguro que un alma de oración, si ella directamente no produce fruto, directamente, de tal manera que lo vea, el fruto exterior me refiero, porque el interior lo produce siempre, sepa que el fruto sí lo da, aunque no lo toque;

porque esa fuerza suya de oración, la aplica el Señor a aquellos que están con las herramientas en las manos, trabajando.

Cuántas veces, quizá, los que se dedican al apostolado, los sacerdotes, los religiosos, los seglares, yo mismo, cuántas veces habremos conseguido cosas, sin saber por qué. ¿Por nuestra propia virtud? No; porque hay almas que oran, y la fuerza de su oración se está aplicando a nuestro propio trabajo, y ellas son las que con nosotros producen.

Si queréis ser algo, si queréis ser algo bueno que produzca frutos buenos, Dios ha de estar vivificando vuestra vida. Y esta vivificación, que se realiza por los sacramentos, de un modo extraordinario, diría, y ordinario, porque lo necesitamos siempre, es la oración. Esto, de lo que hoy no se habla, ni se tiene en cuenta, ni se valora; nosotros sí lo valoramos. Yo siempre he dicho a las Obreras, y he repetido muchísimas veces: no seréis nada, no valdréis nada, no conseguiréis nada, no tendréis firmeza de voluntad, no podréis perseverar, no haréis fecunda vuestra vocación, como vuestra vida no esté basada, fundamentada, en una oración continua, en un contacto con Jesucristo. Pues él, sólo él, es la luz, es la fortaleza, es la vida, es el impulso. ¿Por qué? Porque sólo él es la gracia y es el amor.

Y el amor se aprende hablando con el Amado, tratando con él, con confianza, con una confianza de cierta seguridad, con una confianza de intimidad. Pues que donde esto no está todavía, no hay amor. Huelga el que yo os recomiende encarecidamente la oración. A vuestro modo, a vuestra manera, como Dios os dé a entender, porque cada uno habla como sabe hablar; hay quien habla mirando, y con una mirada lo dice todo. Hay quien habla con la lengua, y con una frase ha volcado el corazón. Hay quien habla y necesita decir más, y lo dice. Y hay quien habla sólo con un reflejo de amor, quieto, pacífico, que lo dice todo. Volcar el corazón es tan fácil, como tan fácil es amar.

Y esto es orar. En el amor se ofrece, se da, se pide, se ruega, se intima... ¿Por qué, pues, si en las criaturas el amor se da, y nunca puede llegar a esas grandes finezas, a esas alturas que un alma en su vuelo alcanza, cuando en esa vista, en esa contemplación de las grandezas del Señor, llega a puntos que no podía ni soñar, por qué si en las criaturas esto no se puede dar y, no obstante, hay amor, no lo buscaremos donde se puede dar, que es en nuestro trato con Dios nuestro Señor?

De ahí que, para mí, apostólica es toda madre en su hogar, porque es un apóstol, porque Dios la ha puesto; para mí, toda persona es un apóstol, porque tiene parte de la Iglesia, y debe vivirla, defenderla, propagarla... Y para mí, de un modo especial, es apóstol aquella alma que ha recibido una llamada, una vocación; todo cristiano la tiene, pero hay almas que la tienen de un modo particular. ¿Por qué estas almas no piensan que nunca podrán llevar a efecto su vocación, de verdad, si no oran, si se fían sólo de sus propias fuerzas?

Mirad, muchos desastres actuales, muchas derrotas, muchos fracasos, radican en esto: en que el hombre se fía de sí mismo, en que cree que puede hacerlo. Y no valemos nada. Y aquello que más seguro tenemos es lo que se nos va de las manos. Y aquello que lo fiamos en las manos del Señor, y oramos, y pedimos, y vamos así como medio desconfiados..., que nunca debe ser, nunca, pero somos así..., aquello, precisamente, es lo que nos da una sorpresa. Ha actuado el Señor.

Solos, no; en compañía, sí. ¿De quién? De quien más nos quiere, más nos ama; de quien más nos dio, de quien todo lo esperamos; de quien es nuestra fortaleza; de quien tiene derecho a llamarnos, a exigirnos, a pedirnos. He aquí la luz que ha de alumbrar los pasos de nuestra vida.

Sacerdotes, religiosos, hombres de ciencia, todo es estimable. Pero que me lleven a Dios, que no me aparten de Dios, que me ayuden para ir a Dios, que me ayuden para ser un instrumento mejor de Dios.

Difícil es, yo lo sé, el que estas luces brillen hoy en el mundo. Pero alguna brilla, y cuando no, no olvidéis que hay una que nunca se apaga: es el sagrario, es el Cristo, es el crucifijo metido dentro de nosotros, y el sagrario fuera de nosotros. Es el Cristo viviendo en nosotros, y nosotros viviendo en él. Es el amor mutuo; de él desciende hacia nuestro corazón, y de nuestro corazón sube hacia él. Es esa correspondencia mutua: me ama, y le amo.

Y entonces, yo ¿qué puedo buscar más que lo que a él le agrada, lo que él me pide, lo que es su gloria? Entonces, si tal no hiciese, amor no tendría, me habría engañado. Y no es raro encontrar personas que viven engañadas. No han calado profundamente en lo que es esa vida espiritual, oculta, hermosísima. Feliz quien capta estas cosas y las comprende.

Estas horas vuestras aquí, son para comprender mejor lo que quizá antes comprendíais, pero que cada vez lo vemos con más claridad; como aquel que estudia una materia, y la primera vez sí la comprende, la segunda vez que estudia aquello, ve ya con más facilidad; la tercera vez..., por fin, lo ve todo claro. Esto nos ocurre en nuestro trato con Dios nuestro Señor. Vemos las cosas claras, en un momento: "Señor, ya lo veo todo claro...". Como aquel ciego... Bastó para aquel ciego que el Señor le tocase los ojos dos veces, y al preguntarle si veía, le dijo: "Señor, sí, lo veo todo claro". Pero fue preciso que el Señor se acercase a él; y se acercó a él porque él lo pidió; porque el ciego se acercó a Jesús.

Nosotros somos ciegos, todos, en cierto modo, con ceguera espiritual. No comprendemos los caminos bien; no entendemos las cosas; necesitamos más claridad, quizá porque hay una penumbra dentro de nosotros, de un apego, de un amor propio, de una cobardía, de un algo que nos cuesta desprendernos de nosotros; y esto es como una nube que nos impide ver con claridad; pero cuando nos es-

tamos despegando, y subiendo..., vemos el cielo más claro, el cielo de nuestra alma.

Veréis más claro... Hay que mejorar la vida. Y vivir entre santos, cosa de mucho valor es; pero vivir entre escándalos, entre grandes pecados, y pisando montones de estiércol, aún tiene más valor; pero sin mancharnos, sino al pisar ese estiércol, que nuestras pisadas hagan brotar lirios de pureza, almas de virtud, corazones que amen, vidas que se transformen, cabezas que se inclinen ante el Cristo, ojos que lloren, vidas que se cambien, hogares que se transformen, se regeneren. Y entonces, podéis decir: soy, por la gracia de Dios, árbol bueno. ¿Por qué? Porque produce frutos buenos. Por los frutos los conoceréis.

¿Quieres examinar tu vida? ¿Quieres ver tu futuro? Mira tus frutos, y entonces sabrás qué clase de árbol eres. Bueno, porque el Señor os ha plantado en tierra buena, os ha cultivado, os da todos los medios para poder crecer. Pero que el enemigo no le inyecte el mal, para que en vez de producir frutos buenos produzca los malos.

Estáis llamadas a producir grandes frutos, y con abundancia, como decía el Señor a los apóstoles: Os he escogido para que produzcáis fruto, y fruto abundante. Y que permanezca. Éste es el fruto del alma de Dios. Éste es el fruto del alma de Dios, de las madres buenas, de las esposas buenas, de los corazones buenos. Éste es el fruto.

Vida espiritual, vida de oración. Nada de cegueras, nada de andar cogidas de ciegos. Vale más andar solos, que mal acompañados; no os preocupéis. Vivid vuestra vida, vivid lo que sois, y vivid lo que podáis ser. Vivir lo que uno es. Ahí está. Si uno es sacerdote, viva el sacerdocio, que lo viva, sí; si no, no es nada. Uno es cristiano, viva el ser cristiano. Viva cada uno lo que es. ¿Eres zapatero? Vive como zapatero. ¿Eres cristiano? Vive el espíritu cristiano.

¿Dios te llama a un apostolado? Vive profundamente tu apostolado. Vive lo que eres; no una vida así..., diría-

mos, como hay tantas hoy en la actualidad. Siempre lo fue, pero hoy vemos una grandísima muchedumbre de esta clase: que no viven lo que son, sencillamente; son una apariencia, son una figura, son una sombra, son nada. Si todos estos que se llaman buenos y cristianos, y se dedican al apostolado y todo eso, viviesen lo que son, el mundo se transformaría por completo; pero no viven lo que son. Se tiran la tierra a sus propios ojos. Dicen una cosa y son otra. Viven lo contrario de lo que son. No puede ser.

¿Esto es una exigencia? Sí, de la misma razón; nace de nuestra propia condición; es una exigencia. Es una cosa lógica, natural. Lo demás es poner las cosas todas al revés.

Qué satisfacción para vosotras, que hoy, y el día de mañana, no sólo en la hora de la muerte, sino en vida, podáis rememorar vuestra vida, cerca del sagrario, ante el crucifijo, ante la Virgen, y ver vuestros años convertidos en un árbol que ha dado sus ramas y está colmado de frutos. Y empezaréis a recontar: aquella, aquel otro..., ya aman a Dios, ya quieren a Dios, ya glorifican a Dios, y quizá eternamente le glorifiquen por mi pequeño sacrificio.

¿No es esto una satisfacción tan grande, que hoy, en la tierra, no podemos medir, y que sólo la podremos valorar, medir, comprender, cuando allá arriba el Señor se nos lleve? ¿Y qué es la vida, mis ejercitantes, de valor...?

Y dará grande crecimiento de glorificación divina, por el calor. ¿Cuál? El calor que da la fe, que da el sacrificio, que da el amor. Y de ese modo sois y habéis de ser vosotras.

SANTIDAD Y APOSTOLADO

VAMOS ya terminando esta tarea emprendida de reforma espiritual, que ha de redundar en vuestra actuación múltiple en todos los órdenes, familiar, social..., y de la reforma de vuestra propia persona, para adornarla de las virtudes, mejorarla en todos los sentidos. Para, además, justificarnos más ante Dios, ser mejores, santificarnos más, como dice el Espíritu Santo: El que es malo procure ser bueno; el que es bueno, sea mejor; el que sea santo, que se santifique más. Es una carrera que no tiene fin.

Además de esta empresa de nuestra reforma particular, de nuestro progreso espiritual, nos queda otra empresa que acometer: es nuestra actuación externa. Sacar afuera lo que llevamos dentro. No lo malo, sino lo bueno; lo que hemos almacenado, comunicarlo a los demás, para que participen de ello. Es lo que se llama el apostolado.

El apóstol san Pablo, en su carta a los Corintios, la primera, dice estas palabras que me han hecho pensar siempre: Es preciso que él –Jesucristo– reine, hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies. ¿Cómo va a reinar? Hasta vencer a sus propios enemigos, todos, y sujetarlos. Los enemigos, aquí, mirando el futuro definitivo del mundo, son, no sólo los hombres, sino los espíritus rebel-

des, los malignos espíritus, el pecado y la muerte. Y es preciso que esto sea vencido. ¿Llegará a ser vencido?

Suele ahora hablarse del fin del mundo. ¿Está cerca? ¿Muy lejos? Dos cosas sabemos ciertas: que antes del fin del mundo ha de haber dos acontecimientos, han de preceder dos cosas. Una, primera: la apostasía, una apostasía general. Apóstata es aquel que reniega de la fe, que se aparta definitivamente de Dios y de la Iglesia. Una apostasía general.

Y refiriéndose a esto, el evangelista san Mateo dice que se presentarán falsos profetas, que se harán prodigios como milagros engañosos; que serán seducidos por el mal, por ese mal espíritu, todos aquellos que no quisieron reconocer la caridad o amor de Dios. Serán seducidos, serán engañados. Y que la extensión de la maldad va como enfriando la caridad de muchos.

Ahora bien: en cierto modo, se enfría la caridad, el amor de muchos, de muchísimos, hacia Dios. Enfriar es casi como perderse. Se enfría el fuego, se va perdiendo el fuego, hasta que se apaga, por la extensión de la maldad. Y esto ¿no va produciendo una especie de apostasía? Y no sólo en la gente de fuera de la Iglesia, sino dentro de la Iglesia.

Si vemos que la apostasía se va extendiendo, éste es un hecho que ha de preceder. Y el mundo está impregnado de esta apostasía. ¿Quién habla de Dios? Poco se habla de Dios ya. Y notad, que aún se habla menos de Jesucristo... Como si el hombre fuese el omnipotente, el Dios. Esto es un hecho que no podemos negar.

Otro que ha de preceder, es la aparición del anticristo, llamado el hombre de la iniquidad, el misterio de la iniquidad y de la maldad. Equivale a decir: las fuerzas del mal, que van empujando y se van extendiendo, y van ganando terreno. ¿Quién sostiene el que llegue este anticristo? Son interpretaciones que se dan, no ciertas... Son conjeturas de los intérpretes de la Sagrada Escritura, pero suelen enten-

der que son los ángeles buenos los que luchan con los malos y, sobre todo, el arcángel san Miguel, el príncipe de los ejércitos celestiales, el que más detiene la venida del anticristo, defendiendo a la Iglesia que se le ha confiado. Pero como en la providencia divina está decretado que el anticristo venga, y venza, y dé la última batalla, ha de venir.

El mal se extiende, gana terreno en todos los órdenes. Estaríamos ciegos si esto no lo reconociésemos. Las familias de ahora no son las de antaño, ni mucho menos. Siempre hubo pecado, pero familias en desorden, en desobediencia, insubordinación, sin respeto, traicionando el propio matrimonio...; en la ciencia, combatiendo la existencia de Dios, la de Jesucristo; hasta la espiritualidad del hombre...; todo va a la par. En la juventud... Y no digo en el cumplimiento de los mandamientos de la ley de Dios, especialmente en algunos, que es como si no existiesen. El séptimo, el sexto, el amor al prójimo, el odio... Éste es el cuadro actual.

Si no fuese por los buenos, que los hay, por las almas santas que oran, que se mortifican, que hacen penitencia, que rezan, que piden, y que trabajan, la apostasía se hubiese extendido más, y el mal se hubiese apoderado con mayor rapidez. Pero hay un dique: hasta que no suene la hora marcada por el Señor, no tendrá realidad.

Mientras tanto, mis ejercitantes, puesto que nos coge en esta época, quizá última del mundo, ¿qué vamos a hacer nosotros? Dos cosas, que os recomiendo con toda el alma: llenaos de santidad, procurad por vosotras, puesto que es obra que habéis de realizar con el máximo interés. Cuando dos están en alta mar y el barco ha naufragado, y se echan al agua, procuran los navegantes buscar un salvavidas. Y si son dos y caben, bien; pero si no, cada uno procura lo suyo.

Llenaos de santidad, vivid muy cerca del Señor, haced vuestro el cristianismo, de verdad; sentíos cristianas siempre y en todas partes. El que nació hombre, y al decir

hombre digo mujer, donde esté, y hasta el morir, será tal. El que se hizo cristiano por el bautismo, que es un renacimiento, donde esté, sea tal. Y así como no puede prescindir de su condición humana, tampoco puede prescindir de su condición cristiana.

Luego, como cristianos, hemos de vivir en particular; y hemos de vivir en nuestros oficios, en nuestras ocupaciones, recreaciones, en nuestros modos de presentarnos en la sociedad. ¡Ay de aquel que escandalice, porque más le valiese atarse al cuello una rueda de molino, y tirarse al profundo del mar, que escandalizar a uno de estos pequeños! La sentencia es gravísima; la ha dictado el mismo Jesucristo. Y escandalizar es inducir al mal.

Vamos, pues, al camino opuesto, lo segundo: procurar nuestra santificación, nuestra vida de ejemplaridad; vamos a trabajar, que tenemos obligación de trabajar. Vamos a ejercitar nuestro apostolado, a nuestra manera, como podamos. Yo muy bien podía recogerme ya y estarme sentado y quieto, en mi habitación, con la pluma en la mano, cerca del sagrario... ¿Haría bien? Por una parte, sí; por otra parte, no. Porque mientras uno puede dar, ¿por qué no? ¿Acaso Dios, el Señor, no nos lo dio para que lo diésemos? Lo que gratis has recibido, dice, graciosamente procura darlo. He aquí nuestro apostolado. Es que no sé... ¿No vas a saber? Es que no puedo... No es verdad. Cuando se trata de defender un derecho nuestro, humano, terreno, todo el mundo sabe defenderlo. Todo el mundo sabe hablar. Cuando toca defender los derechos de Dios nuestro Señor, cuando se trata de lanzar esa palabra evangelizadora, de sembrar la doctrina de Dios, de conducir las almas a Dios, de arrancarlas del mal, entonces, ¿ya no sabes, ya no puedes, ya no hay tiempo?

El apostolado se impone. La voz de Dios nuestro Señor suena en lo íntimo del corazón de aquel que le escucha: es preciso... que todos los enemigos sean puestos, vencidos, bajo mis pies.

Trabajad. Vais a salir de aquí fogueadas, con un ideal de Dios más sentido, más comprendido, con deseos de ser muy buenas. ¿Por qué estos deseos han de quedar únicamente en vuestro corazón, y no los vais a comunicar? Ejerced vuestro apostolado; mirad que hay personas que hambread a Dios, que necesitan oír hablar de Dios, que necesitan que les llegue la palabra de Dios, que necesitan del esfuerzo de nuestros recursos, para que, de alguna manera, puedan salir de esos atolladeros. Que nuestra vida, ¿cuándo será más grata y más fecunda, sino cuando nosotros, no solamente la vivamos para nosotros sino, además, la consagremos al servicio de Dios?

Es la grande empresa. La maldad enfría el amor de Dios. Y esta maldad está contagiando a tantos y a tantas... que se dejan seducir. Es que es muy bonito, muy grato, muy agradable, en este sentido, escuchar ciertas doctrinas, que todo lo hacen fácil: que no hay nada que vencer..., que la penitencia, que tal... No, no. Cristianismo es cristianismo; y es sacrificio, y es penitencia, y es oración, y es cruz, y es amor.

Y todos podemos hacer algo; hasta los pequeños hacen. Por lo menos, la buena voluntad. Quiero, en este sentido, interesaros en las cosas del Señor. En la Iglesia hacen falta almas así. Sobran personas pasivas, acomodadas, que viven muy bien, que no se preocupan de poner su granito de arena en esta grande lucha que se lleva, por extender el Reino de Dios. ¿Qué me importa, dirá alguien, a mí, el prójimo? Sí que te importa, por ser tu hermano, y además, por ser un alma que, conociendo a Jesucristo, puede darle gloria. Y de eso se trata, de glorificar el nombre de Jesucristo.

Cuando ganamos la batalla sobre un alma, y la acercamos al Señor, ése es el gran triunfo, porque esa persona ganada para Dios, le amará eternamente. No podemos nosotros calcular lo que es un alma en el cielo amando eternamente a Dios, glorificando eternamente a Dios. Acaso por un pequeño sacrificio que he hecho; por unas horas

que me he quitado; por un poco de sufrimiento que he tenido que tomar para llegar a alcanzar ese pequeño triunfo, que si lo logramos, no es nuestro, sino por la gracia de Dios nuestro Señor.

Qué hermoso es trabajar por Dios. Creedme. Es que se disfruta, se goza, se goza tanto... Es cuando se vive de verdad.

Los malos comprenden más el plan de su maldad y están más interesados que nosotros. Aquí tienen cumplimiento las palabras del Evangelio: Los hijos de las tinieblas son más despabilados que los hijos de la luz. Hijos de la luz, los de Jesucristo; los de las tinieblas, son los de Satán. El anticristo lleva sus fuerzas. Y las fuerzas que llevará, las recibirá de Satanás, del mismo Satanás. Por eso hará prodigios, captará a la gente..., pero sólo a aquella gente que no ha querido reconocer la verdad, que ha enfriado en sí, o ha matado, el amor de Dios, que se ha desviado por el camino de la maldad.

Y tan fuerte será la presión que, dice el Evangelio, hasta los elegidos perecerían si el Señor con su gracia no les ayudase. Y entonces, cuando venga ese triunfo momentáneo del espíritu del mal, es cuando vendrá el Señor y aniquilará por completo las fuerzas del mal.

En esta lucha, mis ejercitantes, necesitamos una ayuda, la del Señor, que no nos puede faltar si vivimos unidos a él. Y la de la Virgen. ¿Cómo sin la Virgen podríamos nosotros luchar? Por ella vino el Salvador al mundo. Por ella vino Jesús al mundo, para salvar al mundo; y por ella el mundo se ha de salvar. La victoria primera fue de ella, trayendo a Jesucristo al mundo. Ella ha de intervenir, y su corazón ha de triunfar. De la Virgen no nos podemos desprender; con ella vamos a todas partes; es el escudo de nuestra vida; es la madre que vigila a la hija, pero la madre auténtica, de verdad. Qué amor le debemos tener, y con qué cariño la debemos tratar... Sin ella, sin la Madre, nuestro apostolado no adelantará, no progresará.

SEÑOR, ¿QUÉ QUIERES QUE HAGA?

YA para terminar, como último acto hablado, bien es recordar las palabras de san Pablo, de ese gran Apóstol, que se gloriaba de tener una ciencia única, de no saber más que a Cristo y Cristo crucificado; ésa era su ciencia. San Pablo, el gran perseguidor de la Iglesia, antes de convertirse, y en el momento en que él tenía más entusiasmo, iba más feroz, como lobo, a arrestar, encarcelar, y perseguir a todos los cristianos que encontrase, en ese momento, es cuando Jesucristo, nuestro divino Salvador, le coge a él, le convierte.

Le derriba del caballo. En él cabalgaba, tan ufano, como vencedor de todo. Se presenta Jesús. Lo derriba, le tira al suelo, y dice unas palabras que debemos todos recordar...

Qué lección más grande para nosotros. Si perseguidores no, buenos tampoco hemos sido. Y quizá cuando pensábamos que nuestra vida estaría en un plan de felicidad temporal, de grandes amores, halagos, todo esto que el mundo brinda, en ese momento viene la visita del Señor. ¿Y cómo nos ha visitado? Derribándonos del caballo. A aquella esposa la ha derribado del caballo, haciéndole ver que todo lo que ella había imaginado de gloria, no era tal gloria. Al otro le ha derribado de ese caballo de su salud,

que él creía que nunca la perdería, y en un momento se le ha quebrado. Al otro, cuando se ufanaba de sus propias ofensas a Dios, el relámpago de la muerte le ha eliminado. Cuando Dios nuestro Señor quiere..., y siempre quiere cuando llega el tiempo. Llegada la hora marcada, no falla, no hay nadie que se le pueda resistir. Pero notad una cosa: en la transformación de las almas, en el cambio, hay un momento en que la visita del Señor nos llega a lo íntimo del corazón. Si cuando llega esta visita, esta llamada, nosotros queremos rehuir, decir que no, perdemos. Porque duro es que el Señor llame, que clave la pincha, que estire fuerte, que ponga un remordimiento en la conciencia, y que uno diga que no. Porque cuanto más diga que no, más se le clava el remordimiento de su conciencia; cuanto más quiere ocultar su maldad, más se extiende esa mancha de su maldad. En lo bueno y en lo malo, no podemos decir no al Señor, cuando viene a nosotros para pedirnos. Y derribados somos de nuestra vida antigua, para emprender una vida nueva.

¿Qué dijo el Apóstol cuando estaba en el suelo ya, caído?: “Señor, ¿qué quieres que haga?”. No discutió con él: “¿Por qué me pides tanto? ¿Qué me pides? ¿Qué dirán los míos? Yo que soy un judío, que iba a perseguir a los cristianos, y ahora, convertido, defenderte a ti... Y ahora me verán convertido y dirán...” No. No puso excusa. Estas palabras tuvo en sus labios: “Señor, ¿qué quieres que haga?”. Ésa fue su respuesta: “¿Que tú quién eres?”. ¿Yo? Pues soy el Jesús a quien tú persigues; ese Cristo a quien tú persigues; ése soy yo. “¿Qué quieres que haga, pues?”.

Yo os he hablado, os he dicho muchas cosas y, entre ellas, siempre ha aparecido la figura excelsa, divina, de Jesucristo, como el punto centro de nuestra vida, como el remate de todo nuestro sufrir y de todo nuestro amar, el ideal supremo. Os he presentado al Señor. Vuestra respuesta ha de ser: “Señor, ¿qué quieres que haga?”. Ya no discuto, ya no pongo dificultades. Ni casada ni soltera, ni

pobre ni rica, ni viuda, ni nada, ni con salud ni sin ella. No pongo dificultades. Dime, ¿qué quieres que haga?

Ésta es la frase de obediencia, de rendimiento, de donación, que debe brotar de nosotros, como cuando brota de un corazón un chorro de amor hacia aquel ser de cuyas manos hemos recibido todo, y todo lo esperamos: “Señor, ¿qué quieres que haga?”.

El mundo se queda atrás; el mundo no tiene nada que hacer. Nuestra patria está allá. Vamos andando como peregrinos, con el bordón en la mano, día tras día. No sabemos si mañana, si al mes que viene, dentro de un año, estaremos allá, en la patria, definitivamente. Vamos andando; día que pasa, no volverá más. Goces de la tierra, que una vez se gozaron, pasaron para no volver nunca. Amores que fenecieron. En fin, salud, vida, todo se nos va. Pero vamos acercándonos hacia Dios, con nobleza en el espíritu, con esa frase cada día, cada momento: “Señor, ¿qué quieres que haga? Dímelo”.

¿Qué hizo san Pedro? Mirad: san Pedro, cuando el Señor le llamó, hasta se dejó a su mujer; marchó. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me quite de tal cosa que es un impedimento para que yo pueda ser un instrumento de tu vida, de tu glorificación? ¿Que me quite de tal obstáculo, para que yo pueda recibir la comunión? ¿Que me quite de tal, para que yo pueda llevar una vida espiritual más intensa? Pues..., lo quito. ¿Qué van a decir de mí? No me importa lo que van a decir; lo que me importa es lo que tú vas a decir, Señor; lo que tú vas a juzgar de mí. Eso es lo que me importa. Que al cabo y al fin, eres el único que me vas a juzgar.

Nuestra vida ha de ser en un plan de nobleza, hacia allá, hacia allá. Quizá alguna vez estemos como Pedro, caídos, pero levantándonos y buscando al Señor. Quizá. Pero el Señor a Pedro le dio la potestad más grande que se pueda dar. En recompensa al amor que san Pedro le tenía y le manifestó: ¿Me amas? “Sí”. ¿Me amas? “Sí”. ¿Me

amas? “Señor, tú sabes que sí que te quiero”. Pues, mira: tenlo todo. Olvidado está lo que hiciste. Me negaste tantas veces... Todo, ya está olvidado. Has dicho que me amas..., pues, el amor lo ha purificado todo. Ahí va; ante esa grandeza de amor, está mi grandeza de donación. Todo el poder de mi Reino de los Cielos lo tienes en tus manos. Lo que atares, atado; lo que desatares, desatado. Tú me representas en el mundo.

Quizá tengamos que ser Pedros, alguna vez. No desmayéis. Acordaos de él. Él lloró, lloró mucho sus pecados..., aquella negativa, por cobardía, por cobardía, por miedo. Y cuántos le niegan por miedo. Cuántos no hacen las cosas que deben hacer, por temor, por el qué dirán de la gente. “¿Qué van a decir de mí?” ¿La gente? Pero la gente, ¿quién es, cuando yo me pongo frente a la llamada de Dios?

Sepamos acudir al Señor, que siempre nos espera con los brazos abiertos. Es el Crucificado. El día en que el Señor desclave sus brazos de la cruz, tengamos miedo. Mientras extendidos estén en la cruz, su misericordia infinita vendrá a ser un bálsamo para nuestro corazón. Pero el día en que el Señor ya desclave sus brazos, será para sentenciar. Tenemos la esperanza, el Mediador. Entre el Padre y el mundo está Jesús.

Sed como Pedro. Él acudió a la Virgen, dice la tradición, después de haber pecado. Y la Virgen le consolaría; le animaría a Pedro. Pero nunca seáis Judas. Significa traidor. Nunca traicionéis vuestro ideal cristiano. Jamás traicionéis vuestro estado. Lo que sois, sedlo siempre, vividlo siempre. Traidores no. Podrá haber alguna mancha, alguna caída, pero vuestra nobleza de corazón...

Nunca neguéis al Señor, nunca. Vuestra fe sea firme, y no solamente una fe de labios, sino de obra. La fe la hemos de confirmar con nuestras obras. Y ha llegado ya el tiempo de que estas nuestras obras tengan un valor especial para presentarlas ante el mundo. Que aun siendo de oro, el mundo –veréis qué malo es– no las querrá recono-

cer. Hasta vuestros propios hijos, viendo vuestras obras santas, aun alguna vez quizá, no quieran reconocerlas. Por eso, no dejemos de continuar actuando como Dios nuestro Señor nos pide. Cumplamos nuestro deber, hasta el final. Éste será el motivo de una perenne alegría, como fruto de una obligación bien cumplida.

Conversión, sí; necesitamos hacerla cada día. Convertirnos, darnos más, entregarnos más al Señor. Repetid la frase de la Virgen: "Fiat", hágase tu voluntad. La de san Pablo, caído en el suelo, vencido: "¿Qué quieres que haga?". Lo hago enseguida. Y, como resultado, aquel Apóstol. Lo de san Pedro, que corre humillado, llorando, a pedir perdón por sus pecados; manifiesta su amor. Lo de Judas, que se ahorca, y colgado del árbol revienta allí, y sus entrañas caen por el suelo. Un apóstol, un apóstol que llora, y un apóstol que se raja. Una madre que llora arrepentida, y una madre que se raja. Una familia que, entre sufrimientos, tira adelante, y otra, que se deshace. Una joven que lucha en medio de los vaivenes de esta vida, como barquilla metida en alta mar, y vence, y otra, que vemos cómo se hunde para siempre.

Los Judas, los traidores, ¿tienen perdón? Sí y no. Tienen perdón si se acercan al Señor, que lo perdona todo. Judas no se acercó. No tienen perdón porque no se acercan; se endurecen, y el endurecimiento es el pecado que no tiene perdón; es el pecado contra el Espíritu Santo, el pecado de resistencia a la gracia divina. La gracia es la llamada. Jesús se presenta al Apóstol, le llama, le da la gracia; aquél la recibe, contesta: "¿Qué quieres que haga?". Cambia su vida.

Aquel que no responde, se endurece; y por mucho que la gracia caiga, cada vez se hace más duro. Judas fue así. Las miradas del Señor, lavándole los pies; la mirada del Señor, humillado a sus pies, la mirada del Señor que se le clavaba; las palabras del Señor, estando en la cena: Sí, éste que mete su pan en mi plato, que lo moja, éste a quien yo

doy el pan mojado, éste es. Lo oye todo. No. Está duro. Qué terrible es la dureza del corazón cuando se desprecian las gracias de Dios.

Vosotras, que ya pronto dejaréis esta casa de retiro y de paz, a las que se os van a acabar estas horas de bienestar espiritual, también de algunas luchas interiores entre vosotras mismas, porque para dar los cambiazos hay que luchar, y la paz interior no viene si primero no precede la lucha, vosotras vais a entrar en un mundo nuevo, el mundo que dejasteis. Pero vais a entrar como soldados fuertes, como buenas madres, bien forjadas en el cumplimiento de vuestros deberes, como jóvenes que van a saber cumplir su sagrado deber.

Vais a ser plantación nueva en este mundo tan derrotado por sí mismo, por su egoísmo y por su orgullo. Una plantación nueva, una sonrisa, una alegría, un corazón puro, una vida limpia... Cuánto bien podéis hacer. Cuánto bien espero yo de vosotras también. Siquiera –yo lo he pedido en la Santa Misa todos los días– siquiera que este pequeño sacrificio mío, que al cabo, es un sacrificio que no vale la pena, solamente lo menciono –si no fuera por vosotras, no lo hubiera hecho–, siquiera, que esto sirva para algo. Para que llevéis un recuerdo de correspondencia a las gracias del Señor. Para que lo que aquí habéis prometido, lo hagáis.

Y si encontráis dificultades, acogeos a la Virgen. Acogeos al manto de la Virgen. Mirad cómo ella sufrió, cómo padeció, y cómo extiende su manto, para cobijarnos como hijos suyos. Y nos quiere tanto, nos quiere tanto... Y si ella cooperó, con sus dolores, a la Redención, nosotros cooperemos también con nuestros sacrificios, con ella, a esta salvación del mundo, la grande obra. La Virgen es la Madre de todos, la Madre de las almas.

Espero mucho de vosotras. Lo he pedido, también. Sois troncos, como yo; pero troncos que, aunque de años, todavía dan sombra, y a esa sombra se pueden cobijar las

almas. Vuestros consejos, vuestra experiencia, vuestra santidad, serán una garantía del fruto muy abundante que yo espero de estos días que hemos vivido aquí todos tan juntos, tan cerca del Señor. Tengo la confianza también, y así vosotras y yo lo hemos de pedir, de que esta vida que hemos vivido, de convivencia, de reunión, de amistad, de intercambio de cosas, de amor santo, se continúe. ¿Dónde? En nuestra patria aquí; sabemos que es una patria fugaz. En nuestra patria eterna, hacia la cual vamos. No lo merecemos; pero el Señor es tan bueno, que por vuestras pequeñas obras buenas, nos la dará.

Judas, nunca. Si acaso, Pedro. Pero siempre como el Apóstol, ese apóstol valiente, transformado: san Pablo. Hacen falta sacerdotes del estilo de Pablo. Hacen falta religiosos de ese estilo. Hacen falta mujeres con temple de ese espíritu.

No miremos el pasado. No volváis la vista hacia atrás. Dirigid vuestra mirada hacia adelante, para ver qué podéis hacer, qué debéis hacer, y qué es lo que el Señor os pide. Señor: ¿qué quieres que haga? Cuando os despidáis mañana, al marcharos, decidle a Jesús, a la Virgen, así: Señor, ¿qué quieres que haga? Madre, ¿qué quieres que haga? Y un momento, mirándoles, escuchad en vuestro interior, que acaso haya una respuesta, como eco de esa voz divina dentro de vosotras. Y decidlo muchas veces: ¿qué quieres que haga?

He pedido mucho... Sólo os pido también que en vuestras oraciones tengáis siquiera un pequeño recuerdo, una avemaría, una mirada a la Virgen, al Señor, lo que queráis, para que siga dándome el vigor y la fortaleza, las fuerzas que necesito, según yo creo, para continuar todavía sembrando en el mundo el Evangelio y la paz del Señor.

RETIROS

**RETIRO GENERAL PARA
COOPERADORES**

**Santa María del Monte
Mayo**

UNIÓN CON CRISTO

EL apóstol san Juan trae estas palabras de Jesucristo, con las cuales quiero comenzar esta alocución. Dice: Si permanecéis en mí, daréis mucho fruto.

Para mí es una gran satisfacción el veros en este momento congregados en la cumbre de esta montaña. Me recuerda aquellos momentos en que a la voz del Señor, acudía la gente a escuchar su palabra.

Voy a dibujar, en un momento, lo que se me ha ocurrido ante este panorama, que viene a ser como una semejanza pálida de lo que suele ocurrir en las diversiones del mundo. Nos acercamos a un espectáculo futbolístico: ¡cuánta gente! Van a tener allí su solaz, su recreación, a expansionar su afición, que es justa y legítima.

Allí figuran los porteros, que tienen un papel importantísimo que desempeñar. Yo pienso: ¿no tendremos nosotros en este juego del mundo un papel parecido al que aquéllos ejercen o desempeñan? Porque ellos son los que impiden que entren goles, que penetre el balón. ¿Acaso nosotros no tendremos también un deber acuciante de impedir que el balón de nuestros enemigos entre en nuestra portería? ¿Y además, siendo delanteros, meter goles en el campo enemigo? No nos fijemos ahora aquí en las camisetas que llevan; miremos sólo a la portería. En la una está

Cristo, luz y redención del mundo; en la otra está Satanás con sus secuaces. Es la lucha emprendida entre el bien y el mal.

Oficio excelente, por demás, el que nosotros hemos de desempeñar en este gran juego de la humanidad. Yo pienso que los Cooperadores, que permanecen unidos a Cristo, han de ser en todo momento estos jugadores decididos y bien instruidos, que impiden que el enemigo penetre en nuestras filas, que nos arrebate a los nuestros. No digo que detenga a los suyos, sino que nos arrebate a los nuestros. Y además, que nos adelantemos con brío para conquistar a aquellos que aun siendo enemigos de Dios –y, en ese punto, enemigos nuestros, aunque como hombres son amigos– los atraigamos a esta luz única que puede alumbrar los caminos del hombre.

Vosotros estáis en el camino. Jesucristo dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Vosotros estáis en el camino, en él; y esperáis; estáis en la verdad, la habéis de conocer cada vez más; y lleváis la vida de Dios por la gracia. Estáis con él, y él está con vosotros. Por eso producís mucho fruto. Porque grande fruto es el que en estos momentos presentáis ante los ojos del Señor y de la Virgen, con vuestra presencia.

Fijémonos en que el mundo actual se debate entre dudas. Hoy todo el mundo duda, hasta llegamos a dudar de nosotros mismos, con esa falta de firmeza, de claridad, de luz en nuestras acciones. ¿De dónde salen estas dudas que atacan la fe, la esperanza, el auténtico amor que debe regir la vida de la humanidad? Vamos a buscar el origen, la raíz.

Y cuando le preguntaron al Señor: ¿De dónde ha nacido la cizaña en este campo donde hemos sembrado el trigo?, contestó: *"Inimicus homo"*. El hombre enemigo vino de noche, y sembró la cizaña. Es la mano del mal que no ha cesado un momento de sembrar la cizaña en esta vida de la humanidad, en el corazón del hombre. De ahí, las dudas.

¡Qué triste es vivir dudando, sin firmeza, sin claridad, sin seguridad interior! La vida así está en un desequilibrio enorme, en que la persona no sabe qué camino tomar, qué decisiones aceptar, qué resoluciones hacer. Lo mismo va hacia la izquierda que hacia la derecha, adelante que atrás: está dudando.

Y de cara a Dios, de cara a la eternidad, penosa cosa es vivir dudando, cuando sabemos cierto que tras esta vida, como una prolongación, viene la otra. Es cierto, porque la vida tiende a prolongarse. Y no se va aquí a limitar solamente a este plazo que vivimos en la tierra, sino que ha de tener una prolongación que ha de rematar en lo que llamamos una eternidad. Eternizar la vida, o en bien o en mal.

Estas dudas surgen también de lo que se oye, de lo que hoy, tristemente, se describe equivocadamente, envuelto en muchísimos errores, unas veces inconscientes; y hoy, podemos decir que, conscientemente, se esparcen los errores para turbar las conciencias. Porque el mal procede así, engañando hipócritamente, mintiendo, haciendo aparecer que es luz lo que no es luz, haciéndolo aparecer como cubierto de luz; haciéndonos ver soluciones donde no existen soluciones; haciéndonos creer aquello que no es objeto de la fe, sino que es contra la fe misma.

Dudas, no ya entre aquellos que no creen...; porque esos no tienen dudas, aunque allá en el fondo el hombre siempre duda; basta acercarnos a un moribundo que no ha sido creyente, que ha combatido incluso a la Iglesia, que ha blasfemado de Dios...; cuando llega ese momento determinante de su vida, surge una duda: ¿será?, ¿no será? ¿Y si es? ¿Cuál será mi destino? ¿Cuál será mi porvenir definitivo? Y entonces, ante esa duda, se acoge a la única tabla que le queda, que es creer, por si acaso.

¿Y en los creyentes? ¿Tiene explicación ese vivir dudando de la verdad predicada por Jesucristo, cuando tan claramente se nos manifiesta? A éstos los podemos comparar con aquellos que tienen ojos y no ven, que tienen oídos

y no oyen, que tienen labios y no hablan, que son estatuas como de piedra, que no aprovechan para nada.

Y estos cristianos que dudan, ¿de qué? Hemos llegado a un extremo que es increíble, pero que es real. Se duda hasta del Sacramento del Altar; se duda hasta de Jesucristo histórico, que ha existido; se duda de su divinidad, se niega su propia divinidad, cuando está tan probada por todas partes.

Pero el mal empuja así. Leía yo algo que me llamó mucho la atención, y es que una de las cosas pasmosas actuales consiste en que el demonio hace creer que no existe el pecado. Pues entonces, tú ¿para qué existes? Claro, haciendo creer que no existe el mal, el hombre se lanza al mal; el hombre rompe esas ataduras de la ley de Dios, esas amarras que le sujetan contra el desorden de sus propias pasiones. Y hemos llegado a este punto, que no se cree que existe el pecado. Lo cual es lo mismo que decir que no se cree que existe una ley, porque el pecado no es más que el quebranto de una ley; eso es el pecado. Si no existe ley; no existe Dios, porque Dios es la ley que rige el universo y que rige los actos todos humanos. A la cual ley hemos de estar todos sujetos.

Esta duda es tremenda. La sembramos nosotros con nuestra conducta, con nuestras palabras, con nuestros hechos, con las enseñanzas... Y yo os llamo la atención. Ya sé que para vosotros no hay peligro ninguno. Pero no os dejéis nunca llevar de estas enseñanzas que no son abiertas, que no son claras, que son ambiguas, que quieren decir muchas cosas a la vez, para así ocultar el error y la mentira. Las cosas de Dios son claras, son terminantes, son más claras que la luz del sol cuando brilla; se reducen a pocas cosas: a que el hombre viva controlado en su propia vida, y con ese control viva su auténtica libertad.

Porque no hay libertad cuando no hay control en la persona. Y cuando no hay ese control en la persona, nos domina cualquier cosa, menos aquello que nosotros debe-

mos hacer. Nos domina el qué dirán de una persona, el juicio que puedan formar, cómo nos pueden considerar, el agradar, no disgustar..., cuando nuestro deber es actuar según indica la propia conciencia. Entonces, no hay persona, ni hay cosa, ni hay placer, ni hay mundo, ni hay nada más que el cumplimiento de un deber, porque el cumplimiento del deber está por encima de todo. Y en esto el hombre demostrará que es libre, porque no le domina nada más que el imperio de su propia conciencia.

Hoy se alardea mucho de esa libertad. Eso se llama esclavitud. Porque uno puede amar, sí, mucho, pero te esclaviza el amor cuando ese amor está fuera del camino. ¿Es que quieres una expansión, quieres un desahogo? Pero, tú ¿no sabes que eso está fuera de una ley, que eso está contra una ley? ¿Dónde está tu libertad? ¿Puede más el desorden que el orden que tú mismo puedes guardar en tu propia vida? ¿No has profundizado en tu ser? ¿No has entrado en lo íntimo de tu propia conciencia? ¿No te sientes dueño de ti, de tal manera que nada te domine, sino aquello que tú debes hacer?

No dudéis nunca de las cosas de Dios, cuando claramente se presentan, y la fe os lo dice. Y en ella se cifra, en esta fe, nuestra esperanza. Y en esta esperanza está la raíz del verdadero amor.

Yo creo que también una de las fuentes de la duda es la ignorancia. Pero a nuestros cristianos, ¿se les puede permitir el lujo de tanta ignorancia? No. Porque todos tenemos deber, obligación, de conocer aquello que de un modo particular se refiere a nuestra propia perfección, a nuestra propia salvación, al valor del hombre. Ésos son los valores humanos, cuando esos valores humanos se perfeccionan; y se perfeccionan de cara al bien, no de cara al mal, no de cara a un egoísmo, no de cara a una avaricia, no en dirección a una soberbia, que son los tres puntos a que se refiere san Juan: la avaricia, la carnalidad, la soberbia. Esto es lo que domina al mundo.

Así no puede haber paz: ni paz en la conciencia, ni paz en las familias, ni paz en los hogares, ni paz en la sociedad, en el orden, cualquiera que sea, ni económico, ni político, ni nada. No puede haber paz.

Fijaos también en que el mundo se desenvuelve dentro de lo que podemos llamar una presión de fuerza. Presión de fuerzas; todas las naciones se arman, cada vez más. ¿Desenlace...? El desenlace actual ya tiene su inicio, y se va propagando: la pistola, la matanza, el sentido inhumanitario de la vida. Ningún animal llega a perder ese instinto con relación al animal de su propia especie. Sólo el hombre ha llegado a un extremo que ha perdido el sentido humanitario de la vida. ¡A qué extremo hemos llegado! Y nos hablan de fraternidad y de liberación... Son palabras vacías, no tienen sentido ninguno. Eso es palabra por palabra, hablar por hablar, decir por decir, pero sin sentido verdadero alguno.

Estamos bajo una presión de fuerza en el mundo. ¿Quién podrá más? ¿Quién será más poderoso? ¿Quién dominará el mundo cuando llegue el momento decisivo en que unos se ataquen? Y así estamos todos... El más poderoso sujeta al débil; el más potente en bienes explota, si puede, a aquel que tiene bajo su imperio, con esclavitud. El más sabio quiere y entiende que sólo él tiene derecho a hablar, cuando el Señor dice que a los humildes les da la luz y a ellos les revela las cosas más que a los sabios. ¿Solamente ellos tienen derecho a decir...? Y el humilde, el ignorante, en cierto modo, ya que hoy, dada esta cultura que se va adquiriendo, no hay tantos ignorantes como antes, ¿solamente éstos están excluidos de poder decir, de poder hablar, de poder manifestar aquello que sienten dentro de su corazón?

Apenas si nos podemos mover con esa santa libertad; porque la fuerza de opinión es la fuerza de regímenes. La fuerza de actuaciones, cuando no va dirigida por la ley de Dios, no es más que una opresión de fuerza. Cuando

no está Dios, o hay dictadura arriba, o hay dictadura abajo: el hombre no es más que una cosa, no significa nada; sus valores no son reconocidos más que como una pieza de una máquina que la ponen a trabajar, y nada más.

Digo esto para que veáis el panorama actual, la concepción que el hombre ha formado del hombre; porque ha prescindido de Dios, porque no cree en Dios, porque ha marginado a Jesucristo, porque rechaza su ley. Y sin su ley, el mundo va a una enorme catástrofe, como el individuo, él solo, en su propia vida. Cuando un individuo, ya, prescinde de Jesucristo, de su fe, de su esperanza, de esa vida de eternidad, se lanza a disfrutar, a gozar, a todo lo que sea. Pero cuando el individuo va mal, va mal la sociedad. Porque la sociedad, como la familia, está constituida por individuos. Si el individuo va mal, va mal la familia, y ese mismo camino recorre la sociedad.

La renovación hay que hacerla desde abajo, desde el individuo. Hay que renovar al individuo, en su conciencia, en su mentalidad, en su corazón, en su vida. Y entonces, surgirá la familia ideal; surgirá el amor de los padres a los hijos, el sacrificio por ellos. Y al mismo tiempo, los hijos ya así formados, sabrán responder con cariño y con afecto a los padres, y conocer los sacrificios que estos padres han hecho por ellos.

Pero cuando no hay este reconocimiento..., ¿por qué?, porque su razón se ha hecho autónoma e independiente, y no quiere reconocer nada, la vida se hace imposible. Y éste es el lamento de tantos padres. No pueden con sus hijos; se les rebelan; se encabritan...; les falta lo único que les puede sujetar: la luz, el conocimiento propio; saber que lo que tienen de bueno, es de Dios, y lo que tienen de malo, es suyo, porque nace de nosotros –el enemigo sembró la cizaña, y la cizaña la llevamos todos dentro de nosotros–.

¿Ésta es la sociedad, ésta es la humanidad soñada? ¿Ésta es la que concibió Jesucristo cuando vino a redimir

al mundo? No. Vino a hacernos hermanos por la gracia, a hacernos sentir esa hermandad, esa fraternidad; pero no de palabra, sino de cariño, de afecto, de generosidad, de poder convivir como personas que somos, responsables de nuestros propios actos, personas morales.

Y advirtamos, también, que el mundo se desenvuelve, desde el principio hasta el fin, de esta forma, en torno a Jesucristo. El mundo no sabe vivir sin él. O le niega, le combate, o le adora. Pero es el centro, siempre, de la lucha. El fondo de la cuestión, en cualquier género de vida que podamos nosotros aquí anotar, es siempre el Cristo, el Dios, la fe. O negándole, o adorándole...

¿Qué harían los malos si Jesucristo no existiese? ¿A quién habrían de combatir si no existe? No sabrían qué hacer. Porque si yo quiero derribar una pared, si la pared no existe, ¿para qué mi trabajo de derribar la pared? ¿Para qué el estar toda la vida dando golpes a lo que no existe? Y, no obstante, no paran de darle golpes a Jesucristo, a su Iglesia, a la vida de fe. Entonces, el mismo enemigo nos declara que sí que cree que existe, porque si no, no combatiría. ¿Para qué está desentrañando la tierra el labrador, para arrancar las raíces, si las raíces no están? Es que todavía ahí están las raíces del cristianismo. Es que estas raíces son muy hondas todavía, y lo son en una cantidad numerosa de gente –a pesar de tanto mal–, que lleva enraizada la vida profunda de Dios, con su creencia, que le hace ser, muchas veces, como un héroe cuando llega el momento de confesar su fe, y de ordenar su vida, y de sujetarse a lo que la ley divina señala.

Alrededor, pues, del Señor, va todo el mundo, o en pro, o en contra. Es tonto que lo nieguen, porque eso no se puede negar. Ahora bien, actualmente se le combate con negaciones, con escritos, con hechos palpables, hechos que son expansiones de bestialidad... No hablemos de pecados, sino de desórdenes, tales desórdenes que nos pasman. No es del caso enumerarlos, pero sí os digo que yo,

muchas veces, he pensado que el hombre que constituye esta humanidad, debe llevar dentro tal maldad de siembra, que es capaz de destruirse a sí mismo destruyendo a su prójimo.

Combatir esto es nuestra misión. Ponernos junto a Jesucristo es nuestro deber. Por esto he iniciado este acto recordándoos estas palabras del Señor: si permanecéis en mí, produciréis mucho fruto. Permanencia en Jesucristo, ¿qué significa esto? Que hemos de estar unidos a él, que hemos de ser fieles a su palabra; formar la imagen de un soldado fuerte que está junto a su jefe; ser servidores de aquel que nos ha servido; combatir para alcanzar, no solamente la glorificación de Dios, sino nuestra propia salvación, que la ponemos en juego, sencillamente, en cada momento de nuestra vida.

Y esto incumbe a todo hombre, particularmente, a todo cristiano; y más particularmente a aquellos que han sido elegidos por él: "Os he elegido". A vosotros se pueden apropiar estas palabras, como dijo a los apóstoles: Yo os he elegido para que produzcaís mucho fruto y fruto abundante, y fruto perenne. ¿Puede elegirnos? Sí. ¿Por qué no? Dependemos de su voluntad. ¿Y quién puede trabar la voluntad del Señor, cuando él nos mira y dice: "Sígueme", con esa potencia que tiene la mirada de Jesucristo para entrar en lo íntimo del corazón, y mover la conciencia, y arrancar la voluntad? ¡Sígueme!

Permanecer en él es no dudar; es guardar en todo momento ese compromiso, esa fidelidad a su palabra; es saber que estamos en la verdad, y de la verdad, nunca, nadie puede dudar. Y necesitamos calcar bien esta vida profunda de unión con Jesucristo: unión de pensamiento, unión de palabra, unión de afecto, unión de amor... Porque el que ama, cree; el que ama, espera; el que ama, da; el que ama, es generoso; el que ama, no tiene miedo; el que ama, se lo juega todo, en la medida que ama.

Vuestra misión es muy hermosa. Yo diría que es la más hermosa que podáis tener, que atañe a vosotros personalmente, porque salváis el gran tesoro de vuestra propia vida, salváis vuestra propia alma. Y porque sois instrumentos de hacer el bien. Qué feliz se siente aquel que hace el bien. Yo no comprendo que una persona pueda sentirse feliz haciendo el mal. Es que ha pervertido su propia naturaleza.

A vosotros, pues, incumbe el hacer el bien. Y en este hacer el bien, a veces hay que hacer el mal, como el médico hace el mal cuando amputa una pierna, para salvar la vida del individuo. Pero es un hacer el mal no por el mal, sino por el bien que se ha de seguir de ese mal. Que cuando un padre castiga, no castiga por castigar, sino por el bien que se va a seguir de ese castigo, para con aquellos que el Señor ha puesto bajo su imperio y su mandato. Por eso dice san Pablo que el padre que no castiga, no es buen padre. Aplicándolo a Dios, decimos que Dios nos castiga porque es buen padre, porque quiere nuestra corrección, por eso. Como igual, y valga la comparación, que cuando un caballo va mal, entonces le dan un estacazo, ¿para qué? Para que vaya bien, no se salga del camino, no vuelque el carro.

A veces, miramos la mano de Dios que baja como un castigo, y solemos decir: Señor, ¿por qué? ¿Que por qué...? Entra dentro de ti y reflexiona un poco y verás el por qué. Porque vas fuera de tu camino, porque vas hacia tu propia ruina, te vas a destruir tú mismo. Y el Señor no quiere esto.

En este mundo, pues, en el cual nos estamos debatiendo todos ya, los buenos y los malos..., estamos en el campo de la lucha. Pero en esta lucha necesitamos cumplir dos preceptos, que se unen en uno, en los cuales se sintetiza toda la voluntad de Dios, toda su ley: amarás a Dios, primero y principal mandato, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. ¿Por qué? Porque es el Crea-

dor, porque de él dependemos, porque es el sumo bien, porque a él vamos, de cuyas manos venimos, y en cuyas manos hemos de parar, queramos o no queramos. Y no nos exige más que este amor. Fácil es, muy fácil de cumplir. Pero al mismo tiempo, a tu prójimo. En la misma medida que amamos a Dios, amaremos al prójimo. Amar al prójimo, ¿qué es? ¿Darle contento en todo? ¿Hacerle el bien, o hacerle el mal? Si le hago el mal no le amo, porque el amor nunca quiere hacer el mal; si no, no es amor. El amor nunca puede hacer el mal a la persona amada. Si piensa que le está haciendo un mal, entonces no le ama. Amar al prójimo no es hacerle el mal, ni es permitirle el mal, mientras nosotros lo podamos corregir, lo podamos evitar. Muchas veces no podemos evitarlo, y lo toleramos, como tolera el Señor una blasfemia. Lo tolera, porque no tiene obligación de evitarlo; lo tolera, pero no lo quiere.

Amar al prójimo es hacerle el bien. Pero hacerle el bien ¿cómo...? Yo no quiero hacer alusiones, pero precisa aclarar cosas. ¿Vamos a hacerle el bien únicamente considerado el hombre en su aspecto económico? ¿Es que el hombre no es más que un ser que ha de vivir comiendo y bebiendo, para luego morir? ¿Es que el hombre, o nosotros, somos seres que no hemos de estar sujetos a un padecer, a un sufrimiento, cuando, después del pecado, el hombre queda sujeto a sufrir, a padecer, a ganar el pan con el sudor de su rostro, como un castigo? Hacerle el bien... Esto será una parte, necesaria. Porque tiene derecho a vivir y, honradamente.

Pero hacerle el bien, integralmente. No es el cuerpo el que predomina en el hombre; es el alma. El cuerpo ha de perecer; el alma ha de vivir eternamente; el cuerpo se ha de corromper; el alma no se puede corromper. Es lo que constituye esa unidad en nosotros: el alma, ese yo perenne que no cambia. Nosotros podemos cambiar en el cuerpo, y cambiamos, desde pequeños hasta mayores, físicamente; somos distintos completamente; y, no obstante, somos el

yo, el yo permanente, ese yo que no cambia, ese algo que hay fijo en nosotros, lo que le da unidad a nuestro ser.

Hacer el bien al alma; hacer el bien para que podamos vivir en la santa paz; hacer el bien con nuestros consejos; hacer el bien evitando el mal, en lo corporal, más todavía en lo espiritual. Y aquí vemos cómo el escándalo, hoy, públicamente ya, el escándalo está devorando a pequeños, a mayores, a matrimonios, no matrimonios... Es el escándalo público.

Y el escándalo es un instrumento de hacer el mal, de pervertir, de destrozar, de desalentar. ¿Quién? ¿Fulano de tal? ¿Tal persona hace aquello? Ah, entonces, yo también lo hago... Por eso el Señor arremetía tan fuertemente contra el escandaloso, cuando decía: Ay de aquel que escandaliza, porque mejor le fuera no haber nacido que escandalizar a uno de estos pequeños. Mejor le fuera no haber nacido. Cuando el nacer, el ser, en nosotros, es lo más perfecto que hay y, no obstante, dice, mejor le fuera no haber nacido.

Y hoy se hace el mal de tantas formas... No matando, no quitando un pedazo de pan ya, sino escandalizando, corrompiendo el corazón, corrompiendo la inteligencia, mentalizando, como dicen. Pero ¿cómo mentalizan? ¿Arrancando la fe, arrancando la esperanza, pervirtiendo el amor que debe regir la vida nuestra humana? Eso es..., se llama, hacer el mal. ¿Por qué? ¿Por qué motivo? ¿Con qué fin? ¿Qué es lo que mueve la voluntad a hacer el mal? ¡Ah! Esto es un misterio. Serán los celos, serán las avaricias, serán los egoísmos, será el placer.

Por eso Dios nuestro Señor dice: La medida del amor a Dios será la medida que tú tengas a tu prójimo. Amamos no el mal, sino que amamos al malo, a la persona. Amamos no el pecado, sino al pecador. A la persona siempre se la ama, pero lo que hace, no. "Es que lo ha hecho fulano de tal", pues, mal hecho. La condición de la persona no legitima lo que uno hace, sino lo que uno hace es lo que legi-

tima a la persona. Conoceremos a la persona por sus obras. Por las obras, dice el Señor, conocerán lo que tú eres, cómo tú obras, cómo tú piensas, qué es lo que llevas dentro de ti; por tus obras... Nuestra misión es hacer el bien.

Qué grande y hermoso campo de apostolado tenéis, mis Cooperadores, en esta elección que Dios, graciosamente, ha hecho sobre vosotros. En el día de la cuenta sabréis cuánto vale esto. Ahora no lo podéis apreciar. Como no podemos apreciar cuánto vale la vista sino cuando se pierde, o cuando, una vez perdida, se recobra. Entonces sabremos lo que vale nuestra vida ofrecida en este pequeño holocausto, en este pequeño trabajo, en este disimulado, quizá, modo de obrar, pero ejemplar en todo momento.

¿Y por qué no hacerlo? Lo haréis si permanecéis unidos a Jesucristo. Pero si os desunís, si perdéis su gracia, si cerráis vuestros ojos para no ver esa luz que brilla en el camino de vuestra vida, se producirá esa desunión, ese enlace triste, en que después de sentir una felicidad interna, y de tener abierto un camino de esperanza, de momento se cierra, se echa todo a perder. Y luego, ¿qué? Un vacío interior que no lo puede llenar nadie... ¡Qué hermosa es nuestra misión!

Pero esto es lucha. No os imaginéis una vida tranquila en este sentido. Hay que meter goles, hay que arrancar almas para Dios; para eso tenemos los valores que hemos de manejar: es nuestra persona. Nuestra persona significa palabra, significa pensamiento, significa enseñanza, significa ejemplaridad, significa abnegación, significa lucha, significa persistencia en nuestro obrar siempre según la ley de Dios nuestro Señor.

Permanecer en Cristo es vivir en paz. No hay felicidad en la vida comparable a ésta; nos da una seguridad, mirando el porvenir, el más allá, que uno no tiembla, sino que se alegra. Aunque la naturaleza se resista, por ser naturaleza

humana, se alegra de que en el futuro, en el futuro, hallará su patria, hallará su vida, hallará la merced de los pocos sacrificios que en esta vida ha podido hacer.

Nuestra vida, qué hermosa es y qué grande es, qué profunda es, cuando sabemos gastarla por el bien de nuestro prójimo. Y el bien es, no solamente material, sino, principalmente, el bien espiritual.

Que podéis hacer vosotros..., es cierto; que podéis hacer mucho, es evidente; el tiempo me va confirmando en ello. Hemos encontrado en vosotros una mina, una mina de acción, una mina de oro, que puede redimir a tantas personas que andan por ahí, o por lo menos, darles una vivencia más profunda de lo que es el cristianismo. Para que así os confirméis más en lo que estáis viviendo, y tengáis una esperanza tan firme que, los contrastes de esta vida, las circunstancias difíciles, los contratiempos, en fin, nunca jamás puedan menguar esto que lleváis dentro de vuestro corazón.

Cooperadores..., pensad que lleváis una herencia, la de las Obreras. Y trabajad, haced algo útil en vuestra vida. Es tan hermoso..., que podemos darla por bien empleada cuando la gastamos haciendo el bien. Como hizo Jesucristo: pasó por el mundo haciendo el bien. Ésta es la frase que en los Hechos de los Apóstoles viene a sintetizar toda la acción del Señor: pasó haciendo el bien. Y cómo lo hizo, qué bien lo hizo, hasta morir en la cruz, cuando llegó su momento, para demostrar cómo les amaba, cómo les quería, cómo les llevaba en lo íntimo de su corazón, después de haberles predicado, enseñado, sacrificado todo hasta el final, en la expansión más alta del amor, porque la tiene en lo más alto del dolor.

La lucha nuestra es un dolor; la vida es un dolor, es una abnegación, es un sacrificio. No lo rehuséis nunca; alegraos de que podáis padecer algo por el Señor. Y entonces, ese espíritu de las Obreras lo llevaréis en vosotros. Porque no es otro el espíritu que ha de alimentar vuestro

interior... No, no puede ser otro más que permanecer en Cristo, como fieles servidores, como hijos buenos, como hermanados con él, ¡hasta el fin!

Dad a vuestra vida este sentido profundo espiritual, que con él lleváis también la solución de otros sentidos de la vida que son materiales. Y materiales, quizá, no de riquezas, pero sí materiales de paz, de honradez, de vivencia íntima en un hogar, de complacencia en todo aquello que vosotros podáis complacer a todo el mundo, pero complaciendo a Dios.

Hoy es día de reflexión. Habéis respondido a la llamada. Alegraos vosotros, que yo, con vuestra alegría, también me alegro. Quisiera prender fuego dentro de vosotros, para alimentar esos santos deseos que bullen en lo íntimo de vuestra alma, darles fuerza, impulsaros. Pero con un impulso de ánimo y de fortaleza. Que todas las adversidades no os hagan temblar nunca, sino con el espíritu del amor de Dios, superarlas, vencerlas. ¡Adelante! Que allí nos espera el Señor.

Lo que él hizo, como una imitación yo debo hacerlo; porque no tengo otro modelo en mi vida. Y si al Modelo sé copiar, en el día grande de mi cuenta, aparecerá el pequeño modelo. ¿Qué has hecho? "Señor, lo que tú me dijiste." ¿Cómo? "Como supe, dentro de mis debilidades, de mis imperfecciones, como supe." ¿Qué has hecho de tu vida? "Gastarla por ti." ¿De qué han hablado tus labios? "De la verdad tuya divina." ¿Cómo has forjado tus ímpetus? "De cara a ti." Y ¿qué has dejado en el mundo? "En el mundo están mis huellas, Señor; todavía no se han borrado. Allí están. Ésas son mis obras, pequeñas, pequeñas..., pero mis obras, hechas por ti."

Ésa será la mejor frase que vosotros y yo podamos decir en el día de la cuenta.

Con esta Virgen tan querida, bajo cuyo manto estamos viviendo, seguiremos luchando, y queremos morir.

RETIRO PARA COOPERADORAS

**Moncada
Junio**

PREDESTINACIÓN

RECORDEMOS unas palabras del apóstol san Juan en el Apocalipsis. Dice que los predestinados son aquellos cuyo nombre está escrito en el libro de la vida. ¿Qué es el libro de la vida? Es el libro de los que se salvaron, que están en el cielo, y de los que se han de salvar. Sus nombres están escritos. Y ese libro solamente lo puede abrir el Cordero Divino, Jesucristo inmolado. ¿Quiénes son los predestinados? ¿Sin duda quedan predestinados aquellos que, indefectiblemente, sean buenos o sean malos, se han de salvar; aquellos que, desde su nacimiento, ya tienen segura la salvación, sin hacer nada de su parte? No. Cada uno se predestina según sus obras. La voluntad de Dios está en la salvación de todos. Es una voluntad general el que todos se salven, pero ¿quiénes son los que se salvan? Los que quieren salvarse. ¿Quiénes son los que quieren salvarse? Aquellos que ajustan sus obras a la ley de Dios. ¿Quiénes son los que mejor se salvan, más ciertamente se salvan? Aquellos que, no solamente se ajustan en sus obras a la ley de Dios, a las leyes de la Iglesia, que es el Cuerpo Místico de Cristo, sino que también procuran poner en práctica los consejos evangélicos. Éstos van por un camino de salvación, de santificación, de una mayor seguridad, si cabe la palabra, en cuanto a esa vida divina que, viviéndola en la

vida, no para en nosotros, sino que ha de ser el germen de la vida eterna.

Entonces, ¿cada cual se predestina? Indudablemente. No sabemos los grandes misterios de Dios hasta dónde alcanzan, porque esto es un misterio enorme. Vemos cómo personas muy pecadoras, muy malas, llega el momento final de su vida, y en un momento liquidan la situación, en su favor. Vemos cómo personas que han obrado bien, que han sido buenas, naturalmente y hasta espiritualmente, han podido tener un desliz, un bache en su vida, o un cambio en su vida, cambio en el cual trastornaron todo su pasado, que era de nobleza espiritual, y han muerto mal. ¿Es que los primeros están predestinados, y a última hora les viene esa gracia de conversión, para que se salven? ¿Es que los otros no están predestinados, y cuando llega el momento decisivo, después de haber abandonado su vida buena, no han sabido resurgir a un retorno hacia Dios? Es cosa triste. Pero lo cierto es que nosotros nos predestinamos a la vida eterna, por nuestras obras. Quien, pues, más obras buenas tiene, mejores obras realiza, más íntimamente vive unido a Jesucristo, más su vida la ha sacrificado por Jesucristo, indudablemente, éste va escribiendo su nombre en el libro de la vida.

Y esto nos hace pensar mucho, para no meternos en un miedo de desconfianza: saber cierto que este problema lo resolvemos según nuestra voluntad. Ahora bien: Dios nuestro Señor os ha llamado; es la llamada especial. ¿Para qué? Para que os santifiquéis, en primer lugar, para que mejoréis vuestra vida profunda interior. Eso es evidente. Para que alcancéis vuestro grado de santidad, que está al alcance de todos aquellos que quieren. No lo podemos dudar. Pero además, para dar al prójimo, para dar a los otros aquello que nosotros llevamos almacenado en nuestro interior: lo de Dios. Esos dones, diríamos vocacionales, tienen una gran profundidad: es una llamada secreta que Jesucristo hace directamente, o por medio de una persona,

o mediante un libro, en una circunstancia...; lo cierto es que la llamada viene.

Nunca podremos estimar, yo como sacerdote y vosotras que habéis recibido esta luz interior, nunca podremos estimar debidamente lo que significa un don así. Sólo en el cielo lo sabremos apreciar. El que el Señor nos quiera instrumentos de su glorificación, el que nos escoja dándonos medios mayores para nuestra santificación, el que vaya golpeando nuestro corazón para hacerlo vibrar en un amor más intenso hacia él, el que nos haya encajado toda nuestra vida con toda su vitalidad, con todas nuestras aptitudes, naturales y sobrenaturales, que nos da mediante la gracia, para que podamos ser instrumentos eficaces en esta grande obra de la regeneración del mundo, de la santificación, de la salvación..., lo hemos de tener muy presente, para que así, nunca el desánimo penetre en la voluntad, nunca. Porque es cierto que estamos pasando horas de crisis, difíciles, de lucha interna y externa.

Pero yo pensaba, hace unos momentos, en este problema tan agudo que acucia a la Iglesia en nuestros días y, a la vez, en vosotras. Y mirad, me vino a la mente una comparación: veía una casa, con su familia, su madre rigiendo aquella casa; contemplaba la amargura de aquella madre, al ver el desenvolvimiento cada vez peor que llevaba su hacienda, por el incumplimiento de sus hijos; en aquellos apuros, se le presentan unas mujeres, algunas de ellas, la ven así, tan llena de tristeza y de pesadumbre, y le dicen: ¿qué es lo que te pasa? Y ella, sencillamente, les hace un relato exacto de lo que le ocurre, y como tiene tanta confianza, les dice: habéis llegado a tiempo. Solamente os pido una cosa: el óbolo pequeñito que vosotras tenéis, para salvar mi hacienda, por lo menos, para remediarla. Y aquellas mujeres sacan su óbolo, sus reducidas monedas, se las entregan y alivian la situación de aquella mujer. Yo pienso... ¿no es ésta la situación de la Iglesia? Y es la madre que está herida por el comportamiento de sus

hijos..., y más aún por aquellos hijos que son más allegados a ella. ¿No es ésta la tristeza que invade el rostro de una Iglesia? ¿No la atormentan estos miles de dudas, de herejías, de errores, que cunden por todas partes? ¿No amenazan naufragarla en un mar de corrupción...?

Vosotras, valéis, aunque tengáis vuestros años; tenéis vuestras experiencias, y aunque tengáis grabada la cruz de vuestros sacrificios, mejor todavía. Porque esa experiencia de la vida, ese conocimiento de los hombres, ese conocimiento de las criaturas, ese algo, os pone en condiciones mejores para poder tomar parte en esa tremenda batalla del establecimiento del Reino de Dios en el mundo. Llegáis a tiempo, y bendita la hora en que, ampliando la acción apostólica de las Obreras, puede llegar esta simiente de espiritualismo, de acción, de estímulo, de acicate, a vosotras, las mujeres, sin condición de estado. Llegáis a tiempo.

Se os pide el óbolo de vuestro corazón, el óbolo de vuestra voluntad, el óbolo de vuestra vida, después de haber cumplido vuestros sagrados deberes que tenéis contraídos, y a los cuales estáis sujetas. Pero los huecos de vuestra vida, también, también hay que ocuparlos. Y de estos deberes que nos atan al mundo, también hay que excepcionar de vez en cuando algo, para cumplir altos deberes que Dios nos exige; porque cuando la patria está en crisis, ya todos se vuelcan en defensa de la patria. Cuando la Iglesia está en crisis, no como Iglesia, sino los miembros que constituyen la Iglesia, padecen esta crisis tremenda, entonces..., la fe sentida, la fe vivida, el amor de Dios, tan manifestados a nuestros ojos, y tan comunicados a nuestro corazón, nos han de hacer fuerza para lanzarnos a trabajar.

Ahora, a ofrecer, a sembrar, a evangelizar: en el campo de vuestra casa, las plantaciones de vuestra familia, en los campos que os circundan, de personas conocidas, en el mundo entero. Sembrad, estableced el Reino de Dios, re-

novad la Iglesia, pero en un sentido de más vitalidad, de más espiritualidad. Vosotras tenéis aquí que desempeñar un papel muy hermoso. Las mujeres podéis mucho; de ello no dudo nunca. Desde mis primeros años de sacerdocio, la mujer fue un brazo derecho, para mí, en el trabajo de apostolado. Cuando llegáis vosotras, con un nombre nuevo en vuestra vida, el de Obreras de la Cruz... ¡Cuánto significa este nombre! ¡Cuánto exige de fidelidad, de espíritu de Dios vivido, de rectitud, de elevación de alma, de nobleza de vida, de cristianismo vivido...! Obrera de la Cruz..., cuya vida ha de estar esmaltada de virtud. No creáis que se trata de grandes dificultades, de cosas tan altas que nadie puede conseguir, no. Se trata de ennoblecer nuestra vida corriente, de elevarla, de vivirla cristianamente, de darle un sentido sobrenatural, puesto que lo humano, puramente humano, de poco sirve si estos actos nuestros humanos, conscientes, no van dirigidos a la consecución de nuestro fin, para el cual hemos sido creados. Nuestra misión es excelsa.

Y no vais solas. Sois una rama más de este árbol tan potente de las Obreras. Todos tenemos nuestras imperfecciones, nuestros defectos, nuestros baches, pero..., la voluntad, el coraje, el vigor, ese algo de Dios que debe impulsar una vida, eso sí que anima el espíritu de la Obrera. Y su confianza está plenamente puesta en la que es la primera Obrera: en la Virgen. Con esa muleta puede andar a todas partes; con esa mirada fija en ella, puede triunfar y triunfa... Vosotras, habéis de ser igual, dentro de vuestra actuación familiar, de vuestra condición personal. Cada uno de nosotros tiene una característica, pero tenemos una cosa común: un amor de Cristo dentro de nosotros, que nos hace hablar, nos hace ser afables, nos hace sonreír, nos hace sufrir, nos hace impulsar nuestra vida hacia Dios, nos hace derramarla toda para hacer el bien.

¡Qué programa más hermoso! Y llegáis a tiempo, para comenzar, como venís haciéndolo ya, vuestro apostolado.

Sé que los pueblos van vibrando, que os esperan, que saldrán muchas, muchas vocaciones, aunque no corre prisa que broten tantas. Hay que formar, hay que levantar hacia arriba todos estos brotes que por la gracia de Dios van saliendo de esta humanidad, que si es mala, tiene mucho de bueno todavía. Hay que elevar a una humanidad de oro, a unas mujeres buenas, que tienen alientos sobrenaturales y deseos; esos deseos que no sabemos cómo nacen en nosotros, pero alguien los ha puesto; es la mirada de un Cristo, es la mirada de una Virgen..., ¡es nuestra fe!

Vuestro campo es amplio. Yo sé ya el fruto que vuestra actuación, que ahora empieza, está produciendo. Son los hombres los que ansían ya oír la palabra de Dios; son los jóvenes...; son muchas las jóvenes que en los ejercicios pasados se unieron hermanadamente para cambiar sus vidas. Son muchísimas las que esperan ya el turno que viene. Todo es fruto vuestro. Trabajáis y no os dais cuenta de lo que estáis produciendo; estáis ayudando a que las almas se muevan, a que las voluntades se arranquen, para que puedan recibir ese aliento divino, esa luz de la palabra de Cristo, y puedan transformar su vida en mejor.

Y estas cosas os digo para vuestro aliento, para que no creáis que sois instrumentos que no vais a producir nada. Yo confío mucho. Sé que lo haréis. Las bendiciones de Dios no os han de faltar. La Virgen os ama. La Obrera debe estar predestinada para Dios. Su nombre está escrito en el libro de la vida; porque su vida, si se vive tal y como es, de sacrificio, de amor, de oblación, de entrega, de conquista, es preciso que esté escrita con letras de oro en el libro de la vida. Y cuando un vivir nuestro así se gasta, una inteligencia, un corazón, un poder..., ¿qué más podemos nosotros desear, si habremos conseguido ya el "sumum" de nuestra felicidad, la victoria más grande que nosotros podemos soñar? ¿Para qué es la vida?

A cada una de vosotras os ha dotado el Señor de condiciones, más o menos profundas, fructuosas..., pero que

todas han de producir, proporcionalmente, su fruto, si vosotras queréis, y sí que queréis; si vosotras os esforzáis, y lo vais a hacer; si vosotras permanecéis fieles, y la fidelidad ha de ser constante. Y la tendréis si vivís unidas a Jesucristo, y bien cogidas al manto de la Virgen, pensando en que vuestra vida ha de producir mucho fruto aquí, y ha de ser glorificada allá. Entonces seréis fieles, a pesar de dificultades que vais a tener, de contradicciones con las cuales tendréis que enfrentaros, de luchas, de palabras, que puedan herir vuestra personilla; también hirieron la del Señor.

Seguid trabajando, seguid con hambre de ser mejores. Santificaos mucho, que en la medida en que vosotras llevéis esta santificación, la llevaréis a los demás. ¿Quién habla de Dios? El que tiene a Dios. ¿Quién evangeliza? El que está evangelizado. ¿Quién es el que prende fuego? El que lleva fuego. ¿Quién es el que da luz? El que lleva la luz encendida; la vela apagada, por mucho que se aplique, no da luz. Si no ven en nosotros a Dios, una transparencia de lo que llevamos dentro de nosotros, poco podemos hacer. Recalco mucho esto, porque hay una desviación en el apostolado. No se trata de moverse mucho, de hacer grandes cosas de aparato. Se trata de vivificar. Quien toma un cuchillo, si el cuchillo no está afilado, no está en condiciones, por mucho que lo mueva o maneje, no corta nada; pero quien tiene un cuchillo potente para cortar, da un tajo y corta. Un alma se volcará ante la palabra, la mirada, el fuego que nazca de aquel que le habla.

Vosotras habéis de ser así, como Obreras que sois. Y según el espíritu de Obreras, habéis de actuar y habéis de vivir. No para, diría, asfixiar vuestra vida, cargándola de cosas, ¡no! La vida de la Obrera es muy sencilla: es amar; es dar; es trabajar; es santificarse; es dar a Dios. Es vivir de Dios. Nada más. Que lo podéis hacer vosotras también, ya lo sabéis prácticamente. Yo no tengo más que motivos, mirando al Señor y a la Virgen, para darles muchísimas

gracias. Para mí, es un gran consuelo dejar establecida antes de que el Señor disponga de mis días, esta potente Rama de las mujeres, que luego será de hombres. Confío en que seréis un brazo potente, derecho, entre las Obreras que, entregadas por completo, batallan por el mundo. Sois un complemento, pero un complemento que puede hacer muchísimo.

Y me es grato manifestaros el consuelo que a las Obreras ha producido esta vuestra existencia. Os miran con cariño, con espíritu de hermandad. Y con ellas habéis de formar una unidad en el trabajo, en la oración, en el espíritu, en la santificación. Para que todos los miembros del Instituto y todas las Obreras, ellas y vosotras, con vuestro trabajo, con vuestro apostolado, con vuestra ejemplaridad, vengáis a ser como una oración de incienso que sube hacia el cielo, que pueda reparar por tantas ofensas como en el mundo se cometen; que puedan quitar de los ojos de tantos, las cataratas que les impiden ver la verdad. ¡Qué misión más hermosa! Hacer el bien..., derramar el bien... Pero en nombre de Cristo, mirando a Dios; no solamente una cosa puramente temporal, como hoy se estila mucho, no. Vamos a hacer lo temporal, si es preciso, pero mirando al Señor. Vamos a llevar a cabo ese doble precepto: amarás a Dios, principal mandato; y luego, el segundo: y amarás al prójimo como a ti mismo. Primero: amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu mente. Haz esto y vivirás. Y luego, el segundo: amarás al prójimo como a ti mismo. ¿Es solamente darle un pedazo de pan? ¿Sólo? Esto se da por caridad y amor; pero, ¿si no damos a Dios, si no le damos un aliento de vida siquiera, una luz, una esperanza del porvenir, si solamente alimentamos el cuerpo, y no alimentamos el alma...? Al cabo y al fin, ¿nuestra vida está aquí o está allá?

Y éste es nuestro apostolado: levantar al hombre. Levantarle. Como a la mujer, en sus años avanzados, en el matrimonio, como fuera del matrimonio; levantarles al

nivel sobrenatural, al cual fuimos nosotros elevados por la gracia de Jesucristo. Obreras, pensad lo que sois. No os digo esto para atemorizaros, sino para que adquiráis mayor fuerza y vigor, y tengáis la satisfacción de que el Señor se acordó de vosotras. Él sabe por qué. ¿Todavía mi vida es útil? Claro. En las batallas, unos hacen las municiones, otros disparan en primera línea, otros, en retaguardia; todos forman parte de un ejército. ¿Mi vida es útil? Sí. Si otra cosa no puedes hacer más que orar, si otra cosa no puedes hacer más que pedir por aquellos que están en primera línea batallando, si otra cosa no puedes hacer más que soltar esos buenos consejos, con todo corazón..., tu vida es útil. No sabemos el alcance de un consejo; mas puede ser, acaso, el cambio de una vida, y el cambio de esa vida, la gloria que puede dar a Dios.

Vuestra vida la vais a hacer más útil de lo que vosotras podéis pensar. Tened ánimo. Sois las primeras de esta Rama. No digo de responsabilidad, no. Responsables somos todos de tantísimas gracias que el Señor nos concede a cada momento. En cada momento estamos recibiendo gracias divinas; somos responsables de ellas. Yo quiero que penséis en el don vocacional dentro de vuestro estado. Y así, como madres, la que sea madre, piense que allí tiene viña para trabajar, su don de Dios. Y una Obrera, allí en su casa, una Obrera en la Iglesia, una Obrera en la calle, una Obrera lejos, cerca, donde sea, una Obrera con aquella persona con la cual está hablando... ¡Cuánto bien podemos hacer! No olvidéis que el apostolado individual muchas veces es de más eficacia, de más éxito, que el apostolado en masa.

Porque cuando nosotros hablamos a muchos, puede ocurrir lo siguiente: que muchos de ellos crean que no les hablamos a ellos; sino que dicen: esto lo dice por tal persona, por aquella, por tal; pero no se lo aplican muchos de ellos. Cuando hablamos con uno, necesariamente nos ha de escuchar. No es que vamos a tirarle en cara puñados de

barro, no. Pero escuchan los consejos, y nuestras palabras le van penetrando allá en lo íntimo de su conciencia, de su corazón, palabras que le hacen pensar... ¡Ese apostolado, ese apostolado! Os lo recomiendo mucho, sin excluir el que venís realizando también en vuestras excursiones por los pueblos. Ya arderán los pueblos. Ya saldrán Obreras como vosotras; ya actuarán valientemente; ya conservarán esa firmeza que hoy tienen, por seguir en la fe, la fidelidad y el amor.

Unicidad. Unión entre vosotras, todas, distintivo de la caridad de Cristo. Unión con todas las Obreras. Os miran con cariño, con simpatía, y os quieren.

Piedad, vida de piedad. No requiere grandes ratos de iglesia. La piedad se vive en el corazón. La piedad es un ambiente de amor que llevamos dentro de nosotros. Y el amor no se ata ni a la casa, ni a la calle, ni a la habitación, no. El amor está dentro de nosotros, y allí donde estamos nosotros, allí vivimos amando a Dios, y ésta es la piedad, y es vida alta. No os pido tiempo; sólo os pido en el interior de vosotras ese amor que el Señor mendiga y que tiene derecho a pedir. ¡Feliz quien sabe vivir amando! Ése tiene la felicidad.

Acción, apostolado. ¿Cuál? El que puedas. ¿Cómo? Como sepas, pero interés por los intereses de Cristo. La Iglesia os ha recibido con los brazos abiertos. Yo os dije: llegáis a tiempo. Llegáis a hora.

¿Defraudaréis? No lo espero. Tengo mucha confianza. ¿Rendiréis mucho? Yo lo pido todos los días ya al Señor. Sabed que ni un día me olvido en la santa Misa de las Obreras de la Cruz Cooperadoras. Es algo que para mí contiene una ilusión realizada, una cosa tanto tiempo soñada que, por fin, se ha podido hacer. ¿Y es porque antes no se hubiera podido hacer? Pero..., quizá yo lo retardé. ¡Quería hacerlo tan perfectamente! De las otras Obreras, como de un árbol, salen las ramas, y vosotras habéis salido así. ¿No es hermoso el caso en que una hija es Obrera y su

madre también? ¿No es bello? ¿No tiene encanto el caso de una madre cuyas cinco hijas son Obreras? ¿Cómo sus nombres no han de estar escritos en el libro de la vida? Nuestra cuenta, cuando el Señor nos llame, la más sencilla y más rápida será ésta: Señor, aquí está mi cuenta, Obrera que todo te lo dio, que trabajó por ti, que vivió amando, que supo sufrir por ti.

Que vuestra vida sea así. Tened ánimo. En el día de la Virgen, y todos los días, rezadle de un modo especial. Al decir rezadle, quiero deciros, pedidle. Que es la Madre y Madre nuestra singularísima, que llora, y que os dio vuestro nombre: Obreras, al pie de la cruz. Y su Hijo, obrero, el primer evangelizador. Nos enseña que nuestra vida sea como una vertedera de semilla de Dios; con el ejemplo, las palabras, el sacrificio, el amor.

He aquí vuestro camino a seguir. Responded con fidelidad, y dad gracias a Dios. No consideréis este don como un peso que cae encima de vosotras, no, sino como un pedazo del amor infinito de Dios, que ha querido seleccionarnos para una empresa tan sublime, tan encantadora, que tanta felicidad puede dar a muchísimas almas que la necesitan, porque viven atormentadas...

RETIRO PARA COOPERADORAS

**Moncada
Junio**

PERMANECER EN JESUCRISTO

CUÁNTAS veces pienso en estas palabras del Señor a sus discípulos: Si permanecéis en mí y yo en vosotros, daréis mucho fruto. Son palabras que nos hablan de una llamada, llamada paternal a una convivencia íntima con Jesucristo. Del tal manera que él nos promete que nuestra vida será muy fructífera.

Permanecer en él... ¿Cómo? Y uno piensa: también una rama del árbol permanece unida al árbol, pero está seca. Otras ramas allí están figurando, pero casi no les llega la savia. Otras chupan poderosamente, abundantemente, de esta savia que sube de las raíces o del tronco a vivificar todo el árbol. Y todas permanecen allí.

Esto nos hace pensar en este cuerpo de la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo, cuya cabeza es él, invisible, y visible, el Romano Pontífice. Nosotros formamos parte. De tal manera formamos parte, que tenemos una misión concreta que cumplir. ¿Es distinta nuestra misión a la que tiene un sacerdote?

Un sacerdote tiene la misión por razón ministerial, como participante de ese carácter del sumo sacerdote, que es Cristo; y por tanto, otra misión no puede tener más que la que tiene Jesucristo, que es espiritual, para extender el Reino de Dios. Los no sacerdotes tienen una misión que

no es ministerial, porque no tienen este carácter; pero como están injertados en Jesucristo y pertenecen como miembros a este cuerpo, tienen su misión, no sólo de santificarse, de vivir esa savia divina, sino también de prodigarla, de dar fruto, respecto a su aumento de vida íntima con Dios y de vida de acción, de vida apostólica.

¿En qué grado, pues, esta misión doble que pesa sobre todas vosotras y sobre mí, de un modo particular, de qué modo se ha de cumplir esta misión? En primer plano, es procurar ese aumento de permanencia en Jesucristo mediante una fe tan profunda, tan viva, que nadie, ni ninguna fuerza, pueda turbarla. Porque la razón humana, la ciencia humana, cuando prescinde de la fe, se convierte en un enemigo de esta fe, y el hombre, sentado en el trono de su orgullo, rechaza lo que viene de Dios. Se creen superhombres. Y con lo poco que saben, van a solventar los problemas de la vida. Y estos problemas no se solventan con razones humanas, ni con ciencias humanas, sino con intervenciones divinas dentro de nosotros, que son las que efectúan esa transformación profunda del hombre. Y si esta transformación en nosotros no se verifica, poco fruto podemos dar, sobre todo, sobrenatural; yo diría que ninguno.

Hoy se impone, mis amadas Obreras, se impone una vida más honda de fe, que lleva consigo un abandono bajo la providencia divina, dejando que él vaya cumpliendo en nosotros los planes que tiene preparados. ¿Quien podrá escurrir estos planes de Dios, si son tan misteriosos? ¿Quién de vosotras, como yo, podrá acertar en nuestro porvenir de rendimiento espiritual? Nadie lo sabe. Somos un instrumento en sus manos, que él lo maneja. ¿Y cuánto y de qué modo podrá cortar un cuchillo? No lo sabemos; sólo lo sabe aquel que maneja el cuchillo: es el Señor. Sí es cierto que tenemos obligación de procurar con el máximo interés nuestra santificación, que es fruto de esta permanencia en Jesucristo: si permaneces en mí y yo en ti, darás mucho fruto.

¿Qué es permanecer? ¿No es una unificación de vida? ¿No es una, diríamos, como acción unida entre los dos? ¿No es una conformidad de nuestra vida con la suya? ¿No es una aceptación de sus planes? ¿No es un conformar nuestro pensamiento, siempre basado en el pensamiento del Señor? Esto es permanecer. Un hijo no permanece unido a sus padres si le falta el amor; si le falta esa razón de saber y querer encajar su vida con la vida ordenada de aquellos que le han engendrado.

Permanecer en Jesucristo: unión con él por la fe, por el abandono, por la donación, por el amor. Esa intimidad tan profunda que en el amor humano nunca se puede producir, porque siempre hay vacíos, fallos, pero sí en el amor divino. Es nuestra fidelidad. Y la fidelidad se ha de patentizar en nuestra aceptación, en nuestra oblación, en nuestra donación y, según esto, en nuestra actuación.

El que en Cristo permanece es un brazo de él, un brazo que actúa, un corazón que ama, un pensamiento que va difundiendo por el mundo la verdad del Señor. Es como otro pequeño Cristo andando por el mundo, que no va más que sembrando el bien por todas partes. Nuestra permanencia... ¡Cuánta falta hay de vida espiritual! Y cómo se la rechaza, cómo se le pone como un dique, como si no tuviéramos necesidad de estas cosas; porque las capas de la tierra son tan enormes, que caen sobre nosotros y nos impiden ver la necesidad que tenemos de esta alta vida, que es la única que nos da el sosiego profundo en el alma.

Aunque las cosas del mundo se quiebren, aunque las criaturas nos fallen, aunque tengamos mil dificultades en nuestras empresas, aunque nadie nos quisiera, ¿qué importa, si hay alguien que nos quiere, que nos ama, que nos dirige, que es la única verdad?

De entre los cristianos, los hay, como os he dicho en el ejemplo primero puesto, que pertenecen de nombre, otros a medias, otros, ya con una vivificación interior. ¿Qué es la Obrera sino un miembro vivo injertado en Jesucristo? Pero

lleno, en cuanto quepa, de esa vida profunda del Señor, en que su savia, su pensamiento, su amor, su vida es su propio vivir. ¿Qué ha de ser la Obrera sino como un canal por el cual esto que vive, esto que recibe de Jesucristo, en su intimidad, lo va comunicando por el mundo a las almas que se le acercan, a aquellos que se le ponen a tiro, para poderles sembrar en su corazón esta vida de Jesús?

La Obrera tiene una misión enorme que cumplir. Metida en el mundo, su espíritu, ni puede ni debe ser del mundo. Nuestro espíritu es de Dios y aunque nos valgamos de los elementos humanos, porque esto es preciso, es siempre, no lo olvidéis, para producir lo que el Señor quiere: mucho fruto. Por tanto, sois instrumentos escogidos del Señor, que ha de dar como resultante de su vida, de su entrega, de su misión, ese algo que el mundo necesita, ese ambiente que el mundo desconoce, eso de Dios que tan profundamente nos llega al corazón; que es lo único que nos puede hacer nuevas personas, nos puede dar una felicidad, nos puede abrir nuevos horizontes de grandeza.

La misión de la Obrera es muy excelsa. La ha de realizar según la medida de sus posibilidades, según los talentos que tiene recibidos. Pero no olvide que su esfuerzo lo reclama el Señor. Si la rama no obedece, no puede producir fruto. Cuando uno piensa en esta intimidad de vida, qué satisfacción experimenta al ver que por efecto de ella su vida es fructuosa para sí y para el mundo. Porque aquí ya no hay egoísmo, no hay búsqueda de nosotros, ni de satisfacciones propias. Nuestra mayor satisfacción es ver que nuestra palabra, nuestro sacrificio, nuestra oblación, sirve para la grande empresa del Señor.

Ni podemos olvidar que esto es una lucha enorme que nosotros sostenemos en el mundo. Es la lucha contra la obra del mal, que es de Satanás, para nosotros implantar de algún modo, o extender, el Reino de Dios que Jesucristo implantó. Es un encargo que hemos recibido nosotros, de

un modo especial, por la llamada, a la cual hemos sabido responder.

Y este extender el Reino de Dios, como un buen soldado que lucha, que trabaja, que se enamora de él, ¿no es acaso lo mejor que nuestra vida puede producir? Y hay tanta necesidad de ello... Percataos. Porque, a medida que van corriendo los tiempos, vemos cómo se deslizan las cosas, la gente se va alejando del Señor, la juventud la vamos perdiendo, aunque creen que no, porque la meten por cauces distintos. Pero, ¿dónde está la moralidad? ¿Dónde está la honradez? ¿Dónde está la obediencia? ¿Dónde está la sujeción? ¿Dónde está el sacrificio? ¿Dónde está esa honrilla propia que la persona por sí misma debe conservar? No, estos cauces no son los de Jesucristo; por aquí no se puede establecer el Reino de Dios, porque es espiritual, es sobrenatural, es un reino de pureza, de justicia, de abnegación, de cruz, de sacrificio. Y hoy, hablar a la gente de sacrificio, es difícil; pero hay que hablarles, hay que hacerles ver que el sacrificio es necesario en nuestra vida y en la suya; que nadie que no carga con su cruz puede ser discípulo del Señor, ni menos puede ser un apóstol del Señor, ni puede, menos, ser un alma que rinda ese fruto que Jesús espera. Porque la rama, sacrificada está en el árbol, sufriendo allí el frío, el calor, los vientos, todo..., pero produce su fruto, si tiene la savia.

Y cuando aquellos que tienen el ministerio flaquean, los que no tienen el ministerio, pero tienen una obligación de llamada de Dios, y que en cierto modo vienen a suplir, en cuanto puede ser, este vacío de lo que aquellos por un derecho especial deben realizar, cuando esto hacen, ¡cuánto bien producen en la Iglesia! Porque la Iglesia es el Reino de Dios en el mundo, y la Iglesia triunfante es el Reino de Dios en el cielo.

Yo quisiera, y lo pido mucho, que todas las Obreras acierten a vivir esa permanencia en Jesucristo. Todos, o casi todos, alardean de que sí, que están en él. No, no

están en él. Porque la rama que está en el árbol se la conoce por el fruto que produce.

Gracias a Dios, las Obreras van conservando su espíritu y no se deforma, a pesar de las tremendas deformaciones que hoy se producen en el campo de la Iglesia. De tal suerte que, a veces, no sabemos quién es cristiano y quién no lo es. Hay que despabilarles un poco; hay que entrar muy adentro de estas personas; hay que hacerles, por lo menos, pensar. Responderán o no responderán. Nosotros habremos salvado nuestra responsabilidad.

Pero es una grande satisfacción el considerarse uno como una fuente de la que el Señor se quiere valer para la obra magna de la Redención y la santificación del mundo.

La Obrera es un elemento especial que ha surgido en la Iglesia que, por voluntad del Señor y la intercesión de la Virgen, va sembrando por el mundo ese querer y ese amor, ese deseo, por lo menos dentro del alma, de algo que antes tenía olvidado.

Con esto os quiero hacer pensar un poco. Ya sé que vosotras sentís vuestra responsabilidad, pero no os lo digo por meteros miedo, sino para alentar vuestra voluntad, acrecentarla, y ser muy fieles en esta llamada. Sois una fuerza, una fuerza nueva, como un hilo de vida espiritual, que unido a los otros hilos, van formando una corriente, y esta corriente tiene una fuerza de arrastre. Y vosotras no habéis de desdecir, no; ni habéis de poner un borrón en lo que representáis; sino con brillantez, con espíritu fuerte, con decisión, con fortaleza de alma, unidas a Jesucristo con esa permanencia en él, siempre, haced que esta empresa que habéis empezado, y que el Señor la bendice, produzca los frutos deseados. Yo no solamente lo espero, sino, diría, que lo tengo por cierto.

Cuanto el árbol más crece y más savia tiene, más fruto produce. Sin Jesucristo, somos nada; con él lo somos todo. Cuando, pues, en vuestra vida espiritual, logréis una identificación más grande con la voluntad del Señor, cuando

en ese contacto crezca vuestro amor y vuestro cariño al Señor, cuando os dé a conocer con más claridad esa entrega que pide de vosotras, dentro de vuestro estado, de vuestras grandes ocupaciones, cuando os percatéis de qué estáis representando, y de que en el tiempo representaréis un papel muy hermoso dentro del campo de la Iglesia, cuando todo esto penséis, sentiréis gozo, alegría, dentro de vosotras. Y el decir “soy Obrera” basta para que uno se agigante en su vida, sienta como el acicate de algo que tiene que hacer, y el nuevo camino que tiene que recorrer, de un sacrificio que Dios le puede pedir, y al que nunca va a decir que no. Siempre dentro de su capacidad y de su situación. Pero hay situaciones en que Dios reclama, y lo reclama todo, y lo pide todo. Y lo sacrificamos todo..., porque él está por encima de todo. Éste es el espíritu que debe animar a una Obrera.

Las almas entregadas al Señor, en más o menos grado, según su estado, ¿todas rinden el fruto debido? Ciertamente que no. ¿Por qué? Yo no lo sé, porque hay muchas causas. Pensar en una vida de entrega al Señor cómoda y más cómoda, y más cómoda, no. El soldado ha de estar siempre en el campo de batalla, dispuesto a dar cuanto pueda. Le ha de acuciar un interés interior, ha de llevar un corazón fogueado por un amor. Un pasar la vida piadosamente, no es mala cosa, pero un pasar la vida por fuerza de la piedad, produciendo..., es mucho mejor. Mayormente cuando se trata de aquellas personas a las cuales el Señor, en su bondad, se les ha acercado y les ha dicho: Sígueme.

Y advirtamos aquí que cuando el Señor dijo “sígueme”, no miraba la condición de las personas, si sabían o no sabían, si tenían o no tenían, no: Sígueme. Iba recogiendo por donde pasaba elementos que junto a él serían los elementos escogidos para su grande obra. Hoy el Señor va pasando por el mundo también y va diciendo: Sígueme, sígueme... Estamos en plena lucha; el poder del mal crece cada día. Precisa, pues, una intervención más plena, más

honda. Y esta intervención, tened en cuenta que, sin sacrificio, ni vosotras ni yo la podemos llevar.

La visión, pues, de una misión concreta que se nos da, no podemos llevarla a cabo sin una vida de permanencia en Jesucristo; pero de tal manera que él permanezca en nosotros, y que nuestras dos vidas vengan a quedar como unificadas. Él nos promete el fruto. Él se encargará...

Preguntamos, pues: ¿por qué el fruto que apostólicamente se produce es poco? Porque es poco, aunque digan que es mucho, es poco, porque por los efectos lo conocemos. ¿Por qué? Porque nuestra acción no nace de una permanencia íntima con Jesucristo, de una vida de oración, de una vida de fe, de una vida de sagrario, de una vida íntima con el Señor, no. Nace de un humanismo, de una ciencia, de unas estructuraciones, de unas cosas que organizan. Y esto no produce nada. Es como aquel que no tiene dinero, y no hace más que sobre la mesa coger un papel, un bloc, y allí hace sus planes, sus maneras, cómo conseguirá dinero... No, si no trabajas, no vas a conseguir; solamente con el papel y el bloc, y apuntando y haciendo así, no se hace nada.

Notad que en la Iglesia hay nuevas cosas y más nuevas cosas, ¿por qué? ¿No nos damos cuenta de que se nos escapan las almas de las manos? ¿No vemos cómo la corrupción aumenta por todas partes, cómo el mal está organizado? Y faltan brazos que actúen, que contrarresten, que den a entender que ése no es plan para establecer y extender el Reino de Dios.

Aquellas personas que predicán con su ejemplo, con su palabra, con su abnegación, con su trabajo, aquellas que buscan la glorificación de Dios, claman. Su clamor es de queja. Dicen, hablan, hacen como los mastines cuando ven que se acerca el lobo, y ladran. Porque ven que el lobo va a devorar las ovejas. Pero..., dice el santo: Los pastores no despiertan, siguen durmiendo, mientras los mastines claman.

Nosotros, en la parte que nos toca, ante el lobo, damos nuestra voz, ponemos nuestra acción. Extender el Reino del Señor es defender las almas, es destrozar el mal, es combatir el mal; es reino contra reino, poder contra poder. Aunque nadie podrá contra la Iglesia, porque las puertas del infierno nunca prevalecerán; es decir, las puertas del infierno significan el error, la maldad, nunca podrán. Pero sí pueden rajar muchas ramas.

Y aquellos que, por una obligación especial, tenemos la misión de apacentar las ovejas, pero apacentarlas con la vida espiritual, con la vida divina, con el alimento que Jesucristo nos ha dado, la permanencia en él, duermen..., no despiertan. Y aún es peor si presentan elementos que envenenan y que matan el espíritu, no el cuerpo, sino el espíritu.

Nuestra acción ha de ser de redención, de aplicación de esa redención del Señor, de ennoblecer la vida de la gente, de hacerla pensar en algo más. Ese algo más es lo que llevan dentro de sí, de un alma y de una vida futura, de una conciencia que deben regular, de una moral que deben vivir, de unos mandamientos que han de cumplir, de unos consejos que se pueden seguir, de una vida alta que el Señor ha venido a enseñarnos, durante el tiempo que estuvo en este mundo.

Y somos discípulos suyos. El discípulo, ¿de qué condición ha de ser? ¿Mejor que la del Maestro? No, por lo menos, por igual. No podemos exigirnos a nosotros mejores condiciones que él tuvo.

Vamos a trabajar, mis Obreras; pero a trabajar con ilusión. Para ello, santificaos mucho. Os recomiendo mucho vuestra vida espiritual, vuestra vida de piedad. Que la vida de piedad es como una fuente que nace en nosotros, salta hasta la vida eterna, y nos da esos alientos, esa fuerza, ese empuje. Aunque veamos que el enemigo es grande y que nuestras flechas no producen fruto, no importa; seguimos luchando, seguimos luchando. Que hasta las rocas más fuertes, llega un momento en que se rompen.

Y quien siembra en nombre de Jesucristo, algo produce. A veces, más de lo que cree. Porque no siempre nosotros palpamos el fruto de la semilla que sembramos; sino que cuando menos pensamos salta aquel corazón que se ha convertido, o aquella vida que es nueva. Esto lo estoy palpando estos días, en mucha gente, en los cuales se sembró hace años, y van saliendo nuevos brotes pujantes, de entrega al Señor.

Conservad ese espíritu de Obreras; lo habéis de vivir. Pero sin el Señor no haréis nunca nada. ¿Qué significa, pues, permanecer en él? Estar prontos a su voluntad. Observar una fidelidad completa, responder con nuestro amor al amor suyo. ¿Acaso puede un amor humano más que el divino, cuando en nosotros penetra? Por el amor humano, ¿una persona no está en la otra? Por el amor divino, ¿no podremos nosotros lograr esa compenetración? Y entonces..., es él el que habla, es él el que trabaja, es él el que nos inspira, es él el que produce el fruto deseado, de todo nuestro apostolado y de todo nuestro trabajo.

La Obrera tendrá una grande merced en el cielo, si sabe vivir este espíritu, raro; pero no es raro, es limpio, es profundo, es íntimo, es entero, ¡es de Dios! Es la búsqueda, únicamente, de esa glorificación divina, de ese crecimiento de amor en las almas, de esta extensión del Reino de Dios. Lo demás no nos importa absolutamente nada.

Yo siempre juzgaré como un fracaso, entendedme bien, como un fracaso, todo cuanto una Obrera pueda hacer que no tenga sabor de Dios, que no tenga fuerza de conversión, que no lleve al Señor. Porque es lo único que puede motivar nuestro sacrificio, nuestra actuación y nuestro trabajo.

Se impone, pues, un crecimiento de santidad. No descuidéis la oración. No la descuidéis. En ella encontraréis esta permanencia en Jesucristo, como el hijo la encuentra en la madre, cuando le habla, cuando le pide, cuando le ofrece, cuando le da. La oración, que nos conforta, que

nos transforma; de débiles nos hace fuertes. Cuidad vuestra vida espiritual, si queréis ser buenas Obreras. Yo os aseguro que en el grado de vuestra santificación, digamos, de vuestra santidad, de vuestra formación, será también el grado de lo que habéis de dar.

Y pensad que Obreras sois, no para acumular para vosotras, sino para dar; como el sacerdote: para santificarse uno, no era menester el sacerdocio. Puede santificarse en otro estado cualquiera, en otro género de vida, allá en un retiro, en una soledad, en una montaña. Ahora, para dar, para dar, sí. Porque es el cauce por donde las gracias del Señor discurren a las almas.

Cuando el Señor llama, en este punto espera que demos. El santo se hace santo para dar de su santidad. Es como un depósito, cuyo grifo abierto ha de estar, y en la medida que tenga el depósito, dará.

La Obrera que es fiel ¡cuánta gloria puede dar al Señor! ¡Y cuánta necesidad tiene la Iglesia de esas almas!

En el Congreso Eucarístico, ya lo dije en otra ocasión, el Nuncio visitó el secretariado donde estaban trabajando un gran número de Obreras y les dijo: Gracias a estos Institutos, a Vds., vive la Iglesia. ¿Veis como podéis ser una rama potente, vivificada por Jesucristo y cargada de frutos? ¿Os dais cuenta de que la Iglesia os necesita? Porque todos, incluso nosotros, los sacerdotes, podemos tener nuestras defecciones, nuestros modos; pero aquí no hay más que un modo, el trazado por Jesucristo, que es la santidad de vida, que es el amor de correspondencia, que es la vida limpia, la vida auténticamente cristiana que, bien vivida, hace santos.

Que en el mundo no se estila, en gran parte del mundo, no lo creáis. Hay zonas donde sí que se estila; hay muchísimas almas y personas que necesitan de esto, que esperan esto. ¿Cómo llegar a ellas? Éstos serán los planes que las Obreras irán formándose, a medida que el tiempo discurra y las circunstancias varíen. Pero siempre quedará una cosa

esencial: el trabajo, el mejorar su vida personal, el lograr esa intimidad mayor con el Señor, y su trabajo apostólico, en la forma que puedan y el Señor las ilumine.

Considerad, pues, la grandeza y, con ello, la responsabilidad que cada Obrera tiene, por serlo. Lo cual lo habéis de considerar como algo que os despierte a mejor vida, a confortaros, a aseguraros bien, y a rendir, lo que yo espero, y lo veo ya, que vais rindiendo por esos mundos de Dios... Os vais a convertir en una esperanza del Instituto y, por tanto, en una esperanza de la Iglesia.

RETIRO PARA COOPERADORAS

**Moncada
Diciembre**

LA FE, ADHESIÓN A JESUCRISTO

VAMOS a despedir este año, y el primero vuestro, con este retiro espiritual. Viniendo, recordaba estas palabras que el Señor dijo a sus apóstoles: Creed en mí, pues creéis en Dios. Si creéis en Dios, habéis de creer también en mí. ¿No vemos aquí cómo establece Jesús una igualdad entre Dios y él? ¿Por qué exige que crean en él? Porque es Dios. Es una declaración que el mismo Jesús hace de su divinidad; se iguala con Dios. ¿Creemos en Dios? Muchos, hoy, han perdido la fe. Otros, creen en Dios, pero no admiten a Jesucristo, y otros, si admiten a Jesucristo, creen en él no como Dios, sino como hombre, un mero hombre; niegan la divinidad. Aquí, en estas palabras, el Señor afirma su divinidad: Creéis en Dios, pues creed en mí, porque soy Dios.

Pero, ¿qué pretende cuando les habla así? Es fácil entenderle. Lo que pretende el Señor es: inculcar, implantar, en el corazón de los suyos, la fe. En el corazón de los suyos; son los apóstoles, son los que él ha escogido. Grabar la fe en ellos, de que es Dios, de que es el Mesías, de que es el Redentor. Porque la fe, como ya sabéis, es un don. Ese don viene de lo alto. Y el Señor les facilita ese don: Creed en mí. ¡Cuántos esfuerzos no hacemos nosotros para inculcar la fe en los nuestros! Pero..., quizá nos falte una fe más honda, más profunda, más sentida, sin sentir,

diré, dentro de nosotros, una fe ciega. La fe no discute, no discurre, baja la cabeza, cree. No entiendo; es igual, ¡creo! No comprendo; es lo mismo, creo en la palabra de Dios. Ante la palabra de Dios no hay discusión de ninguna clase. El hombre no es quién para discutir. Eso es como una renuncia a nuestro yo. Y nos cuesta tanto renunciar a nuestro yo, porque nos cuesta mucho renunciar a nuestro orgullo, a eso que nosotros decimos ciencia, sabiduría, saber...; y al cabo y al fin, en resumidas cuentas, no sabemos nada.

Inculcar la fe..., implantarla en el corazón de los suyos, esto es un deseo del Maestro para con nosotros.

Lo poco que os voy a hablar ha de ser expresado en términos de palabras muy claras.

Diríamos: la catástrofe actual de deserción, de deserción de personal consagrado a Dios, y de deserción de vida piadosa, me refiero directamente a éstos, porque son los más allegados..., esa deserción, ¿cómo se explica? Esa desintegración de la Iglesia actual, ¿cómo se explica? Porque no hay fe. Se ha perdido la fe; puede más el mundo, puede más la razón, puede más la cultura, puede más la ciencia, puede más el orgullo; la fe... se ha perdido.

Y como cuanto nos presenta nuestra religión está henchido de misterio –que no podemos comprender, ni comprenderemos nunca, más que en el cielo, si allí el Señor, por misericordia, nos lleva, donde veremos con claridad las cosas que aquí no podemos ver más que entre sombras– por eso lo rehusamos. La causa es la falta de fe. Por eso Jesús quiere inculcar, implantar en los suyos, la fe. En los suyos –notemos bien la palabra–, en los que tiene cerca, en los que él ha escogido, en los discípulos, en sus apóstoles, que creen en él. Porque van a ver tantas cosas contrarias contra su Maestro; oirán tantas cosas..., de infamias, de burlas, de persecuciones..., que si no tienen la fe muy arraigada en él, le van a abandonar. Cuando le abandonaron no fue por falta de fe, fue por falta de valentía; se sin-

tieron cobardes, aunque allá dentro tenían su fe. La nuestra ha de ser cada vez más crecida. Pedidle fe; pedidle fe. No tengamos que repetir lastimosamente las palabras de un gran hombre que después de muchísimos estudios, decía: sólo le pido al Señor que pueda morir con la fe de mi santa madre. Dichosos los que viven en esa paz de la fe.

Pero al inculcar en nosotros la fe, ¿qué es lo que nos pide el Señor? ¿Qué les exigía a los suyos? La adhesión; que se adhiriesen a él, que juntasen su voluntad con la del Maestro. Una adhesión completa, íntegra, total. Adherirse es estar como pegados, unidos. Adhesión..., palabra que se repite hoy muchísimas veces: mostramos nuestra adhesión... Esa adhesión es la que pedía Jesús a los suyos. Adhesión por la fe. Pero esa adhesión, no solamente por la fe, sino, además, por otro lazo: el lazo de la amistad. Les quiere amigos. Pero una amistad de intimidad..., que para ellos no tiene secretos. Les dice todas las cosas, les abre el corazón. Una adhesión como amigos, no de compromiso..., no; como amigos. Una amistad más íntima, no como esa amistad, diríamos, un tanto externa, no; sino de corazón, de verdad, de fraternidad, de sentirse algo con él. Una adhesión. Una adhesión...

Y esa adhesión es la que nos pide Jesús a nosotros ahora, en estos tiempos en que vivimos. Nos adherimos a las personas, a las cosas, instituciones. ¿Nos adherimos a las cosas de Dios con ese afecto interior, con esa plena voluntad, con ese interés del porvenir sobrenatural, que es el que sobresale sobre todas las cosas?

La adhesión a Jesucristo... Esto equivale a decir: ponernos en contra de aquello que es contra Jesucristo. La adhesión a la santa Iglesia, como Iglesia: ponernos en contra de todo aquello que es contra la Iglesia. La adhesión a la virtud es ponernos en contra de aquello que es contra la virtud. De lo contrario, no hay verdadera adhesión.

Por la amistad... Sentirnos amigos de Jesucristo. ¡Qué gozo y qué alegría, cuando uno de verdad, allá en lo íntimo

de su corazón se siente con ese afecto de amistad, de entrega de voluntad al Señor, que hoy nos ama! Nos amará siempre; pero hoy, es un amor que perdona, es un amor que atrae, es un amor que nos llama, es un amor que se manifiesta; mañana, será un amor que juzga, y que juzga con toda justicia.

Por eso Jesús les sigue diciendo: Permaneced en mí. No solamente les pide que crean en él, que se adhieran a él, por la amistad, por el amor íntimo, sino que permanezcan en él. Ya es otro paso más hondo. El amor hace que permanezcamos en el ser amado. El amor hace que el ser amado, al responder, permanezca en nosotros. Es una permanencia mutua. Les dice que permanezcan en él: Permaneced en mí, y yo permaneceré en vosotros. ¿Veis aquí la unión? ¿Veis aquí dónde está la fuerza de las almas que se lanzan hacia Dios? ¿Veis aquí de dónde sale ese estado de felicidad que experimentan aquellos que viven en contacto con Dios? Es la permanencia de Cristo en las almas, y es la permanencia de las almas en él.

De aquí salen los apóstoles; de aquí salen los santos; de aquí salen los héroes; de aquí salen las santas madres, las heroínas; de aquí salen aquellos que saben vencer en medio de tantísimas luchas que, en la vida, todos hemos de pasar. Por la unión con Jesucristo, por la permanencia en él.

Y esta permanencia, cuando él estaba en el mundo, era visible; le veían. Entonces, ¿cómo, pues, permanece Jesucristo en nosotros? No le vemos. Es una permanencia más profunda que aquella que él daba cuando estaba en el mundo y le podían ver. Es la permanencia en nosotros por la acción del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es un soplo de Dios, es un respiro de Dios, es el amor de Dios, del Padre y del Hijo. Es el amor... Se llama el respiro, el soplo, como el corazón. Y por ese respiro, por ese soplo, por esa actuación, ese influjo, Jesucristo permanece en nosotros. Está presente en nuestro interior; es más hondo, como la

operación del Espíritu Santo. ¿Qué es lo que hace? Nos instruye, nos recuerda lo que Jesucristo enseñó, lo que él mandó; nos lo explica para que lo entendamos mejor. Y esta acción en nosotros hace que sintamos una iluminación interior, que veamos las cosas mejor, cuando nos acercamos con esa imparcialidad de alma a Dios nuestro Señor; como cuando, como despegados de las cosas de la tierra, volamos hacia Dios, pero con una voluntad generosa. Y a través de lo sobrenatural vemos las cosas del mundo tan distintas...; fallamos las cosas del mundo de un modo tan contrario, quizá, a como las fallaríamos mirando al través de las cosas puramente de la tierra. Es la acción del Espíritu Santo: nos ilumina, actúa en nosotros, nos enseña, nos ilustra, nos mueve la voluntad, nos da calor al corazón. ¿Cómo un alma va a ser apóstol de Cristo, si no tiene este calor interior? ¿Cómo va a acertar, si le falta esa iluminación interior? ¿Cómo, si no se despegaba de sí para lanzarse..., en vuelo, hacia Dios? No puede.

Y esta presencia de Jesús, el Señor, en nosotros, por el Espíritu Santo, es innegable. Pero es que la tenéis, es que la tenemos. Aquellos que queremos ser suyos, aquellos que estamos cerca de él, aquí sentimos ya ese golpetazo de la fe; y sentimos con la fe el interés, un interés vivo, por las cosas de Dios, por aquello que le pertenece, que son las almas redimidas por su sangre.

Tenéis la presencia de Jesucristo. ¿Cómo respondemos? Si la tenéis, la tenemos nosotros, los sacerdotes, las almas allegadas a él, que son fieles, ¿cómo respondemos a esta presencia, a esta actuación en nosotros, a esta iluminación, a esta gracia, a estas mociones interiores de la voluntad? Da pena tener que decir que muchísimos no responden.

El Espíritu Santo actúa en el mundo. Jesucristo está presente, por esa actuación profunda. El mundo, ya veis cómo se va desgranando, pero se desgrana para el mal; cómo se desintegra en lo que llamamos la moral, la fe, el

dogma, la virtud... Y cabe decir: el Espíritu Santo, ¿nos dejará ya? ¿Nos abandonará para que actuemos a nuestro capricho y libertad...? ¿O esperará una circunstancia especial de tiempo, para que, llegado el momento, según los planes de Dios, actúe de un modo especialísimo, para transformar las almas?

Concretando esto a vosotras, yo os diré: creo que ha llegado el tiempo, esa circunstancia tiempo, de que el Espíritu Santo, Jesucristo presente por él, valiéndose de grupos de almas valerosas, entregadas, llenas de fe, dispuestas, valiéndose de estos grupos de almas, quiera transformar las almas, quiera transformar parte del mundo. Y pensad, mis Obreras, ¿no será vuestra hora ésta, en que llegáis a tiempo, y manejadas, y sintiendo esa presencia de Jesucristo, ayudadas de esas mociones interiores, con esa eficacia que da el Espíritu Santo, os convirtáis en instrumentos de propagación de la fe, de conversión de muchas almas? De levantarlas, sacándolas del charco, para presentarlas a los pies del Señor, y que allí, limpias, queden adornadas de la gracia...

¿No será la hora vuestra, en que el Señor ha querido tomaros como instrumentos de transformación? ¿Esto es una imaginación mía? No, esto es un hecho real. Admiro vuestras actuaciones en tantos pueblos, cómo responden los pueblos, cuantísimas madres y jóvenes se acercan para escuchar vuestra palabra, impregnada de alientos de Dios. ¿No veis cómo resucitan a otra vida? ¿No veis cómo respiran, precisamente con pulmón libre, para encontrar ese oxígeno que buscaban, de una solución de sus problemas, de una paz en el corazón, de una apertura en su vida, que no encontraron en las ilusiones pasadas de su matrimonio, o de sus años de juventud?

Es vuestra hora, Obreras Cooperadoras, es vuestra hora. Quiere el Espíritu Santo, quiere el Señor presente en vosotras, transformar muchos corazones. ¡Adelante! No sois más que un instrumento, débil, si queréis, ignorante,

si quiere el mundo, pero es un instrumento potente. Lleváis la ciencia de Dios, lleváis el fuego de Dios; es él el que opera en vosotras, porque está presente. ¡Es vuestra hora! Y la señal la conoceréis en que las almas se acercan con ilusión a vosotras. Y que por vuestra oración que, de algunas Obreras Cooperadoras es incesante, porque son almas de grande oración y otra cosa no pueden hacer por su situación, y oran incesantemente, por esa oración continua, vuestra fuerza será cada vez mayor. Necesitamos los dos elementos; la oración no falta, la actuación, tampoco.

Pensad si hay que dar un mayor crecimiento a vuestra actuación. El tiempo éste ha sido como de prueba, de experimento. El resultado no puede ser más apetecible; más de lo deseado, más de lo que habíamos pensado.

Vamos a entrar en un año nuevo. Pero en este año nuevo, ¿qué planes lleváis? ¿Con qué ímpetu vais a entrar? El mundo espera, los pueblos también. Todas, al decir todas decimos las que actuáis, y las otras que actúan también, aunque sea en retaguardia, todas podéis. En la medida en que los que hemos sido llamados de un modo directo oficialmente, para conducir a las almas, en la medida en que nosotros desertamos, en esa medida, vosotras habéis de integraros y aumentar vuestro pelotón, vuestro ejército, para luchar. Para llenar esos huecos; pero llenarlos con creces, si cabe. Porque..., no es un oficio el que actúa, ¡es la santidad! Y la santidad está en la persona, no en el oficio.

Mediréis, pues, vuestros frutos, por la santidad que lleváis. Ésta es la obra del Espíritu Santo, y ésta es la vuestra. ¿Qué vais a hacer? Pues lo que hizo el Señor, lo que yo debo hacer. Jesucristo vino a ser testigo de la verdad; para eso vino al mundo, para testificar la verdad. Es cierto que nosotros estamos en un campo de lucha; las luchas son muy distintas. Si examinamos un poco, veremos luchas en nuestra propia persona; hay que combatir para que no entre el desorden; lucha en el hogar; hay que combatir también contra nosotros, para mostrarnos afables, buenos,

transigentes en lo que pueda ser y agradar a los demás, como dice san Pablo: Agrada en todo a los demás, como Cristo nos agradó a nosotros, llevándonos sobre sus hombros; luchas con aquellos con los cuales se convive, de cerca o de lejos; luchas en el apostolado: apostolado en la vida cristiana, ejemplarmente vivida y, entonces, criticada y, entonces, motejada por un estilo moderno..., o vida que se va gastando, también, como una sementera de la palabra de Dios.

Testificamos, como Jesucristo, la verdad. Estas luchas, tan distintas en cada persona, en cada situación de hogar, incluso en nuestra misma posición, tienen un punto de unión; que si las luchas son distintas..., situaciones de casa, de hijos, de personas que se tratan, en las situaciones apostólicas..., hay un punto de unión, que es una misma misión. Distintas, muchas, misión la misma. La misión es: vivir, vivir la verdad, testimoniar la verdad, que es testimoniar a Jesucristo. Yo lucharé de esta forma o de la otra, no importa, pero mi misión es ésta. Tú tendrás que luchar en tu casa o fuera de tu casa, no importa, pero tu misión es ésta. La misión es vivir la verdad, testificar la verdad, que es dar testimonio de Jesucristo. ¿Cómo? Con nuestro ejemplo, con nuestra palabra, como sea. El mundo ha de conocer a Jesucristo, ya que le niega. Le hemos de sembrar por todas partes. Le hemos de hacer amar, ¡amar!

Y gran triunfo será el nuestro si logramos que una persona que está alejada del Señor, llegue a amarle y amarle de todo corazón. Porque qué sabemos esa persona a qué grado de santidad podrá llegar y cuánto bien podrá hacer en la humanidad y cuánta gloria podrá dar a Dios. “Me parece que no hice nada, solamente en mi vida convertir a aquella persona y hacerla amar a Jesucristo...” ¿Que no has hecho nada...? ¿Tú sabes lo que es una simiente echada en las entrañas de la tierra? Esa simiente germina, forma una espiga, la espiga a su vez..., vuelve a ser sembrada; entonces ya es el granero el que se llena de trigo.

No os sintáis nunca fracasadas porque las conquistas de vuestros trabajos no respondan a vuestros deseos. Tampoco a los míos respondieron, no. Tampoco respondieron a los del Señor. Nuestras apetencias son muy grandes; pero hemos de ser combatidos. Ahí está la lucha; y el mérito está en la lucha y en luchar bien. Y la Obrera, por su título, nunca debe dar el paso hacia atrás; sino en la lucha, adelante, adelante. ¿Un fracaso? Algo le tengo que ofrecer al Señor. ¿Un triunfo? Una flor que voy a desgranar a los pies del Señor. Es igual: el triunfo y la espina y el fracaso, todo es mío. Lo bueno es de Dios, y para Dios es todo.

¿Cómo vamos nosotros a llevar esta empresa? Con la abnegación. Sin la abnegación no hay buen obrero; sin abnegación no hay buen trabajador, no hay buen estudiante, no hay buena esposa, no hay buen marido, no hay buen hijo, no hay buen católico, no hay buen cristiano, no hay buen santo, ¡no! Sin abnegación no hay ni un Cristo. La abnegación nos es precisa.

La abnegación es contraria, diríamos, a la comodidad; esa comodidad tomada en un sentido de que es una comodidad que absorbe la vida; que por comodidad uno no hace lo que debe hacer; que por comodidad no hace lo que puede hacer en beneficio de los demás, siendo conveniente; que por comodidad el tiempo se le va de entre las manos; que por comodidad deja que otros vuelen..., y él se queda pegado a la tierra, como una culebra. Yo ya sé que hablar de esto en estas horas, es, no a vosotras, sino a la gente, es algo difícil, porque no quieren oír estas cosas; se fijan en la vida, la imaginan como un tiempo de gozar, de disfrutar, de pasar... No piensan que tras este tiempo de disfrutar y de gozar, por grande que sea, les espera la enfermedad, les espera la lucha, les espera la tribulación, les espera el desengaño, les espera la desilusión..., sí. Esto es lección de cada día.

Vais a trabajar. Otro año que viene. Habéis hecho mucho en éste. Yo os felicito de todo corazón. Yo que pu-

diera trabajar con vosotras..., pero ni puedo por mis fuerzas hacer tanto, ni el trabajo que me acosa por todas partes me lo permite; pero os sigo los pasos; tengo grandísimo interés; sé que sois un porvenir para la Iglesia; sé que vais a ser un brazo fuerte del Instituto.

Sois Obreras. Vivid el espíritu de Obreras. Que os cale profundamente, que el día de la cuenta, cuando el Señor os llame, ¿qué mejor cuenta podéis darle que decir: "Señor, soy Obrera y, como Obrera, todo te lo di? Busqué tus intereses, tus almas; busqué amarte, y encontré cómo te había de amar. Ésta es mi cuenta; habrá imperfecciones, habrá baches, pero esto no cuenta..."

Vais a levantar mucho peso. Sois la esperanza ya para muchos pueblos; os piden; os esperan. Y de otros, a los cuales va llegando noticia de vuestra actuación, llegarán también peticiones. Lástima que falten brazos, pero, las empresas de Dios han de tener sus dificultades. Carestía de personal, dificultades de personal. En fin, ahí está el secreto de que la Obra lleva el signo de Dios, de que entre dificultades y penurias y escaseces, y de todo..., va abriendo paso, va abriendo camino...; y si reconocéis lo que habéis hecho en este año, veréis cuántos centenares de almas, de mujeres, han escuchado, por vosotras, la palabra de Dios; han reformado sus vidas; han cambiado, en cuanto han podido, la situación de sus hogares; han llevado la sonrisa adonde había tristeza. Hay lucha, pero con espíritu de luchar por Dios, para conquistar la paz, aunque sea necesario dejar pedacitos de su vida y de su voluntad.

Yo espero también mucho de vosotras. Año nuevo... ¿Cuánto haréis? ¿Cuánto recorreréis? ¿Cuántos pueblos oirán vuestra voz? ¿Cuántas almas acudirán a los pies del Señor? ¿Cuántos hogares sentirán el aliento de la paz? Muchos, si vosotras queréis. No dudo de que queréis. Pero el Señor os va a apretar un poco; os va a exigir. Ahí presente, en su presencia por el Espíritu Santo, os va a iluminar, os va a dar iniciativas, os va a presionar. Dejad que os pre-

sione... Que trabajéis en lo mejor que podéis trabajar: en el campo de vuestra perfección, y en el campo de la perfección del mundo; en el orden sobrenatural, ya que en el orden natural nosotros poco podemos hacer. Pero sí consolar, animar y, hasta donde llegue la caridad... Podemos hacer mucho.

¿Qué esperan de vosotras las Obreras? Las Obreras Internas, todas las demás Obreras, Internas y Externas, esperan mucho de vosotras; os tienen casi como celos. Cuando yo les digo que de vosotras espero muchísimo, dicen: pero no nos han de ganar. Eso yo ya lo sé. En dos líneas paralelas os movéis: unas, empujan ya desde años, delante; vosotras, entráis ahora. A ver cómo empujáis. No os sintáis nunca cobardes, y si alguna vez sentís cobardía, mirad a la Virgen y decidle: Madre, empújame, no me dejes. Sólo así tendréis la seguridad de que cada vez os sentiréis más potentes, más fuertes y más decididas. Pero que en vosotras no haya ninguna filtración, que no haya ninguna grieta, filtración de elementos que son perturbadores... Infiltraciones, ¡ninguna! Porque es el modo de destruir las cosas. Hay que ser buenos, fieles, limpios. Menos, pero buenos. Pocos, pero buenos. Muchos y buenos ¡mejor! Pero de no ser muchos, siempre buenos, siempre fieles. Grietas no; infiltraciones, tampoco. Unión. Adhesión a Jesucristo, vida profunda de fe, vida de amor.

Cimentadas sobre esto, podéis estar tranquilas, mis Obreras Cooperadoras. La Virgen os bendecirá.

AÑO 1973

EJERCICIOS PARA COOPERADORAS

Moncada
Marzo

PLÁTICA PREPARATORIA

VAMOS a comenzar nuestra tarea, tan esperada durante este año, aunque nos vemos alguna que otra vez. Siempre da gusto y contento el hablar de las cosas de Dios a todos, pero en especial, como el labrador siente más gozo y alegría cuando va a sembrar en tierra buena... Por eso el hablaros a vosotras, para mí es una gran satisfacción; por vuestra disposición tan buena; porque sois materia escogida del Señor, para sembrar de nuevo y hacer crecer la siembra que ya fue depositada en vuestra mente y en vuestro corazón.

Un avance más van a ser estos días de retiro, de ejercicios. San Ignacio llama a los ejercicios, o los llamo yo, escuela de Jesucristo, donde él habla. Porque yo no hago otra cosa, y así quiero que sea, no hago otra cosa que transmitir a vosotras la enseñanza del Señor. Y que llegue a vosotras con la mayor claridad posible, para que vengáis a ser claro conducto por el cual llegue esa enseñanza a muchas almas, muchas gentes, que están necesitadas de escuchar la palabra de Dios; de ver con más claridad esas obligaciones que tienen para con el Señor; de conocer mejor los caminos de su vida de cara a la eternidad; de alcanzar lo que tanto buscan: la paz del corazón.

Vamos, pues, a dar un paso más en este año, en el camino emprendido. Todos somos cooperadores del Señor;

cooperadores en cuanto a nuestra santificación, en los ministerios, los que el Señor da. Pero vuestra cooperación va unida al ministerio, diría, sacerdotal, porque elementos sois escogidos de Dios para, quizá, sembrar o extender el Evangelio allí donde nosotros no podemos llegar.

Pero voy a hacer hincapié en esta noche, brevemente, en tres cosas que son de suma importancia. En los Hechos de los Apóstoles nos describe san Lucas lo que hacían los primeros cristianos cuando empezó a nacer la Cristiandad. Dice, primero, que perseveraban en oír la predicación, las instrucciones de los apóstoles. Perseveraban; eran constantes en instruirse, en documentarse bien, en aprender, cada vez mejor, la doctrina de Jesucristo.

Segundo: que perseveraban en la comunicación de la fracción del pan. Perseveraban..., eran constantes en tomar la Sagrada Eucaristía, la Sagrada Comunión. Y tercero: eran perseverantes en la oración.

Qué tres cosas de sumo interés; las podemos llamar básicas, en nuestra vida cristiana. Así hacían los primeros cristianos, cuando la Iglesia empezaba a nacer; no lo olvidéis. Éstos son los fundamentos de toda persona que quiere vivir en cristiano. Y cuánto más en todas aquellas que, dentro del cristianismo, van ascendiendo, grado por grado, en esta vida de la gracia, en esta actuación de cooperación a la extensión del Evangelio, y esta donación, cada vez mayor, que nosotros hacemos para el servicio del Señor.

Solamente he querido insinuar estas tres cosas, para que sobre ellas empecéis a basar bien vuestras determinaciones. El estudio, conocimiento de Jesucristo, de su doctrina, la Eucaristía, la oración...

Da pena pensar cómo ahora, en la actualidad, estas tres cosas que acabo de decir, con las cuales constantemente adelantaban los primeros cristianos, son desestimadas, no se aprecian. ¿Qué cristianismo es éste? Por eso, san Pablo, en su carta a los Corintios, en la segunda, dice: Tengo temor. Temo que así como la serpiente engañó a

Eva y la sedujo, así también vosotros seáis engañados por los falsos apóstoles.

¿A quién llama falsos apóstoles? A todos aquellos que con palabras estudiadas y capciosas, con discursos..., captan la voluntad de la gente, para seducirla, para llevarla a su camino, y apartarla de Jesucristo. Les llama falsos apóstoles. Les dice operarios engañosos, obreros engañosos. Y los descubre, afirmando que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Se disfrazan para parecer apóstoles de Cristo; y no son tales. Y nos advierte, para que no nos extrañemos. Dice: No hay que extrañarse tampoco, porque hasta Satanás se transforma en ángel de Dios.

Estas cosas, pues, al empezar, las pongo por delante, para que las consideréis, y sobre ellas, ya, vayamos dando doctrina en estos ejercicios.

En cuanto a vuestra santificación personal, hay que cooperar a la gracia de Dios. Y en la medida en que la gracia de Dios viene a nosotros, nuestra cooperación ha de ser mayor. Somos cooperadores de Cristo. Y vosotras tenéis una gracia, no solamente de santificación propia, sino de santificación propia para los demás. Es un carisma.

La lucha está planteada con nosotros mismos, pero el hombre viejo está vencido. Alegraos de ello. Está vencido. Por eso digo yo que os hablo con alegría, con contento, porque vuestros espíritus son gratos a Dios; vuestras obras, también. Podemos ser mejores, indudablemente. Este camino es el que vamos a estudiar; y afirmar nuestra voluntad, para ser mejores, según la voluntad del Señor; ya que estamos laborando para el porvenir, trabajando para la salvación de las almas, trabajando en nuestra propia salvación; y el mérito, el premio, lo tenemos delante de Dios; no lo buscamos delante de los hombres; el premio lo esperamos del día de mañana.

La lucha está planteada. Vuestros brazos se han de mover; vuestro corazón ha de amar más; vuestra personalidad se ha de entregar más. Siempre tenemos un más que dar. Por lo menos, en el deseo.

¿Qué sacaremos de estos tres días? Yo os quiero hablar lo que pueda, con la sencillez del Evangelio, porque, precisamente, el mal, un mal de la actualidad está en quitar la sencillez del Evangelio. Porque en la sencillez está la verdad.

Yo quiero forjar en vosotras un espíritu sencillo; pero ese espíritu sencillo, tan lleno de Dios, que no sepáis ni pensar, ni vivir sin Dios, sin él. Portadoras del Señor habéis de ser; pero de manera no vulgar, no corriente, sino como espíritus fogueados, que el mundo necesita, que la Iglesia necesita, y que vuestro apostolado os lo exige.

Horas, pues, que viviréis aquí, o viviremos, mejor dicho, para alentaros... Porque yo mismo hablando, es como aquel que trabaja, que se calienta; para alentarnos todos, vigorizar la voluntad, quemar más nuestro corazón junto a las llamas de un sagrario; para orar; para transformarnos, para vivir eucarísticamente; revivir en nosotros aquella primera vida cristiana, que el mundo no puede destruir, porque aquellos primeros cristianos vivían la auténtica doctrina de Jesucristo.

Y mirad estas tres cosas, qué sencillas son: Eucaristía, oración, estudio de Jesucristo o palabra apostólica. Son las tres como punto de apoyo de vuestra vida.

Que la Virgen, que os ha traído aquí, y que es siempre la luz y guía que os ilumina, esté muy cerca de vosotras. Pedidle mucho. Dicen que no hay que pedirle a Dios, a Dios no se le pide. ¿Cómo que no se le pide? Hay que pedir a Dios, a ese Cristo, a la Virgen. Si no pedimos, ¿será por orgullo? ¿Porque no lo necesitamos? ¡Vaya que lo necesitamos! Si no valemos para nada. ¿Será por orgullo? ¿Dónde va el orgullo? Hay que pedir, mis Obreras, hay que pedir.

Y pedir con fe. Pero con fe profunda, con fe íntima. Porque no somos nosotros los que vamos a hacer algo positivo, sino que es él el que va a obrar dentro de vosotras. Y con él, ¿a quién vamos a temer? Adelante. El camino está

abierto; las sendas pequeñas se van convirtiendo en pistas. Adelante. Pero con vuestra santidad, que ha de crecer.

Y estas horas vividas cerca del Señor, cuánto os van a servir para un crecimiento de la vida profunda de Dios. Yo tengo mucha confianza de que estos días de retiro van a dar un resultado espléndido. Ya sé las dificultades que hay; estáis atadas a tantas vinculaciones de cosas... Pero, en fin..., pensad que cada una de vosotras podéis mucho, desde el momento en que el Señor quiere valerse de vosotras como de un cuchillo penetrante, como de un medio por el cual llegue la luz, la doctrina, y hasta la gracia del Señor, que viene después, cuando un alma se ha transformado.

Comencemos, pues, con estas disposiciones interiores, de no salir como entráis. Sé que vuestros ánimos son grandes; vuestras disposiciones, también; hay que aumentarlas, hay que conocer más, hay que profundizar más. Como aquel que estudia una materia, que ya la sabe; pero cuantas veces la estudia, la profundiza más, la conoce mejor.

Eso nos pasa a nosotros también. Conoceréis lo que son las Obreras, lo que es su espíritu, lo que vosotras habéis de ser, cómo habéis de trabajar, cómo habéis de orar, cómo os habéis de ayudar..., formando todas, compactamente, como una sola. Ésta es la voluntad del Señor que vosotras sabéis cumplir, y aceptar ya, desde este primer momento.

Y el Señor estará complacido. Tengo muchas esperanzas. No habéis defraudado en este año; al contrario, habéis superado mis esperanzas. Mis ilusiones son mayores, todavía; las vais a realizar. Yo no; sois vosotras, en las cuales he puesto esta confianza, como instrumentos que Dios ha escogido para emprender esta grande obra de evangelización, de restauración de muchísimas almas para él.

NACER, VIVIR Y MORIR. EL PLANO HUMANO Y EL PLANO SOBRENATURAL

DESTINAMOS el día de hoy para reflexionar mucho sobre nosotros mismos. Nos hemos de conquistar para Dios, y esta conquista la hemos de hacer nosotros, personalmente; luego, ya veremos cómo Dios nos ha escogido para ser elemento de conquista para los demás. Pero ahora, vamos a estudiarnos a nosotros mismos.

Nuestra vida humana la resumimos en tres períodos: nacer, vivir, morir. Y de ahí no nos podemos salir, aunque queramos. El que nace, por el hecho de nacer, vive, y por el hecho de vivir, muere.

Una contrapuesta hay en el plan divino, como redimidos por Jesucristo, como ciudadanos destinados ya a una patria eterna. Ya no es el mundo, la tierra, sino un porvenir de eternidad. Nacemos para Dios, vivimos para Dios, y morimos para Dios. Éste es el complemento de esta vida nuestra humana.

Nacer para Dios, por el Bautismo; vivir para Dios, no todos viven; morir para Dios, tampoco. Éstos son los puntos de diferencia. En el plano humano, todos somos iguales; en el plano divino, no todos corremos la misma suerte. Y, no obstante, no hay más remedio que andar ese camino. Inútil es no pensar en esto. Como quien no quiere pensar en la herida que tiene, que debe curar. Como quien no

quiere pensar en su futuro, del cual depende su felicidad o su desgracia. Esa persona será inconsciente; o, siendo consciente, rehúye afrontar la situación.

Bien dice el Espíritu Santo, y nos advierte, que nos acordemos de nuestras postrimerías, y así nunca pecaremos. Acuérdate, y así nunca pecarás. ¿De qué me voy a acordar? Las postrimerías son: muerte, juicio, infierno, cielo. Aquí remata el recorrido de nuestra vida terrena, y aquí empieza nuestra nueva vida en la eternidad. Los que no tienen fe, los que dicen no tener fe, aunque allá íntimamente sí que la tienen, son como el ladrón, que quiere convencerse de que no ha robado, y pretende echarse de encima el recuerdo del robo; quiere justificar, de alguna manera, lo que ha robado, para hacerse inocente.

Cuántos cambios se realizan admirablemente en la última etapa de nuestra vida, incluso también dentro de la vida, pero sobre todo, en la última etapa, en esas postrimerías. ¿Por qué un moribundo no ve las cosas como pretende verlas durante su vida de placer? ¿Por qué entonces tiene una visión distinta de ese porvenir, en el cual no quiso pensar? ¿Por qué entonces siente miedo, siente temor, o busca una tabla de esperanza donde poderse acoger, cuando durante tantos años despreció la tabla? Se burló de ella, hizo alarde de ser un superhombre, una mujer que sabe de la vida, que sabe de todo, pero que no ha sabido lo principal, no ha sabido preparar su maleta para el futuro.

Si esta visión la tuviéramos ahora, ¿creéis que no cambiarían las vidas? Hay un mundo irreflexivo, que no piensa, que no quiere pensar; y hay que hacerle pensar. Y en este mundo estamos nosotros también. Tenemos necesidad, todos, los religiosos y no religiosos, casados y no casados, cualquiera que sea la situación o estado, tenemos necesidad de meternos dentro de nosotros, escudriñar el corazón, examinar nuestra vida, conocernos perfectamente y, con imparcialidad, juzgarnos. Porque no somos, mu-

chas veces, imparciales. Cerramos los ojos para no ver los vacíos que tenemos. No nos damos cuenta, o no queremos darnos cuenta, de aquello que es como una paja que llevamos en el ojo y nos impide ver con claridad las cosas.

Quien se conoce a sí mismo, es gran sabio. No aquel que conoce a las personas, y deja de conocerse a sí; porque lo primero que debemos conocer es el libro de nuestra vida, de nuestro corazón, de nuestros sentimientos, de nuestros deseos, de nuestras aspiraciones, de nuestro modo de ordenar esta vida, que hemos recibido de Dios.

Alguien dirá, o el mundo: esto es amargarnos mucho la vida. Vale más que te la amargues ahora, y luego la dulcifiques, que ahora creas que la tienes dulce y no es tal, y luego, la tengas muy amarga... Que estamos para santificarnos, es evidente; ésta es la voluntad de Dios. Nosotros somos otro mundo distinto de ése que no tiene fe. Bastante padece, aunque cree que goza. De esto, nosotros sabemos mucho.

De esta irreflexión ¿qué se cosecha? El pecado. Choca el que hoy no quieran hablar del pecado. No se oye hablar. Escribir, poco. Ni se predica tampoco. Y si abrimos la Sagrada Escritura, el Antiguo y el Nuevo Testamento, repetidamente se habla del pecado, del premio que da el pecado. ¿Cuál fue el primer premio que dio el pecado? La muerte. En Adán y Eva, la muerte. ¿Qué otro premio? Los sufrimientos. Nuestra vida está tejida de sufrimientos, aunque de vez en cuando haya algunas flores, y algunos contentos y alegrías, pero mezclados siempre entre sufrimientos y abnegaciones y sinsabores miles. Cualquiera que sea el estado que nosotros hayamos escogido.

¿Premio del pecado? ¿Por qué vino el diluvio? Por el pecado. Los pecados de los hombres atraieron la ira de Dios, y los anegó en agua. ¿Por qué vienen tantas disensiones en un matrimonio? Por el pecado. Ése es el premio: vivir mal matrimonialmente, vivir con infidelidad dentro

del matrimonio, convertir el matrimonio en una cadena de pecados. ¿Premio del pecado? Pérdida de una vocación religiosa; descentramiento del mismo sacerdocio en su actuación. ¿Premio del pecado? Un desbarajuste en las costumbres, en la inmoralidad. ¿Premio del pecado? El orgullo de la persona humana, que no quiere reconocerse a sí misma en su poquedad; produce un malestar.

Y esto es lo que salpica nuestra vida. Acaso oiréis decir: es que esto lo lleva la misma vida. Sí, pero, ¿por qué la misma vida lo lleva? Es lo que yo pregunto. Según nuestra fe, lo lleva porque esta naturaleza nuestra humana, creada por Dios perfecta, sin sentencia de muerte, sin estar condenada a sufrir, por el pecado es condenada al sufrimiento y a la muerte. Y nosotros lo agrandamos.

He aquí la lucha, que es preciso sostenerla en nosotros mismos; ahora estamos en nosotros mismos. Son las pasiones, es la concupiscencia desordenada, es la parte carnal, es el desorden que hay dentro de nosotros. De ese desorden sale la avaricia, la lujuria, la fornicación, el adulterio, el robo, el orgullo, eso que llamamos soberbia de la persona. Cada uno tiene su carácter, es verdad, tenemos nuestro temperamento; pero la lucha está ahí; para que el pecado, que es un desorden, no nos dirija, no nos domine, sino que nosotros ganemos la batalla, con el esfuerzo de nuestra voluntad, poniendo orden donde no hay; poniendo humildad donde hay orgullo; poniendo obediencia donde hay espíritu de maldad; poniendo sujeción donde hay un espíritu de flotar.

Porque, mirad: en el mundo, actualmente, si lo estudiamos bien, todo el desequilibrio actual parte de un punto, del pecado; pero nos ataca por el orgullo. Vemos en la parte política, digamos política o de gobierno: todos quieren mandar; nadie quiere obedecer. Todos quieren ser más; los demás han de ser un monigote que muevan de aquí para allá. Claro, viene un desequilibrio.

Esto, en el gran mundo. Vamos al pequeño mundo de una fábrica, de un hogar; ese pequeño mundo de un hogar, de una casa, de una institución, de una congregación, de donde queráis; y veréis siempre ese espíritu de mando, ese espíritu de algo...; se llama desequilibrio, desorden, que tiende de por sí a sujetar, a esclavizar, a dominar.

Es que llevamos las pasiones encima. Y así, nuestras pasiones desordenadas tienden a dominar la voluntad, y a hundir a la persona; se les ve cómo se hunden en el vicio, en el pecado, incluso suelen decir: es que no puedo. ¿Cómo que no puedes? Es que estás dominada por eso, por esa concupiscencia, desequilibrio de esa pasión que tú no has sabido sujetar con tu voluntad, con tu esfuerzo. En la lucha has perecido. Y en esa lucha realmente perece aquel que no lleva la asistencia de la gracia de Dios.

Somos el pequeño y grande mundo. Yo quiero, aplicándomelo a mí mismo, que estudiemos este mundo, este mundillo pequeño que tenemos en nosotros; ver cómo gobernamos nuestro corazón; ver cómo el pecado, si lo hay, va produciendo su fruto; ¿cuál es la merced y el premio que nos da? Por no obedecer, por no sacrificarte, por no superarte, por no abrazar el sacrificio, por aquel placer que no debiste tener..., qué sé yo, por tantas cosas... ¿Qué premio tengo yo? ¿Malestar en casa? ¿Malestar con aquellos con los cuales yo convivo? ¿Acaso, en mi actuación apostólica, un fracaso? A ver, a ver, de dónde sale todo esto; si hay algún desorden dentro de mí, para ponerlo en equilibrio. Es decir, nos hemos de estudiar, mis Obreras, nos hemos de estudiar.

La perfección es muy hermosa; a mí me encanta la perfección. Os debe encantar a vosotras también. Cuando uno, pues, quiere escribir muy bien, o dibujar muy bien, y ve que una línea se le va, tira a corregir aquello inmediatamente. No importa que digan: has corregido. Sí, he corregido; porque estaba mal, porque quiero que salga el cuadro bien, perfecto. La perfección, ¡es tan hermosa...! Y

se nos exige en la medida que el Señor quiere. Y quiere en proporción a la misión y fin a que nos ha destinado... A quien le destinan a ser profesor, debe estudiar mucho, primero; ser hombre de estudio, de ciencia, para luego enseñar.

Vivir para el mundo es perecer..., perdiendo ese gran premio que Dios nos tiene prometido. Para el mundo hemos de morir, porque de nosotros nadie se va a acordar. Para el mundo hemos de morir, porque seremos un puñado de polvo, que ha de desaparecer por completo. No nos hagamos ilusiones: ni belleza, ni riqueza, ni bienes, ni amores, ni cariños, ni nada; aquí no queda nada.

El que vive para el mundo..., es un desgraciado. Pero es que no se puede morir para el mundo sin resucitar para el juicio de Dios, porque tras una cosa, va la otra. Muerte... Y hay que morir. Y hasta personas..., muy buenas, se las ve, cuando llega ese momento, cómo tiemblan, tienen miedo. ¿A qué tienen miedo? Si has servido a Dios, si has vivido para Dios, si naciste para Dios, ¿qué miedo tienes? Si tu vida la has gastado para el Señor, ¿qué miedo tienes? Es que se suele engañar la gente que cree que vive para el Señor, y no vive con la plenitud que debe vivir, tiene fallos. No ha dado con generosidad lo que debió; ha regateado, ha partido su corazón; le ha faltado abnegarse. Y lo sabía; por eso, ahora tiene miedo.

Creo que nos ayudará mucho, para fundamentar bien nuestra vida espiritual, no olvidar este tránsito rápido nuestro por el mundo, para dar una cuenta. Vivir..., ¿para qué? ¿Para quién? Para Dios. ¿En qué estado? ¿De qué modo? Porque sea cualquiera, empezando por mí, no podemos poner excusa ninguna. El asunto está claro: nací, vivo, he de morir. Y allí recogeré lo que durante mi vida yo sembré. Y el que siembra vientos, recoge tempestades. Ahora somos muy valientes; entonces no seremos tan valientes. Ahora desafiamos todo; entonces nos desafían a todos.

Que os sirvan como de un examen, estas preguntas: ¿yo he vivido y vivo para Dios, para el Señor? ¿Y de qué forma? ¿Y cómo, en mi estado? ¿Qué rendimiento he dado en los años de mi vida, ahora, sobre todo, en este último año? ¿Qué premio me dará la muerte? ¿Será motivo de alegría, de satisfacción, como al que le dan el título de haber aprobado bien, de haber salido sobresaliente en el examen? ¿He trabajado bien? Mi vida espiritual, ¿cómo la he vivido? ¿Vivo para Dios? ¿Dios vive en mí? ¿Le llevo dentro de mi corazón? ¿Es mi ideal? ¿Es mi pensamiento? ¿Es la presencia de Dios la que yo dentro de mí vivo, como en una contemplación silenciosa, callada, de tal manera que la compañía del Señor no me falte nunca, ni en mis ratos privados de quietud, ni en mis ratos de ajetreo y ocupaciones, en el hogar, o donde sea, o en el apostolado?

¿Vivo para Dios? Qué hermoso es si podéis contestar que sí; que no vivís para vosotras, ni para buscar vuestra personilla, ni para satisfacer vuestros gustos. Que vivís para Dios, por la gloria de Dios, por el amor de Dios, únicamente, con ese desprendimiento que Dios exige de nosotros; porque derecho tiene a pedirlo todo. ¿Estoy satisfecha de ésta mi conducta? ¿Debo reformar algo? Pensadlo bien.

EL INFIERNO

EL juicio sigue a la muerte, y tras el juicio, la sentencia. Destino: infierno o cielo. El negar para poco sirve ante una realidad. ¿Qué vale nuestra palabra ante la palabra de Jesucristo, que es la suma Verdad? Y él lo ha dicho con toda claridad.

Tampoco se habla hoy del infierno. Ni en libros, ni en revistas, ni en la predicación. ¿Le tienen miedo? ¿No creen? Si no creen, si no hay pena, si no hay castigo, entonces, ¿qué es nuestra vida, cuando está salpicada de sacrificios, de abnegaciones? ¿Qué significa el sacerdocio? Si no hay nada que perdonar, si no hay nada que salvar. ¿Qué es la religión? Sólo juzgar, ¿qué? ¿Lo bueno? Si lo malo no se juzga, no es menester juzgar; todo el mundo pasa. Y lo malo no tendría castigo, estaría igualado a lo bueno.

¿Dónde buscar el estímulo en nuestro obrar? Si todos pasamos por el mismo rasero, los buenos y los malos, ¿quién sería bueno? ¿Quién lucharía por vencer el desorden de sus pasiones? Seríamos fieras, inhumanos. No obstante, el error que hoy circula por ahí, es la negación del infierno; se resisten a admitirlo.

¿Y qué religión, pues, tenemos nosotros? Hay que suprimirla. ¿Pero cómo suprimir ese sentimiento que lleva-

mos en nuestro interior? ¿Cómo quitar ese algo que nos tortura cuando obramos mal? ¿Por qué la persona se esconde para ofender a Dios en ciertas cosas? ¿Por qué siente rubor de sí misma cuando actúa contra el dictamen de su propia conciencia? ¿Por parecer bien ante el mundo? Pero, si todo es igual...

Hay un castigo. Si este castigo podría ser otro..., esto depende de la voluntad de Dios, que es el Señor. ¿Quién es el barro para decirle al alfarero: ¿por qué me haces tal objeto? ¿Quién es el hombre para enfrentarse con Dios?

Y si no diese una gran cantidad de gracia para que nosotros pudiésemos obrar rectamente y bien, cabría quizá esa palabra interrogante de protesta; pero si la abundancia es tan grande, ¿cómo uno va a quejarse de que tiene sed, si tiene el río lleno de agua? ¿Cómo va a poder decir que no puede obrar rectamente, si se le dan tantas facilidades? Aun en las caídas, se le da la mano para que se levante. A un muerto en el alma, se le da la vida, se le resucita a la vida de la gracia...

Hay que afirmarnos, pues, en esta tremenda verdad. Y así lo dice el Señor, repetidas veces. Quizá sea la verdad que más predicó Jesucristo durante los años de su predicación: hay un infierno. Por tanto, también hay un cielo. Si leo las palabras del mismo Jesucristo, las que trae san Mateo, en su capítulo 25, dice: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Entonces, si está preparado para el diablo y sus ángeles, ¿cómo no para el hombre? Dios no quiere que el hombre se condene. Por eso, incluso murió y con su sangre le abrió el camino de la salvación. Pero si no se esfuerza el hombre con sus obras, le obliga a que le condene... No hizo Dios el infierno para el hombre; pero le obliga, como el mal hijo obligaría a su padre, queriéndole todo el bien, por su conducta, a que le castigase. Es el hombre el que se abre el infierno a sí mismo, por su conducta desordenada, de rebeldía a los preceptos del Señor y de rechazo al amor que debe a Dios.

Y el evangelista san Marcos trae también un testimonio de Jesús, cuando se refiere al escándalo. Palabras del Señor: Si tu mano te escandaliza, córtala; porque vale más que te salves con una mano, que te vayas al infierno con las dos. Y si tu ojo te escandaliza, lo arrancas. Porque vale más que con un ojo te salves, que con los dos te vayas al infierno, al fuego inextinguible. ¿Es que el Señor nos engaña?

Igualmente, san Lucas relata estas palabras de Jesús, cuando habla del rico Epulón y del pobre Lázaro. Al rico le dice: Sepultado en el infierno. Más claro no se puede decir. Al interpretar estas palabras, algunos quieren entender que se trata de una parábola, no de una realidad; pero, al cabo y al fin, si es una parábola tiene su significado: contrapone la vida del pobre a la vida del rico. Mejor dicho: a la vida del rico, llena de placeres, de pecados, y a la vida del pobre, que mendiga algo de aquello que el rico tira y se lo niega. Y entonces viene la justicia de Dios: Tú, le dice, ya has gozado en la vida, has tenido tus placeres; aquél ha padecido. Justo es que ahora tú padezcas, y que aquél goce. Es la justicia de Dios. Si no hubiese esta justicia, qué mala distribución habría en el mundo.

El Evangelio solamente habla de lo espiritual, del Reino de Dios, de la caridad, no de las cosas temporales. Pero nos pone ante los ojos la visión de una justicia. Cómo al que sufre le premia; y cómo al que goza enfangándose en el vicio, le castiga. Porque el pobre y el rico tienen un mismo destino, que es servir a Dios, amar a Dios, vivir de él; es un fin, el mismo y único.

Y san Pablo, en su segunda carta a los Tesalonicenses, también nos habla de lo mismo. Y dice, en el capítulo primero, que vendrá con llama de fuego a tomar venganza de los que no conocieron a Dios y de los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo..., los cuales sufrirán la pena de una eterna condenación.

¿Cómo vamos a dudar de estas cosas? ¿Por qué no se predicán? Que ¿qué es la religión? Es la verdad de Jesucristo. ¿Veis cómo nos habla de un porvenir?, ¿cómo nos alerta? Comprendamos cuando el Señor dice: Orad y velad porque no sabéis cómo va a venir... Siempre refiriéndose a aquello, a lo que viene. Para salvar al hombre; para que se despierte en medio de los sueños puramente terrenos; para que se dé cuenta de que ésta no es nuestra patria; que vamos como peregrinos, buscando la patria de la eternidad.

Y en esto abunda también el apóstol san Juan, en el Apocalipsis, con estas palabras tremendas, en el capítulo 21, cuando dice: En orden a los cobardes –fijaos bien, a los cobardes– e incrédulos y execrables y homicidas y deshonestos e idólatras y a todos los embusteros, su suerte será en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda, muerte eterna.

¿Exageran? ¿Modo de escribir? Es el pensamiento de Jesucristo, es su palabra, es el Redentor que pasa por el mundo, teniendo toda la razón para obrar así. Porque agotó su paciencia, agotó su sangre en la cruz, para que el hombre, con ella, redimido y avisado, viva para el cielo, aún estando en este mundo, pensando que su morada no es la tierra, sino que su morada está allá arriba, y allí la tenemos.

¿Hay, pues, infierno? Sí; es nuestra fe. Algunas veces yo me pongo medio a temblar, sin perder mi reposo, cuando leo ciertas manifestaciones escritas de personas nuestras, que deforman de tal manera el Evangelio...

El justo vive de la fe. Pues la fe es la que nos está hablando ahora. Y la Revelación divina toda es a base de fe; porque no lo vemos, lo creemos. Dicen que son fórmulas, modos... Pero, modos de comer ¿no? –diría yo–. ¿Pero hay comida? Modos de vivir, ¿pero se vive? Modos de vestir, ¿pero se viste? Modos de decir... ¿Pero hay un infierno, hay un castigo, hay un juicio, hay una sentencia, hay un

premio para el bien y un castigo para el mal? Pues, hemos terminado.

¿Y qué le va al Señor decir fuego eterno? ¿Qué le va a él? ¿Atormentarnos, asustarnos, para que seamos buenos? Pero si somos malos y no hay castigo, no pasa nada. Sería como el padre, si en una casa amenaza al hijo que se porta mal, pero no le castiga. Y aquél sabe que no hay castigo...; aunque amenace, es igual, es un decir. No. No se trata de un decir, se trata de una tremenda realidad.

Y notemos una cosa: que no hace distinción de clases de personas. Habla en general; incluye a todos: sacerdotes y religiosos, casados y solteros, todo el mundo. Es el juicio, es nuestra vida patente, clara, terminante. Es que yo, es que yo... ¡Nada de yo! Tu juicio, tu vida. A cada cual, según su situación, su estado, su posición, lo que sea; pero tu vida. Se ha terminado. Al que es cojo..., supongamos que, en un momento, tuviéramos que hacerle un juicio por la caída. Diríamos: es que está cojo, y al tener la cojera, pues, se ha caído el pobre; comprendemos su cojera. Ahora: el otro no está cojo, el otro está muy fuerte, y ha caído; y tú, ¿por qué has caído? Aquella persona tendrá unas pasiones violentas, tendrá una caída, lo que sea; está coja. La otra está tranquila, tiene gracia de Dios abundante, tiene equilibrio y, no obstante, cae... Es la voluntad, es aquello que no domina, y cae... Tendrá más responsabilidad.

Esto a vosotras no os ha de producir un terror, sino un afinamiento de vida, una mayor generosidad, un conocer más la voluntad de Jesucristo, que os ama. Como si un padre, en la casa, da una orden; sabe que el hijo bueno la va a cumplir, pero da una orden en la que amenaza con quitarle los bienes si no obra bien. El hijo bueno está tan tranquilo; el padre, también; porque tiene confianza en aquel hijo, y sabe que es bueno y que para él no diría nada; pero... como hay otros también que, siendo buenos, se pueden desviar, pueden ser débiles y les pueden engañar,

pueden doblarles la voluntad, como ocurre muchísimas veces, en personas que son buenas, y vemos cómo se doblan, cómo las engañan, cómo ceden, cómo son cobardes...

Examen... Cada una piense: Señor, hiciste el infierno, creaste el infierno, para Satanás y sus ángeles; para mí, no; respetaré tu voluntad. Para mí, no; que mi vida procuraré que sea tan fina que no merezca más que una alabanza de tus labios. Pues que, Señor, sabes comprender mi debilidad, mi flaqueza; pero mira mi entera y grande voluntad. Para mí, no.

Y con esa elevación de espíritu, vivid. Mas acordaos alguna vez, si vieseis que el interior flaquea, o que no respondieseis debidamente, acordaos alguna vez de decir: Señor, para mí, no; para mí, no. Aunque tengas que romperlo todo.

Nos ama tanto el Señor, que nos bastará una simple correspondencia en amor. ¿Quién no la tendrá, después de conocerle? ¿Quién le va a temer? No; temed y no temáis. Temed y confiad, temed y amad, temed y trabajad, temed y soltad ese corazón entero. Que haya no un infierno, sino un arder, dentro de vosotras, como una llamarada que suba hacia el cielo. Señor, para mí, no... Ése sea vuestro examen.

EL CIELO

NUESTRA salida del mundo es para el cielo o para el infierno. Hemos hablado de este último. Nos confirmamos en la fe: sí que hay; y a él descenderán los malos, los que no quisieron conocer a Jesucristo, los que no quisieron obedecer al Evangelio.

¿Y el cielo? ¿Qué es el cielo? También juega aquí el papel que significa, la fe. Dicen ahora que el cielo lo lleva uno dentro de sí. Llevarlo dentro de sí, ¿qué significa? Para ellos significa vivir en el placer, gozar de la alegría que da el mundo, abundar en bienes terrenos, gozar de su cuerpo, cifrarlo todo en ese afecto y amor a una criatura. ¿Puede ser éste el cielo? Sería un cielo terreno. Pero ¿alcanza a todos? No.

¿Y los que sufren? ¿Dónde tienen el cielo? ¿Y los que carecen hasta de lo necesario y llevan una vida azarosa, desdichada? ¿Dónde llevan el cielo? ¿Y los que están defraudados en el cariño, en el afecto, en el cual cifraban toda su dicha? ¿Qué han hecho de su cielo? ¿Y los que ven que se les va perdiendo la vida, por la vejez o por la enfermedad, que les impide incluso, a veces, hasta el movimiento de sus miembros? ¿Qué es de su cielo? ¿Y aquellos que se desesperan?

El resultado sería que unos tienen su cielo, y la mayor parte de la humanidad carece de él. Pero aun aquellos que creen que tienen el cielo, se les escapa de las manos. Será un cielo momentáneo, de meses, de días, de años, nada más. Y dicen: el cielo está en la tierra. No; si esto es el cielo, yo diría: vale más no vivir. Y ése sería nuestro cielo: acabar. Nuestra vida actual no da más, mis Obreras, no da más. No presta más. Por mucho que uno quiera estirla. Y si hiciéramos un recorrido por este mundo, nos pondríamos las manos en la cabeza, al ver tanta desdicha, al verla; y otra que no se ve, que la adivinamos, que la sabemos, aunque con los ojos no la vemos...

Hay un cielo, pues, que es todo lo contrario al infierno. En éste se sufre; en el otro se goza. Hay una vida terrena que perece, y tras ella, una vida eterna. El cielo es el gozo completo, plenísimo, que nosotros, por la misericordia de Dios, esperamos tener un día. Es el amor que llega al sumum de su fineza y de su plenitud. Es la felicidad plena, completa, en todos los sentidos. Es la posesión de Dios, que ahora la llevamos por la gracia, pero es de otro modo. Ahora somos hijos de Dios; pero entonces veremos a Dios cara a cara, tal como él es, su belleza, su poder, su grandeza, su bondad, todo. La vida, la vida plena, que nunca podrá ya morir.

Del cielo nos habla también el Señor por medio de la Revelación. Y os cito estas palabras, para que, así instruidas en la Sagrada Escritura, vuestra fe sea firme, y podáis decir y hablar delante de todo el mundo, y con valor, ante esa negativa, o silencio, o palabra destructora de aquellos que deben evangelizar; y de todos aquellos en los cuales un día se puso la semilla de esta fe, de esta creencia, y que no pueden matar los sentimientos interiores que llevan ahí dentro. Pues todos aspiramos a vivir, a amar, a la felicidad, a algo que nada ni nadie en el mundo nos lo pueda arrebatarnos.

En los Hechos de los Apóstoles se describe la persecución y muerte de san Esteban. Y dice el santo, en los últi-

mos momentos ya: Estoy viendo ahora los cielos abiertos, y el Hijo del Hombre sentado a la diestra de Dios. El cielo...

Nos habla san Pablo también, en su carta a los Romanos, capítulo 6.º: Habiendo quedado libres del pecado y hechos siervos de Dios, cogéis por fruto vuestro la santificación y, por fin la vida eterna.

Libertados del pecado, roto ese vínculo que nos ataba al pecado, ¿qué consecuencia se sigue? Que quedamos, en vez de siervos del pecado, de Satanás, siervos de Dios, esclavos de Dios, vinculados a él. De la muerte, pasamos a la vida. Y una vez hechos esclavos, ¿qué es lo que nosotros recogemos? ¿Qué fruto tomamos en nuestras manos? La santificación.

Por una parte, hay que excluir el pecado. Como consecuencia, hay que ser esclavos de Dios, estar al servicio del Señor. Y estar al servicio del Señor es cumplir sus preceptos, cumplir sus mandamientos. Ya les dijo Jesús a los apóstoles: Id y predicad y enseñad lo que yo os he mandado. No lo que se os ocurra a vosotros, no lo que el mundo os dicte. No lo que al mundo le parezca, sino lo que yo os he enseñado. Eso es lo que habéis de predicar.

El fruto es la santificación. ¿La santificación del mundo? Bien; pero aquí se refiere a la santificación personal. Aquel que ha roto la atadura del pecado se ha puesto la esclavitud santa del servicio del Señor. Y, como fruto, se santifica. Es la santificación propia; es la santificación nuestra, personal.

Se habla de santificar al mundo... Se habla de libertar al mundo... ¿De libertar de qué? De la esclavitud del pecado. De eso hemos de libertar al mundo. Porque si libertamos a uno de una cosa terrena y no le libertamos del pecado, queda esclavo del pecado; tiene siempre una esclavitud.

Los que más hablan de libertad son quizá los que menos la tienen. Una mujer de esas que andan por ahí, desligada de todo, a su vida, se llama libre. ¿Libre? Si está

sujeta y atraída y esclavizada por el cariño de aquella persona; si estás atada a cuatro chavos que te dan para venderte. ¿Libre? Si no puedes vivir si no vas al club... ¿Libre? Si tú no puedes sujetarte, jovencita, o quien seas, si no vas a la discoteca... ¿Libre? Si tú no sabes vivir si no cumples esas ansias y caprichos y deseos que tienes... ¿Libre? Si estás atada completamente... Tú no sabes lo que es la libertad.

El fruto que hemos de coger es nuestra santificación. Y luego, como premio a esa santificación, la vida eterna. El cielo es la vida eterna, vivir eternamente. Y nadie vive eternamente si no vive ya gozando de Dios, porque nuestra vida, aquí, no es eterna.

Nos habla el mismo Apóstol, también, de este cielo. Qué hermosas palabras dice: Veremos a Dios cara a cara. Esto es el cielo. ¿Quién puede ver una belleza, que no se encante? Si nos alegra contemplar los rayos del sol... ¿Quién puede no gozar viendo a Dios que es el sumum de todos los bienes? Nos extasiamos ante un cuadro que tiene una hermosa retratada con un pincel. ¿Quién no se elevará ante Dios, sólo con la contemplación, y será atraído por esa fuerza del amor, pues es todo amor? Si el amor de una criatura puede atraer a otra fuertemente, ¿cómo no atraerá el amor de Dios? El cielo es gozar, porque es ver y amar. Ver a Dios cara a cara, tal como él es. Ahora le vemos resplandeciendo en ese sol que ha creado, en las criaturas, en las plantas. Le veremos cara a cara, tal como él es; eso es el cielo.

El apóstol san Juan también nos habla del cielo, cuando nos dice: Ahora somos ya hijos de Dios, por adopción, por la gracia. Por adopción, por la Redención, somos hijos de Dios; pero por la gracia, realmente vivimos y somos hijos de Dios. Por la gracia, porque es una participación de la vida divina. Ahora somos así. Mas lo que seremos algún día, no aparece bien; todavía no lo podemos comprender.

Cuando se manifieste claramente Jesucristo...; es decir, se nos manifieste, le veamos; ahora le vemos por el Evan-

gelio, vemos su imagen; le oímos cómo habla; le contemplamos en su bondad, en todas sus virtudes... Cuando se manifestare claramente, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es.

Calculemos el goce y la alegría que tendremos, un día, de ver a Jesucristo como él es: como hombre que nos ha redimido, el más perfecto, y como Dios. Y cómo veremos a la Virgen, con toda su belleza. Jesucristo, como hombre, llevaría la imagen de su Madre... ¡Qué hermosa sería la Virgen! ¡Y cuánta hermosura tendría el Señor!

Le veremos tal como es. Ésta es nuestra aspiración, como cristianos, como un grito de nuestra fe. Nuestro cielo está en eso, en ver al Señor, en estar con él, en gozar de él, en ver a Dios cara a cara. Ésta es nuestra suprema felicidad. No pensemos que el cielo es otro gozar..., no. Es un ver a Dios. Basta. Nuestro cielo, donde tendremos realizadas todas nuestras aspiraciones... Ni habrá enfermedad, ni habrá llanto, ni habrá sobresalto, ni habrá temor. Ya no habrá nada más que amar, ver, vivir... Hacia esa plenitud de vida, mis Obreras, vamos, aspiramos, soñamos, deseamos. Es la realización de nuestra vida, de nuestra personalidad.

Nuestra personalidad completa la realizamos así. El cielo... ¿Por qué no creerán en él, cuando si no lo hubiese, habría que inventarlo? Para que todo el vacío de nuestro corazón tuviese una esperanza de ser llenado un día. Para que un día encontrásemos la verdad plena de la vida, dejada tanta mentira, tanta hipocresía, tanta falsedad, como hay en el mundo... Y Dios enjugará todas las lágrimas. Ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alaridos, ni habrá más dolor, porque las cosas de antes, todas, han pasado. "Yo soy el principio y el fin, el alfa y la omega."

Ésta es la futura patria: el cielo. Hay un cielo: la vida eterna, el premio a aquellos que con sus obras han sabido ganarlo, han sabido merecerlo. Yo pregunto: ¿vamos a ser buenos por ese cielo? ¿Vamos a trabajar por Cristo, miran-

do ese cielo? ¿O el cielo es un premio a los que trabajan por Jesucristo, a los que se santifican, sin buscar siquiera ese cielo, recordando aquel verso: aunque no hubiera cielo, yo te amara...?

Vamos a imitar al Señor que, sin buscar nuestra correspondencia, aunque la quiere, sin mirar nuestra correspondencia, mejor diré, se sacrificó, como una hostia, en la cruz; y aun sabía que no corresponderíamos. Lo hizo por nuestro bien, no porque nosotros le pudiéramos dar. ¡Qué lección más bella!

San Pablo, en una de sus cartas, dice: Yo, hasta sería excomulgado y anatema por salvar a mis hermanos. El cielo se nos dará; pero no es el móvil. Para que no nos tachén de egoístas, de que lo hacemos puramente por ganar el cielo, que eso es lo que nos dicen, que rezamos, y que eso es un egoísmo... Santo egoísmo... El cielo se nos dará, pero no obro por el cielo, sino por el amor que debo a mi Dios, por el amor que debo a Jesucristo, por lo que él ha hecho por mí. Yo le respondo en la misma línea.

Hay un cielo. Esto nos anima a sufrir, a trabajar; porque somos tan débiles, somos tan necesitados de una moción interior de esperanza... Para eso lo ha puesto el Señor, y nos ha hablado. Cuando, pues, nuestras fuerzas las veamos debilitadas, y el peso de nuestro trabajo, el cumplimiento de nuestros deberes, la actuación que podamos hacer por nuestros hermanos, la vida apostólica gravite mucho sobre nosotros, acordémonos.

Pensad, mis Obreras, pensad. No por el cielo, pero hay un cielo. Debo arrebatarlo, debo ganarlo; es mi vida, es mi vida eterna. El complemento de esta vida que vivo, el complemento de todos mis goces. Ya no habrá llanto, ni dolor, ni pena, ni mentira; ya no habrá nada, más que mi vida, mi vida plena de Dios.

No nos podemos engañar. Y quien habla de la muerte y habla del infierno, nos habla también del cielo. El uno, por terror; el otro, por esperanza. Pero, ni ofender a Dios, aun-

que infierno no hubiere, ni dejar de amar a Dios nuestro Señor, aunque cielo no me diese. Amor por amor, vida por vida. Ésta es la nobleza, la grande nobleza que yo quisiera que viviesen todas las almas. Y cómo os la deseo a vosotros; porque sé que sería tan grata al Señor y, a la vez, os dispondría a actuar, a trabajar, con un desprendimiento de personas y de cosas, que vendrías a ser, y así lo espero, como tractores que pasan rompiendo la costra y, a la vez, dejando caer vuestra palabra, vuestra semilla, regada con el sudor de vuestros sacrificios.

Mi cielo... Si nos lo da aquí en la tierra, ya... Si a él lo tenemos en la tierra, en esos goces que el Señor nos da a sentir, en medio de nuestras penas. Si, a veces, es un cielo el poder decir: Señor, gozo porque puedo sufrir por ti algo. Como decían los apóstoles, que iban alegres, contentos, pudiendo decir: Señor, ya somos dignos de ti, porque podemos padecer algo por ti.

Qué distinto del modo que yo os hablo, como se ven las cosas, a como el mundo os las puede presentar. Lo que yo os digo es la realidad en el plano espiritual. Ahora, santificación y, por fruto, la vida eterna.

EN EL CIELO HAY VARIAS HABITACIONES,
Y EN LA MEDIDA DE NUESTRA LABOR,
SERÁ LA MERCED

Os hablaba últimamente del cielo, término al cual vamos nosotros, esperando que el Señor, con su bondad y misericordia, nos lo otorgue algún día.

Primer pensamiento. El apóstol san Juan, en su evangelio, nos dice que en el cielo hay varias habitaciones, distintas clases de habitaciones; lo pone así. Y el Señor mismo declara que él se iba a preparar a cada apóstol, o a los apóstoles, un lugar, su habitación; y que luego volvería.

¿Qué significa esto? ¿Es que todos los que se salvan, los que están en el cielo, no gozan de Dios? Sí, pero ¿todos en la misma intensidad y de la misma forma? No, porque esto depende de la cantidad de gracia que tienen, de la cantidad de gracia que tenían cuando murieron. A más gracia, más vida llevaban de Dios; a más gracia, más potencialidad para ver a Dios. Como aquel que para ver un objeto toma unos lentes, unos anteojos, a cierta distancia. ¿Cómo verá el objeto? Con más claridad cuanto más potentes sean los anteojos. Porque nosotros, por nosotros, no podemos llegar a Dios tal como es. Lo podemos ver con la fuerza de nuestra razón, de nuestra naturaleza, lo que presta ella; pero nada más. Necesitamos los anteojos, la gracia.

Quien, al morir, tenga más gracia de Dios, haya almacenado más, verá más a Dios, con más claridad. Por tanto, gozará más. No es que todos no tengan el gozo pleno, pero dentro de ello, dice que hay varias habitaciones. Y es aquello que dice san Pablo, con el ejemplo que aduce: Hay muchas estrellas, pero unas tienen más luz que otras, difieren unas de otras. Y así, dice el Apóstol, ocurrirá en el momento o en la hora de la resurrección de los muertos: que unos resucitarán con más luz que otros. Es decir, la gracia. Por tanto, si cabe la palabra, más cielo.

Laboramos en cuanto a nosotros, particularmente, buscando nuestro bien, nuestro tesoro. Qué afán ponemos por las cosas de la tierra. Si lo comparamos con el afán que ponemos por las cosas del cielo, es muy escaso el que ponemos por éste. A veces nos preocupan mucho más las cosas de la tierra que las cosas de Dios; como si fuéramos ciudadanos definitivos de aquí, de este mundo, cuando somos ciudadanos del cielo.

De nuevo repito la palabra santidad. Suene esto como una instrucción. Que tengamos más o menos... Es decir, lo que hemos de buscar es dar más gloria a Dios, glorificar más a Dios. Ése ha de ser nuestro interés. Que como un premio, ya se nos dará todo.

¿Hay desigualdad en el cielo? Pues, en todas partes hay desigualdad. Quien más tiene, quien más trae, más ha de recibir; quien menos, menos. ¿Habrá envidias allí? No; allí es pleno el gozo; todos contentos. Solamente es aquello de que el Señor es tan justo; acerca más a sí al que es más amigo, al que tiene más vida, al que ha alimentado más vida profunda de Dios en sí.

He aquí la vida interior, que es la vida secreta que una persona, un alma, vive con su Dios. ¿Aman todos igual? No. Unos con más intensidad que otros. ¿Por qué? Puede ser por varias causas. ¿Es que el querer no es igual en todos? ¿No es la voluntad que radica en el alma? Sí, en esto habrá una igualdad, parece ser, porque el alma es es-

piritual, y ahí, distinciones no hay. Pero es que el alma se vale del cuerpo, se vale de nuestro organismo. Y este organismo nuestro, este cuerpo nuestro, no es igual en todos, en cuanto a la perfección. Así, vemos que una persona es más afectuosa, es más fuerte en el amor que otra; por su condición corporal, siente más las cosas, es más vehemente; por tanto, ese calor amoroso se enciende más que en otra. Y así, vemos algunas personas que son frías.

La voluntad nunca es fría, cuando quiere; no asentirá el cuerpo, pero la voluntad sí, porque el amor, en verdad, está en el querer; pero es como aquel que tiene un instrumento en la mano: si el instrumento es más perfecto, al tocar, él mismo se entusiasma tocando, porque responde el instrumento.

Cada cual ha de procurar según es, según ha recibido del Señor, y eso con alegría, con contentamiento. Ha de procurar producir cuanto pueda producir, en la medida que se siente fuerte, capaz, con sus aptitudes, con sus habilidades, mirando a Dios y mirándose a sí. Para que su vida personal –ahora no nos fijemos en los demás, sino en la vida personal de uno– dé el crecimiento que pueda dar.

Esto es la santificación particular. Esta santificación particular será mayor cuanta más vitalidad tenga dentro de sí la persona. A semejanza de un árbol, que tiene más vitalidad cuanta más savia tiene almacenada. Es la vida oculta, secreta, que todo cristiano, porque eso es el cristianismo y, mayormente, toda persona que ha alcanzado un conocimiento más hondo, más profundo de Dios nuestro Señor, ha de procurar desarrollar. Y al desarrollarla, hacerla crecer, su vida la conforma más con la vida de Jesucristo.

Porque esta vida interior, no es sólo un querer, sino es un hacer. Es un querer para hacer, es un querer para subir, es un querer para ascender, es un querer para amar más, para agradar más. Y si agrada más, habrá de ir quitando todo aquello que desagrada a quien ama. Éste es el

trabajo de arrancar de nosotros los impedimentos, para que pueda crecer la vida interior.

Hay impedimentos, naturalmente, que son apegos desmesurados a nosotros mismos. Y el que las alas tiene atadas, no puede volar. Estos impedimentos son apegos a nosotros mismos, incluso a nuestro propio querer que, diríamos, sin intención mala, sin darnos cuenta, nos puede pasar a todos: que queremos nuestro querer de tal manera que no nos hacemos flexibles; nos hacemos duros. Que queramos imponernos ya de tal manera, que nuestra voluntad y nuestra razón sean las que imperen en todas las cosas.

Nos falta quitar el impedimento de ese yo que, a veces, es la perdición de las personas. En la vida espiritual, no creáis que no hay que trabajar. La perfección nuestra supone un trabajo muy delicado, muy fino. Quizá al estudiarnos veamos que no tenemos nada: yo no veo nada. ¿No? Ve ahondando un poco más, a ver si encuentras algo. Y siempre encontraremos algo. Sea porque nos resentimos de cualquier cosa..., y nos dura el dolor de esa pajita pequeña. Sea porque nos duele aquel gesto; sea porque creemos que de nosotros no hacen el caso que esperamos que hagan; sea porque somos muy sensibles. Lo cierto es que mirando nuestra personilla, al buscar la perfección, encontramos cositas pequeñas en sí, pero que tienen muchísima importancia en el plano espiritual.

Ante el mundo, esto no significa nada; pero ante nuestro progreso, ante nuestro perfeccionamiento, sí que tiene significado, vaya que lo tiene. Como que san Juan dice que aquel que no se vacía del todo, no se puede llenar del todo de Dios. Que la condición precisa es vaciar del todo, para que Dios te llene todo; desprenderte de todo lo tuyo, para que Dios se dé todo.

¿Cómo forjaremos, pues, esta vida secreta? Yo os diría: que Dios os llene. Al llenarnos el Señor, el yo, como que desaparece... Y cuando este grifo se abre, se abre con una

sencillez, con una comprensión, con una nobleza, con una caridad, con un entender, con un amor. Es que sale lo que llevamos dentro. La vida interior temple todo nuestro ser.

Si hubiese almas de vida interior así, habría temperamentos calmados, habría caracteres bien templados, habría apostolados excelentes, habría caridades maravillosas... Falta esto en aquellas almas, yo diría, en cierto modo predilectas de Dios, falta esto. Por eso no crecen, no se desarrollan en la profundidad de ese contacto, de vida de contacto con Dios. Hay un tabique, hay un impedimento, hay un algo. Y eso es lo que debemos estudiar y quitar en nosotros. Por lo menos, la voluntad.

Hay muchas habitaciones en el cielo. El Señor se marchó para prepararlas a los apóstoles. Quiere decir, que también para preparar las nuestras. Él ha muerto; volvió a los apóstoles. Ahora vuelve a nosotros, a comunicarse con nosotros. Y si no le vemos visiblemente, le vemos, pues, por sus escritos, por sus palabras... Le oímos también por aquellas voces que son reflejo de su enseñanza; vemos a Jesucristo...

Ha vuelto a nosotros. ¿Y de qué forma? No solamente en el exterior, para enseñarnos, sino que ha vuelto para penetrar en nuestro corazón, para posesionarse de él. Porque a la criatura se la quiere, y es como una posesión de ese corazón que ama; pero hay otra posesión más alta, hay un amor que se eleva por encima del amor de la criatura, cualquiera que sea. Por eso dice el Señor: Aquel que no deja padre, madre, hermanos, tal, tal..., por mí, ése no es discípulo mío, ése no aprovecha. Reclama la totalidad del amor. Esa totalidad de amor es la totalidad de vida profunda dentro de nosotros.

Qué hermoso es el cielo en la tierra, mis Obreras. Si queremos vivirlo, ¿por qué no lo vivimos? ¿Por qué somos, a veces, tan nuestros? ¿Por qué las criaturas aún pueden con nosotros, en el sentido de que nos dominen, y no nos domine completamente el Señor?

Segundo pensamiento. San Pablo, en su carta primera a los Corintios, dice: Cada cual recibirá la merced conforme a su trabajo, a su labor. Entonces, ¿qué cielo espero yo? ¿Qué vida espiritual espero tener? Conforme a tu trabajo; ni más ni menos. Ni te darán más, ni te darán menos; conforme has trabajado. Ésta es la merced.

¿Luego yo, aplicándome a mi vida de piedad, a mi vida de oración, a mi vida espiritual, así, tendré más cuanto más me aplique? Si te aplicas bien, sí. Porque el trabajo ha de empezar por nosotros mismos y en nosotros mismos. Puesto que dice el Apóstol que el campo donde se trabaja somos nosotros mismos. Y en nosotros sembramos, y en nosotros arrancamos la mala hierba, y en nosotros ponemos el abono del sacrificio, de cuanto es menester. Somos un campo. Hay que trabajar ese campo.

No olvidéis que los santos se hacen, no nacen. Nacen aquéllos por gracia especialísima de Dios, pero los santos se hacen, no nacen. Y los hubo apartados de Dios, que luego se hicieron santos... María Magdalena se hizo, volcando el corazón. Mateo, publicano, pecador, se hizo, siguiendo la llamada de Jesucristo. Y muchos que podríamos citar, que cambiaron sus vidas.

Nos quejamos, pues, de que no adelantamos. A veces son quejas que no responden a una realidad. Quizá sea la santa avaricia de cosechar más. Un labrador llega al campo, y ve cómo las espigas doradas se cimbrean allí, al viento, y cómo el campo está lleno de espigas, y quiere más. Se queja de que la cosecha no ha sido buena... Pero si lo tienes lleno... Claro es el deseo de tener más.

Encontraremos casos en que una persona se queja de que no adelanta. Es que quieren adelantar tanto, tanto, que sus deseos le atormentan. Pero es que el deseo vuela mucho más que las realidades en nosotros; no hay que olvidarlo. Que deseamos el cielo, y estamos en la tierra; deseamos conquistar el mundo entero, y a lo mejor conquistamos a media hormiga. El deseo va por delante. Enton-

ces, ¿no adelanto? Sí. Adelantas en el deseo, y el deseo es un adelantar en verdad, cuando el deseo es limpio del todo. Porque así como deseando se peca, deseando se santifica, pero al deseo ha de seguir el esfuerzo de la voluntad.

No adelanto. Pero, ¿tú trabajas?, diría. ¿Tú haces oración? ¿Tú te acuerdas de ti misma para hacer el repaso, y arrancar, y podar? No adelanto... Pero, ¿tú te esfuerzas? ¿Tú te vences? No adelanto... Pero, ¿ya sabes callar, ya sabes hablar, ya sabes obedecer, ya sabes mandar, ya sabes sonreír? ¿Ya...? No, no, no he aprendido. ¿Cómo vas a adelantar?

Según nuestro trabajo, así será la merced. Esa merced, mirando al cielo; el premio definitivo, mirando a la tierra, será el gozo que el Señor nos puede proporcionar, por nuestra abnegación, por nuestro esfuerzo, por nuestro afinamiento personal, porque vamos nosotros con nuestro trabajo cambiándonos poco a poco, aunque nos cueste mucho. Esto es como una merced; es un premio a este trabajo que tenemos. Es el refinar nuestra vida. Qué bonito es eso: refinar nuestra vida.

Y tercero. Dice san Pablo, en su segunda carta a los Corintios: El que siembra poco, recogerá poco, y el que siembra a manos llenas, a manos llenas recogerá. Cuánto nos hace pensar esta palabra, esta frase: el que siembra escasamente, recogerá poco.

¿Cuál es la siembra? -Os he dicho que hablaría hoy, para vosotras, particularmente, en el plano de la santificación- ¿Cuál es la siembra? Quizá nos cuidamos de todo y nos descuidamos a nosotros mismos. ¿Qué virtudes vamos nosotros plantando en nuestra personilla y manifestando en nuestra vida? ¿Qué virtudes? Porque virtudes hay muchas, y todas son necesarias. Unas destacan más que otras... Por ejemplo, la caridad es la más necesaria; pero suponiendo la fe. Porque sin la fe no hay caridad.

Esta siembra suele ser, en cuanto al interés que las almas tienen, poca. Y ahora no digo nula, sino al revés: siembran mal, y muy mal. ¡Pobre juventud que crece! Pero, aparte de la juventud, también en la esfera matrimonial y en la vida de soltería hay que lamentar, en cuanto a lo espiritual, siembra ninguna, descuidada la vida espiritual. De la piedad, no hablemos. Va por los suelos. El mínimo, dan el mínimo, y cómo lo dan. Y muchísima gente ni siquiera el mínimo...

Nosotros que, por gracia y llamada del Señor, sentimos una vocación a la vida cristiana, y en el círculo de ella, a algo más de entrega, para que nuestra vida tenga una utilidad apostólica, nosotros hemos de pensar y determinar una mayor siembra, para recoger, en nuestra escasa vida, más fruto para el Señor, más virtud. Plantadlas todas. No todas crecerán igual, pero todas darán perfume de Dios. Plantadlas todas. Y cuidadlas con esmero.

Porque si a todas las personas, como cristianas, hay que decirles que la virtud es la única salvación que tienen, el único camino noble, para que su vida no se desgarre en costumbres que las van a llevar al precipicio, en nosotros, la virtud ha de tener un acento más elevado. En aquellas que se dedican a hacer el bien, que se dedican a dar al mundo lo que llevan de Dios, la virtud es el gancho, es la fuerza de atracción, es como un rayo de luz, que nosotros, sin darnos cuenta, lanzamos ante los ojos de aquellos que, a veces, los cerrarán para no ver, pero sí que ven dentro de ellos. Como aquel que ha visto el sol y cierra los ojos; pero la luz del sol le ha quedado ahí dentro.

En este doble sentido, pues, aplicamos estas palabras del Apóstol: El que siembra poco, poco recoge en cuanto a su progreso espiritual; poca oración, poca piedad, poco cuidarse de su alma, mucha ocupación de todo. "Tengo tiempo para todo; para mi espiritualidad, no tengo casi nada: es que las cosas me ocupan, es que hay tantas cosas..." Sí, pero la hora de comer llega, y comes; la hora

de dormir llega, y duermes; y tal, tal... Las cosas espirituales, puede ser algún día, especialmente, que no se pueda; pero de ordinario... La nutrición nuestra es Dios.

Y en cuanto pueda tener referencia a vuestra misión: poco cogeréis si no habéis sembrado en vosotras; poco trigo podréis dar, si no habéis cultivado el campo, y no habéis dado espigas en vosotras mismas. Palabras, palabras; palabras..., buenas son; pero mirad, yo os lo digo como debo decirlo, con todo mi corazón, como lo comprendo: la palabra sí, pero si esa palabra no tiene un algo..., no puede ser. Ese algo es el fermento que lleva y que nace de un interior que ama. Vosotras habéis de ser así. Y aun no hablando, aun siendo mudas, vuestro silencio que sea un hablar de Dios, pues que callando, también se habla de Dios.

¿Por qué no viviremos nuestro cielo en la tierra? El Señor sí que quiere. Con inocencia y con alegría, dad; que a aquel que da al Señor y siembra, y es generoso, dice san Pablo, y lo hace con alegría, no de mala gana –notadlo bien–, no a regañadientes, el Señor le ama. Qué hermoso es esto. De modo que si yo lo hago con alegría, ¿el Señor me ama? Pues entonces, aunque sea arrastrando mis pies, he de dar con alegría, solamente por ganar el amor de Dios nuestro Señor.

Pensad sobre estos tres puntos que os he puesto, los tres pensamientos que he querido explicaros a base de la Sagrada Escritura. Hay varias habitaciones. ¿Cuál me ha reservado el Señor? Porque la tenemos reservada. ¿La habitaré, o no la habitaré? ¿O mereceré otra mejor? Él se fue a prepararla. ¿Cuál es mi trabajo? Si me da el premio, la merced, la paga, según lo que he trabajado, en mi apostolado, en mi santificación propia, ¿qué me va a dar? Porque él es justo.

¿Y mi siembra? ¿Y el bien que hago? Y ¿cómo me ocupo de mí misma, en lo espiritual? Y ¿cómo tengo este campito? ¿Hay broza? ¿Hay mala hierba, hay algo que qui-

tar, hay algo que, aun siendo bueno, se puede sustituir por una cosa mejor? Cada una de vosotras, que le pida al Señor un rayito de luz, para ver con claridad cómo ha trabajado, cómo ha sembrado, qué le depara el Señor allá. Lo que ha merecido.

Sí lo veréis, porque pronto se ve todo ello. Pero no os desaniméis. Que a veces nosotros creemos que es un diez, y el Señor nos reserva un cincuenta. Ésa es nuestra esperanza, porque toda ella descansa en la gran bondad y en el grande amor que el Señor nos tiene.

EL REINO DE SATANÁS Y EL REINO DE DIOS

UNA disputa tuvo Jesús con sus enemigos, que le atribuían poder satánico, al echar el demonio de los que estaban poseídos. Le decían: Tú arrojas los demonios por poder de Satanás. Y Jesús les contesta: Pues si yo echo los demonios de los endemoniados por poder de Belcebú, resulta que los demonios están divididos, porque unos se arrojan a otros, unos están contra otros. Pero si yo arrojo los demonios por poder de Dios, entonces, el Reino de Dios está ya dentro de vosotros.

¿Cómo es posible que aquellos hombres cayesen en la trampa, cuando querían coger en la trampa al Señor? ¿Que el demonio lucha contra el demonio? Si están tan unidos en relación a un mismo fin, que es perturbar las almas, apartarlas del Señor, ponerlas en una situación de incredulidad, ¿cómo es posible? Ellos mismos quedaron contrariados. Ellos mismos, queriendo combatir al Señor, se combatieron a sí mismos.

Yo he pensado muchas veces, al meditar estas cosas: ¿por qué nosotros, que nos sentimos, creemos que estamos poseídos del Señor, que queremos y nos esforzamos por vivir en la gracia de Dios –que ésa es la posesión–, que actuamos en nombre de Dios, por qué tomamos nuestras obras, que hacemos por Dios y para Dios, como nacidas de un espíritu malo? Esto lo hace por vanagloria... Esto lo

hace por ensalzar su personilla... Esto lo hace para que le alaben, para que le aplaudan. Comulga para que le vean... Y casos hay en que las buenas mujeres que pasan sus ratos cerca del sagrario, haciendo compañía al Señor, oyen la voz que les dice: ¿por qué está aquí? ¿Para que la vean? ¿Para llamar la atención? ¿Para que digan que es buena?

Si, pues, nosotros vamos a echar el demonio con nuestra palabra, nuestra acción, nuestros trabajos, y luchamos en virtud del demonio, nos contrariamos a nosotros mismos; nuestro reino está destruido.

Y si los buenos, obrando por ese espíritu del Señor, son interpretados por los buenos como si aquéllos actúan con espíritu malo, nos echamos la tierra a los ojos; estamos divididos. ¿Suele esto ocurrir? Sí. Hay juicios que no son razonables, injustos. Y hay manifestaciones en forma de críticas, que no están privadas de culpabilidad. ¿Por qué no dejar que la gente obre, y en vez de con nuestros juicios, o nuestras palabras de crítica, zaherir aquello que están haciendo, por qué no dejarles obrar y fijarnos más en el fruto que produce esa labor, ese trabajo? Porque por el fruto conoceréis la condición del árbol. Por el árbol malo sale el fruto malo, por el árbol bueno sale el fruto bueno.

Esperemos. A ver aquella persona que está actuando, por qué actúa, qué busca en su actuación, qué le mueve. No nos adelantemos a juzgar..., porque en la vida apostólica, mis amadas Obreras, suele ocurrir esto entre nosotros mismos; que nos juzgamos, a veces, sin compasión, sin más ni más, porque se nos antoja, porque nos parece. Calma; mira el fruto, espérate un poco. Antes de decir si la acción es buena, está motivada por esto o aquello, si el motivo es puramente humano, si es búsqueda de la propia persona, si es por intereses creados, si es por tal..., espera el fruto, a ver el fruto, y por el fruto juzgarás la condición del árbol.

Nos estamos dividiendo nosotros mismos, dentro de la Iglesia. Las glebas de barro las estamos tirando en el ros-

tro unos a otros, sacando todos los trapos; si fueran limpios... Que alguna vez hay necesidad de sacar el trapo, sí, es verdad; para que la gente no quede engañada, para que el error no domine la situación. Pero me refiero más no a aquellos que están frente a nosotros, porque hay que descartarlos, sino a los que están en el campo del bien, junto con nosotros. Y que los del mismo ejército no son comprensivos unos con otros. Y es que nuestra condición es tan flaca, es que es tan débil, que sin querer vemos cómo ante una persona que es buena, surge una envidia. ¡Qué cosa más rara...! Surge eso que llamamos los celos..., que no es nada; es un brote de la propia debilidad nuestra humana, y que hay que atajar, nada más, sin darle más importancia.

El resumen es que no debemos atribuir nuestras obras a un espíritu, no digo malo, de Satanás, sino a un espíritu imperfecto, una intención no recta, un buscarse uno a sí mismo, o en su persona, o en sus intereses económicos, o en el qué dirán de la gente, o en el apogeo de su nombre, todo eso que trae el mundo consigo. No debemos nunca buscarlo, ni atribuirlo a aquellas personas que están actuando, mientras no nos conste. ¿Puede constarnos esto? Alguna vez, sí, pero difícilmente.

Dejemos obrar, obremos todos por Dios, no nos metamos unos con otros. Ni nos paremos en esas pequeñas flaquezas que todos tenemos. Si lo ha dicho así, si lo ha dicho tal, si aquí, si allá. Quitemos esas pajitas; es coger todas esas pajas, sí, coger todas esas faltas y, amontonadas, hacer una falla de todas esas faltas, quemarlas todas, sin hacer caso. Como en un ejército, cuando van en marcha: si éste marcha adelante, si detrás, si despacio, si se quiere adelantar, si se quiere..., ¡déjale que ande! Con tal de que ande con las armas al hombro y dispuesto a batallar. De lo contrario, nos dividimos unos a otros. Sentenciamos a aquella persona diciendo: no lo hace por espíritu del Señor. Si no es por el espíritu del Señor, será por espí-

ritu malo. Aquí, en este dilema no hay salida. O hablo por el espíritu de Dios, por el dedo de Dios, o por el dedo de Satanás. Si obramos por el dedo de Satanás, entonces nos tiramos a nosotros ya la tabla de la derrota encima. ¿Qué será nuestro apostolado?

Que os sirva como una de las postreras lecciones que os estoy dando, mis Obreras; ni os alabéis, ni os despreciéis. Os diré más, prefiero que os alabéis a que os despreciéis. Que os alabéis en el sentido de decir: pues ha salido muy bien. Pues sí, la marcha en este pueblo va excelentemente bien. Pues has acertado en esa alocución, o en esa tarde has estado feliz. En fin, esto es una alabanza, pero no es una alabanza, digamos, de engreimiento, sino de ánimo. Adelante, esto va bien.

Y si una cosa no sale como uno desea, sino con un bache, una imperfección, entonces, animar...: a todos nos sale igual. A todos nos sale igual, es decir, de vez en cuando metemos el pie en el hoyo. Adelante, esto no es nada. El buen soldado tiene que llevar sus rasguños, y así es como se ejercita. Y por el ejercicio se va adquiriendo esa formación, esa habilidad, esa aptitud, esa facilidad en el apostolado.

Porque el apostolado no solamente se aprende en los libros, y en lo que oís vosotras, sino en el ejercicio. Como en la medicina, el médico operador se hace operando, operando mucho; las veces primeras que opera, está temblando su mano con el bisturí; pero después, cuando ha operado mucho, mucho, se lo tiene aquello hecho.

El ejercicio del apostolado nos hace hábiles para el apostolado. Y si una empieza y se ve que titubea y tiene dificultades, se le alienta y se le anima. Y no hay que decirle: no aprovechas para nada, no sirves para nada; retírate, porque esto... No, nunca. Porque uno que tenga afición a la música y el pobre no sabe tocar, o le dan un instrumento y le ponen un tapón para que no suene...; pero él va con el instrumento; hace como un músico; con eso se llena de

satisfacción, forma parte de la banda. O le hacen abanderado de la banda y va contento con su bandera. O le hacen portador del atril y de los papeles de la banda... Toda piedra hace pared. No dirán los demás músicos: este abanderado, que tal abanderado... Ése es el portaestandarte, ¿eh?, del signo de la música. Y el otro, sin los papeles que lleva... ¿Qué harías tú tocando, si no tuvieses papeles? Es decir, todos somos necesarios.

Alguna de vosotras dirá: yo no sé más que llevar papeles. Benditos papeles, si no los pierdes por el camino. Yo no sé más que llevar mi bandera, mi nombre. Pero con dignidad, ¿eh? Otros tocarán, no te preocupes. Uno tocará el bombo, y otro la flauta. Y cada uno tocará un instrumento. Y habrá Obrera que hablará y trabajará, y su palabra o su acción será como el bombo: a cada martillazo, tiembla el orbe. No toca mucho, el bombo toca poco, pero cuando da, da. Y el otro tocará una flautita, que hace poco ruido, y parece que molesta, pero está la flautita dándole, dándole...

Si, pues, lo que nosotros hacemos con espíritu del Señor, como lo hacemos nosotros mismos, la gente lo mira como que no es de Dios, que es un buscarnos a nosotros, que es un egoísmo, que es un pasatiempo, y no es verdad, porque no es verdad, podemos decir: sí, pues, nosotros no nos dividimos, sino que vamos unidos todos, a una misma marcha, oídnos, es señal de que el Reino de Dios ha llegado aquí, pero tú no lo quieres escuchar.

La unión, la caridad, la comprensión, la uniformidad, la ayuda mutua, el apoyo a la vez; es tan necesario como necesario es que nuestro reino apostólico, nuestra acción apostólica nunca quede dividida. No nos tiremos unos a otros del campo. Si esto se viviera bien en la Iglesia, las consecuencias serían hermosísimas. Si esto se viviese bien en las comunidades, en las instituciones, en los institutos, cómo cambiarían las cosas. Pero somos así... Y hay que eliminar esas cosas. Que Satanás no mate ni robe aquí; no

deshaga una unión que ha de estar cimentada sobre un amor, una caridad de Cristo tan ardiente que os una a todas en un mismo querer, y en un mismo pensar, como dice el apóstol san Pablo.

Y qué fuertes seréis, mis Obreras, si lo hacéis así. También es para pensar un poco lo que os acabo de decir. Para unificar, si cabe, más y mejor vuestra vida, vuestra marcha; para dar más realce espiritual a vuestro apostolado; para compenetraros mejor en toda vuestra acción, en toda vuestra labor tan hermosa, que lleváis adelante, y en la cual yo tengo cifradas muchísimas esperanzas.

Si, pues, en vuestro trabajo, hay compenetración, hay ambiente espiritual, hay alabanza discreta mutua, diré, ánimos, hay frutos, es porque el Reino de Dios, es porque el dedo de Dios, que dice el Evangelio, ha llegado ya a vosotras, a la gente, llevando el Evangelio, la evangelización. Ha llegado el Reino de Cristo.

Y qué satisfacción para vosotras. Por vuestra oración, por vuestro sacrificio, como os decía –en la banda–, cada una a su manera, es conducto por el cual llega a la gente, a las almas, al mundo, el Reino de Dios.

EL QUE NO ESTÁ POR MÍ, ESTÁ CONTRA MÍ.
Y EL QUE CONMIGO NO RECOGE, DESPARRAMA

ESPIGANDO hoy el santo Evangelio, me parece oportuno ir remachando el clavo, para afinar vuestra voluntad, y hacer que os deis más cumplida cuenta de vuestra misión.

Leemos en el evangelio de san Mateo estas palabras que dice Jesús, y que vosotras habéis oído ya muchas veces; pero quizá no hemos reflexionado suficientemente sobre ello: El que no está por mí, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama.

¿Por qué dice Jesús: El que no está por mí, está contra mí? Solemos decir: tú estás por fulano de tal, es decir, en favor, o estás contra él. ¿Defiendes lo suyo, o lo contrario? ¿Apruebas lo que él hace, o lo desapruebas, criticándolo? ¿Eres amigo, o enemigo?

Estar con él, estar por él, significa, no solamente estar a su lado, de una manera pasiva, muda; no significa el no decir: desapruebo; sino exige manifestar que aprueba; que lo que él dice lo hace suyo; que lo que él ha hecho, lo toma por bien hecho, como si fuese cosa suya. Esto importa una unión de criterios, de pensamiento, de voluntad y, por tanto, de acción.

Es aprobar su personalidad, y la nuestra unirla a la suya. Estoy por él. Para defenderle, para confirmar lo que él dice, para seguir lo que él hace, para enfocar mis pasos

y mi vida según el camino que él ha andado y traza. Estar por él.

Y estamos por él, no solamente cuando da preceptos, da mandatos, aceptándolos sin discusión, recibiendo de buena gana, como que vienen del Señor, como que vienen de quien puede mandar, sino también cuando da consejos. Son consejos de un buen amigo; más, de un hermano; más, de un padre. De un amigo, de un hermano, y de un padre, que tanto nos quiere que se ha sacrificado a sí mismo por nosotros.

¿Cómo no vamos a estar por él, si lo que él enseña, lo que él dice, lo que él manda, lo ha rubricado con su propia sangre? ¿Cabe duda aquí? No; quien dudase, no estaría por él; no le habría aceptado completamente; aún pondría en tela de juicio su conducta, su doctrina. Estamos por él en las buenas y en las malas, en los halagos y en las pruebas, en los triunfos y en las cruces, en toda ocasión. Es como fundir nuestra vida con la suya. Esto significa.

¿Y cuando aconseja? Aquí podemos hacer unas aplicaciones prácticas... Estamos por él cuando nos da beneficios, cuando escucha nuestras oraciones, que siempre las escucha; las concede también, si las pedimos bien y con razones, pero en el tiempo que él quiera. ¿Pero estamos por él cuando nos prueba? ¿Cuando nos prueba en el interior, con arideces, con sequedades de espíritu, con ausencias tuyas sensibles, aunque no se ausenta espiritualmente, porque la presencia tuya el alma la lleva siempre; vive en nosotros, pero no se deja sentir...? ¿Estamos por él, aceptando esas pruebas que nos purifican y nos enseñan a no ser sentimentales, a no vivir de sentimientos, sino a vivir de realidades crudas, como son las manifestaciones íntimas del espíritu, que prescinde de esas cosas, y que cuanto más el alma se acerca a Dios, siente menos, pero ama más? A más intimidad con Dios, hay menos sentimiento; a más elevación de amor, hay menos parte de nuestra cosa sensible. Así, las almas, cuando son arrebatadas,

das en ese arrobo interior, no sienten absolutamente nada, están como fuera de sí; están tan penetradas, tan unidas, tan ensimismadas en Dios, tan absorbidas, que viven como si no viviesen.

¿Estamos por él cuando pasamos estas pruebas, como cuando pasamos las pruebas exteriores, que son muchas, tanto en el orden de convivencia con las personas, sea en el hogar, sea en la vida social, sea en nosotros, con enfermedades, o con relación a personas con las cuales nosotros tenemos algún vínculo familiar, o también en el orden apostólico? Porque él también se fatigó, se cansó. Ahí tenemos la actuación. Jesús se para con la Samaritana. Cansado, fatigado, se sentó en el suelo, y allí esperó, descansando.

Esto es estar por él, en todo momento.

Y cuando se trata de defender su nombre y su doctrina, ¿nos ocultamos? ¿Queremos disimular? ¿Queremos disimular lo que en realidad no somos, por miedo al qué dirán y a las criaturas? ¿Tememos a ese mundo que, como una fiera, se nos tira encima, que no vive de Dios, que es contra Dios, que es contra Jesucristo; y, por temor, nosotros tiramos atrás, o nos escondemos, o fallamos cobardemente? A la hora de la Pasión, cuantísimas mujeres, hombres —hablo ahora de las mujeres—, cuantísimas admiraban a Jesús y cuántas lloraban cuando iba cargado con la cruz...; cuántas sentían lo que le ocurría; y qué pocas levantaron la voz. Se contentaron con dejarle subir cargado con la cruz. ¿Quién defendió la inocencia del Señor? ¿Tuvieron miedo? Estaban por él, pero de un modo especial. Como una madre estaría por su hijo, pero deja que los enemigos le arrebatén al hijo y lo lleven a la muerte. Y calla. Y deja que digan vilipendios contra su hijo inocente. Y calla. Es un modo especial de estar por él. Prácticamente, no lo es. Y sólo una, la Verónica, se atrevió. Siempre la mujer, aunque llamen el sexo débil, es la heroína, la del espíritu fuerte, la que tiene esos arranques, los cuales el hombre no los suele tener, sólo en ciertas ocasiones...

Estar por Jesucristo supone una intimidad de voluntad; y con ello, una decisión de obrar; y con la decisión de obrar, una valentía, una entrega, un hacer frente: para defenderle, para manifestar lo que uno es, lo que uno siente, sin miedo a nadie. Como cuando defiende lo suyo propio, o su propia vida.

Y quien no está por Cristo, dice él: El que no está por mí, está contra mí. Quien no está por la verdad, está contra la verdad; quien no está por la inocencia, está por la injusticia; quien no está por la castidad, está por la lujuria; quien no está por la caridad, está por el odio. Quien no está por defender al Señor, está en favor de aquellos que le atacan y destrozan su rebaño.

Y esto que dice Jesús, ¿lo dirige a selección de personas? No; a todos. Luego la razón cristiana, la esencia cristiana, exige esta determinación: la entrega, la decisión y, por tanto, el seguimiento de Jesucristo, sin condiciones. A él no le podemos poner condiciones.

Algún ejemplo tenemos en el Evangelio, cuando determinan seguirle, estar por él, pero le ponen una condición: ir a su casa, arreglar sus cosas, en fin, ocuparse, y luego, venir. Y Jesús les dice: Nadie es apto para el Reino de los Cielos, que habiendo puesto la mano en el arado, vuelva la vista atrás. Atrás..., en el seguimiento del Señor, nunca; no es apto para el Reino de los Cielos.

Se nos presenta, pues, así, una lucha. Esas situaciones ambiguas, de pasteleo, de una paletada aquí y una paletada allá, esto no es cristianismo, menos, de personas ya elegidas por el Señor para ser instrumentos especiales en los cuales él confía para llevar a cabo su empresa divina. No. Esas mentalidades aquí no caben. Es el dilema: o conmigo, o contra mí; o por mí, o contra mí.

El mundo, actualmente, quiere suavizar las cosas. Para esto, para justificarse, acuden a esta evolución de las cosas presentes: es que ahora las cosas han cambiado... Realmente que han cambiado. Pero la mujer es siempre mujer,

y el hombre es siempre hombre. Y la mujer, hoy, es racional, y el hombre, como eran antes. Las cosas han cambiado..., pero la ley moral no ha cambiado, porque la llevamos impresa ahí dentro de nuestro corazón. Como han cambiado las cosas, hoy se permiten... Sí, se puede permitir aquello que se pueda permitir; lo que no se puede permitir, no. Porque así como el estómago necesita alimento, y no lo puede cambiar por otra cosa, si no, se morirá la persona..., pues, no se puede cambiar en otra cosa.

Es que querer vivir un cristianismo como antes... Como antes, como el que Jesucristo nos dejó, como el que vivieron los cristianos aquellos santos, como el que han vivido los santos, como el que han vivido las almas de Dios, que han pasado por el mundo dejando ese reguero de bondad y de beneficio a toda la humanidad, ahora no... Porque parece demasiado exigente. Entonces, lo que antes era lícito, ahora será lícito también. Y lo que antes era deshonesto, ¿ahora será honesto? Lo que antes era casto, ¿ahora será pornográfico? Lo que antes era un respeto mutuo, ahora ¿qué será? ¿Una rebelión mutua, un tirarse el barro unos a otros en el rostro? Lo que antes era una mujer noble, honesta, en su porte, en todo, ahora será una cualquiera, porque la evolución de los tiempos ha traído esas cosas... Es que soy moderna... Moderna, sí; modernos somos todos. Ni los zapatos se hacen como antes, ni los vestidos tampoco, ni los pelos tampoco, en fin..., digamos de todo; no se hace como antes. Entienden mal el ser moderno. Porque yo soy moderno, soy moderna, ¿yo no puedo estar por Cristo? ¿Yo no puedo servir a Jesucristo?

¿Qué se entiende por el ser moderno? ¿Tirar los zapatos al aire? ¿Tirar la ley de Dios, así, a la ventura, como a uno le dé la gana? Moderno será: en vez de viajar en bicicleta, viajar en avión; en vez de comer con cuchara de palo, como antes, con cubiertos, bien contruidos y elegantes; en vez de ir una mujer desaliñada por ahí, pues, ir presentable ante la sociedad.

Cuando una persona dice: por ser moderno o moderna, yo no puedo seguir los caminos del Señor, mala señal; es que ese modernismo, te ha sacado de tu camino, te ha sacado de tu moralidad. Acusa que estás atada al mundo, y no atada a Dios. Porque pasen los tiempos como queramos, atados a Dios hemos de estar; porque al nacer, atados, y al vivir, atados, y al morir, atados, y en la eternidad, atados. La atadura que tenemos al mundo, la tenemos nosotros, porque nos da la gana.

Es que me dirán que soy anticuado o anticuada... ¡Vamos! Permitidme que os diga que a mí me causa un movimiento de sorpresa y de cierta sonrisa. ¿Que uno me diga que soy anticuado? Pues yo hablo como hablaban antiguamente los hombres, y descanso, y duermo, y trabajo. ¿En qué soy anticuado? ¿En que no voy a ver las películas del cine, las porquerías que aparecen allí en el tablón? ¿En que no voy a ver espectáculos y más espectáculos donde se ofende la honestidad? ¿En que no concurre a ciertos lugares donde la modestia sale muy mal presentada? ¿En que no te pintas de arriba a abajo...?

Y es que se pasan de raya. Todas las cosas tienen su término medio. Por eso, la virtud de la prudencia es tan hermosa. La prudencia..., que es virtud de cabeza, que sabe equilibrar las cosas. ¿Habrás, pues, en el mundo, algo que nosotros usemos, bien en el modo de vivir, bien en la manera de presentarnos, bien en nuestra vida hogareña, como queráis pensar ya, que sea obstáculo para que podamos nosotros estar por Jesucristo, atados a él? ¿Que nos impida la obligación, cumplir la obligación de defender a Jesucristo, única verdad? ¿Podrá ser obstáculo el que yo pueda seguir la voz de Dios nuestro Señor, que me llama para aquello que él quiera? No; nunca.

Y el dilema es tremendo: o estamos con él, o estamos contra él. El estar por otro, es estar contra, aquí. Por ejemplo, una joven que está por uno, para casarse; tiene dos, tres... Estoy por éste... No quiere decir que esté enemiga de

los otros, sino que no los elige. Yo estoy por éste... Bien, porque ése no representa la verdad; ése representa un hombre con el cual va a tomar un estado; y los otros, también; son un hombre con el cual puede tomar un estado. Aquí, el dilema es distinto. Jesucristo, aquí, representa la verdad, representa la salvación, representa el camino. Dice: o estás por él, o estás fuera de él, fuera del camino, fuera de la verdad, fuera de tu santificación; lo que tú quieras. Este dilema no tiene escapatoria... La variación de personas y criaturas, no, no; aquí no vale para nada; es determinante la palabra del Señor.

Meditad un poco, y ahondad en esto que os acabo de decir, que tiene mucha miga. Y cuántas decisiones toman, cuántas resoluciones, cuando dicen: o me quemo, o me muero de frío; o me matan, o me salvo; o pobre o rico; dos cosas contrarias. O me voy con el Señor, estoy con él, o estoy contra él. Si con él, ya sé mi destino; si contra él, también lo sé.

Y de nuevo, juega aquí la voz de la fe. Es Jesús quien habla. El mundo dirá: ¡vaya...! Pero ese ¡vaya! no destruye el eco de la voz del Señor, que resuena en cada momento en lo íntimo de nuestra conciencia: o por él, o contra él. Vosotras estáis por él, pero ¿cómo?

Afinad bien este pensamiento, aclarad bien las cosas, escudriñad vuestro corazón, tantead vuestra voluntad, para que podáis decir: Señor, Cristo mío, yo por ti.

VOCACIÓN DE LOS APÓSTOLES (1)

LA vocación significa llamamiento. Dice san Pablo que el Señor escogió, eligió a sus apóstoles. Elegir supone escoger, porque cuando uno elige, si hay sólo una cosa no puede elegir; indica que hay varias cosas, y entre ellas elige. Elegir es tomar una cosa de entre varias, y dejar las otras.

Toda vocación es una elección, un escoger. Ahora bien, ¿por qué elige el Señor, y a quién elige? ¿Por qué? Porque quiere; y a quien quiere. Pero ¿solamente es porque quiere, caprichosamente? No; porque tiene algo entre manos, tiene una finalidad. Y para realizarla, elige, y elige al hombre del cual se quiere valer. Como el Padre eligió al Hijo para redimir al mundo. Escogió a él, y él, hecho ya hombre, escogió a los hombres que han de seguir su obra, han de continuar la obra de la Redención, es decir, de la aplicación de esa Redención, para que llegue a todas las almas, a todos los hombres. Por esto elige. Aquí vemos el por qué, la finalidad.

¿A quién? A quien quiere. ¿Al que tiene más dotes intelectuales, más salud, más condición, más prestancia, más buena fama, más poder en el mundo...? Elige de todo; así lo hizo en la elección de los apóstoles. Unos sabían más; otros, menos...; ante el mundo poco figuraban. Alguno era más conocido, más tratado, y más temido también, como san Mateo. De todo.

Porque lo que faltaba a cada uno de ellos, él lo prestaría, él lo daría. Y lo hizo así para que viesen que su obra no era obra humana, obra de talento, ni de ciencia, de dinero, no; que no era obra humana: era obra divina. Porque de ser obra humana, no hubieran podido ellos transformar el mundo. Sin talento, sin dinero, sin nada, esos hombres ¿qué habían de hacer?

¿Qué valores podían presentar un pescador y un cobrador de contribuciones? Se hubieran reído de ellos. Y así dice san Pablo que escogió a los necios para confundir a los sabios, y a los débiles para confundir a los fuertes, y a los que no eran nada ante el mundo, para confundir a aquellos que se creían que eran todo. A quien quiere.

Nadie, pues, en una elección del Señor, puede decir: no sirvo. Ni puede decir: yo soy un siervo inútil, mirándose en lo que es. Pero mirando a quien le llama, no puede decir: no sirvo; porque bien sabe por qué llama. No va el Señor a escoger para encender el fuego un trozo de madera que esté completamente verde, difícil de arder. Cogirá un trozo de madera que no será muy bueno, un trozo cualquiera, pero que es apto para arder.

Y esta elección, este escoger, ¿cómo lo hace? Directamente, unas veces, a las claras, como tenemos el ejemplo en esta elección de los apóstoles. A Pedro y Andrés: Venid conmigo. Se les diría con cierto imperio, pero con dulzura: venid conmigo. Estáis aquí pescando peces; yo os voy a hacer pescadores de hombres. Y se fueron con él, a pescar hombres.

A Santiago y Juan, dos hermanos, igualmente: Venid conmigo. Al instante, le siguieron. A Felipe, ya casi con imperio: Sígueme; a Mateo: Sígueme. No dice el Evangelio que le retrucaron en nada; inmediatamente dejaron los dos hermanos las redes, y se marcharon; sus padres, redes, todo. Y Mateo dejó también su oficio, su casa, su familia, todo... Aquí lo hace claramente.

Hay otro modo de elección que la hace el Señor por medio de una persona, de un amigo, de un consejo, de una palabra que se le dice: pues tú podías ser artesano; pues tú podías ser sacerdote; pues tú podrías... No es una llamada imperativa, es una elección que ofrece. Al ofrecer, sabe el Señor a quién ofrece; que puede responder, si quiere.

Otras veces es otro modo de elección; por ejemplo: uno pasa por una calle, ve varios escaparates, han puesto allí cosas, se para a mirar: qué cosa más bonita; pues no había pensado yo en esto, parece que me atrae. Voy a comprar... Y de eso..., se vale el Señor. De muchas maneras hacía la elección. O poniendo varias cosas por delante, o valiéndose de alguna criatura, directamente.

Ya es la luz que da; es moción en la voluntad; ya es hacer entender algo que pueda prestar más, rendir más. Tú, ¿qué haces aquí sentado? Con aquel operario, tú ¿qué haces aquí? Aquí estoy sentado, que nadie me ha contratado. ¿Nadie te ha contratado? Venga, ven a trabajar a mi viña. Vente. El estar allí sentado, allí parado, que nadie lo había contratado, fue ocasión de que el Señor le dijera: Vente a mi viña, y vas a cobrar igual que los primeros que empezaron a trabajar.

Tú, ¿qué haces aquí en la vida espiritual, estancada, vida de piedad en cierto modo cómoda? ¿Qué haces aquí? Mi vida arregladita en mi casa, todo bien... Mi radio, mi televisor, alguna entradita al cine..., qué arreglado, ¿eh? Llega un momento y dice: Tú, ¿qué haces aquí? Como nadie me ha dicho nada... Y allí, una voz interior, o una voz que viene de fuera, dice: vamos, vamos a trabajar en la viña, vamos. Despiértate y levántate de ahí; sacude ese bienestar en que estás, y ya sabes que hay otra misión que cumplir; que la viña está sin cultivar; hay muchas cepas que podar y hacerlas producir.

Cuántas maneras tiene el Señor de elegir y de llamar. Si las personas supiesen entender las llamadas del Señor... Tiene un lenguaje tan especial el Señor... Y lo que os digo

de esta cosa vocacional, hacia una empresa ya, apostólica, que actúa siempre una entrega de vida, a su manera, según la vocación exige, os lo digo también en la cosa puramente espiritual. A muchas diríamos: tú, ¿qué haces aquí estancada? ¿Que te has arreglado tu vida y con ello te contentas? ¿No piensas en un depósito mayor para llenarlo más de agua, de líquido? ¿Ya vives satisfecha con eso? ¿No tienes más aspiraciones? En tu carrera espiritual, ¿tú te has parado?

“Es que ya sé demasiado.” No, demasiado nunca; nunca se sabe demasiado. Pues aunque estuviéramos mil años estudiando, mil años viviendo en contacto con Dios nuestro Señor, nunca llegaríamos a esa intimidad que en el cielo tendremos; nunca. Y aunque trabajáramos en nuestra perfección, jamás llegaremos a ser totalmente perfectos.

“Es que he luchado mucho, ya creo que he vencido...” No; si has vencido, entonces, como el que acaba la batalla, levanta el monumento de victoria. Entonces, sobre esa victoria, y sobre las ruinas de ese enemigo que tú has destruido, edifica. ¿Ya te has vencido? ¿Ya eres dueña de ti? ¿Ya gozas de esa santa libertad? Porque libertad tiene, plena, sólo aquel que se ha vencido completamente a sí. Para alcanzarla, no hay que parar.

Bien. Esto es para que tengáis un concepto de cómo es la llamada de Dios, en cuanto respecta a nosotros, para que no nos quedemos parados, y nunca digamos: ya lo tengo todo, ya basta. No. Y en lo que hace referencia a la llamada de Dios, que nos destina a un oficio, a una misión, a un apostolado.

Y una casada dirá: ¿yo? El Señor no preguntó a aquel que estaba sentado, si era soltero o casado. Solamente dijo: tú, ¿parado? Tú, ¿qué haces aquí? Nadie me ha llamado... Venga, te llamo yo. No reparó el Señor en que Pedro era casado; no sé si os habréis fijado en eso. Pedro era casado; tenía su mujer; y curó a la suegra... Y no reparó el

Señor en que Pedro era casado y, no obstante, le eligió de entre tantos solteros que hay por el mundo... Un capricho; pero no es un capricho; él tiene sus planes.

Y Pedro, pues, lo aceptó. ¿Reñiría con su mujer? No lo sabemos. No se dice nada. Supongo que no. ¿Se quedaría contenta su mujer? ¿Comprendería la voluntad del Maestro, aunque no le conocía? Ni Pedro conocía al Señor tampoco, ni le comprendía. Un extraño ahora... ¿Te vas? ¿A mí me dejas...? Se marchó contento, suponemos, porque le llamaba el Señor. Luego, para la obra apostólica del Señor, tanto reza el casado como el soltero, en distintos planos. ¿Es que él faltó a su deber conyugal, a su casa? No hay falta en él, porque cuando Dios llama, es superior a todo, y entonces, manda él de todo.

Esto indica que en nuestra vida el estado no es impedimento para que Dios nos pueda llamar a su empresa. Ya no me refiero a la empresa de que os hablaba esta mañana, de recristianizar un hogar propio, sino a la empresa de recristianizar los demás hogares, de evangelizar. La única dificultad que habrá es la atadura a la familia, al esposo. Pero esto no quita una elección, una llamada y una respuesta. Porque aunque uno no se pudiese mover, se ha movido su corazón, se ha movido su voluntad; ha habido una respuesta, una respuesta afirmativa: aquí estoy...

Cabe la llamada del Señor y la vocación para la empresa apostólica en personas que estén casadas y que estén obligadas por el vínculo matrimonial. Y que desplieguen sus energías, sus actividades, en la proporción que lo pueden hacer. Pueden encuadrar en la práctica de todas las virtudes, como es propio de todo cristiano que quiere progresar en la vida espiritual.

Luego toda persona casada tiene una llamada secreta para encuadrar su vida dentro de una actuación, una misión apostólica determinada, con la única finalidad de trabajar por el Señor. De dar utilidad, de decirle al Señor: Señor, soy algo más. No por orgullo, sino en mi condición,

soy algo más, a lo que yo puedo aspirar. Para desde ese algo más producir mejor en la vida espiritual propia, en la estima de la oración, en la corrección de las cosas que uno tiene encima, porque si tiene que actuar, a la fuerza tiene que ir corrigiéndose; porque un tartamudo, si tiene que hablar, antes tiene que hacer ejercicio, un poco, para no tartamudear cuando se presente a hablar. Es decir, que se estimule a acumular más virtud.

Y luego, a prestar su fruto, que es de ejemplaridad, que es actuación, en casa, fuera de casa... No, pues, una persona casada se excluye por razón de casada, cuando el Señor escogió a Pedro que era casado. Algún otro habría; creo que Mateo también.

Hay muy buenas voluntades, pero esas buenas voluntades son como perlas que están enterradas, y hay que desenterrar. Hay buenas voluntades en el fondo, pero les falta energía; habrá que inyectarles vitaminas vocacionales; habrá que moverlas de ese estado de quietud, y de cierta comodidad. Es que..., yo ya lo paso bien. Yo no necesito nada más. Eso te pedirá el Señor. Él tampoco necesitaba nada. Si todos hiciéramos así... Para comer un pedazo de pan y morirse cara a la pared, en una cama, uno no necesita nada.

¿Verdad que esto es un consuelo, pensar que cabe una elección, y que Dios elige por encima de los estados, para su empresa? Y así, en cierto modo, elegidas fueron, porque ellas también eligieron, porque siguieron al Señor ya en vida, aquellas santas mujeres.

Es cierto que el Señor guarda vocaciones, elecciones, para el estado del matrimonio...

VOCACIÓN DE LOS APÓSTOLES (y 2)

LA mujer casada es un elemento de mucha valía. Hablo en general. Pero el Señor no solamente elige, sino que además les da los consejos pertinentes. Yo os voy a decir pocos.

Primero: les hace saber que el discípulo no ha de ser mejor que el Maestro; que la condición del discípulo no ha de ser mejor que la del Maestro: Tal como yo obro, como me veis, así habéis de ser vosotras. Si, pues, hay que bregar, hay que luchar, hay que padecer, hay que sudar, hay que recibir mil desprecios, lo que sea..., yo tiro adelante, vosotras también. Vuestra condición, mejor que la mía, no puede ser. Porque muchas personas dedicadas al apostolado tiran atrás cuando ven que los azotes van por delante; es decir, las contrariedades, las luchas, las dificultades. Ni el Señor tiró atrás, fijaos bien, cuando Judas le vendió, cuando Judas le traicionó. Y era de los suyos, era de aquella reducida familia; no tiró atrás.

Nos enseña que nosotros, sus discípulos, los que hemos sido llamados para algo de suma importancia, nunca hemos de tirar atrás. Ni por dificultades, ni porque no nos reciban bien, ni porque digan aquello, más o menos..., no importa; ni porque de los nuestros mismos –vamos a suponer– saliesen las saetas, saliesen las contrariedades. Porque siempre es una prueba a la que Dios suje-

ta las cosas, para probar su firmeza. Es el bautismo, diríamos, no de sangre, pero sí de sudor y de sacrificio. Hay que superarse. No podemos nunca, pues, apetecer una situación mejor que la del Señor.

Segundo. Les dijo: El que quiera ser el primero, que se ponga el último. Por tanto, el que quiera ser último, ¿que se ponga el primero?, no; que se quede el último también. Que él ya pondrá el primero a quien quiera. Como relata el Evangelio, en un convite, cuando uno se puso en el último lugar y entró el amo, el señor, y le vio allí, y dijo: tú, ¿qué haces aquí? Anda, tú sube; y tú, que te has puesto el primero, baja.

Y esto tiene tanta importancia en nuestra vocación sacerdotal, religiosa, apostólica, que hay que tenerlo en gran cuenta y en mucha estima, para no dejarnos llevar nunca de ese espíritu que no nos enseña el Señor. Yo he visto siempre cómo el humilde ha sido ensalzado, cuando llega su hora. Cómo el Señor, humillado en la cruz, fue exaltado después. Podrán pasar años y años y años...

Hoy en la Iglesia ocurre el fenómeno siguiente: que lo bueno, lo humillan; no destaca lo bueno. Va para abajo. Es la lucha. Pero llega el tiempo que el Señor tenga fijado para coronar de gloria lo que el mundo coronó de vilipendio.

La humildad. Los discípulos empezaron ya entre ellos, a tomar cierta envidia. Somos así, parece mentira. Y discutían quién sería el primero en el Reino de los Cielos, nada menos; que aún no habían pasado el cáliz, ni nada, y ya estaban tocando el Reino de los Cielos. Y el Señor que los oyó, se volvió, se sonreiría, sin duda: estos infelices...; venid aquí. ¿Qué discutíais? Vamos a ver. Y parece que no se lo querían decir; tenían vergüenza. Y por fin, contaron. ¿Qué estabais discutiendo? A ver. ¿Quién sería el primero en el Reino de los Cielos? Vamos, no discutáis esas cosas. Mirad: si no os hacéis como este niño, ninguno entrará en el Reino de los Cielos. Ya sabéis la condición.

En el apostolado, buscad rincones para disparar mejor. En el apostolado, solamente pensad en disparar, en trabajar. Lanzad vuestra palabra, vuestra acción, aquí, allá, donde sea, sentado, en tierra, donde sea, no importa; lo que importa, es lanzar. Éste es el espíritu del auténtico apóstol.

Y el tercer consejo. Les recuerda que él es el que los ha elegido. Porque: No vosotros me habéis elegido, no; sino que yo os he elegido. ¿Para qué? Para que vayáis por ahí, produzcaís fruto, y fruto tal que permanezca.

Vosotras, pensad, cuando estéis delante del Señor, en esa hora santa en que está Jesús cara a cara con nosotros. En esos ratos de volcar el corazón, de avivar la fe, de mirar y amar, agradeced al Señor el bien que os ha hecho. Que no miró, ni casada o soltera; miró más a vosotras con vuestras condiciones, con vuestras necesidades del alma, y con vuestra situación de hogar. Miró más, y os escogió. Habéis sabido responder. Vosotras habéis sido elegidas. Parece que disteis el sí, como lo dio la Virgen. Pero el Señor la tenía preparada, la escogió. Ella dio el sí, pero ya estaba preparada, estaba escogida.

Y vuestra misión es tan hermosa, y puede ser tan fecunda, como se está demostrando ya, que en verdad, yo veo que es una elección del Señor. Y lo que en otro estado, como estado más elevado, no tenéis, ni por ahora podéis tener, como estado que produce y que es fructífero para Dios, y que es elemento del que el Señor se vale para correr y correr más, aldeas y pueblos, sembrad, y decid, y volcad ese pedazo de corazón que guardáis para el Señor.

Que vuestro estado vale mucho; os ha escogido, porque él ha querido. Cuántas en el mundo habrá mejores que vosotras y que yo, y me ha llamado; cuántas. Solamente hemos de pensar: a mí me ha llamado; yo tengo este don. Hoy soy Obrera de la Cruz, a mi manera, pero lo soy.

Mirad: cuando estéis delante del Señor, pensad si habéis comprendido lo que es esta llamada, esta elección,

esta misión, lo que es ser Obrera de la Cruz. A qué os obliga, por voluntad divina, en la gracia, en la acción, como elemento productivo. Y podáis decir: Señor, por aquella circunstancia, no sé cómo, pero me has elegido. Que yo corresponda siempre, en mi vida, a este don. Que viene a completar, a perfeccionar vuestro estado. Sobre él, el Señor se reservaba este don.

Acaso nunca pudisteis pensar en ello. Hoy lo tenéis en las manos. Pensad, reflexionad. Afirmad vuestra voluntad, y agradeced al Señor.

DEBERES DE LOS CASADOS

QUIERO hacer como una especie de recogida de cosas..., instruiros, para que sepáis cuál es la doctrina evangélica, la doctrina apostólica. La conocéis, pero os la voy a recordar de nuevo, y hacer algunas aplicaciones.

El apóstol san Pablo, en su carta a los Efesios, habla de los deberes de los casados. Rápidamente voy a enumerar. Dice: Subordinados unos a otros por el santo temor de Cristo. Las casadas sujetas están a sus maridos por cuanto el hombre es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de su Iglesia. Los maridos amen a sus mujeres, así como Cristo ama a la Iglesia y se sacrificó por ella. Quien ama a su mujer, se ama a sí mismo. Hijos, vosotros obedeced a vuestros padres, con la mirada puesta en el Señor. Y vosotros, padres, educadles, corrigiéndoles e instruyéndoles, según la doctrina del Señor.

Ésta es la enseñanza divina, revelada, hermosísima. Imaginemos un hogar en el cual se cumplen estas cosas; pues, sería una reproducción del hogar de Nazaret.

Ahora viene la práctica: subordinados los unos a los otros. Es decir, los casados, hombre y mujer, esposo y esposa. Ni uno arriba ni el otro abajo, subordinados mutuamente, equilibrados los dos. Yo callo y el otro calla. Aquél habla y yo hablo... En fin, en una misma línea, por el

temor, el santo temor del Señor. Esto es lo que debe ser. Es como una inteligencia mutua. ¿Prácticamente es así? Ya sabéis que no. Aun teniendo una formación religiosa, hay fallos. Ha de ser una formación religiosa muy honda y muy vivida, para decir: dos santos que conviven. Son casos excepcionales. ¿Por motivos...? Es el carácter de ella, o es el de él. Es la costumbre que él tiene o la que tiene ella. Es ese espíritu de sobresalir que la mujer tiene, o que el marido ha vivido siempre, y no se subordina. Viene el choque; a veces son choques pequeños, de poca importancia, cuatro palabras que se dicen, que el viento se las lleva como gotas, cuando llueve en tiempo de verano, que el Señor las consume rápidamente, y no ha pasado nada.

Otras veces, ya esto significa una especie de imposición, de una parte o de otra, y ya no ceden. Con razón, una parte, o sin razón, la otra. Pero lo cierto es el hecho de que ya no ceden. No hay esa subordinación por temor al Señor. Lo cual significa que aun no siendo iguales, hay que perder, pero perder en aquello que uno pueda perder. Cuando la cosa tiene su importancia, entonces, uno se mantiene en lo suyo.

Esa subordinación, ¿hoy existe? Pues, en general, no existe. Ya fallamos, en la doctrina, en la práctica de la doctrina cristiana. ¿El marido es la cabeza? Realmente, es la cabeza, porque representa a Cristo que es la cabeza de la Iglesia; y el matrimonio, como os decía, es la unión, representa la unión de Cristo con la Iglesia. Ahora, prácticamente, como cabeza, le concierne el gobierno, le pertenece el gobierno.

Y si no tiene cabeza, ¿qué hacemos? ¿Y muchos que no tienen cabeza, o la han perdido en la calle? ¿Y otros que la tienen un poco así, desequilibrada? ¿Y otros que tienen la cabeza muy equilibrada, pero las pasiones están desequilibradas, y entonces, las pasiones le ordenan a la cabeza? Y si la cabeza, que es el eje, va mal ordenada, va al revés, toda la mole, toda la casa, todo el hogar, va al revés. ¿Cuál

es la posición de la mujer? Suponed vosotras que un motor fuera al revés, y aquí está el motor: tocar el botón, quitarle la marcha. Ha parado el motor, para que no vaya al revés. Es decir: toma entonces en sus manos, en cuanto pueda, el gobierno. Porque cuando el encargado de gobernar, gobierna mal, otro le suple. Porque en el hogar, como en la nación, por ejemplo, hay que buscar el bien común, no el bien de uno, sino el bien común. El bien común es el bien del hogar. Y el bien común está por encima del bien particular, de la casa, o del esposo, o de un hijo. Es el bien común. Y el bien común, como está por encima de éste, entonces sí, ella toma las riendas en lo que las puede tomar. ¿Es que yo he invadido el terreno del otro? No. Cuando el capitán ha desertado, está el soldado, y se pone en lugar del capitán. Es decir, que la mujer no pierde, por eso de que el marido sea la cabeza; no pierde su derecho a administrar, a gobernar, a dirigir, a cuidar, a instruir, a educar. Sería una mala interpretación de estas palabras.

Solamente quiere decir que la mujer es en el hogar no la autoridad primera, sino la autoridad a la vez con la del marido; pero el marido es como la cabeza, el representante. Esto no desprestigia a la mujer, de ninguna manera; al contrario, muchísimos casos, hay que reconocer, en que la mujer tiene necesidad, y debe hacerlo, de poner su mano en el arado, para que las cosas vayan como Dios manda. Y suplir las deficiencias del marido; si es deficiente en todo, suplirlas todas.

Y para suplir estas deficiencias, doy un consejo: si lo puede hacer abiertamente, que no hay ninguna dificultad, bien, no tiene por qué ocultarse. Mas si esto tuviese que ocasionar grandes disturbios en el hogar, primero, hágalo ocultamente, prudentemente, astutamente, sin que el otro se dé cuenta, o si se da cuenta, que sea así, secundariamente. Y cuántos baches, cuántas cosas pueden llenar y llenan las mujeres en casa. Cuantísimas cosas que el mari-

do no tiene por qué saberlas, sino que ellas las van llenando, ya que aquél no lo hace. Y deben hacerse.

¿Es que no hay más remedio que afrontar la situación? Se afronta la situación, porque obligación tiene uno, obligación tiene otro. No es aquello de que una esposa, una madre, diga: yo me froto las manos y..., si mi marido es un holgazán, es un tal..., que se apañe como pueda. No, no, qué va. Tú no puedes excusarte. Tú tienes allí tu papeleta empeñada, tienes tu obligación, la debes cumplir. La mujer puede mucho, en general. Éstas son estampas que estoy reproduciendo, a base de la doctrina apostólica.

¿Y de los hijos? Obedeced... Lo han olvidado. Ha venido otra doctrina, la del mundo, la de la ciencia, la del modernismo... Los "modernos" dicen: eso de obedecer... ¿qué significa? Vosotros padres, sois unos del Antiguo Testamento, de aquellas reliquias que quedaron; vosotros, ¿qué sabéis ahora...?, si no sabéis nada... ¿Cómo vamos a decir: hijos, obedeced? Sí que lo decimos. Yo lo digo muchas veces. No es honrar padre y madre... Hay que sostener la doctrina contra todas esas cosas que ahora enseñan en el mundo. La libertad significa obediencia.

Yo obedezco al Señor porque soy libre. Me hizo libre, y por esa libertad yo obedezco al Señor. La libertad es para seguir ese dictamen de mi conciencia, que está bien formada. Por esa libertad, yo me hago responsable de mis actos. Ahí está la doctrina. Padres, cuidad de vuestros hijos... Educad instruyéndolos, corrigiéndolos. Instruidlos en la doctrina del Señor. Cuidad de los vuestros, que no se nos vaya todo en la ciencia puramente humana; la ciencia divina, que es la única que nos ha de salvar... La ciencia de la salvación.

Recordadas estas obligaciones tan claras, ya, en el matrimonio, en la casa, en el hogar, ese equilibrio, ese sube y baja mutuamente, por el temor de Dios, el temor del Señor... La sujeción que la mujer tiene al hombre, que siendo éste como cabeza, es como la Iglesia, si está sujeta a

Jesucristo. Pero tan unida, que no concebimos a Jesucristo sin Iglesia, ni Iglesia sin Jesucristo. Es una unión de amor. Por tanto, es una sujeción que no viene a ser casi sujeción.

Los padres..., ¿qué hay que esperar de ellos? Algunos son buenos; son buenos, tienen arranques buenos. Pero..., ¿qué hay que esperar de ellos? Pobres mujeres, pobres esposas; son las víctimas desposadas, sacrificadas. Pero algo vale el sacrificio, porque a la vida, demos las vueltas que queramos, no le podemos quitar esa condición de sacrificio, no. Ni la mía, ni la vuestra, ni el que trabaja, ni el que no trabaja, no puede ser. El pecado nos trajo este regalo. Y el Señor lo recibió plenamente en la cruz. Y cada uno lo tiene de una manera. Lo que hemos de hacer es sabernos santificar; alcanzar un grado de santidad y glorificación de Dios, mediante la aceptación de nuestros sacrificios.

Último pensamiento: viene la lucha. El mundo está dividido en dos bandos. Cada vez la división es más acentuada, más clara: los que están frente a la Iglesia, y los que estamos dentro de la Iglesia. Otra división: bandos dentro de la Iglesia. Unos, que siguen con integridad la doctrina del Señor, y otros, a los que les parece un poco pesada y la quieren modificar. Bandos dentro de la Iglesia, en cuanto a la práctica de la caridad. No flota el espíritu sobrenatural.

Vamos al bando enfrentado a la Iglesia. Vosotras formáis ya un pelotón. El ejército tiene pelotones. Y vamos a la lucha. Y en la lucha, hay armas de todas clases. Dice san Pablo que hemos de esgrimir la espada de la palabra de Dios; que hemos de valernos de la oración, para poder vencer en este campo enemigo, en donde nos habla san Pablo de las potestades diabólicas. De eso que ahora la gente no cree. Dicen que no hay demonios. Ojalá no los hubiese. Hay una interpretación, que me hizo mucha gracia, y es la siguiente: que el demonio ha llegado a endemoniar tanto a la gente, que le ha hecho creer que no existe él, para que así tengan el camino abierto, y cada cual se lance ya a todo lo que le da la gana.

Dice san Pablo: Contra los príncipes y potestades, adalides de esas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos esparcidos en los aires... Tomad las armas todas de Dios, y estad firmes. Empuñad la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, haciendo en todo tiempo, con espíritu, continua oración, continua plegaria. Y velando y orando por todos los santos –santos llama a los fieles–. Y ahora veréis, que esto es de aplicación. Para que el Señor conceda la gracia de que los que trabajan apostólicamente, sepan desplegar sus labios para predicar, con libertad, manifestando el misterio del Evangelio.

¿Veis cómo vais a orar? ¿Cómo vais a prepararos para esta lucha? Contra las potestades, contra el demonio; así, así. Tentaciones, sugerencias, deseos, mil cosas. Porque el demonio puede actuar en nosotros, menos en la voluntad, en todo. Menos en la voluntad; en la voluntad no puede, porque la voluntad es libre, y sólo Dios la puede mover; pero en todo, en la imaginación, en el pensamiento, en el deseo, puede actuar. Son las potestades, que nosotros no vemos. Y contra el mundo visible, que son los hombres, nuestros enemigos. Y contra este ambiente en el cual estamos viviendo, contra esta corriente nefasta, contra estos errores que, en fin, son los enemigos de Cristo. Éste es el campo en el cual vivimos, rodeados de todo esto, y actuamos.

Oración, mis Obreras, la oración. La palabra sí, la sembráis con fruto, con claridad. La oración, todas. Gran consuelo es saber que hay Obreras Cooperadoras que son almas de tanta oración, de tan alta oración, de tan gran sacrificio, que yo las considero como puntales, indestructibles, sobre los cuales vuestra labor se ha de levantar. Las tenéis.

Se cumple, pues, aquí, todo lo aconsejado por el Apóstol, para que vosotras, en saliendo de los ejercicios, vayáis con el espíritu fuerte, con ánimos crecidos, con ilusiones de dar lo que dentro lleváis, a ese mundo. Y dadlo con el

ejemplo, cuando no escuchen vuestra palabra, las que sois madres y tenéis conflictos, como todos tienen; quizá vuestras lágrimas, vuestros gritos ante el Señor... Y eso que sirva de una lección, como nos sirve a todos: mirar el libro de la vida, fijar los ojos en aquella página, de aquellas ilusiones..., en tiempo de relaciones y demás, ilusiones de juventud, y mirar la otra página, la que hoy estoy tocando, la que hoy el Señor me hace ver. Para que yo, lo que entonces no hice, empiece a hacerlo ahora. Lo que entonces no di, dé ahora; lo que entonces no trabajé, trabaje ahora. Ésta es la lección que tenemos todos delante de nuestros ojos. La habéis aprendido bien, ya lo sé.

Yo, por mi parte, os he dicho lo que siento, lo que entiendo que debía deciros; impulsaros por ese camino que habéis emprendido, que gracias a Dios va con un aumento que yo no esperaba...

Y si vosotras así empujáis y respondéis, como hasta ahora, yo emprenderé pronto la organización de otra Rama, que esperáis. Hasta que no lleguéis a cien, no acometeré la de los hombres. Cuando toquéis el cien, tendréis vuestra fiesta, e inmediatamente surgirá la otra. Pero... habéis hecho mucho. Vuestra petición a la Virgen, y vuestra fidelidad y santo ejemplo, es el que abre la marcha en todas partes.

El Señor lo espera así y yo también.

LA RECRISTIANIZACIÓN DE LOS HOGARES. COMPORTAMIENTO DE LOS PADRES (1)

DESTINAMOS el día de ayer a examinar la situación personal de cada una y decidir darse a una mayor santificación, correspondiendo a las gracias del Señor, teniendo en cuenta que lo primero y principal para cada uno de nosotros es salvarse y santificarse. Porque es obra personal, que a nadie la podemos confiar.

Y así veremos que hay madres que se salvan y esposos que se condenan; madres que se salvan e hijos que se condenan. Y al revés. Porque esta salvación es tan personal que cada uno la tiene que operar.

Pasemos ahora a tratar de la intervención de cada persona y, en particular ya, de la mujer, en la esfera de su vida pública, como miembro de una sociedad. La primera célula constitutiva de una sociedad es cada uno. El todo resulta de las partes. El hombre y la mujer, unidos en el matrimonio, constituyen la célula de la sociedad, pero a base de las dos individualidades, de uno y de otra.

Esta célula de la sociedad constituye lo que llamamos el hogar, el primer hogar. Tenemos a la vista el hogar modelo, el de Nazaret. Madre, Hijo y padre que, no siendo auténticamente padre, representa la autoridad del padre. ¿Para qué decir que en este hogar todo es perfecto? Porque perfectos son los tres que lo constituyen. Perfectísimo el Señor; como criatura, perfectísima, también, la Virgen; y san José,

lleno de santidad. Y los tres son vírgenes. Es el gran misterio, un hogar lleno de virginidad y lleno de maternidad. Es la excepción que nunca se podrá dar: una madre y virgen, sólo concedida esa gracia a la Madre de Dios.

Lo que hubo en aquel hogar, bien lo conocéis: cumplimiento de la voluntad divina, en los tres. Cumplimiento de los deberes que aquella situación o estado les exige. Deberes de obediencia de Jesús para con la Virgen y san José; de obediencia de la Virgen para con san José. Él es el que manda; el menor manda, los mayores obedecen. Y el mayor de todos es el que obedece; no manda.

Hay un orden en este hogar, un equilibrio, una sujeción completa a la voluntad divina. Los tres se tratan por igual. El que manda sabe ser flexible y comprender. Comprende la perfección de Jesús, Hijo de Dios, que se le ha encomendado. Le mandaría, pero ¿cómo le mandaría? La Virgen, igual; sujeta a san José. ¿De qué forma san José le mandaría y cómo la Virgen estaría sujeta a él? Éste es el hogar modelo. Modelo. Del cual, el hogar cristiano ha de ser una copia, una imitación. ¿Hasta dónde se le puede imitar? Aquí está la dificultad. Si todos los que constituyen un hogar no están sujetos a la voluntad de Dios, y no lo pueden estar si no viven la fe, si no reconocen al Señor como supremo superior, no pueden, de ninguna manera, conservar esta unión, esta paz, esta inteligencia. Por lo menos, de una manera perfecta.

Pero imitar sí que pueden, porque este camino de la virtud y de la perfección, a nadie se le hace raro. Y el hombre es capaz, y capaz es la mujer. Y capaces son los hijos. Aquí media aquello de que la pasión ya desordenada, que tiene su brote desde el principio, y que va manifestándose cada vez más por el crecimiento de los años, y abonada por el ambiente que la rodea, como una planta, presenta dificultades.

¿Y qué dificultades? A medida que avanzamos en estos tiempos, las dificultades son mayores. Por varias razones:

por deficiencia de los padres, del ambiente del hogar; falta ambiente cristiano. Por culpa, acaso hasta involuntaria, de ese desarrollo de las pasiones, que solamente pueden estar controladas por la virtud, por la fe, por el sacrificio, por la cruz. Y por la influencia que viene de fuera, que las más de las veces, por no decir casi siempre, no es buena; es mala. Porque en el mundo abunda el mal, no abunda la virtud.

Y aquí, los hogares, mayormente en estas horas que atravesamos, presentan muchísimas dificultades para poder ser una imitación, aunque pálida, pequeñísima, del hogar de Nazaret; para tener la característica de un hogar auténtico, verdaderamente cristiano. Los hay, pero muy pocos.

Y aun siendo los padres buenos, ocurre como en los campos, siempre sale alguna hierba mala, algún retoño en esa familia, que es el rompecabezas de los padres buenos: es la fructificación de esa semilla de maldad que todos llevamos encima.

Este hogar, pues, constituido por el matrimonio, primera célula, principio de la sociedad, según la voluntad de Dios que lo instituyó, y según la voluntad de Jesucristo que lo elevó a la condición de sacramento, es la santificación. El matrimonio tiene una finalidad sobrenatural, y una natural. La natural es formar la familia, formar una familia. La sobrenatural es que los esposos se santifiquen mediante el matrimonio, como un medio, como una gracia, como un instrumento.

¿Cuáles son las que llamamos vertientes, ideas, que van invadiendo el terreno actual de los hogares, padres e hijos? Es triste, pero hay que reconocerlo. A los padres, sobre todo a las madres, les interesa el casarlos. Han concebido el matrimonio en un plan puramente natural, pero animal. Es decir, que es el matrimonio un modo de satisfacer las pasiones, pero con esa finalidad única de satisfacer sus pasiones. El matrimonio no es concebido más que como un medio, un instrumento, un estado de placer. En poco se

distinguen, o en nada, de los animales. ¿Es ésa la finalidad de Dios al instituirlo? No. Será constituir una familia, pero siempre sujetos a la voluntad divina, para, cumpliendo esa sagrada obligación, santificarse, glorificar a Dios.

¿Será ésa la voluntad de Jesucristo al elevarlo a la condición de sacramento, de tal manera que el sacramento así, matrimonial, está significado por la unión de la Iglesia con Jesucristo, esa unión santa, purísima? Tampoco. No es ésa la voluntad de Jesucristo. Ésta es la equivocación actual. ¿Cómo puede ser un matrimonio cristiano, si ya arranca de principios y de ideas equivocados? ¿Podrá tener explicación únicamente en lo que se llama ahora el amor? ¿Sólo para satisfacer un amor, sólo por amor? No. De tal manera que según hoy enseñan, el amor es la única causa, o la principal causa, que explica la unión matrimonial.

Y cuando se rompe el amor, ¿qué pasa? Y cuando se acaba el amor, que es efímero, muchísimas veces, ¿qué ocurre? Entonces se romperá el matrimonio, porque si el amor es lo único que explica el matrimonio, cuando el amor cesa, cesa el matrimonio. Es un error. Cuántos errores pululan por ahí.

¿Será el simple gozar? Peor todavía. Para eso no es menester el matrimonio. Ésta es la teoría de muchísimos solteros y de solteras, pero sobre todo de solteros, que no necesitan el matrimonio. Pues si el fin matrimonial es ése, lo tienen fuera del matrimonio.

El matrimonio es para constituir un hogar según la voluntad de aquel que lo ha creado, que lo ha instituido, Dios, Jesucristo. Y no pueden ellos hacer cosa que sea fuera de la santificación del hombre, porque todo lo que disponen es para que el hombre pueda lograr su meta, su fin, su salvación, su perfeccionamiento, hasta su santidad. En el matrimonio, santos hay y santas hay.

Podíamos fingir el caso de un matrimonio en el que uno o los dos fueran al matrimonio sin amor y, no obstan-

te, superando esa dificultad, mediante un sacrificio, cumplen con su obligación, como quien toma un purgante, y se toma el purgante porque debe tomarlo, para no enfermar o morir. Es la convicción de un deber.

Si, pues, estas razones que acabo de exponer, en las cuales hoy los errores que van por ahí quieren fundamentar la razón matrimonial, son las válidas, entonces, el matrimonio no es nada más que un nido de líos, de malestar, de malquerencias, de luchas, de vidas desgarradas.

Y así andamos. Qué descenso más grande hay en ese andar matrimonial. A qué extremos hemos llegado en la sociedad. ¿No veis cómo esto se deshace como un calcetín al que se le ha roto el punto? ¿No oís cuántos lamentos hay? Cuántas deserciones, cuántos hogares que son hogares y están vacíos, porque no solamente no hay cariño, sino que cada uno va por su parte...

¿Para eso unir una vida? Yo en verdad os digo que, aun respetando el matrimonio y viendo lo necesario que es para restaurar cristianamente una sociedad, cuando viene alguna persona a consultarme este punto, sobre todo si es mujer, le digo: piénselo bien. Diréis: ¿soy pesimista? No. Soy realista.

El matrimonio es, vuelvo a repetir, cuna de santificación; para salvarme, para santificarme, para dar, si Dios quiere, hijos al cielo, pero nada más. Ni para recreaciones, aunque vengan; ni para exaltaciones personales, aunque me las den; ni para satisfacciones. No, no; no es eso. Porque esas van a fallar. Ésas podrán estar una temporada, en alguna ocasión; pero, a la postre, os aseguro que van a fallar. Y a vosotras también os fallarán.

Es una mirada más elevada. Hay que hacer ver a la gente que es preciso sacudir las alas y volar hacia arriba, dentro de ese estado. Decir a la gente que está equivocada; que si dio el paso, procure ya, dentro de ese estado, no desviarse, cumplir sus obligaciones, aunque sean difíciles.

No sé qué cuenta darán al Señor el día de mañana. Porque el que da una palabra, debe cumplirla; el que hace un contrato, está obligado a cumplir el contrato, con todas sus consecuencias. Porque si uno contrata la venta de su naranja, o de un género, está obligado a todas las consecuencias, porque ha hecho el contrato. ¿Que ha perdido? Pues, he perdido, pero me agunto. Procuro, dentro de mi penuria, ofrecérselo al Señor, y defenderme como pueda.

Hay otro hogar –solamente voy a enumerar ahora, y ya iré desmenuzando–: el hogar familiar. Puede no haber padres, y quedar solamente hermanos o allegados. Llamamos hogar también, de familia; porque hermanos solteros o viudos que viven hermanadamente, forman un hogar. Ese hogar no puede tener paz, ni vivir en unión, si no viven cristianamente. Es imposible; porque sólo el cristianismo, por la caridad, por el amor de Dios, que nos enseña a saber perdonar, a saber comprender, a saber actuar, puede tener esa paz. De aquí las disidencias tremendas que hay.

Otro modo de hogar: el gran hogar de la sociedad, el mundo. Jesucristo quiso hacerlo como una gran familia; la aspiración del Señor fue hacer del hombre como un hermano; hermanados todos, como una gran familia. Esta familia, que empieza en una casa, ensancharla, y hacer como una gran familia, el mundo. Es la aspiración del Señor: Amaos unos a otros.

Pero ya sabéis cómo está la sociedad, este hogar de la sociedad. Más dividido, más en lucha, más en discrepancia, más en disolución... Esto no es hogar. El pensamiento del Señor no se cumple, no se realiza. Solamente en una pequeña porción de esta sociedad, que es la familia cristiana, que vive unida en espíritu, porque vive de Jesucristo, vive de Dios.

Hay otra forma de hogar: que es una convivencia, una reunión, digamos, una institución. Vosotras, las Obreras de la Cruz ya Cooperadoras, formáis como un hogar, como una gran familia, pequeña todavía, pero grande ya. For-

máis un hogar. Para que este hogar se mantenga, ¿qué es lo que hay que poner? Ya lo sabéis. Si aquéllos no podían vivir, como he dicho, sin este cristianismo vivido, tampoco lo podéis vivir vosotras.

Recapacitad un poco lo que significa ya el matrimonio. No para vosotras –lo digo esto para instruiros–, sino además para enseñarlo, para hacer ver a la gente lo equivocada que está, cómo lleva en sí misma el fracaso, cómo vive de ilusiones, no vive de realidades. Y hasta qué grado llega la locura de la gente, que veis cómo se separan tan tranquilamente...

Mis Obreras, hay que restablecer el hogar, que es la célula de la sociedad, es la salvación. De ahí saldrán retoños, saldrán almas para Dios. Pero han de ser los padres los que sean la levadura que mueva la vida de este hogar. Y los padres, ¿cómo están? Da miedo meterse a pensar en la condición de muchísimos de ellos. Pero algún día lo pagarán, y lo están pagando...

Cuando no hay espíritu de Jesucristo, la vida se hace imposible; somos egoístas; todo nos pesa; aquello que nos estorba, todo, nos lo quitamos de encima, hasta lo que decíamos que habíamos querido más que nuestras propias entrañas; no es verdad; hay mucho de ficción, hay mucho de mentira. He aquí la educación.

Vuestro hogar sea una imitación de aquel del Señor. Vuestro hogar os sirva de libro para enseñar lo que deben ser los hogares cristianos. Y vuestro hogar, con esta amplitud que acabo de hablar ahora, que formáis todas, esté impregnado de ese amor hondo a Jesucristo, y de ese amor a la Virgen, como única Madre de este hogar. Y como una voluntad, la del Señor, a la cual todas, como hijas obedientes, buenas, cariñosas, con vuestro mejor afecto, lo viváis para ellos y, a la vez, sepáis vivirlo entre vosotras.

¿Es así? ¿Lo pensáis así? ¿Llevo razón en lo que os digo? Si no la tengo, no me la deis; si la tengo, tampoco me la neguéis delante del Señor.

LA RECRISTIANIZACIÓN DE LOS HOGARES (2 y 3)

UNA casa en ruinas, o medio en ruinas, se restaura, o totalmente, o en parte, la parte que está derruida. Puede, y ocurre, que hay matrimonios en los cuales se verifica este ejemplo que acabo de poner: que ambos, o carecen de fe o, si son cristianos católicos, viven en realidad sin serlo. Y si ellos practican, suponiendo que practiquen, es otro caso, no se cuidan de la formación religiosa de los hijos.

Así que, podemos tener: un caso, en que ambos no cumplen, porque no tienen fe, incluso están frente a la Iglesia; otro caso, en que uno de los dos tampoco actúa como católico, o bien no tiene fe, o bien vive como si no la tuviese. Y otro caso, en que los dos, siendo católicos, practican los preceptos de la Iglesia más ordinarios, como oír la santa Misa los domingos, la comunión pas-cual, etc., pero no se cuidan de la educación religiosa de los hijos.

Cuidarán, sí, de la educación científica. Estamos en épocas de ciencia, de científicos, de cultura. Y esta ciencia humana que orla la vida de la juventud, y que es bien que los padres la cumplan, porque obligados están a buscar la formación integral del hijo, viene como a ocupar todo el interés de los padres, dejando la formación cultural religiosa, de educación de la voluntad según los preceptos y las leyes de Dios nuestro Señor.

Es decir: en este punto, son pastores que no apacientan a su rebaño, en la parte religiosa. Ya sabéis que cuando una persona, como una planta, crece, y no se la poda, no se la encauza, y no se la dirige, de por sí, se tuerce. Y entonces, esa misma ciencia, esa misma cultura que le han dado, prescindiendo de la formación religiosa, es un arma que le han puesto en las manos contra los padres, o contra sí mismo. Salvo alguna excepción, cuando son de alguna naturaleza muy buena, que son los menos, no son agradecidos al sacrificio de los padres.

Y otro caso, en que realmente los padres se hacen eco de los deberes que como tales padres tienen, no sólo en el sentido cultural, científico, para hacer un hombre, hacer una mujer, que valga, sino para hacer un hombre de Dios y una mujer de Dios, cristianos. Los hay, los menos. Hoy se sacuden ese peso. Porque les viene bien, como aquel que se tira de encima una obligación, como si no la tuviese.

También, porque fiándose de las doctrinas actuales, tristemente erróneas, y que tanto mal están haciendo en la juventud, se valen de eso que llaman la libertad. Hay que respetar la libertad, hay que dejarles que por sí mismos ellos elijan su camino religioso. Yo diría, pongamos como ejemplo, que hay que dejarles que cojan un cuchillo, y que se maten o no se maten; que se tomen un veneno o no se lo tomen. Hay que dejarles libres. Falso concepto de la libertad. Es que la persona, cuando llega a sus años, ha de decidir... Claro que decide, pero hay que educarla para que decida hacia el bien, no hacia el mal.

Y así se repite la frase en labios de muchas madres: hijas... Es que como hay que respetar su libertad, hay que dejarles hacer... Sí, hay que dejarles libres, para que lo prueben todo, lo examinen todo, incluso caigan..., y después de probarlo todo, ya decidirán. Muy bien. Entonces, uno, para decidir, ¿ha de ser ladrón? ¿Ha de ser incestuoso? ¿Ha de ser adúltero? ¿Ha de ser desobediente? ¿Ha de

traicionar a sus padres, a sus amigos? ¿Ha de ir a todo? ¿Para probarlo todo, y luego que decida?

Como suelen decir: dejadles libres, que una persona ya formada puede ir a todas partes. ¿Cómo? ¿Cómo una persona formada puede ir a todas partes? ¿Es que no tiene peligro de caer en todas partes? ¿No tiene peligro de caer en la avaricia? No podemos ir a todas partes. Uno puede ser muy robusto, tener mucha fuerza y, no obstante, no puede tomar todas las cosas; porque tomará aquello, y le va a sentar mal. Es que hay que probar a ver si puedo o no puedo. Pero, ¡hombre...! A ver si coges o no coges una navaja, te la metes en el cuello y aprietas bien, a ver si puedes o no puedes resistir el corte de la navaja. Hay cosas que son irracionales por completo. Ésa es la corriente de la inmoralidad, romper toda brida que nos sujete a vivir como Dios manda.

Los padres en el caso, pues, de que no tengan hijos –vamos a poner casos, que hay muchísimos–, y ambos van bien, pueden ser los dos santos –y los hay dedicados ya no a la crianza de sus hijos, que no los tienen, sino a hacer el bien..., en el aspecto religioso–, se dedican al apostolado, a su oración, a dar ejemplo. Una vida fructífera del todo. Atados están esos dos corazones, pero están como desatados. Viven el uno para el otro, pero los dos viven para Dios.

Segundo caso: en que uno de los dos no rema bien. ¿Qué hacer? En cuanto a educación de la familia, no hay caso, porque no la hay. Supongamos que es él el que va mal, ¿qué papel va a desempeñar ella? ¿Cuál es su posición? ¿Cuál es su situación? ¿Educarlo a él? Por lo menos, aguantarlo; ya es medio de santificarse una. Dirá: Señor, aquí está el palo de mi cruz, y en el palo estoy clavada. ¿Aguantarle? ¿Sufrirlo? ¿Agradarle en aquellas cosas que no sean ofensa de Dios? Ante Dios nuestro Señor se santifica, le da ejemplo, aunque no lo tome; y ante el mundo, da testimonio de su fe, de su sacrificio, de su piedad, de su vida religiosa.

No deben reservar sus energías al que tiene a su lado..., sino entonces desviarlas hacia las demás almas, que pueden ser ahijadas suyas. Nace entonces esa acción de voluntad apostólica, de trabajar y de ser útil a la viña de Dios. Es, superada su situación en el hogar, al mismo tiempo, dar un paso ya decisivo hacia el Señor.

Otro caso: en que los padres, uno quiere que se eduque a los hijos cristianamente, y el otro no quiere. ¿Qué hacer? ¿Quién tiene preeminencia en este punto? Pues como esto es un deber que incumbe solidariamente, es decir, a los dos a la vez..., ¿tiene el otro, ese otro que no quiere, derecho a evitar la educación cristiana? No tiene derecho. Porque el derecho nace de una obligación, y la obligación es de los dos. Si uno no quiere cumplir la obligación, no usa de su derecho; pero el otro quiere cumplir su obligación, y usa de su derecho. Y el que usa de su derecho, hay un aforismo en la ley que dice: el que defiende su derecho, no ofende a nadie. Por tanto, la madre, en este caso, tendrá obligación de educar cristianamente a sus hijos. Ella mirará el modo, ella estudiará la manera; pero no se excusa de su obligación.

Porque el matrimonio no es solamente para dar hijos, sino hijos para Dios. Hijos para que den culto a Dios, para que den glorificación a Dios. Siempre a la madre le queda aquello de ser una lámpara encendida; y mientras no la apague, la lámpara dará luz, y la luz quita las tinieblas. Es su dignidad; es su autoridad; es su porte; es su consejo; es su mirada; es su sacrificio; es su palabra. A solas, o en compañía, ella vierte la semilla de la fe que ella profesa; la vierte en la inteligencia y en el corazón de sus pequeños, o de sus mayores.

¿Que el otro se oponga? No tiene por qué oponerse; no puede. Pero si se opone, entonces, la otra parte, reclama su derecho. Es que va a venir una desavenencia... ¿Y por evitar una desavenencia, mi hijo –dirá la madre– va a ser perjudicado en su formación religiosa? ¿Van a sembrar en

ese campo hierbas malas, en vez de sembrar las hierbas buenas? ¿En mi campo?

Aquí os advierto, en fin, no por vosotras, que estos casos no se dan –sino que estoy instruyéndoos–, que aconsejéis prudencia, valentía, todo coordinado, todo bien conjugado, y picardía. No se puede ser sincero muchas veces. Eso de la sinceridad..., reíos de la sinceridad. Es que ahora la juventud es muy sincera. Ahora hay que decirlo todo... Son sinceros a su manera. Para tirar coces son sinceros; para ser rebeldes son sinceros; para contestar mal a sus padres son sinceros; para decir que son libres, y que tal y que cual, son sinceros. ¿Eso es la sinceridad...? ¡Qué va a ser sinceridad!

Tercer caso: cuando los padres son católicos, pero no viven en católico. Es decir, como si no tuviesen fe. Católicos son aquellos que están bautizados por la Iglesia. ¿Qué religión habrá en este hogar? Los padres son cooperadores de Dios en esta grande obra de la familia, en su formación religiosa. Les podemos llamar ministros de Dios; pues a ellos ha confiado esta primera y principal formación. Son los maestros nativos de la familia. Por ley natural. Hasta los animales, vemos, cómo después de criar a sus hijos, los alimentan, los enseñan, los educan. Los pajaritos enseñan a sus hijos a volar.

Faltan, pues, a este sagrado deber, aquellos que no cuidan de la formación religiosa. Se comprende, porque ellos no la tienen. Éste es un gran problema. Hoy, desgraciadamente, en España, en muchas escuelas ya no se enseña la religión... Y en muchas partes no se enseña el catecismo. Han de ser ya personas particulares, seglares, los que se dediquen a dar este alimento a la niñez, a la juventud. Atravesamos tiempos muy difíciles. Hay una deserción enorme de aquellos que tienen la sagrada obligación, sean padres, no sean padres ya, o padres espirituales.

Y vamos a recristianizar la familia, que es la renovación del mundo, en el sentido espiritual. ¿Qué hacer en

este caso? Pues, sencillamente, aquí está el apostolado, tanto individual como colectivo. Actuar sobre los padres. Sobre uno, sobre otro, sobre aquel que sea más asequible a las enseñanzas religiosas, a esa formación cristiana. Actuar sobre ellos...

Si nuestra actuación se reduce tan sólo a la gente que frecuenta la Iglesia, que hace ese círculo reducido, apostolado es; pero sin horizontes. No lo hizo así el Señor: no te vayas... El Señor contestó: Sí; es preciso que vaya a las aldeas, a esos que están allá lejos abandonados, para que escuchen la palabra del Reino de Dios. El Señor buscaba esos horizontes amplios, que el apostolado lleva consigo. Fácil es ir al manantial a llenar el depósito del agua. Pero..., y allá lejos donde todo es roca, ¿no habrá una fuerza que barrene, hasta sacar el agua? ¿Y se morirán de sed todos aquellos?

Hay que actuar, pues, sobre ellos. He aquí la industria, es decir, el ingenio, la buena voluntad, los medios de que se pueda disponer; hay que ponerlos en juego, si de verdad queremos cooperar a esa recristianización. Mejorar lo bueno, pero hacer bueno lo que es malo. Ésta es una labor necesaria, y que surte sus efectos. Dios bendice estos trabajos. La palabra no siempre queda en el vacío. Son misterios de la divina gracia. Acaso quiere el Señor que llegue por medio de nuestra voz, de una voz humilde, esta luz que aquella mujer o aquel hombre no tienen.

Hay apostolados que se ejercen en lugares cerrados..., y en otras partes, en los pueblos... Cuántos conocen al Señor por medio de una palabra, de un gesto, de una actuación, cuando se hallan en un momento difícil de su vida. Y entonces, son materia apta para esa formación cristiana. Yo diría que en muchos casos de éstos, Dios les entra de lleno. No tendrán una formación científica religiosa, pero han recibido el golpe de la fe.

Mas si con los padres resulta difícil, o a veces, no imposible, pero casi imposible, quedan sus hijos. Hay que ac-

tuar sobre sus hijos... El día de mañana serán y han sido también ya almas muy de Dios y que han reñido batallas tremendas con sus propios padres. Porque sobre esos hijos cayó la semilla de la formación cristiana. Hay que actuar sobre los hijos. Alguno responderá. Si no responde, habremos cumplido nuestro deber.

Nunca falte la esperanza. Y basta que un elemento de la familia reciba la savia divina, para que pueda ser un instrumento del que Dios se valga para recristianizar aquel hogar. Vivimos de la esperanza puesta en el Señor, y cuando lanzamos nuestra palabra, en nombre de él la lanzamos. Como Pedro: En tu nombre, porque tú lo dices, echaré la red. Toda la noche estoy pescando y no he cogido nada. Pero como tú lo dices ahora, echo la red. Y la red salió llena de peces.

Ésta es nuestra actuación, en cuanto a estos hogares. Nunca perdamos la esperanza de que nuestro golpe ha de producir algún impacto. Sobre los padres, sobre los hijos. Si los malos actúan sobre las familias buenas, y es el caso contrario hoy, de que hijos buenos se van al mal, y son la perturbación de todo el hogar, ¿por qué sobre los malos o indiferentes, o inconscientes, no se ha de actuar también, para que brillando en ellos la luz de la verdad y entrando en ellos el amor de Dios nuestro Señor, no vengan a ser medios de conquista de aquel hogar, al cual llevarán su paz, su alegría, su afecto, su cariño, su sonrisa, sus sacrificios, hasta su pan?

Y el otro caso, en que los padres son católicos, practican, pero se reducen a su vida piadosita, si así la queremos llamar, a sus prácticas, y se descuidan de esa formación cristiana de los hijos, los dejan ya. ¿Faltan? Indudablemente. Son siempre cooperadores de Dios. Es algo que Dios les ha dado, y de lo que tienen que responder. Y se los ha dado para que los lleven al cielo. Ésa es finalidad principalísima.

De esto también nos hemos de lamentar mucho. ¿Cuál es nuestra posición en este caso? Acercarnos a los padres; hacerles ver que deben ser mejores, que pueden progresar más en el servicio del Señor, que no basta con una piedad, así, particular para ellos, en cierto modo egoísta, dejando lo que ellos deben formar, aconsejar, cuidar y vigilar, hasta donde ellos puedan.

Ni tampoco basta –fijaos bien– con que esos hijos, o ellos, individualmente, cumplan religiosamente, dentro o fuera de casa. Pero individualmente, particularmente. Eso ya lo hace. Aquello ya lo hace... No. Porque el hogar, la familia, es una sociedad doméstica religiosa, es religiosa-social. No sólo el individuo constituye la sociedad, sino todos, de conjunto, la constituyen todos. Es religiosa-social.

Y así como un individuo tiene obligación de vivir en cristiano, de servir al Señor, de procurar su santificación, el hogar como tal hogar, como tal familia, como tal sociedad, tiene obligación, ella también, de tener ese ambiente religioso. De aquí que, antiguamente, se rezaba el rosario, se bendecía la mesa, se hacían preces, se hacían devociones... El hogar tenía un aire, un aire religioso. Hoy ha desaparecido todo.

Si ya lo hace; lo otro, ya lo hace... Nos contentamos con ello, menos mal. Pero el hogar cristiano, como tal, ha desaparecido. ¿Por qué? Porque los miembros, no todos, están formados dentro de este ambiente. Hay familias, pocas, que se contentan con que cada uno cumpla. No es ése el ideal, difícil hoy de realizar, lo comprendo; pero qué hermoso es un hogar, cuando todos, de conjunto, espiritualizan ese hogar..., eso que llamamos espíritu cristiano que se respira en el hogar.

Hay que actuar sobre los buenos. Y sobre los hijos buenos. Porque corren peligro. Aquí encontramos una dificultad. Y es la siguiente: que esa bondad que tienen muchos, es una bondad “sui generis”, muy especial, y si Dios nada

me pide, todo va como una seda... Pero ¿y si Dios me pide? Si Dios le pide una hija o un hijo, entonces, aquella piedad, aquella bondad, como el caracol, se cierra para adentro, y cortan los pasos.

Al actuar sobre los hijos y las hijas, ya buenos, ellos decidirán; ellos elegirán su camino libremente. Pero no podrán elegir bien ni decidirán bien, si no tienen una formación cristiana, una educación, una inteligencia, de las cosas de Dios. Y así tropezaremos con los casos de que muchísimos jóvenes, chicas y chicos, sobre todo chicas, que con esa formación limitada, manca, que tienen, no conocen los caminos de Dios, sencillamente; no conocen más que una senda: el matrimonio. Ya no conocen más en su vida. Y hacia él dirigen todas sus aspiraciones. ¿Que Dios pide? Machacad sobre esa bondad, que no es bondad, sobre ese cristianismo que no es cristianismo íntegro, como debe ser. De cada semilla saldrá la planta que Dios quiera. Pero si sale blanca, no la cortes. Habrá que educar a los padres. No cortes esa planta blanca que es un lirio que Dios ha hecho brotar para él.

Habría mucho que decir sobre todo esto. ¿Veis cómo la formación religiosa es tan rica en matices, en doctrina, que porque no se ha hablado de ello, o no les ha llegado la luz, no comprenden? Yo he pensado muchas veces sobre todo esto. Y la carencia de vocaciones que nosotros decimos, precisamente, parte de esto; ésta es la raíz. O porque uno resiste la gracia, o porque los padres resisten a la gracia, o ponen impedimentos.

Cuántas dificultades encuentra el Señor. Y con ellas hemos de tropezar nosotros en el apostolado. Pero dejemos esto. Vamos a recristianizar. Yo os estoy exponiendo este panorama de situaciones familiares, indicándoos cómo debéis actuar, en cuanto atañe a vosotras, como cosa de hogar que constituís, y como Obreras que sois, en vuestra actuación.

Hay que ser prudentes, os he dicho, pero también enérgicas. La corriente que arrastra, la más potente, la que más se ve, suele ser la de la inmoralidad, la que llamamos ahora la de la sexualidad. ¿Por qué se olvidan las doctrinas de Dios nuestro Señor, o no las conocen, las del cristianismo auténtico? San Pablo es muy fuerte, muy enérgico, y hay que saber interpretar lo que él escribe. El Apóstol, tan vehemente él, se encara con todos estos que siguen esta corriente. Y aquí entran también los padres, que no la cortan, que no vigilan, y que dejan que sus hijos anden por ahí. Dice: Es voz pública que entre vosotros se cometen deshonestidades. Y a pesar de eso, estáis hinchados de orgullo... Y es que el orgullo es siempre un camino de descenso para llegar a ese punto. Dice: Los orgullosos son los que perturban en la Iglesia... No tratéis con los deshonestos... Quiere decir que no se converse familiarmente con esa gente, amistosamente... Ya no apostólicamente, porque el Señor trató con la Magdalena, trató con todos. En el apostolado, tratamos con todos, buscamos a todos. Para trabajar, para evangelizar, sí. Pero como amistad, no.

¿Los padres vigilan? ¡Cuánto trabajo tenemos por delante! Para meter la vida de fe, y con ella la vida de moralidad, que no se puede tener sin una vida cristiana. Es imposible. Las que sois madres, las que habéis de hablar a las madres, las que tenéis esa obligación ya tomada, por voluntad de Dios: hablad, hablad claro, no tengáis miedo, con prudencia, pero con verdad. Que abran los ojos, que se den cuenta. San Pablo dice: El cuerpo no es para la fornicación, sino que es para el Señor. ¿Acaso olvidáis que los cuerpos son templo del Espíritu Santo? Glorificad a Dios y llevadle en vuestro cuerpo.

Si no recristianizamos, ¿en qué va a parar el mundo...? Pero paremos un poco, detengamos un poco su marcha. Y con nuestro esfuerzo podremos presentar al Señor una selección más grande, más pequeña, pero una selección de

vidas limpias, de almas de Dios. ¿Podemos llegar a ello? Entiendo que sí. Vais llegando ya. Pero tened en cuenta que habéis de empezar por vuestro hogar y acabar metiéndolos en los hogares de los demás.

Abrid horizontes, sembrad, dad luz, moved corazones, arrastrad voluntades, enseñadles lo que es la verdadera vida.

ÚLTIMOS CONSEJOS

REMATAMOS con este acto, en cuanto a mí toca, estos ejercicios, que el Señor ha bendecido en gran manera y, sin duda, la Virgen ha puesto su mano, una vez más. Como es este acto el último en el que os voy a hablar, varias cosas os voy a decir.

Hay una organización de maldad, que trabaja bajo mano, ocultamente, que tiene todos los hilos en sus manos, desde la televisión y la radio, y la prensa, y el cine, que parece que tengan una consigna: descristianizar, hacer apóstatas, quitar la fe, fabricar ateos. Principalmente, en los elementos culturales, pero que esto redundará también en la gente de los pueblos. Y se ve cómo baja el nivel de la fe y de la moral, de tal manera que esto nos alarma. El mismo Pablo VI, repetidas veces se lamenta de que el hombre, en vez de espiritualizarse, se está animalizando.

¿Vamos nosotros a hacer frente a todo esto? Hay dos maneras de apostolado: el apostolado que se dirige a la masa, a la gente en grupos, y el apostolado que actúa particularmente, dirigiéndose a personas. Este apostolado da mucho resultado. Porque cuando se habla con una persona, ésta no puede no atender; necesariamente tiene que recibir aquello que se le dice; bien haciendo frente, rechazándolo, o dando la conformidad, reconociéndolo. Con la

machaca que se puede hacer sobre cada una de estas personas, al final, si se ve que van cediendo, se consigue la conversión, la reacción cristiana.

Ambos modos hemos de emplear nosotros. Por ejemplo: en ejercicios se habla a la masa, a un grupo. Pero esto no priva ni excusa de que hablemos particularmente con la gente. Siempre sembrando, siempre hablando de aquello que les puede hacer un bien y les puede conducir al camino de la verdad. A veces, bastarán cuatro palabras que se digan, después de oír a una persona, quizá hasta en sus disparates; pero con dejar alguna frase, algunas palabras... ¿Y de eso, qué vas a hacer? ¿De qué te sirve todo eso? ¿Qué vas a sacar en limpio? ¿Tú no ves que esto conduce a tal, a tal? Hacer reflexionar a las personas.

Hay organizaciones que dan el nombre de diversiones, de pasatiempos, propios de este tiempo, dicen..., y no pocas veces están ya instituidas bajo el régimen de esa mano oculta, para ir metiéndoles las ideas disolventes a aquellos que acuden, y organizando allí alguna diversión que es de bajo tipo moral.

La Iglesia padece, vaya si padece. Y los cristianos buenos padecen y sufren. Aun frenando, nos cuesta ser buenos, ¿qué será cuando los frenos se quitan? Hay que combatir. ¿Modo de combatir? Quitarlas no podemos, porque la ley las ampara, pero aconsejar a éste, al otro, al otro, a la otra, a la otra, eso sí lo podemos y debemos hacer. Así se combaten: quitando, quitando... ¿Que podemos conseguir algo? Sí.

No nos debemos acobardar. También el Señor quiere a veces que expongamos y que seamos cooperadores a esa gracia de Dios que actúa. Hay que actuar contra el mal, y hay que actuar también atrayendo al bien, aumentando los grupos hacia Dios, hacia la actuación a la cual estamos obligados, como cristianos. Solamente como cristianos, estamos obligados; solamente por ello estamos obligados; por otras razones, también.

Es la acción y es la oración. Y vosotras, las mujeres, sois, en mi consideración, un gran valor. Siempre lo fue la mujer, siempre. Si echamos una ojeada desde el principio del mundo, para el mal o para el bien, danza la mujer siempre. Eva, ¿qué hizo? El gran desastre. Débora, ¿qué hizo? Pues nada, enganchar a Sansón, otro desastre, vencerle. La mujer, cuando va hacia el mal, es una fiera, es una culebra que se enrosca con mucha facilidad... Y cuando quiere una cosa es tan tenaz... Lo mismo es para el bien. Judit salvó al pueblo de Israel, con aquel valor que le dio el Señor; cortó la cabeza de Holofernes; salvó al pueblo, expuso su vida. Esther salvó también a su pueblo, exponiéndose a la sentencia de muerte que le pudiera dar el rey; pero salvó a su pueblo. Y la Virgen, ¿qué hizo? Salvar el mundo. La mujer, cuando tira hacia el bien, es más potente que la que tira hacia el mal. Lo que una puede hacer, a su manera, lo hará otra, a su manera; pero se puede hacer.

Esto, que os convenza de que Dios ha puesto en vosotras un vigor, una fuerza, un secreto, un algo que se llama de conquista, de atracción, de persuasión, de enganche; y cuando no, por sus sacrificios, por sus sufrimientos, y por su oración.

Y cuando el Señor adorna un alma de ciertas condiciones, para que pueda llevar a cabo la misión que se le ha confiado, él es el que la empuja, el que la ilumina, el que la guía, el que la sostiene. Que podéis vosotras, las mujeres, levantar medio mundo, es evidente.

Preciaos de ser mujeres, de tener las condiciones propias de la mujer, que Dios os da, y preciaos si dais lo que ahora sois: algo escogido por él, para llevar adelante su empresa... Siempre sacamos algo. Diréis: usted. ¡Vosotras!, vosotras más que yo, todavía. Vamos, pues, todos, a trabajar, como venimos haciéndolo, con una confianza, no en nuestra fuerza propia, sino en la influencia que el Señor va a poner en lo poco que nosotros somos. Pero vamos todos a

una unificación de espíritus, unidad de voluntad, con un mismo amor en el corazón, con una misma empresa en nuestras manos, con un mismo fin que Dios nos ha señalado, con un mismo porvenir, hacia Dios, hacia la eternidad, y con una misma salida del mundo, que es la sepultura, pero de ella, un vuelo hacia arriba. Que lo de la tierra, mis amadas Obreras, no sirve para nada, si no glorificamos a Dios.

Esto, para mí es evidente: que la vida no vale nada; que se vacía con todas sus cosas; si no sirven para la santificación y alabanza de Dios nuestro Señor, tampoco. Si Jesucristo al mundo vino para glorificar a su Padre, glorificó a su Padre que era la obra que le había encomendado, y pudo decir antes de llegar a la cruz: He cumplido lo que me mandaste; la obra que me confiaste, está rematada. Si Jesucristo glorificó a su Padre y toda su vida la empleó en aquello, nuestra vida ¿en qué la vamos a emplear, sino en glorificar a Jesucristo, que es el medio de que el Padre Eterno se ha valido para que nosotros podamos ser salvos, redimidos, y alcanzar la meta del cielo?

Pero aquí interviene la Virgen. ¿Qué os voy a decir de la Virgen? Sabéis tanto como yo. Sólo os voy a decir una cosa: que es nuestra Madre. Y con esa palabra está expresado todo. La palabra más tierna es: madre. Si en la tierra esa palabra suena tan tiernamente en el corazón, ¿cómo no ha de sonar en el profundo de nuestra alma, espiritualmente, al ver a la Virgen, corredentora, y decirle: Madre? Y de una Madre así, ¿qué no podemos esperar? ¿Qué no podemos confiar?

Junto a ella, pues, hay que vivir; muy junto a ella; muy cogidos a su túnica; muy clavados nuestros ojos en los suyos, con un sentimiento, el más profundo que quepa en nosotros, de filiación hacia esta Madre. Cuando os acordéis de la Virgen, que la debéis llevar siempre en vosotras, en vuestra memoria, en vuestro recuerdo, en vuestra oración; cuando claméis en vuestros apuros, en

vuestras plegarias; cuando queráis honrar a la Virgen, dadle lo mejor.

¿Y qué es lo mejor en nosotros? Siquiera la gente se desprende de las cosas de valores terrenos: una perla, una sortija, un brillante, una moneda de oro; no. Yo solamente os digo: desprendeos, siquiera, de un granito de santidad, dentro de vosotras. Eso será la ofrenda mejor que podamos hacer a una madre. Qué contenta estará, qué alegre la pondréis, cómo os mirará.

Y en vuestro trabajo, en vuestras luchas, en esas correrías que hacéis por los pueblos, donde está fructificando la siembra que se hace, gracias a esta intervención divina y a vuestro trabajo, llevad a la Virgen siempre en vosotras. Decidle que ella hable por vuestros labios, que dé calor a aquellos corazones; que dé ese calor de un amor inmenso que ella tuvo y tiene en el cielo. ¡La Madre...!

Que no sepáis vivir sin la Virgen. Que la queráis, confiéis y os refugiéis en ella como en la Madre. Madre de las Obreras, Madre vuestra, Madre de los apóstoles, Madre de los santos, Madre de todos aquellos que, aun pecadores, recurren a su regazo, a cobijarse en sus brazos maternos. Cuanto más queráis a la Virgen, más confiéis en ella, yo os aseguro que más peso levantaréis de almas, más fructífera será vuestra labor, más hondamente meteréis el arado, para labrar esas tierras, unas incultas, en las cuales apenas se ha sembrado la palabra de Dios, y otras muy cultivadas, pero que se cierran porque les falta lluvia, la lluvia de la gracia.

Y bajo esa sombra protectora de la Madre, de nuestra Virgen, hemos pasado estas horas, felices, de recuerdo, que creo dichosísimo. Y para mí, como una mano que quita el peso. Han sido horas tan leves, tan ligeras, tan sencillas, que os digo que es el turno de ejercicios en que menos me he cansado. Me ha pasado sin saber cómo... Cuando yo creía que después de mis días de enfermedad,

en fin, no podría hacer nada, se me ha pasado sin saber cómo... Es que le dije a la Virgen: tú lo tienes que hacer. El interés que yo tengo, como tú, Madre, tienes por ellas, sabes que me lleva a esto...

A trabajar, mis Obreras. A vivir la savia de este tronco del Instituto al cual pertenecéis, para ser ramas eficientes y eficaces en esta gran empresa de la salvación del mundo.

RETIROS

RETIRO PARA COOPERADORAS

Moncada

SEMBRAR EL BIEN

HE interrumpido mi retiro espiritual de unos días, para estar con vosotras hoy. Y al veros aquí, he de recordar con satisfacción la alegría que siente el que después de roturar la tierra y dejar la semilla en el surco, la contempla fructificada. Vosotras sois fruto de esta siembra, aunque no hemos de buscar las satisfacciones temporales, sino el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Venís aquí hoy, para recordar muchas cosas que habéis escuchado en esta capilla, muchas de vosotras. Para llenaros más de Dios, y así poder dar más a todos, especialmente a aquellos que con vosotras conviven. Para tener más plétórica esta vida sobrenatural, y así ser más aptas para comunicarla a los demás.

Se repite con frecuencia la palabra “testigo”, ser testimonio de Jesucristo. ¿Qué mejor testimonio del Señor que el vivir como él nos ha preceptuado y el acomodar nuestra vida a la vida del divino Maestro? Vosotras sois testimonio de Cristo en medio de este mundo que tanto necesita de esta luz. Necesita de esta luz, porque la nube negra, densa, de errores, de equivocaciones, está produciendo un estado de corrupción, de incredulidad, en todos los ambientes.

¿No tendrá el Señor almas que sean como luces, aunque débiles, que den testimonio de esta verdad de Jesucris-

to, única salvación? Yo pensaba que vosotras, así formadas, sois ya y habéis de ser más, solución de muchos problemas. ¿De qué problemas? Problemas en vuestro hogar, problemas en vuestra parroquia, problemas en vuestro pueblo. No ya de tipo material –los puede haber–, sino de índole espiritual.

¿Acaso vosotras no sois elegidas por el Señor para ser un elemento que solucione muchos de estos problemas? ¿Que vuestra palabra, nacida del corazón forjado en Cristo, no tendrá una eficacia que pueda convencer a las que son de vuestro estado, a las jóvenes, a los hombres, de que la vida tiene un sentido sobrenatural, de que hay que vivir con un ideal de Dios, de que esta vida, sin un sabor de Dios, no vale nada? Si nuestros actos respiran solamente un bienestar temporal, un bien vivir..., en realidad, no es un bien vivir, porque el bien vivir sólo es el bien eterno; el bien vivir de la tierra, pasa; es tan temporal, que hoy lo tenemos y mañana desaparece de nuestras manos; el bien vivir, para nosotros, es vivir eternamente; es vivir la vida eterna de Dios. Y esa vida eterna de Dios solamente la podemos anticipar guardando en nosotros esa amistad íntima con Jesucristo, a la cual nos lleva nuestra vida profunda de fe y nuestra vida hondísima de amor.

Yo estoy convencido de que el mundo necesita oír la palabra de Dios, y ver en nosotros que esa palabra se realiza, se cumple. ¿Por qué medio? Por la práctica de las virtudes, por la verdad de nuestra vida, por la moralidad en nuestras costumbres, por ese modo de actuar que no es del mundo, aunque estemos en el mundo; que transpiramos algo divino, algo de Dios.

Hay almas que están hambrientas de esta verdad divina; necesitan llenar el hueco que llevan dentro. Sois elementos para resolver problemas. Cuántas personas, quizá, se acerquen a vosotras, para recibir un consejo. ¿Y qué consejos dais? Cuántos problemas habrá dentro de vuestro hogar que podéis resolver. Y habéis de hacerlo con vuestra

prudencia, con la caridad, con vuestra honestidad, con vuestra transigencia, con vuestra afabilidad, con vuestra comprensión, con vuestro sacrificio. Pues que muchos problemas tienen solución y ésta está en nuestras manos, muchas veces, aplicando el sacrificio de nuestra persona, de nuestra voluntad, incluso de nuestro corazón. Y las cosas se resuelven.

¿Víctima? Sí, hemos de ser nosotros, muchas veces, la víctima; pero también lo fue Jesucristo, que resolvió el problema de la salvación del mundo. Fue preciso que él se victimase, que él se sacrificase, para salvarnos a todos. La mujer que no sabe sacrificarse en su hogar, la mujer que no está adornada de estas condiciones, en vez de resolver problemas, lo que hará es producir problemas.

Yo cada vez estoy más convencido, por lo que veo, y por lo que vosotras, en vuestro apostolado, estáis produciendo en el mundo, de que en vuestras manos está la paz de muchas almas, la orientación de mucha juventud, el encauce cristiano de muchos hogares, y la fuerza que pelee contra el mal, que cada día pretende avanzar más.

Y malamente pensaríais si os juzgaseis un elemento inepto, inútil; no. Sois elementos muy aptos. Unas con su oración, otras con su palabra, otras con sus actos, si palabra no tienen fácil. Pero ¡cómo hablan los actos! Si precisamente en nosotros el mucho hablar no resuelve las cuestiones; es el bien obrar. La persona que habla muy bien, y luego actúa mal, se echa un puñado de barro en sus propios ojos; mancha su propia vida. Sí, la acción ha de ser el testimonio de la verdad que nosotros hablamos.

Problemas a resolver; yo quiero que lo penséis un ratito en este día de retiro. No os asustéis a la vista de ellos. Los tuvo más el Señor, los tenemos nosotros. Tenemos que afrontarlos. Como un islote, hay que resistir estas embestidas de las bravuras del mal. Hay que ser fuertes, con la fortaleza de Cristo en el alma, con la convicción de un deber que debéis cumplir, con un amor que si encendido

está en vuestro interior, seréis capaces de hacer prender este amor en las voluntades de aquellos que os circundan.

Sois la salvación de muchos. Habéis de ser aún de más. Pensad en esa vuestra responsabilidad. No basta ser buenos; hay que contribuir con vuestra vida a hacer buenos. Y aquella esposa hará bueno a su esposo y hará que llegue esta bondad a sus hijos, y que ésta se extienda a este mundo que tanto necesita de Dios, para no hundirse en un destrozo total.

La salvación de muchos... ¿Hasta dónde? Cada una piense hasta dónde puede llegar. Primero sí, es verdad que hay que salvarse; pero, ¿nos vamos a contentar con esto? No. A todos aquellos a quienes Dios ha elegido para la realización de un plan apostólico, les exige más. A los apóstoles, ¿les exigió sólo el ser santos? Ya el Espíritu Santo descendió sobre ellos, los transformó, los hizo santos, impecables. ¿Para qué? Para que santificasen el mundo, para que llevasen su verdad a todos los confines de la tierra, para que predicasen su doctrina de salvación, para que fuesen la sal de la tierra y la luz del mundo. Para eso los escogió.

Y la sal tiene la virtud de evitar la corrupción. Y la luz tiene la virtud de iluminar en medio de las tinieblas. ¿Sólo los apóstoles fueron destinados a este apostolado? En primer lugar, sí, son los primeros; pero hay cooperadores, cooperadores en este apostolado. ¿Los hombres? Parece que durante mucho tiempo se han considerado los hombres como los llamados al apostolado. ¿No recordamos que Jesús, en sus primeros años de predicación, ya llevaba la compañía de las mujeres santas que cooperaban con él? ¿No recordamos que en el día de Pentecostés, cuando estaban reunidos en el Cenáculo, esperando la venida del Espíritu Santo, también estaban las santas mujeres allí, presididas por la Santísima Virgen? Y a todos ellos les dio el carisma. Pues si esto es verdad, aquello se ha de continuar. Y esta continuación ha de ser en vosotras, en las llamadas por el Señor para ejercer este oficio de apostolado, de ex-

tensión del Reino de Dios, de conversión del mundo, de levantar una juventud que se arrastra por el suelo y cae, en muchos casos, porque no hay quien le sople fuerte..., para que sacudan sus alas, y remolquen esas fuerzas que Dios les ha dado, hacia ideales más grandes.

También las mujeres estáis llamadas a esta cooperación apostólica. Y cuánto podéis hacer, sin olvidar vuestra santificación, vuestra reforma de vida, de suerte que el Señor esté contento con vuestra vida. Y aquí hay que hacer un pequeño examen. Sin descuidar vuestra santificación personal, como aquel maestro que está explicando, pero no deja de estudiar cada día, para explicar mejor, para saber más, para poder dar más ciencia a sus discípulos, sin descuidaros a vosotras –que esto es muy fácil que acontezca–, no olvidéis vuestra labor encomendada por el Señor.

No hay más remedio que avanzar, sembrando el bien. No tenemos más solución que desplegar nuestras energías en este apostolado, en defensa de Jesucristo. El bien que vivimos, debemos comunicarlo. Yo lo pienso muchas veces; recuerdo aquellas palabras del Evangelio, que dicen: Lo que gratuitamente habéis recibido, gratuitamente dadlo. Si Dios nos ha santificado a todos gratuitamente, por su misericordia, por su gran generosidad, por su amor, ¿cómo yo, lo que he recibido, mi conocimiento que tengo de Dios, lo que tú sientes dentro de ti, lo que tú vives dentro de ti, no lo vas a comunicar a los demás? Si gratuitamente lo has recibido, pues, con generosidad, con el corazón abierto, debes también comunicarlo.

El cristiano que se cruza de brazos a pasar una vida bien, sin más ni más, y dice: ya está todo hecho... ¡No! No está todo hecho. Hay otras parcelas a tu lado, que hay que cultivar. Hay rincones donde está la tiniebla a la que debes tú dar la luz. Hay vidas descarriadas que tú puedes, quizá con tu influencia, reformar. Todos podemos hacer. El día de nuestra cuenta, habrá una cosa positiva y una negativa.

“Señor, lo que yo he hecho”. Y el Señor nos dirá: y lo que tú no has hecho, cuando pudiste hacerlo. Señor, si he barrido la habitación... Pero el resto no lo has barrido. Si yo me he santificado... Pero no has educado a tus hijos. Si yo he vivido mi vida de piedad... Pero tú no has puesto tu influencia para que los tuyos la vivan. Si yo he enseñado... ¿A quién? Sólo el santificarnos a nosotros, sería una obligación, pero en cierto modo, un egoísmo. Hay que extender la acción.

El buen pastor es Jesucristo. Y él es la puerta por la cual se entra al redil de la Iglesia. Nadie puede entrar sino por Jesucristo; sin él no se puede entrar. Pero, una vez las almas han entrado en ese redil, hay otras que todavía no han entrado, que necesitan conocer esa puerta que es Cristo. Para entrar, precisa la acción nuestra: hacerles entender que la única puerta de salvación es el Señor. Nosotros podemos serlo en segundo lugar.

Por cuántas de vosotras, o por muchos que andan por el mundo, trabajando, las almas entran en el redil del Señor. Llevan a Jesucristo, llevan a la vida de gracia, conducen a la vida de la práctica de las virtudes cristianas, enseñan esa transformación profunda de la persona, en la cual transformación está el secreto de la paz.

Y con qué gozo podemos pensar: yo he sido la puerta por la que ha entrado esta alma en conocimiento de Dios. Y una vez entrada en el redil, ¿qué pastos hay que dar? He aquí la educación, la enseñanza, he aquí lo que nosotros hemos de tomar para alimentar nuestra alma. Y este alimento que tomamos para alimentar nuestra alma, que es la oración, que son los sacramentos, que es la mortificación, que es el vencimiento, que es el sacrificio, todo esto, es lo que nosotros podemos ofrecer a los demás.

Si queréis conquistar el mundo, no vais a ofrecer lo que el mundo quiere; así no conquistamos nada; así nos hacemos como ellos. ¿Qué quieres, divertirte en el mal? Pues sí, diviértete. ¿Qué quieres, hincharte de pecados?

Pues, adelante. ¿Qué quieres, soltar tus pasiones? Suéltalas. Esto no es; esto no es pasto, no es alimento; esto es matar. ¿Es que tengo que negar eso? Sí, lo has de negar. Y mientras esté en tus manos el poderlo evitar, debes evitarlo. Precisamente el mal actual es éste: que los padres, las mujeres, nosotros, cedemos de tal manera que estamos dando pastos malos a las almas, en la doctrina, en lo que se enseña; con errores, con herejías, de muchas maneras. Por lo menos, nosotros no lo demos. Y además, evitemos, en cuanto pueda ser, que lleguen a estas ovejas y perezcan.

Los pueblos están sembrados, como sabéis, de diversiones pésimas, cada vez más. ¿Qué alimentos se dan ahí? Alimentos carnales, alimentos pasionales, alimentos destructores, alimentos venenosos; matan el alma; deforman la personalidad moral. Nosotros no podemos proporcionar más que lo que vivifica el alma. Aconsejar la oración, ¿por qué no? Se van a reír... Sí, locos hay en el mundo que se ríen de los locos por Dios. La oración; no retrocedáis, no os haga retroceder de esta alimentación la sonrisa, hasta de uno de nosotros, no. La oración, los sacramentos bien recibidos, la vida eucarística, el sacrificio de la persona, la mortificación de nuestra voluntad, la honestidad como vestimenta de nuestro vivir, el Cristo reproducido en nosotros. Éste es el alimento que te doy, si lo quieres tomar.

Y esto ¿qué me brinda? Una esperanza. ¿Y qué esperanza? La esperanza de un cielo. Para esto se necesita una vida de fe. Nuestra predicación ha de ser de fe. Hoy está muy quebrantada la vida de fe. Cuanto mejores seáis vosotros, mayor será vuestro producto, más grande vuestro gozo. Sois una fuerza. ¿Por qué esa fuerza se ha de quebrar ante otra fuerza que el mundo opone? La nuestra es más potente, es más fuerte cuando está alimentada del espíritu de Jesucristo. Cuando él está en nosotros, nadie nos puede vencer. Podremos ser burlados, motejados, como se quiera, pero vencidos ¡nunca!

Pero el buen pastor, cuyo oficio vosotras también habéis de desempeñar, lucha contra el lobo, para que el lobo no despedace las ovejas. Todo parece que se haya unido para corromper al hombre y a la mujer, pero a la mujer en su juventud. Porque la juventud es el porvenir, en sentido cristiano, de la Iglesia; para una sociedad, la paz, la grandeza.

Y la corrupción entra por la cabeza y por el corazón. Por la cabeza, con ideas ateas, sin Dios, destructoras, subversivas, desinteresadas del ideal que la puede levantar hacia regiones altas, para las cuales ha sido creada. Y por el corazón, carnalizando su vida, reduciéndola, prácticamente, a un estado desviado. Ya no hay en la vida más porvenir que gozar, pero gozar carnalmente. Ésta es toda la aspiración. ¿Qué podemos esperar?

Mirad, las que me estáis oyendo esta mañana: si con vuestra oración y vuestro trabajo y vuestro ejemplo, no forjáis jóvenes, hijas, o conocidas o desconocidas, hijos, igual, no forjáis inteligencias y voluntades fuertes, que sientan dignidad de su propia vida, y que estén alimentadas por una fe vivísima, cimentada sobre la liberación de Jesucristo, poco hacemos; casi nada. Mirando un porvenir, yo diré que nada.

Porque, ¿qué esperanza podemos tener dentro de unos cuantos años, cuando esta etapa de jóvenes todavía, que conservan el sentido cristiano, de hombres, desaparezca? ¿Qué esperanza alumbrará para el porvenir a la Iglesia? Forjad, formad, vosotras primero, y como fruto nacido de vosotras, esa actuación que estáis realizando prácticamente en la reforma de vuestra vida, y en la contribución que vosotras ponéis, para reformar la vida de los demás.

El Señor es complacido. Aquí tengo yo mi esperanza, como también vosotras. Este retiro general me hace recordar aquellos retiros de hace muchos años, en que en aquella casa antigua, vieja, se reunían hasta de catorce pueblos, y la mayor parte, por no decir casi todas, eran jóvenes.

Unas con relaciones, y otras sin relaciones. Con un hambre acudían para escuchar la palabra de Dios, para pasar todo un día de retiro. Y de allí, de aquella juventud ha salido tanta fuerza de combate, en todos los estados. Hoy son madres, y son religiosas.

Este retiro me recuerda aquél, y es en otro aspecto. Vosotras venís aquí ya cargadas con la experiencia de vuestros años. El mundo os ha enseñado mucho; también las criaturas. Y en este libro del amor que presenta el mundo, habéis sabido leer, y tenéis que leer, quizá todos los días, los secretos que encierra. Secretos que son de cruz, que son de decepción, no todos; de esperanza también, y de consuelo. Pero experiencia de la vida.

Apoyadas en esto y en lo que el Señor pide de todas vosotras, y os lo pide por mi palabra, que os dice que sois colaboradoras en esta obra grande del Señor, como podáis, como os sea dado, como seáis capaces, no importa... Mucho podéis hacer con toda esa experiencia. Yo sí os tengo que decir, con íntimo gozo del alma, que al leer los relatos de las intervenciones de las Obreras Cooperadoras en ese recorrido de pueblos, veo cómo resurgen las almas, cómo resucitan esos pueblos en un gran número de mujeres, que no se cansan, sino que quisieran continuase esa actuación.

¿Veis cómo todavía hay personas que desean ser buenas, que quieren conocer los caminos que llevan a Dios? Si es así, como no se puede negar, cuánta responsabilidad cae sobre vosotras, las que podéis actuar, y cuánta merced se os reserva a las que, fieles a esta gracia, a este carisma que habéis recibido, seguís continuando con esfuerzo, con desinterés, y con mucho sacrificio.

Esto es grande gozo. Y veo en lontananza un resurgir cada vez mayor. Pero vuestras manos no han de parar; vuestros labios no han de cesar de orar; ni han de cesar de hablar de Dios, de Jesucristo, de esa verdad divina que ha de nutrir la vida de todos.

Qué hermoso es el vivir así. Qué campo tan extenso y tan precioso se abre a vuestros ojos. Yo no ceso de dar gracias al Señor, y os lo digo de verdad, por vuestra actuación. Sed fieles, permaneced en vuestra fidelidad. Ya es lo vuestro lo que defendéis, y lo de Jesucristo lo que está puesto en vuestras manos. Lo vuestro, porque para Dios sois. Lo que en vuestras manos está puesto de Jesucristo, son las almas. Éstas, que hoy para el mundo no tienen casi valor, para nosotros tienen el máximo valor. Tanto valor tienen cuanto la sangre de Jesucristo tuvo que derramarse para poderlas comprar.

Y actuando así, quiero recordaros, por fin, estas palabras del Espíritu Santo: Alegraos, dice, los que sois fieles, y los justos, los que vivís en la gracia de Dios; éstos son los justos, los santos, que son los fieles, los que son miembros vivos de la Iglesia. Alegraos en el Señor, porque Dios os ha elegido para su herencia, para daros su herencia, su cielo. Alegraos.

Tened gozo en el alma, por lo que os he dicho, quizá apretando. No os sintáis tristes, sino alegraos. Lo dice el Espíritu Santo. ¿Por qué? Porque Dios os ha elegido para su herencia. Éste es el fondo de vuestra alegría. ¿Y por qué nos ha elegido para su herencia? Porque hemos trabajado para aumentar su herencia, porque hemos procurado que él sea nuestra herencia, porque le llevamos ahí dentro del alma, como única posesión verdadera, que nadie nos puede arrebatar.

Alegrémonos. Y con este gozo, rindamos gracias profundas a Jesucristo, nuestro divino Redentor, y a la Virgen, a esa Virgen que, por ella, por ella sólo, pudo venir esa Redención. Y con la Redención, nuestra herencia.

Este gozo, yo os digo que lo viváis y que no lo perdáis nunca. Cuando las penas suben como la marea, hay un gozo en lo íntimo de nuestro ser. ¿Qué gozo? Agradecer, amar y dar. ¿A quién? A los dos seres que más nos han dado, que más nos aman, que más por nosotros han hecho: Jesucristo y su Madre.

RETIRO PARA COOPERADORAS

**Moncada
Junio**

FUERTES EN LA LUCHA

SE acerca el verano, o estamos ya en el verano, que suena igual que a vacación o descanso, para aquellos que tengan la suerte de tenerlo. Y parece que se le da al verano un significado de cierta holgura, de cierta libertad, para vivir una vida distinta de la que se ha vivido durante el resto del año. Como si dijéramos, que al que está en la cárcel le abren las puertas, y le sueltan para un tiempo.

Y uno queda maravillado, asustado, sorprendido, de ciertas escenas que el dichoso verano nos presenta. ¿Por qué no ser siempre iguales? ¿Por qué en la recreación, en el descanso, nuestra holgura no ha de ser de tal forma que no nos aparte de Dios y que sea la que exige de por sí una vida de fidelidad a Dios nuestro Señor?

Para vosotras, pues, llega, como para mí. Para mí, dichosamente, el descanso es trabajo. Para vosotras, no creo tampoco que el Señor os quite mucho la cruz. Algún pedacito de cruz... Quizá sea grande la cruz, porque vuestros hijos o vuestras hijas tiren los zapatos al aire, como suelen decir, cuando llega esta temporada. Dichosas playas, dichosos paseos, dichasas discotecas, en fin... Si todo fuera para alabar a Dios, como le alaba el sol, y la luna, y los astros, y las criaturas, y las plantas... Si todo fuera para ala-

bar a Dios... Pero constituirlo en instrumento de ofensa del Señor, es muy desconsolador.

Pero aquí estamos en plena batalla. Vosotras, como yo, hemos de sostener nuestra parte de cruz. Si queréis permanecer fieles, reñir habréis una tremenda batalla, dentro de vuestros hogares, si el personal que convive no responde debidamente a vuestras creencias cristianas.

Es doloroso para una madre tener que consentir, no, tolerar; consentir significa voluntad, y el que da consentimiento de voluntad se hace responsable. Tolerar es distinto. Dios tolera el pecado. Dios tolera la blasfemia...; no lo consiente, tolera, porque no tiene obligación de evitarlo. Nosotros, cuando se trata de una cosa que no tenemos obligación de evitarla, la toleramos, si queremos, cuando otra cosa no podemos hacer. Tolerar, porque no tengo obligación de evitarlo. Pero si tengo obligación de evitarlo, no puedo tolerarlo, no cabe la palabra tolerancia; hay que cumplir un deber.

El verano, pues, no es ni para condenarse, ni tampoco para destruir lo que está edificado. Vosotras venís, durante el año, edificando vuestra vida espiritual. Los ejercicios ya los habéis hecho, los retiros, las charlas... Habéis edificado dentro de vosotras, con más o menos perfección, más o menos completamente, el edificio cristiano. ¿Va a venir un verano para que todo se derrumbe, para que se deje la frecuencia de sacramentos? ¿Para que uno se olvide de sus devociones? ¿Para que se permita ciertas cosas que en otro tiempo no se las permite? ¿Para dejar toda una vida espiritual?

Lo que depende de vosotras, vuestra vida cristiana, hay que mantenerla. No la destrocéis, ni en verano ni en invierno. Mantenedla firme. Más: yo os diré que este tiempo es para reedificar lo que hemos construido. Si hemos reedificado nuestra vida sobre propósitos ciertos, enmiendas de nuestra vida, tratos a cambiar, modos de convivir, modos de comportarnos; si hemos visto con claridad que

hay que adoptar esa postura, entonces, reedificad, hacedlo más firme, no lo dejéis.

Porque al reedificar, daréis más firmeza a lo que habéis edificado en vosotras, ya. Y, consiguientemente, más seguridad en vosotras, en la vida de fidelidad a Dios nuestro Señor. El verano, ¿es para un descanso? Evidentemente, descanso para el cuerpo. Es justo para el que trabaja. Para el cuerpo sí hace falta, pero para el alma...

¿Cuál es el descanso del alma? ¿En qué consistirá el descanso del alma? Cuando uno está solo, cuando le dejan a solas con Dios, cuando uno piensa en sus cosas espirituales, cuando goza de ese bienestar interior de comunicación con el Señor, cuando uno planea las cosas sobre las cuales ha de ir luego laborando en la viña del Señor, cuando a uno le dejan solo, con un hueco de mundo grande, y se mete en su propio mundo, para ahí estudiar, ver, descansar, amar, levantar su espíritu hacia arriba...; entonces, es cuando el alma descansa; cuanto más lejos de las cosas y personas, más descanso tenemos; cuanto más cerca del Señor, entonces es cuando hallamos nuestra verdadera paz y tranquilidad.

Por eso buscamos el retiro espiritual, buscamos las horas de quietud, buscamos las horas de sagrario, buscamos en un rincón de una capilla, allí, a solas con Dios, desahogar, expansionar, soltar, buscar ese amor que la criatura no da. Porque cuántos fracasos hay en el amor de la criatura, cuántos fracasos... Aunque nosotros el corazón lo tengamos trabado por un compromiso de amor con otra persona, como es el matrimonio, si aquella persona no responde con esa trabazón de amor, ¿dónde lo va a buscar? En el que no le puede engañar, en el que es el mismo amor, en el que está fijada toda nuestra esperanza, donde uno puede volcarse enteramente. Ya no es la criatura, sino que en vez de la criatura, es el Creador.

Hay fracasos de amor en la tierra, pero no hay fracasos de amor espirituales, si uno no quiere fracasar. Y éste es el

descanso: espiritualizar nuestra vida, meterse uno dentro de sí; pensar en sí; renovar su vida; que no le molesten las cosas, de tal manera que se aleje de circunstancias, de personas; lo que suele acontecer en ejercicios, cuando se hacen bien, que la persona vive sus días en su mundo: el mundo de Dios y su mundo; el otro mundo, como si no lo hubiese. Éste es el descanso espiritual.

Y también, por medio de la lectura. Si hay días de descanso, un libro en las manos. Un libro bueno para leer, y un libro que aconseje, un libro que te entiende y que le entiendas, un libro que sea como una voz que te esté instruyendo; entonces, descansas... Porque allí, en aquellas páginas, hallas un consejo, hallas una solución a tu problema interior; allí ves, quizá entre las oscuridades que tienes dentro de ti, allí ves una lucecita que te alumbra. La lectura... De rezo no os digo, porque a veces suele ser pesado; eso, a gusto. La devoción se puede tener sin rezar mucho. Amar, se puede amar mucho sin hablar; es algo interno, algo íntimo.

El verano, qué bien viene para el descanso espiritual. Aprovechad el tiempo. Tengo miedo, siempre lo digo, cuando llegan estos meses de veraneo. Tengo miedo... Vosotras vais a santificar de verdad estas horas, como las futuras, y como siempre. Éste es el mandato del Señor y éste es el consejo. Manda él, yo no; sólo os puedo aconsejar.

¿Cuál ha de ser vuestra situación, vuestra actitud, vuestra postura, en este tiempo? De un modo especial, lo que nos dice el Espíritu Santo: Permaneced fuertes en la lucha. Permanecer es estar constantes; es estar, no dejar el alma, no huir; pero fuertes, no débiles en la voluntad: ahora caigo, ahora me levanto, ahora empiezo, ahora lo dejo, ahora digo sí, mañana digo que no, a medias... Fuertes. Lo que soy, quiero serlo. Y lo que Dios quiere que yo sea, quiero serlo. ¡Fuertes!

Las voluntades débiles se quiebran con mucha facilidad, y acaban catastróficamente. Las vencen. Hay muchas

mujeres vencidas, casadas y solteras. Las vencen las situaciones, las vencen las circunstancias, las vencen los afectos, las vencen el cariño de los hijos, o el consentimiento de lo que no debe ser, a los hijos. No son fuertes.

Y fuertes en la lucha. Hay quien será fuerte en ser tenaz en su egoísmo, en su amor propio, en sostener su opinión, lo que ella cree. No; fuertes, fuertes en la lucha. ¿En la lucha? Sí. Nuestra vida es lucha, milicia. La vida del hombre es una milicia sobre la tierra. Y luchamos contra nosotros, para quitar la pereza, para hacernos más diligentes, para dedicarnos a nuestro trabajo. Luchamos contra el genio; luchamos contra el orgullo; luchamos contra lo que está desatinado en nuestra propia persona; luchamos contra nosotros mismos; como lucha uno cuando quiere apretar sus cuerdas, como cuando debe apretar las clavijas de una guitarra...

¿Y tengo que luchar contra mí misma? Sí, si no quieres perecer. Porque en nosotros hay como dos personas: una, que tira hacia arriba, hacia Dios; y otra, que tira hacia abajo. Una al orden, y otra al desorden. Y esas dos luchan. Yo haría eso, pero mi orgullo... Yo diría aquello; abriría mi corazón, pero mi amor propio... Yo daría un paso, pero..., qué dirán de mí. Y esa lucha... Si me ven pasar un rato en el sagrario, si me ven comulgando, si me ven rezando, si ven que yo hablo rectamente y corto aquel chiste y acabo con aquello, y me pongo en mi sitio, ¿qué van a decir de mí?

Llega un momento en que casi nos cansamos de luchar; en que uno dejaría caer los brazos, porque esta lucha es tan continuada... Si el Señor se cansara, ¿dónde iríamos a parar nosotros? Cuánta paciencia tiene, cómo nos aguanta...

Sólo por el amor podemos soportar, y con valentía, y hasta con alegría, el peso de esta lucha. ¿Que no me hacen caso? Seguiré derramando el agua. ¿Que nuestro trabajo, nuestra predicación, repetida una y mil veces, viene a ser

como el que pica el agua en un mortero...? Qué le vamos a hacer. Al cabo y al fin, si a un trabajador el amo le dice, tú, a picar el agua en ese mortero, el trabajador dirá: pero qué disparate. No..., a la noche cobrarás el jornal como todos. Bueno, si el amo lo quiere así... Si el Señor lo quiere así, yo estaré picando el agua en un mortero; él sabrá por qué. A lo mejor, el agua que se desborda al picar, está aprovechándola la tierra que la recibe, y allí hay semilla sembrada, y empieza a germinar la semilla. Y yo creía que perdía el tiempo, y era una manera de regar.

Nosotros hemos de continuar al pie del cañón, en la lucha, aunque parezca que no adelantamos. No, no lo creáis; espiritualmente todos adelantan, si están en la brecha luchando, aunque tengan sus caídas. Pero es que la caída lleva consigo un levantarse; ese levantarse, una renovación de voluntad; es una nueva entrega de voluntad al Señor; es un acto nuevo de fidelidad. No hay que desanimarse nunca.

Todo radica y depende de nuestro querer. Todo cabe dentro del tiempo: el sosiego, la recreación, el descanso, la vida espiritual. Y en todo tiempo, como perfumándolo todo, cabe y debe nutrirlo el amor al Señor, el amor divino, el amor a Jesucristo. ¿Que eso es difícil? Nadie me diga que es difícil. Que, andando por el campo, debajo de un árbol, sesteando allí y acá, ¿no puedes amar al Señor? ¿Sabéis por qué dicen que no pueden? Porque el cántaro lo tienen lleno de otro amor. ¿Es que estos dos amores son contrarios? No; el amor a la criatura está dentro, escondido, en el interior de ese grande amor de Dios que lo envuelve todo. Ahí caben todas las criaturas. No es, pues, difícil sino fácil, ordenar nuestra vida en este tiempo.

Permaneced fuertes en la lucha. ¿Y contra quién vamos a luchar? Contra la antigua serpiente. ¿Quién es la antigua serpiente? Satanás. Y al mundo lo dejamos, con todas sus provocaciones. Dejemos todo esto. Dejémonos a nosotros también...

No neguemos la fe, no neguemos nuestra vida cristiana, no neguemos la vida de Cristo en nosotros, transformándonos profundamente; no neguemos los sacramentos. Y con esta bandera desplegada, hemos nosotros de luchar. Porque tendréis que luchar contra elementos de casa, del mundo...; contra Satanás, tentaciones: unas de cara, de frente a frente; otras, solapadas; otras, muy sutiles; tentaciones, el empuje de Satanás, puesto que tiene el poder que Dios, como ángel, le dio. Luchamos contra el demonio.

Yo sí que os ruego, recordando unas palabras del Papa Pío XII: En vuestros hogares, procurad en lo que sea asequible, establecer, si no está, y si está conservar, el ambiente cristiano... Y notad mucho, otras que os dedicáis al apostolado, estas palabras que dice Pío XII: Y en los nuevos hogares, y en los nuevos barrios, en las nuevas aldeas, allí donde la palabra de Dios entra por primera vez, allí fórmese un ambiente cristiano. Porque una vez formado el ambiente cristiano, si se cultiva, las plantas crecerán en ese ambiente... ¿Es que falta educación? Hoy difícil es la actitud de los padres, porque el mundo puede ya mucho, tiene una influencia enorme.

Creo que es hora de que recapacitemos un poco, tengamos un poco de cabeza todos, afiancemos nuestro corazón bien, escudriñemos nuestra conciencia, y nos demos cuenta de que el tiempo nos empuja hacia Dios. Y hemos de ir almacenando, para cuando el Señor nos llame.

Sed, pues, en vuestros pueblos, aunque seáis número reducido, sed..., ¿cómo os diré?: la vida, la vida vivida de fe, como testimonio hermosísimo de que vais hacia Dios. ¿Santificaréis el matrimonio así? Por vuestra parte, indudablemente. ¿Os argüirá el Señor por la educación de la familia? Si lo hacéis como os digo, no. Si he procurado ofrecer mis sacrificios, y abrazar y llevar mi cruz con resignación, incluso he besado esta cruz, y he dicho: Señor, que sea signo de mi redención..., entonces, vuestra vida sí que la habéis santificado.

Y las que podéis hacer un poco de apostolado, o mucho, lanzaos, continuad. Ese desgaste de vuestras horas, las almas lo necesitan... Que vuestras palabras sean claras, vivas; ideas que entiendan, que comprendan. Que vuestra actuación responda al nombre que lleváis. Si decimos que la mies es mucha y los operarios pocos, ahora vamos a decir: la mies es mucha, pero las operarias son también muchas. Y estas muchas son las que con tesón, con fuerza, con voluntad constante, van a continuar como una sementera, en este campo de las almas.

Y os advierto una cosa: en el evangelio de san Juan, el Señor, al hablar de la sementera y de la mies, no pone distancia. Cuando habla de la mies material, pone una distancia de cuatro meses: a cuatro meses. Y luego, la mies, dice a los discípulos, mi mies, es distinta: es sembrar y coger. Y el que siembra y el que coge, todos, recibirán de la mies, como salario, el premio. Uno siembra y otro coge, dice Jesús. Yo, dice a los apóstoles, he sembrado, y vosotros vais a coger lo que yo sembré.

Lo sembró con su crucifixión en la cruz; fecundizó su reino mesiánico; abrió las puertas del Reino de Dios a todas las almas. Nosotros, vosotras, os vais a adentrar en lo que Jesús sembró y vais a coger lo que él sembró, y vais a recibir lo que él fecundizó con su sacrificio. Vuestra siembra, como la mía, es muy secundaria. La palabra divina, que es la sementera, tiene fuerza porque es divina, y produce mies, transformación del alma. Nosotros, ¿qué somos, pues? Unos secundarios sembradores.

Seguid trabajando las que, llamadas por el Señor, os sentís fuertes en esta batalla. Y todos, con fidelidad. No dejéis vuestra vida cristiana. Trabajad en las parroquias; dad buen ejemplo; cread en el pueblo ese ambiente cristiano, de verdad; combatid las maldades, en la forma que podáis. Una mujer puede mucho, hablando, con su conducta, con su palabra...

Necesitamos hablar. Y el Señor nos ha dado el don de la palabra. Y si vuestra palabra es el pan de Cristo, dais a Jesucristo. Y si en nombre de Jesucristo, lanzáis vuestra palabra, adoctrináis; os pasará como a san Pedro, que sacaréis la barca llena de peces...

Animaos, pues, y que tengáis un feliz verano todas; en la salud del cuerpo y en la salud del alma. Que la Virgen os conceda la paz y tranquilidad en vuestros hogares. Pero que no os olvidéis de ella, de la Madre, de la verdadera Madre. Decidle alguna vez: Madre, en mis dolores, en mis penas, dame la fortaleza de heroísmo que necesito. Lo necesito con mi marido, con mis hijos..., lo necesito. Madre... Creedme, si lo hacéis así, no os faltará, rápidamente, su protección maternal.

AÑO 1974

EJERCICIOS PARA COOPERADORAS

Moncada
Marzo

CREACIÓN DEL HOMBRE

UNAS advertencias previas. Ya sé que venís con las mejores disposiciones. Y que os conste que éstos son los únicos ejercicios que os voy a dar. Los daría todos, pero no puedo. Me he reservado para vosotras. Con lo cual habéis de entender que hay una predilección. Sí os ruego que aprovechéis bien estos tres días, para adentraros en vuestro interior, escudriñar lo que lleváis en vuestro corazón, vuestros ánimos, vuestros propósitos y vuestro quehacer como Obreras que sois, con vuestra cooperación a este espíritu de Jesucristo que hemos de sembrar por todo el mundo. Así que, procurad guardar prudente silencio; rumiad bien en vuestro corazón las cosas que oiréis, para que luego las hagáis efectivas, cuando salgáis de aquí.

La obra de Dios es amor, porque Dios no es otra cosa que amor. Ésa es la definición. Y por este amor, porque Dios quiso, solamente porque quiso, nos manifestó a nosotros su gloria, su vida. Y no sólo para manifestarla, sino para comunicarla y, comunicándola, hacernos vivir con la vida suya, y adoptarnos como hijos suyos.

Él creó el cielo y la tierra, así lo dice la Sagrada Escritura. Y en la tierra, creando todas las cosas, como para presidirlas, dominarlas, usar de ellas, para que pueda el

hombre manifestar esa gratitud y ese amor hacia Dios, creó al hombre.

No voy a entretenerme aquí en teorías, cosas que oiréis por ahí. No hagáis caso. Todo son hipótesis, opiniones, maneras de escaparse de la voluntad divina, de su finalidad suprema. El hombre quiere hacerse materia pura, y no es materia pura. Es espíritu revestido de materia. El espíritu, pues, es el que habla.

Si creó al hombre, como Dios hace todas las cosas por un fin, ¿para qué lo crearía, cuando no tenía necesidad de nosotros? Pues, para manifestar en nosotros su gloria, su amor, y comunicarnos su vitalidad divina, y hacernos felices con él eternamente. Aquí se marca claramente nuestro fin.

¿Y las demás cosas? Las demás cosas las creó para que el hombre se sirva de ellas. Pero no para ofensa de Dios, sino para glorificación de Dios. Para que el hombre, que vive en la tierra y ha de usar de sus criaturas, las use bien, como instrumentos de glorificación divina.

Y aquí viene el problema. ¿Usó el hombre bien de estas criaturas? Y entre estas criaturas él, que es la principal criatura, ¿las usó como Dios quería? Dios, como ser supremo, del cual dependemos todos, es dueño absoluto de todo; y como dueño absoluto, dependemos de él. De tal manera dependemos de él, que no podemos hacer uso de modo alguno que sea contra el querer divino.

Y el hombre no respondió. En la primera prueba, falla. Ya se deja llevar por sí mismo, usando de su libertad, que es un don que Dios concede al hombre. Porque la libertad es un gran don, por el cual nosotros podemos elegir una cosa, o elegir otra. Pero siempre, tened en cuenta, que la libertad es para hacer el bien, nunca para hacer el mal. Y si uno es libre, es libre para obedecer la palabra de Dios. Es para cumplir su querer; no es para hacer el nuestro, en contra del querer divino. El hombre falló.

Este fallo ha traído consecuencias tremendas. ¿Cuáles son estas consecuencias? Aquí se plantea la cuestión del pecado. Hoy, como vivimos en este mundo tan desbaratado, yo me atrevería a decir tan satanizado, que parece que Satanás se haya incorporado a él y lo ha llenado por todas partes, vivimos aquí entre tantas contrariedades, revoluciones, inquietudes interiores, malestar, desunión, malquerencias, envidias, pecados, luchas, subversiones..., y de tal forma que, a veces, nos entran ganas de no querer vivir ya... Porque la vida, tal como se nos presenta, no a nosotros mismos sólo, sino en el mundo, ofrece poco atractivo, sobre todo a aquellos que quieren vivir con rectitud, con paz. Y no es así.

¿Cuál es la causa que introduce todo esto? El pecado. Ahora dicen que no existe pecado. Existe tanto, tanto, que parece que ya no existe. Existe tanta desvergüenza en las criaturas, que parece que no haya vergüenza. Hay tanta traición en todos los sentidos, que el ser noble, el ser leal, el ser fiel, parece que sea una memez, una tontería. Que el obedecer, es como aniquilación de la persona. Y en este estado de cosas, no solamente existe el pecado, sino que aflora el pecado por todas partes, y en todos los estados.

¿Por qué puerta entró el pecado? San Pablo nos lo dice claramente, en su carta a los Romanos. El pecado, dice, entró en este mundo por un hombre. Y por uno, se ha enseñoreado de nosotros. De tal suerte que la herencia que llevamos encima, nadie nos la puede quitar. Esa rebelión íntima, que salta de nuestras propias pasiones desordenadas por ese pecado, es un enemigo que llevamos encima.

Ser buenos, pues, nos cuesta a todos; podemos serlo, si nosotros queremos; pero para esto, hemos de hacer un esfuerzo; nos cuesta. El podemos vencer, el podemos superar a nosotros mismos, en esto que surge del interior, que es orgullo, que es envidia, que son mil cosas que nos perturban, y con las cuales tenemos que luchar todos, es la

primera lucha que hemos nosotros de ganar. Porque llevamos el pecado encima, la secuela del pecado, mejor diré.

¿Quién puede, aquí, levantar el dedo? Nadie. Hasta los santos tuvieron que bregar fuertemente para vencer esta tendencia mala, y poderla suplantar por lo que llamamos la virtud, y adquirir ese estado de gracia, de amistad, de unión con Dios, esa vida íntima de amor con Dios, establecida en nosotros por medio de una lucha. Que nadie la podrá tener si no lucha; es imposible. Así decimos: el santo se hace, no nace. La mujer buena se construye a sí misma. No nace construida así.

La madre buena se hace a sí misma, con su esfuerzo, con su fidelidad, con su trabajo, con su obediencia a la voluntad de Dios, al cumplimiento de su santa ley, de sus sagrados deberes. Es el esfuerzo de nuestra vida para poder superar el pecado.

¿Que no hay pecado...? Para el que está muerto, ya no hay muerte. Para el que vive esa atmósfera que le ahoga, pero no sabe que le ahoga, en la maldad, la atmósfera es buena.

Escudriñando un poco, ¿creéis que seguimos la ruta de ese amor de Dios, que por amor nos ha creado, y nos ha puesto en este mundo, para que nosotros produzcamos los frutos propios de la voluntad divina? Nos equivocamos si olvidamos esta primera parte, con la cual quiero comenzar los ejercicios.

Está establecida, por tanto, una lucha entre el yo y Dios-amor, entre nuestro querer y amar, y las exigencias del amor divino, que va marcando nuestro camino hacia nuestro fin, para el cual nos ha creado, para él. Y nuestra vida la hemos de ir ordenando, de suerte que sea conducida por este amor interior, lleno de fidelidad y de finura y de delicadeza hacia Dios. Porque cuando se ama, no se ofende. Cuando se ama, de verdad, uno se rinde a ese amor. Cuando se quiere desde lo íntimo del corazón, uno no tiene nada que decir más que cumplir aquel querer.

Y que haya una ausencia de amor entre nosotros tan grande, que produce esta tremenda división dentro de nosotros, por la cual cedemos al mal, y dejamos que el bien sucumba... Nos dejamos arrastrar de nuestros propios instintos y no somos capaces de soterrarlos, o de vencerlos. Que hasta en nuestra vida propia espiritual nos influyen, para que la dejemos, unas veces por pereza, otras veces por descuido, negligencia, desestima, poca estima de lo que vale, lo único que vale, que es darle vida al espíritu, darle vida al alma, darle vida al interior, rellenarle de ese amor, el único que nos puede causar felicidad interior. Y cedemos...

Parece que la criatura se apodera de nosotros, nos domina, nos lleva donde ella quiere, cuando nosotros somos hombres creados por Dios, y superiores a todas las demás criaturas que nos rodean, y de las cuales hemos de usar como instrumentos. Dándonos cuenta, o sin darnos cuenta, sucumbimos. Y la vida espiritual no es lo que debiera ser en aquellas almas que le quieren seguir; no tiene ese punto alto que el amor de Dios nos exige. El nivel es bajo.

Y esto se advierte estudiando un poco la vida espiritual de las personas que son fieles; no digamos de las otras. Yo interrogaría a la gente, y les diría: tú, ¿amas a Dios? ¿Tú sabes que te ha creado para él? ¿Tú sabes que lo hizo por amor a ti? ¿Tú sabes que lo hizo para bien tuyo? ¿Tú has pensado que te creó para su gloria, para cambiar la vida terrena que tienes ahora, en una vida divina que no tenga fin, y que sea eterna? ¿Tú has pensado en eso? ¿Y que las cosas que te rodean, por mucho que las quieras, tienen que desaparecer y nunca pueden llenar ese hueco que llevamos dentro del alma?

Y aquí se respira ese ideal supremo de una vida hacia la cual hemos de tender todos; por instinto, por necesidad, pero sobre todo, porque el amor de Dios nos lo exige.

Ahora, pensad en lo que os he dicho. Hablad poco, reflexionad mucho, de cara a Dios, de cara al sagrario. Por-

que en vosotras hay una grande esperanza para el porvenir de la Iglesia, para el porvenir de las almas. Y del fruto que vosotras obtengáis y saquéis de aquí, y del modo que os transforméis, podremos cosechar lo que Dios espera: almas, almas para él, que están redimidas con su divina sangre.

Y de cada una de vosotras, como de un medio, Dios se quiere valer. Y os habla y os anima, y quiere que profundamente reflexionéis en vuestro interior.

BENDICIÓN. ELECCIÓN. PREDESTINACIÓN

EL apóstol san Pablo, en su carta a los Efesios, nos dice estas consoladoras palabras: que Dios, en sus planes, nos ha bendecido, nos ha elegido, nos ha predestinado, para manifestación de su gloria.

Esta bendición de Dios está llena de gracia, para que nosotros podamos corresponder a la grandeza del amor divino. Nunca podremos apreciar lo que es la bendición de Dios sobre nosotros. A los malos los ama, pero los maldice. Los ama como criaturas, los maldice por su maldad. Sobre los malos, pues, cae la bendición de Dios, igual que cuando llueve y la tierra necesita del agua. Llueve sobre los malos y sobre los buenos. La bondad de Dios nunca falta, pero rechaza la maldad. ¿Por qué? Porque la maldad es lo contrario de Dios y él no lo puede resistir.

Aun, pues, siendo malos, nunca sobre nosotros falta la bendición divina. Si esa bendición divina sabemos nosotros aceptarla, agradecerla, nos predispone a un acercamiento hacia él, aunque nos hallemos a distancia, por nuestra conducta mala. Siempre, pues, queda una esperanza flotando. El padre del hijo pródigo no dejó de bendecirlo. Tampoco aprobó la conducta de él. Pero cuando cambió, aquella bendición se convirtió en un abrazo apretadísimo a su hijo.

Pero no solamente nos bendice, sino que nos ha elegido. ¿Pudo Dios no elegirnos? En tratándose de nuestro fin, para el que hemos sido creados, no. Porque nos ha creado para él. Hay una elección de vida eterna, de vida divina, de glorificación a Dios. Pero hay otra elección, otro grado. Eligió a los apóstoles; a otros no los eligió para el apostolado, como apóstoles. A ellos los eligió porque quiso, porque ése fue su beneplácito.

Si nosotros tenemos la elección de Dios, general, que se extiende a todo hombre, pensad vosotras, un momento, en vuestra elección. Os ha elegido para algo más que para sólo ir al cielo, más que sólo para santificaros; para que mediante esta santificación vuestra, seáis conducto de santificación de los demás. Os ha elegido como instrumentos por los cuales llegue a aquellos que están alejados de Dios, que no corren por esas aguas que conducen hacia el amor divino, a aquellos que no le conocen. Y unas veces no conocen por ignorancia; otras, porque voluntariamente no ponen los medios para conocerle; y otras, por ignorancia involuntaria; a ellos no ha llegado esa catequesis, esa enseñanza, ese mensaje del Evangelio.

Y así como una empresa se vale de los hombres para una propaganda, para hacer crecer su empresa, tener más venta, son elementos humanos... Vosotras, elementos humanos, tenéis algo de elección especial, aunque os veáis así, para que este mensaje del Evangelio, este conocimiento de Dios, esta palabra divina, esto que salva, esto que redime, esto que engrandece, esto que ennoblece, pueda llegar a las que viven en vuestro estado, en concomitancia con vosotras; o para que hasta aquellas que están lejos..., apartadas, alejadas, alcancen un poco esta luz de la salvación.

Y si todos somos elegidos, vosotras sois elegidas de un modo especial. Porque por vuestra vocación, que es vocación, don de Dios, de Obreras, todavía a vuestra edad, con

la llamada especial de cooperación, de brazos que actúan, os incumbe una misión especial, que no remata en vosotras, sino que se ha de extender fuera de vosotras, para que llegue a los demás.

Pensar uno que es elegido por Dios, que le ha elegido a estas horas, a estos mis años, en este mi estado, en esta mi condición... ¿Porque os necesita? ¿Me necesita? No. El Señor no nos necesita para nada, pero su amor nos quiere hacer partícipes de esta su actuación salvadora. Nos quiere enriquecer, así, enriquecer, con nuestros actos, con nuestra vida sacrificada, con nuestra oración, con nuestra aportación, cualquiera que sea, para llevar a cabo, y con triunfo, esta empresa divina.

Tengo, pues, una elección; tengo un don; tengo en mí un querer divino, una determinación divina. Debo cumplirlo. A mi manera, como pueda, como Dios me asista, como mi inteligencia me dé a entender. No he de ser un elemento pasivo. Elementos pasivos no somos mirando a nosotros, en cuanto tiramos a santificarnos cada día más, a vivir más cerca de Jesucristo, a empaparnos de él, a comprender bien sus enseñanzas, a amarle. Y quien ama, comprende, adquiere una luz.

Pero nos ha predestinado, además. Qué hermosa es esta palabra: predestinación. Cuánto consuelo nos da sentirnos predestinados por Dios para manifestar su gloria divina en el mundo. ¿Cómo la voy a manifestar sino con mi santidad, con mi palabra, con mi ejemplo, con mi acción, con mis obras? De tal suerte que aquel que me vea, vea a Dios en mí; que aquel que me escuche, escuche la palabra divina; y aquel que me conozca, conozca el bien y no el mal. Predestinar una cosa es darle una finalidad concreta, es destinarla a eso; predestinación. Y esta predestinación nunca fracasa, nunca, si nosotros correspondemos. Quien está predestinado para el cielo, escrito decimos que está en el libro de la vida. Quien está predestinado para predicar

las enseñanzas del Maestro divino, su vida la tiene concretada a eso. Quien está predestinado para esparcir por el mundo la semilla de la virtud, de esa vida espiritual que muchos desconocen, hombres y mujeres, y que tanto influye en la vida del hogar, en la vida matrimonial, en la vida de contacto con los demás, lo está para eso.

Nos ha predestinado. Y cuánta ingratitud habría en nosotros, si faltase esta predestinación. ¿Cuándo faltará...? Por un solo hombre entró el pecado, y por un solo hombre se esparció el pecado en el mundo. Y ese esparcir el pecado en el mundo, va de generación en generación, hasta el fin. Por un solo hombre.

Yo pienso, y os hago pensar...: si nosotros, predestinados, elegidos, con la bendición de Dios encima, somos causa de pecado de otros, ¿cómo vamos a conservar esta predestinación que se ha de manifestar en el mundo? ¿Cómo? Y por un solo hombre, por una sola mujer, el pecado vino al mundo...

Aplicándonoslo a nosotros: si por mí, otros no son buenos como debieran ser, o son malos como Dios no quiere, o se han apartado de aquella fe que tenían antes; por mi modo de vivir; o han protestado por mis exigencias desmesuradas; o han perdido ese calor interior, porque han visto que en mí ya no está ese calor de Dios como antes, me he enfriado, me he apartado, me he alejado, los sacramentos ya para mí no rezan como antes; aquél ha visto, le ha entrado por los ojos, va aprendiendo; o, al revés... Cuánto es el poder que hay en nosotros para hacer el mal, y cuánto es el poder que hay en nosotros para hacer el bien.

No nos creamos seres inútiles. Ninguna piense que no sirve, sino que piense que está bendecida por Dios, elegida por Dios, predestinada por Dios, dentro de este campo en el cual ahora estáis militando, juntamente con tantas y tantas almas de Dios, que luchan por todas partes, por la

glorificación divina..., porque han conocido el mundo, han visto lo que el mundo da, han visto lo que el mundo rinde.

Y son momentos de secreta reflexión, en cada una de vosotras, para conocer si alguna vez fue instrumento de la maldad; si su vida no correspondió a estas bendiciones divinas; y si ahora, dentro de la elección, no sigue el camino que la elección le exige; y si dentro de esta predestinación, en vuestra vocación, es causa, por su descuido o por su desinterés, del fracaso de esa predestinación. Porque sólo en el cielo, sólo en el cielo sabremos lo que vale, lo que presta, el quilate de oro que tiene esta predestinación divina. Estamos en un plano de fe.

Y aun descendiendo del plano de la fe, aun en terreno puramente humano, del mundo, yo os diría que un padre, una madre, son elegidos, ¿para qué? ¿Para satisfacer un amor puramente terreno? ¿Adquirir cuatro bienes? No. Para educar hijos para el cielo. Y si para esto han sido elegidos por la voluntad divina, están predestinados a levantar un hogar, a hacer que triunfe ese amor divino que impregna todas las cosas del mundo, y que nosotros no podemos anular, de ninguna manera. Aun castigando, nos muestra su amor. Porque dice san Pablo que el padre que no castiga a sus hijos, es porque no les ama. El buen padre que castiga, les ama; por eso les castiga; porque quiere que vayan por el camino del bien. Ahora, no. Se da rienda suelta por todas partes. ¿A eso llaman amor? ¿A eso llaman...? No, no. Eso es una equivocación completa. Estamos fuera del Evangelio. Y si queremos vivir el Evangelio... Por eso os digo las citas, para que veáis que no es cosa mía. Yo por mi parte lo veo así. Estoy convencido completamente. La experiencia me lo enseña, además de los libros. He visto tantas cosas, pasan por mí tantas cosas cada día..., que yo pienso: si tú hubieses recibido bien esa bendición, y esa elección, y esa predestinación para glorificar a Dios, cómo

te cambiarían las cosas, cómo llevarías la vida de otra forma, cómo te cambiarías en tus posibilidades, haciendo el bien, trabajando el bien, sembrando el bien. Porque ésta es la voluntad de Dios.

Y aunque como instrumentos inútiles, que inútiles somos, nos reconozcamos, nos hace útiles esa bendición divina, ese amor, cuando penetra dentro del alma, porque potente es él, y potentes somos nosotros, en la medida que nosotros le amamos.

LA BATALLA EN EL MUNDO. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU MALO

LUCHA, dice el Espíritu Santo, es la vida del hombre sobre la tierra. No dice placer, gozos terrenos, sino lucha. Y el apóstol san Pablo, en su carta a los Efesios, nos describe el triunfo de la virtud en esta lucha. Podemos aquí distinguir dos campos de enemigos. Primero dice: No son sólo los hombres de carne y sangre con los que hemos de luchar –al decir hombres, supone las mujeres también–. Esta lucha existe entre unos y otros. Estas luchas se producen cuando no hay unión entre ambas voluntades.

Tienen también lugar en el campo material, cuando hay que luchar, como se dice, por la vida material, con apuros domésticos, con carencias de bienes, con enfermedades, con caracteres y con cosas que sobrevienen en la vida. Aun entre aquellos que están unidos en su voluntad y en su espíritu. No digamos de los que están distanciados por su ideología, por su modo de ser. Y aun los que estuvieron unidos en un tiempo, después viene el vicio, la carencia de virtud, y se entabla esta lucha. Cuántas mujeres sufren en su hogar, fuera de su hogar... Es la vida.

Pues aun en los hijos fieles, un día, luego, por contagio, como os decía ayer, se separan del cariño de los padres. Y si aún lo conservan en el corazón, prácticamente no responden sus obras a ese cariño. Yo lamento y tengo lástima

al ver la tragedia tan enorme que existe en este campo. En lo material, en lo político, en lo que queráis...

Enemigos, pues, nos constituimos todos en este sentido. Por eso, bien dice que la vida nuestra es un campo de lucha. Pero éstos no son nuestros mayores enemigos. Vamos al otro campo. Al que principalmente se refiere el Apóstol.

Son, dice, los príncipes, las potestades, los adalides del mundo, podrido, malo, de los espíritus malignos, que van volando por los aires, invadiendo el mundo. Los espíritus diabólicos. Ahora, la gente no cree en los diablos. Dicen que uno de los milagros grandes –que no llamemos milagro–, del misterio grande que existe hoy en la tierra, es que los hombres hayan llegado a creer que no existe el diablo. Es hacerles creer que no existe, para que así se suelten en sus pasiones, con el mayor desorden, y no teman. Y los espíritus diabólicos existen, como los ángeles que Dios creó, unos buenos y otros malos. Ya se nos avisa de que andemos con cuidado y temerosos, porque son como la boca del león, que van buscando a quién devorar.

La lucha principal está emprendida, pues, contra estos espíritus malignos que quieren derrotar a Jesucristo, arrebatarle las almas, ganar el mundo. Y bien dijo san Juan, en aquel tiempo, que Satanás dominaba el mundo. ¿Qué es, pues, la obra de Jesús? ¿Qué es, pues, su Redención? ¿En qué va a parar esto? ¿Dónde está el triunfo de aquella Pasión, de aquel sacrificio cruento del Señor?

Y parece que ha llegado la hora en que el Señor le dio suelta, le quitó las cadenas; le ha dado tiempo. La lucha, pues, está en su período álgido. El mundo parece que va todo a la deriva. Ni los políticos se entienden, ni las naciones pueden avenirse; nadie sabe por dónde va. Desconocemos en qué va a parar todo esto. Sólo vemos venir una sombra negra, como una tormenta que se cierne sobre el mundo; que estamos todos sobre un volcán.

Cree el espíritu malo que con una vuelta, una destrucción total, será su victoria; y precisamente aquí, será su derrota. Pero nosotros ahora estamos en estas horas. ¿Qué remedios nos da el Apóstol, con su espíritu profético? Nos da los remedios siguientes para esta pelea: justicia. Armaos de la justicia, es decir, la gracia de Dios. De la verdad. Y armados con estos instrumentos, de la verdad, de la justicia, que es gracia en el alma, peleamos. Y vencemos. Cada uno en particular. Sin la gracia de Dios estamos vencidos por él; estamos rendidos a él. Porque triunfa en nosotros, por eso pecamos.

Por la verdad, desechando todo error, venga de donde venga, proceda de donde proceda. Porque verdad no hay más que una: Cristo Jesús. Todo aquello, pues, que sombree la vida del Señor, su doctrina, que la desfigure, que la niegue, que la contradiga, que la quiera interpretar y presentárnosla al revés, todo nos separa del Señor.

Por el error, pues, está venciendo Satanás. Y el error penetra en las inteligencias que nosotros menos podíamos pensar..., hasta en las almas fieles. Digo fieles a aquellos que acuden a la Iglesia y están siendo seducidos por el error, y están conducidos por un camino que está fuera de Jesús, único camino.

Armémonos de la verdad. No os separéis nunca de Jesucristo; que en un momento que de él os separéis, sea quien sea quien os tire para desviaros, fracasareis. Fracasarán los hombres inducidos por ese espíritu malo. Pero vosotras venceréis con vuestra virtud de gracia y de verdad.

Sigue diciendo: Sed prontos. Prontitud, ¿para qué? Prontitud para rechazar, prontitud para pelear. No crucéis nunca vuestros brazos. No os quedéis impasibles, escuchando. Que una madre, si viese que insultan a su hija, se lanzaría para defenderla. Prontitud, rapidez. No es ese tiempo, ya, de vivir adormecidos, no. En la lucha no se puede uno adormecer. Por esto, el Apóstol, tan acertada-

mente, nos dice: Sed pronto para conocer esa instigación diabólica, que puede venir de labios de una persona muy amiga, pero equivocada. Que puede venir, incluso de voces que suenen en un templo, pero que están en el error. Para nosotros, la Sagrada Escritura, la Palabra de Dios, es la única verdad.

Armaos, continúa enseñándonos, con la fe. La fe. Ese don divino; eso que no se compra con millones, ni con sabiduría. La fe, que es un misterio. El creer, no porque yo lo vea, no porque yo lo entienda, no; mi inteligencia no puede alcanzar los misterios. La fe es ciega. La fe solamente sabe decir como aquel ciego curado por el Señor: creo, Señor, que tú eres el Hijo de Dios.

La fe... Que nada del mundo os la pueda arrebatar, ni disminuir, ni nublar, ni sombrear de ninguna manera. No necesitáis razones. Necesitáis creer. Y como el ciego, que va por la calle conducido por una mano que le guía, y con su cayado en que se apoya, así vamos nosotros llevados por la fe. ¿Pero tú lo has visto? No; pero lo creo. Es el aliento de nuestro espíritu. Es la seguridad de nuestra vida, es el apoyo firme para la lucha.

Y con esta prontitud, esta rapidez, esta gracia, esta fe, nos avisa diciendo: Evangelización. La Palabra de Dios. Ésta es vuestra arma para la lucha. Evangelizar, llevar la Palabra de Dios a todas partes que podamos. Y para que esta Palabra de Dios salga de vuestros labios, salga clara, transparente, fuerte, penetrante, nos recomienda la oración. La oración, la vigilancia, la tenacidad. Orad. ¿Creéis que nuestro apostolado, nuestra defensa en esta lucha contra el espíritu malo, puede tener otra arma más penetrante que la Palabra de Dios? El mundo necesita ser evangelizado, reevangelizado, diré mejor, volver al Evangelio. Se habla mucho del mensaje evangélico. Pero ese mensaje evangélico ha de llegar a nosotros como el agua transparente, el agua clara, que da la gracia, que infunde esperanza, que nos sostiene y nos afirma en nuestra vida emprendida.

Oraciones y plegarias. Por todos los fieles y, particularmente, dice, por aquellos que van a predicar la Palabra de Jesucristo. Cuánto necesitamos, pues, todos, de la oración. Sin ella, sin esa fuerza de Dios, qué pobre es nuestra palabra.

He aquí una misión que os incumbe: orar. La que no sepa hablar, ore. La que no sepa evangelizar, predicando, ore. Y la que evangelice, ore. Para que esa fuerza divina descienda sobre nosotros, y podamos desplegar nuestros labios, y de esos labios desplegados, salga transparente la verdad divina.

Y vigilad. ¿Qué hemos de vigilar? Como el soldado en el campo de batalla vigila al enemigo, por dónde entra, por dónde viene, por aquella tentación, por aquella duda, por aquello que he escuchado, por aquello que parece bueno y no es bueno. Vigila, para que el ladrón no meta su mano, y robe la cartera de la gracia que llevas en tu alma. Vigílate.

Obreras, vigilaos con vuestra oración para que crezcáis en santidad, todas. Y unas, creciendo en santidad, y no pudiendo evangelizar con la palabra, lo harán con el ejemplo; y otras, creciendo en santidad y evangelizando con su palabra, por esos mundos de Dios, reñimos la gran batalla contra este espíritu maligno que invade el mundo, pero..., le derrotamos. Y éste es el trofeo de nuestra victoria. Ésta es la alegría de nuestro corazón, porque seremos una porción, en la cual el Señor encuentre el consuelo.

¿Y no seréis vosotras las llamadas, de un modo particular, para reñir esta batalla? La tenéis, pues, planteada entre dos enemigos. Unos, que son de carne y sangre, no lo olvidéis, y que será grande la que habéis de tener: en casa y fuera de casa. Pero la otra, es más tremenda; la otra es aquella en que el enemigo se infiltra. Y por eso que se infiltra, los hogares van mal, y la juventud va mal. Y estamos sufriendo una transformación hacia la maldad, que en otros tiempos no la podríamos ni siquiera imaginar, pero

que hoy existe. Esto es obra de estos adalides de la maldad, de estos príncipes y potestades, y de estos espíritus malignos que andan revoloteando por el mundo, tentando al hombre. Y de aquí, los cambios que se verifican en tanta gente, sin darse cuenta, porque el espíritu malo se ha infiltrado en ellos.

Nosotros vamos, pues, apoyados en estos medios que nos indica el Apóstol, a seguir en el campo de la lucha, firmes hasta el fin. Que la Obrera, como tal, nunca debe estar inactiva. Por eso se llama Obrera. Porque obra, porque trabaja, porque lucha. Y lucha por un grande ideal, el más grande que podamos soñar, que es nuestra salvación y el triunfo de Dios nuestro Señor.

LA CARIDAD Y LA MURMURACIÓN

EL Apóstol, escribiendo a los Filipenses, dice estas palabras: Dios es el que obra en nosotros el querer, el perfeccionar, con nuestra buena voluntad. Haced todas estas cosas que hagáis, sin murmuración y sin dudas, sin cavilaciones.

¿Cómo dice que Dios es el que obra en nosotros el querer? Es que nosotros, aunque tengamos nuestra voluntad libre, no somos dueños de nosotros, de nada. Y ni siquiera podemos hacer un acto de voluntad, un querer, sin la ayuda de Dios. Ni siquiera nombrar el nombre de Jesús. Aquí queda significada nuestra gran impotencia. Por eso no se concibe el orgullo del hombre, que no puede hacer ni siquiera esto.

Dios obra en nosotros el querer, moviendo nuestra voluntad para que realicemos el acto de nuestro querer. Pero, ¿para qué mueve nuestra voluntad? ¿Para querer el mal? No lo puede hacer. Es siempre para querer el bien. Y el bien es él, bien absoluto, infinito, completo.

Cómo obra maravillosamente en nosotros, moviendo nuestra voluntad hacia el amor suyo, para que cumplamos esta voluntad, tantas veces expresada en sus mandatos. Para eso mueve nuestro querer. Nos guía hacia él; nos impulsa suavemente hacia él; nos guía por estas sendas de nuestra salvación. Sin su ayuda, nada podemos hacer.

Aquí veremos clarísimamente cuál es la voluntad de Dios: que le amemos. Y que le amemos como decía al pueblo de Israel: Amarás a tu Dios, sólo a tu Dios, que es uno, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fortaleza. Y esto guardarás siempre en tu corazón y lo llevarás en cada momento de tu vida; en el andar, en el descansar, en el trabajar.

Luego toda nuestra vida, incluso la de descanso, ha de estar impregnada de este amor de Dios nuestro Señor. Y en verdad que nos ha puesto aquí en el mundo para que le ofrezcamos este amor sincero, de gratitud, de filiación, como hijos suyos que somos, ganados por su sangre. Y desgraciado aquel que no acierta a amar a Dios.

A algunos les cuesta ascender por esta vía del amor; es que no aprendieron a amar. Comenzaron a amar como reptiles, arrastrándose por la tierra, y nunca acertaron a amar volando como las aves y las águilas hacia el cielo. Y de aquí que quedaron pegados a las criaturas, y tan pegados que éstas vienen a constituir como todo el fin de su vida. Están equivocados. Pero cuesta sacarles de este error. Les puede más la parte carnal, la parte terrenal, que la parte espiritual. Es que no sienten dentro de su espíritu esta elevación de una vida que ha de volar y que no ha de tener fin. Para eso Dios obra nuestro querer. No lo olvidéis nunca; que el que no ama así, jamás será feliz. Ni en la tierra ni en el cielo.

Y no sólo se contenta con mover nuestra voluntad, sino que quiere perfeccionar este amor en nosotros, dar perfección a nuestro querer, para que cuanto realicemos, cuanto hagamos, lo hagamos con perfección. Porque las cosas que a Dios se ofrecen, las hemos de ofrecer con esa delicadeza, esa pureza de alma, esa fineza de voluntad. Hacer las cosas con perfección.

A quien se contenta sólo con hacerlas, yo le preguntaría: las haces, ¿pero tú puedes hacerlas mejor? Tú amas, ¿pero puedes amar más y mejor? Tú te sacrificas, ¿mas

puedes santificarte en mayor grado? Tú te abstienes de ti en muchas cosas, ¿pero en cuántas pudieras hacerlo y no lo haces? Tú buscas con celo la gloria de Dios, pero en ese buscar la gloria de Dios, ¿pones todo tu esfuerzo, todo cuanto vales, cuanto puedes, según las condiciones y gracias que has recibido?

Dios quiere perfeccionar nuestro querer. Y perfeccionar no es hacer la cosa sólo bien, sino hacerla perfecta, darle ese tinte de acercamiento a Dios, que es la suma perfección. Pero para esto requiere nuestra buena voluntad. Sin nuestra buena voluntad, aunque la mueve, aunque la quiere perfeccionar, no consigue su propósito. La razón es porque halla un obstáculo en nosotros. De lo contrario, el querer de Dios se nos impondría, y Dios no se impone. Mueve suavemente, enseña, adoctrina, ilumina, da una luz interior al alma. Para que hasta las cosas mínimas que realizamos las hagamos con ese deseo de que sean mejores, de que agraden más a Dios, de que quitemos todo aquello que pueda ser impedimento, para que no puedan quedar afeadas las cosas que nosotros hacemos.

Y esto, tanto en lo material como en lo espiritual. Es decir: Dios quiere que hagamos las cosas con perfección y para esto nos mueve, nos ayuda; más, requiere nuestra buena voluntad. El que da la voluntad a medias, el que va regateando, el que le da tan sólo, yo diría, los mendrugos de lo que le sobra, éste no quiere, ni menos con perfección.

Y aquí aplico una cosa que se me ocurre ahora: cuántos dicen, cuántas, que aman al Señor, que quieren seguir su querer, que quieren realizarlo. Mas cuando llega el momento en que el Señor les pide un hijo o una hija para su servicio, entonces tiran atrás, ponen excusas, no quieren soltar lo que siendo suyo es de Dios. Y más cuando va a servir únicamente para la gloria de Dios. Nos lamentamos de que no hay vocaciones. ¿Cómo van a haber vocaciones? Primeramente, porque no hay espíritu de piedad, no se fomenta la piedad. Y si se fomenta, entonces son los de casa

los que ponen el impedimento para que surjan estas almas que tanta glorificación pueden dar a Dios. Les cuesta soltar lo que, al cabo y al fin, suyo no es.

Perfeccionar nuestra vida, mis Obreras. Tened amor a la perfección. ¡Da tanta dulzura y alegría al corazón hacer las cosas mejor, cuando uno puede! Hablar mejor, tratar mejor, sacrificarse más, sonreír con una sonrisa cuando la espina se clava en el alma. Tantas cosas podemos perfeccionar... No sólo aquellas que nos vienen bien, que nos agradan, sino aquellas que nos pinchan. Ahí está la perfección.

No encontraréis ningún alma perfecta sin que haya pasado por estos crisoles de la prueba. La perfección no se consigue con el cumplimiento placentero de nuestro querer, sino contrariando, muchísimas veces, esa voluntad; navegando en contra de la corriente, aguantando, sufriendo, ofreciendo. ¡Perfeccionar!

Esto abarca toda nuestra vida, y la templa, y la hermosea, y la eleva, y la hace gratísima al Señor. Y todos tenemos un grande campo para podernos perfeccionar. En este campo de perfección, el Apóstol viene como a limitar, después, a la caridad: Haced todas las cosas, dice, sin murmuración, sin cavilaciones, con certeza, con decisión, con claridad, con justicia.

Hemos repetido muchas veces que donde Dios está, la caridad está, y donde ésta vive, vive Dios; ahí está el Señor. Pero esta caridad, que es amor, se extiende hacia el prójimo, invade nuestra convivencia. La murmuración es algo tan ordinario que viene a constituir, muchísimas veces, como el núcleo de una conversación. Murmurar, sacar defectos, criticar faltas, poner en tela de juicio muchas cosas que sólo Dios puede juzgar. Porque suponiendo que todos estamos animados de buena voluntad, nos podemos equivocar. Y formamos nuestros juicios. Pero al formar nuestros juicios, hay que ponerles ese sabor de caridad.

Se murmura mucho, se critica. Lo bueno y lo malo. Porque si aquél hace, si el otro hace lo demás... Hasta en el mismo apostolado. Ya la crítica o murmuración no se detiene en la vida particular de una persona, en los actos que ella realiza, sino que se extiende hasta el campo en el cual trabajan los que con buena voluntad efectúan labores de evangelización.

Murmurar es cosa fea. Hablad siempre bien de todos. Y cuando uno no pueda hablar bien, tiene un remedio: callar. Bien claro que muchas veces necesitamos hacer una crítica; yo la estoy haciendo muchas veces aquí. Pero la crítica se hace con un fin bueno, no para rebajar a una persona. Menos, rebajar a una persona para exaltar a otra, menospreciar una cosa para apreciar la suya.

El mundo se alimenta de murmuraciones. Y cómo estamos fuera del camino de ese querer de Dios. ¿Cómo habrá caridad entre nosotros, si la destruimos con nuestra propia lengua? ¿Cómo el Señor podrá estar contento, cuando él pasando por el mundo hizo todas las cosas bien, a pesar de que se enfrentó con sus enemigos? Y cuando era menester, les decía cosas gordas, fuertes, porque eran palpables, eran evidentes, y había necesidad de corregirles. Para decir: sepulcros blanqueados; por fuera sois hermosos y por dentro no tenéis más que huesos corrompidos...

A los enemigos, habrá algunas veces que enfrentarse con fuerza, para decirles la verdad, para descubrirles la mentira, con la cual pretenden engañar a las gentes. Pero nuestra conversación, como dice san Pedro, que sea de cosas del cielo.

Antes que hundir a una persona, ¿sabéis lo que hace la caridad? Levantarla. Antes que sacar las sombras negras de su actuación, es aprobar lo bueno que en esos cuadros podamos encontrar. Antes que desanimar, nos hemos de animar, a la vez, y no echarnos la tierra a los propios ojos. El mundo no sabe hablar más que de eso. Se despedazan

mutuamente, en la honra, hasta en lo más sagrado. No agrada a Dios.

Ni murmuremos del Señor porque nos castiga, como murmuraban los israelitas cuando Dios les castigaba. Ni murmuremos contra tal y tal persona, porque no se comporta bien. Tampoco nosotros nos comportamos bien con el Señor. Ni murmuremos porque no nos hayan hecho caso. Porque, ¡tantas veces olvidamos nosotros al Señor, y no le hacemos caso! Ni murmuremos porque aquella persona nos trate de esta forma o la otra, poco agradable, porque tampoco nosotros tratamos al Señor del modo que le agrada. No nos aplicamos la medicina.

Ante la conducta de la gente, si queremos conservarnos con equilibrio, sin esa murmuración, que nuestra palabra no hiera nunca. Amemos, que el amor nos tapará la boca, nos hará hablar siempre bien. Y si esto es, esto que os digo, es para todos, de un modo particular os lo digo a vosotras. No habléis nunca mal de vosotras. No murmuréis de vuestras acciones apostólicas; unas que pueden, otras que no pueden, y otras, acaso, que no quieren. Porque en la vida encontraremos estas tres clases de personas: quienes quieren, quienes no quieren y quienes estorban el que otros quieran. Ni hacen ni dejan hacer a los que hacen y quieren hacer.

Y la murmuración es un obstáculo; para que una persona se pare, tiemble, se tenga miedo a sí misma, o tenga miedo a los demás. Porque yo voy a hacer tal cosa, ¿qué dirán? Porque me criticaban de aquella forma, hablaban de mí de tal... Y sienten como miedo, se les retrae de la actuación, se les hace mucho mal. Al contrario, cuando se exalta a una persona debidamente, se le da una palabra de consuelo, hasta de alabanza mitigada: pues sí, ha salido la cosa bien; otra vez, hazla mejor; adelante.

No murmuréis nunca entre vosotras. Que vuestro amor sea de hermandad, de amor de Cristo vivido en vuestro corazón. Así estaréis más compactamente unidas. Tendréis,

como dice san Pablo, el mismo sentir, el mismo querer, el mismo obrar. Y si hay alguna cosa que corregir, prudentemente, amorosamente, se dice y se corrige. Y si no se recibe, es porque hay orgullo en la persona. Porque yo, francamente, me alegraría si en alguna de mis cosas, me dijeran: esto lo puede hacer Vd. mejor; aquí ha habido un fallo. Lo agradezco, porque solamente así puedo yo tapar el fallo otra vez. Es como aquel que dice: llevas una mancha en la frente. Te lo agradezco; así me la puedo quitar.

Vuestra vida, pues, compacta, unida en el trabajo que lleváis entre manos. Y que para mí es como un prodigio de Dios, en estos tiempos que estamos viviendo. Porque vosotras no calibráis el gran bien que estáis realizando en la sociedad, en la Iglesia, en las almas. Este vivir compacto solamente lo podéis conservar cuando desaparezca por completo todo asomo de murmuración.

Sé que os queréis, que vais intimando vuestra vida, que os vais conociendo, y cada vez aumenta más ese espíritu de hermandad. Pensad que a vuestro modo, Obreras sois, escogidas de Dios. Y ahí no cabe nada más que caridad, unión, amor en Cristo. Ya veis que lo que os digo no es mío; es el Apóstol el que os habla; es el Espíritu Santo, el que tanto trabajó por el Señor.

Conservad, pues, en vosotras, ese querer y ese perfeccionar, hacia el cual Dios pone su acción, para moveros a una actuación continua, constante, y más perfecta, en vuestra labor, en vuestro trato, en vuestra intimidad, en vuestro querer mutuo. Hermanadas estáis entre vosotras. Vivid, pues, esta hermandad en vuestro corazón, con el amor de Cristo Jesús.

SOBRE LAS NORMAS NUEVAS DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Voy a aclarar lo referente a la confesión, brevemente.

Hay tres modos de hacer la confesión. El acostumbrado, que se viene haciendo, que es la confesión individual: una sola persona, que se acerca al confesionario, y dice sus faltas; y el sacerdote la absuelve. Ése es el modo acostumbrado, y que, en resumidas cuentas, estos tres modos de que ahora se habla, vienen a reducirse al primero.

Otro, que no sirve, y es que creen que la absolución que da el sacerdote en la Santa Misa, cuando empieza la Misa, con: “El Señor perdone todos los pecados y te lleve a la vida eterna”, creen que eso es la absolución; y con eso, todos los asistentes a la Misa quedan absueltos de sus pecados. Eso no vale; porque ahí no hay absolución de los pecados. No es la absolución sacramental. Por tanto, quien cree que así, oyendo la Santa Misa, sólo con esas palabras que dice el sacerdote..., cree malamente, erróneamente, que queda absuelto de sus pecados. Por tanto, no vale.

A eso hay tendencia ahora. Porque hay una tendencia, a vosotras os lo digo, casi a anular la confesión. Vemos cómo paso a paso se va disminuyendo. Confesad vuestros pecados, dice el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura. “Confitemini”, confesaos. ¿De qué modo lo hacían en los tiempos primitivos? Pues, no lo sabemos.

Otro modo es el de la confesión que llamamos comunitaria. Que se reúnen en la Iglesia, o en una reunión, hacen un poco de lectura, leen un examen; cada uno va pensando sus faltas... Y luego, se les da la absolución. Esa absolución general, tampoco vale; porque en esa reunión, o en esa asamblea en la Iglesia, no van a confesar los pecados públicamente todos. Se armaría una gresca... Y tampoco, creo, estarían dispuestos los asistentes a hacer tal cosa. Todos se enterarían de todo. Sería la confesión pública. Y entonces, el sacerdote, como había oído los pecados, podía absolver de todos ellos. Pero esto no basta. Porque el confesor ha de absolver a cada uno de los penitentes, cuyos pecados ha oído. Por tanto, habrían de hacer una confesión particular, aparte. Supongamos, pues, que se hace una lectura, se hace un examen, y absuelve. No. Entonces, después de haber hecho eso, cada uno de ellos tiene obligación de ir personalmente a confesarse, para que el confesor absuelva de los pecados que ha escuchado. Porque ningún juez puede absolver de aquello que no ha oído.

En consecuencia: cuando oigáis todas estas cosas, pensad que la obligación es de confesar particularmente, individualmente, sus faltas, a un confesor que oiga los pecados, para que los pueda absolver.

Todos estos modos, pues, que ahora se acostumbran por ahí, nos ponen en peligro de que mucha gente ignorante crea que se va absuelta de sus faltas sin haber pasado por el confesionario. Al decir por el confesionario, ¿se ha abolido el confesionario, o no? No. Eso de que han quitado el confesionario, que se ha suprimido, no es verdad. Lo único que han puesto de nuevo es que la mujer pueda confesarse fuera del confesionario.

La confesión es una cosa tan sincera, tan sencilla, pero tan profunda, que si no hay verdadero arrepentimiento de los pecados, verdadero arrepentimiento, no como una cinta que va pasando, ni un relato de cosas, sino un arrepentimiento serio, profundo, de los pecados, por ser ofen-

sa de Dios, con el propósito serio, eficaz, verdadero, en cuanto sus fuerzas permitan, de no volverlos a cometer..., si estas condiciones faltan, la confesión no es válida, no vale, es inútil.

Cuántas confesiones se hacen mal por ignorancia. Y cuántas se hacen mal por mala voluntad, o no mala voluntad, sino porque hay un intermedio ahí, de que no se atreven a decir las cosas... Claro que aquí, el confesor es el que lleva el principal papel, porque ayuda; y el confesor que tiene un poco de vista, buen oído, y sabe un poco de psicología, a la primera palabra que el penitente dice, o a la segunda, el confesor ya adivina todo el problema. Y si no se atreve a decirlo, prudentemente le va desenredando la madeja, hasta que sale el problema. Eso quería decir yo, eso... Pero hay que ver por qué no lo decías. Porque si no lo decías por cierto reparo o vergüenza, te confesabas mal. Si no lo decías porque no sabías decirlo, dile al confesor...: yo no me entiendo. Siempre el confesor debe ayudar en aquellos casos en los cuales se vea dificultad en el penitente, pero buena disposición.

Se ha aflojado en la confesión, en el modo, he de decir, pero en lo que es la confesión, no. Si faltan las condiciones que os he dicho, la confesión es inválida, no aprovecha. Y la absolución sacramental hay que darla al individuo concreto, individual, cuyos pecados el confesor ha escuchado, y como juez, va a dar el fallo y, entonces, otorga la absolución.

PARA QUÉ SIRVE LA MUJER

Os extrañará la pregunta que voy a hacer. ¿Para qué sirven las mujeres? Aquí, cada una, casi, da la respuesta.

Según manifiesta Dios en el Antiguo Testamento, en el libro del Génesis, dice que le dio una compañera al hombre. El decir compañera, significa que no es una esclava, sino una compañera. El decir compañera no significa tampoco que adopte el estado del matrimonio; sino que luego ya instituye el estado de matrimonio, que no obliga, sino que es libre. Cuando Dios lo instituyó, no obligó a ese estado. Si hubiese obligado a ese estado, no hubiese luego Jesucristo, en el Evangelio, aconsejado el estado de virginidad, o el estado de castidad. Que por eso dice el Apóstol que aquella que no se case, ha de permanecer santa en cuerpo y en alma, y se ha de entregar al servicio de Dios.

Esta finalidad de entregarse al servicio de Dios, sólo se reserva para aquellas personas que, rehusando el estado de matrimonio, o no queriendo hacer uso de él, no tomándolo, hayan de estar al servicio de Dios, unas, de una forma, y otras, de otra forma. Porque todos los estados santifican. La diferencia está en que el estado de virginidad da más facilidades para la práctica de las virtudes, la imitación de Dios nuestro Señor, porque queda más desprendida de los amores que le puedan atar, y de los cuidados de la familia,

aunque para ella la familia, entonces, es todo el mundo, diríamos, como sus hijos, sus hermanos, son todas las criaturas; ya no es el círculo cerrado de un hogar. Pero, bien, la mujer casada no se excluye de esta acción apostólica, que saliendo del hogar, se extienda a todos aquellos que han de recibir de ellas el buen olor de Cristo Jesús. Así lo dice san Pablo.

Pero volvamos a preguntar: ¿para qué sirven las mujeres? Hablo en general; siempre hay muchísimas excepciones, gracias a Dios. Pues, unas sirven, a mi entender, para volver locos a los hombres. ¿En qué sentido? En que sólo se convierten en cazadoras de hombres... Unos, porque ellos son los locos. Otras veces, porque la conducta de ellas es tal que los vuelven tarumbas...

¿Qué educación cristiana tendrá esta mujer? ¿Cómo la habrán formado? ¿Qué habrán hecho sus padres con ella? ¿Qué habrá aprendido de este mundo con el cual se ha contagiado?

¿Para qué sirve una mujer? Para hacer compañía al hombre, porque un hombre solo puede vivir, pero todos necesitamos de todos en este mundo. Y la mujer tiene ciertas aptitudes que el hombre no las puede llenar. Dios la ha puesto en el mundo para algo. Tiene su misión.

¿Para qué sirve la mujer? Para derramar en el mundo afabilidad..., la paz, la tranquilidad del hogar. Y fuera del hogar. Incluso en el apostolado, no se puede prescindir de esto, para no correr el peligro de un fracaso. Está destinada a derramarse ella, lo que Dios ha puesto en su corazón. Está destinada a animar, a sostener..., a sostener el sacrificio, a saber sonreír en medio del sacrificio callado. Debe permanecer siendo eso que es: la mujer es corazón. Lista, atenta, que perciba las cosas, que se dé cuenta de todo, pero que sepa aguantar, sufrir, sonreír, ser afable.

¿Os dais cuenta de la eficacia que tiene esto que os estoy diciendo? Es la mujer, pues, ideal, la mujer cristiana, la que vive de Cristo, la que derrama ese perfume de la glo-

ria de Jesucristo, con el cual triunfa y por el cual ha de triunfar. Muchas veces, pues, se suscitan cuestiones y cosas, porque falta en la mujer esa condición. Esto no quiere decir que abdique de sus derechos, pero su actitud habitual, corriente, la que le corresponde, la que debe ser, es la que dicta su corazón. En el sacrificio está el verdadero amor a Dios. Si no a la criatura, a Dios sí.

Cuando, pues, nosotros servimos al hombre, no le servimos sólo por un amor puro al hombre, sino por encima de ese amor, el que tenemos al Señor. Entonces, sí, la vida, como un carro con sus dos ruedas, marcha perfectamente. La una chirría y la otra no. Pero ésa es nuestra misión en la vida. Los padecimientos están encubiertos por este modo de ser de la persona, que sonríe, que es afable, y que sólo Dios sabe lo que uno sufre. Y ese es el mérito. Entonces, en cuanto depende de la mujer, hay paz.

Finalmente: ¿para qué sirve la mujer? Esto es lo principal. Para ser un instrumento de la glorificación divina; para eso. Y para eso las tomó el Señor en su predicación. Y para eso las llevó consigo en los tres años que predicaba por el mundo. Para que cuidasen, ayudasen, cooperasen. Y lo cumplieron. Las escogió el Señor. Y hasta María Magdalena, al final, en la cumbre del Calvario, ella fue la que permaneció firme allí, desafiando a todos, porque el amor podía más que la cruz que le podía venir a ella, más que la propia muerte. Para que sean instrumentos de la gloria de Dios en cualquier estado, para que sean santas. No todo consiste en ser una amiga del hombre; porque si el hombre tiene el destino de santidad, la mujer no va a la zaga; lo tiene también. Instrumentos de la gloria de Dios... ¡Cuánto puede serlo la mujer!

¿Qué mujer me podrá decir a mí que no podrá servir de apóstol, de elemento para poder propagar el Evangelio de Dios? Todas saben, cuando se trata de una cosa que interesa, hablar. Todas, pues, vosotras, como mujeres, estáis destinadas para esta vida apostólica, de caza, de atracción,

como Dios os dé a entender. Si es capaz de encender una hoguera donde no hay fuego... El apóstol Santiago dice: Frenad la lengua, porque una lengua es como una cerilla que, prendiendo fuego, hace arder toda una montaña. La lengua de una mujer cuando habla bien, cuando habla de Dios, cuando trata de Dios, cuando da buenos consejos, cuando educa bien, cuando es como el Señor quiere, es como la cerilla, si queréis, pero que va prendiendo fuego en el corazón de aquellos que le escuchan.

La mujer puede mucho. Yo diría que en muchas ocasiones más que el hombre. Lo que hoy no podemos hacer nosotros, lo habéis de hacer vosotras. Donde el sacerdote hoy no puede entrar, puede entrar la mujer, puede entrar la Cooperadora, puede entrar la Obrera. Y cómo entra, y cómo penetra, y cómo arranca, y cómo vuelca los pueblos... Es decir, tenéis más entrada.

¿Para qué sirve la mujer hoy? Además de lo que os he dicho, de lo malo y de lo bueno, pues, yo creo que como un elemento especial que el Señor ha escogido en estos tiempos que corremos. Sois vosotras las que habéis de abrir, no la brecha que abierta está, sino la continuación de esta actuación tan hermosa que vais realizando; y que muchas almas van abriendo sus ojos, abriendo sus corazones, para decirle al Señor: sí, Señor, estaba equivocada. No cumplía como debía cumplir. Puedo hacer, debo hacer, y lo haré.

Y ésta es vuestra respuesta firme que habéis de dar al Señor.

LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

DECIMOS que la levadura levanta toda la masa, y cual es la levadura, así es la masa. Como tal es el sacerdote, así es el pueblo; eso en sí es verdad. Pero siendo la levadura buena, la masa se deforma; y siendo un sacerdote bueno, el pueblo, en parte, puede no responder.

Es un problema de trascendencia suma la educación de los hijos, que alcanza a vosotras. Pero es doctrina general que os doy. Los padres tienen una obligación sagrada de educar cristianamente a los hijos. Obligación grave, digo obligación grave. Porque un fin del matrimonio es criar hijos para el cielo, pues que todos estamos destinados para Dios, y hay que educarles e introducirles en el camino por el cual lleguen a Dios.

Esta educación sufre hoy detrimentos enormes. Veamos las causas. Una puede ser que los padres no recen en la misma fe, no tengan la educación cristiana, o los dos, o uno de los dos. Si son los dos, ¿qué les van a enseñar? Si es uno de los dos, acaso encuentre dificultad o no la encuentre, según la condición de la persona. Pero ésta es una empresa en la cual ambos tienen la obligación de tomar parte.

Influye, pues, mucho, el que el casamiento se haga entre personas que vivan la religión, que piensen en cristiano, y que vivan en cristiano. Aunque sea a la larga, es

decir, que no sea una cosa frecuente, pero que tengan el fondo cristiano. Los padres que no están en condiciones de educar, porque no están educados ellos en ese espíritu religioso, ¿qué van a dar a sus hijos? Porque la primera educación, se recibe en el hogar. Las consecuencias las estamos palpando. Gente que en este sentido cristiano en que hablo, no debiera tomar este estado, hace lo imposible por alcanzarlo. Porque no les importa el asunto de esa educación de los hijos, cristianos; sino que lo que les importa es tomar el estado; sea por los móviles que sean.

Y preguntamos: ¿son muchos los que están en estas condiciones, actualmente? No abundan. Sí que a pesar de esto envían sus hijos a los colegios religiosos, para que se eduquen allí y les suplan lo que ellos no hacen. Bien por un estímulo de lujo, de que van a un colegio religioso; bien porque quieren buscar el bien de sus hijos. Total, que por parte de los padres, no hay educación en este sentido.

Aparte de que, aun habiéndola, las corrientes actuales les han mentalizado de tal forma, que con eso de la libertad, les permiten lo que en concepto cristiano no se les debe permitir. La libertad está limitada. Dios le puso un límite. Nadie es libre para pecar; todos son libres para hacer el bien. Si no, seríamos libres para adular, para fornicar, para blasfemar. Eso es un absurdo. El don de la libertad que Dios ha dado, lo ha dado para que el hombre, en sus obras buenas, sea responsable, sea autor de ellas, sean suyas, y con ellas pueda merecer. Lo otro es abuso de libertad.

Lo cierto es que los hogares actualmente van mal. Bien sabéis vosotras lo que ocurre: que cuando un joven, una joven llega a sus trece, catorce años –hay casos en que antes–, ya se plantan a sus padres. Si les han educado en el temor de Dios, siempre les queda el respeto, la consideración, el recuerdo de lo que han oído.

Es un verdadero conflicto la educación de los hijos. Pero los padres tienen la obligación sagrada de cumplir hasta donde puedan. Y no olvidemos nunca estas palabras

del Apóstol a su discípulo Timoteo, que le dice: No es buen padre el que no castiga a sus hijos. Porque Dios que nos ama, porque nos ama nos castiga. Y porque nos considera como hijos suyos, nos flagela. ¿Qué sentido tienen estas palabras? Pues, que todos tenemos qué corregir; todos estamos llenos de defectos; todos torcemos nuestro camino. Y los padres son los conductores. Y entonces, se necesita esa corrección, esa, diríamos, como flagelación... ¿Dejarán los padres de ser buenos, porque apliquen eso que podemos llamar corrección o castigo? No. Cumplen con su obligación, porque quieren el bien de sus hijos.

En mi concepto, las escuelas, en parte o en gran parte, no resuelven la educación cristiana.

Otra causa influyente: las pasiones. Cuando se llega a ciertos años, en la persona joven ya se despiertan las pasiones, que estaban como dormidas, y las pasiones son buenas en sí, o indiferentes. Sólo son buenas o malas según la dirección que se les da. La pasión es una fuerza, un vigor interior que llevamos dentro. Como una flecha, una saeta; según la dirección que imprimimos, nos eleva, o nos abaja hasta el fondo del precipicio. Este despertar las pasiones exige un encauce, para que no tiren hacia el mal, sino que se enfoquen hacia el bien. La formación de la persona en sí, tiene una importancia enorme. Saber encauzar, educar, dirigir, para que no se salga de su camino esa energía que Dios ha puesto en ella.

¿Quién va a educar esto? Éste es el problema. Los padres han de saber, y mucho, de estas cosas... No creáis que son problemas que los podemos resolver, así, ni vosotras, ni nosotros. Los estudiamos. Los expongo para que veáis las causas, el por qué de estas situaciones que se presentan ante nosotros. Es una preocupación para los padres buscar, ver, cómo a sus hijos les podrán encauzar por el camino del bien. Hacerles entender lo que son, lo que pueden, lo que valen, que el vigor que tienen les puede servir para ser hombres de honradez, de frutos en el mundo, de glorificación divina y de salvación de su alma...

Y últimamente, la influencia del ambiente. No solamente los malos, que ya lo son, sino los buenos, tienen mucho peligro, en la atmósfera que todos estamos respirando. Eso entra, esto influye, esto se adentra en el corazón de la persona, si ésta no tiene una coraza fuerte de fe para poderlo rechazar y poderse sostener tal como la han formado y educado. Es un gozo ser padres, pero es una pena. Es una alegría, pero también causa una grande tristeza en la mayoría de los casos, actualmente. Y no digo del amor de los hijos a los padres... Se ha muerto el cariño.

He aquí nuestra acción apostólica profunda. Y no nos desanimemos. Porque lo que uno no puede hacer en su casa, lo hará en otro campo. Todos trabajamos para Dios. El mundo es una viña de Dios. Hemos plantado unas cepas aquí, aquél ha plantado allá. Pero..., si las mías no producen, mi trabajo producirá en aquéllas. Todo es para Dios. Y muchos casos podríamos citar en los cuales uno no puede hacer nada en el ambiente de su casa, con los suyos y, no obstante, está haciendo muchísimo, fuera. Y como nuestra obligación es producir para Dios, pues produzcamos para Dios, donde sea y como sea, y como podamos.

El campo, pues, está abierto para trabajar. Si no puedo educar aquí, educaré allá. Las Obreras dejaron sus casas, y están educando por el mundo. A lo mejor, en su propia casa, pues, están así, a medias, y en otra parte, su palabra está produciendo, está haciendo brotar fuentes de gracia de Dios. Esto es un gran misterio.

¿Qué hay que hacer? Os repito lo que dice san Pablo a su discípulo Timoteo: Todos aquellos que quieren vivir piadosamente en Cristo, serán perseguidos. Perseguidos en casa, perseguidos en sus hijos, perseguidos fuera de casa. Es decir, hemos de sufrir persecución, porque somos discípulos de Cristo. Y aquellos, dice, que huyan de esto, piensen que son como adúlteros, es decir, que no son hijos de Dios. Porque no se comportan aceptando el camino de Dios.

MISERICORDIA DE DIOS

No se respira espíritu de un porvenir sobrenatural. Tenemos los ojos puestos en la tierra. No miramos el cielo.

No podemos medir la gran misericordia de Dios, porque es infinita. Por eso en ella hemos de confiar siempre, nosotros, y para aquellos con los cuales tenemos interés especial, por su salvación. No hay lugar aquí a desesperar, sino a confiar. No abandonar la presa que se nos escapa o se ha escapado, sino buscarla. ¿Cómo? Según los medios que estén a nuestro alcance. Y siempre hay un medio a nuestro alcance, que es la oración. Aquella que Moisés tenía con Dios en el desierto. Pedir, rogar, suplicar.

Y esta misericordia no se agota, porque es infinita y responde a ese querer de Dios, que nos quiere salvar. Y quiere que en nosotros, en cada uno de nosotros, se cumpla el proyecto que tiene, el propósito que se ha formado. ¿No vemos cómo un arquitecto, aun siendo de edad, todavía coge su pluma y traza los planos, para un futuro edificio?

¿Qué importa que una persona llegue a sus años, para que sobre ella Dios, con su gran misericordia, llegue a tiempo para trazar los planes, los designios que tiene sobre ella? Hay vocaciones que llegan tarde, mejor diré, que vienen tarde, o que la ocasión llega tarde, con relación a los años. Pero está en los planes de Dios el que, llegado su día, llegue, se realice, la voluntad divina.

Vosotras miraos como un fruto de esta misericordia de Dios. No de su justicia, porque si tal viésemos, nos hubiese aniquilado. Yo, cuando repaso, pienso en esa infinita bondad divina que no tiene límites; cómo cierra los ojos para no ver un pasado, y planear un futuro sobre el alma. Lo malo sería si nosotros a ese plan que el arquitecto divino traza, no respondiésemos. Sería añadir un abuso a otro abuso, de la bondad divina. Por eso, su querer de que todos se salven está justificado con el uso, la aplicación, de la gran misericordia que tiene, que pasa todo, lo salva todo, y no quiere otra cosa sino que a nosotros llegue el momento en que respondamos de verdad.

Siempre se llega a tiempo cuando se trata de la salvación. Y siempre se llega a tiempo cuando se trata de trabajar por Dios, de extender su misericordia a las almas, de hacerles comprender lo que Dios las quiere, de ejercer, con nuestro ejemplo siquiera, nuestro llamado apostolado.

Quien se juzgase inútil, se equivocaría. Inútiles somos por nosotros, no por esta misericordia divina, que derrama sus gracias copiosamente. Esto nos hace esperar, confiar, vivir con una mirada de esperanza. Y no dejarnos llevar de una tristeza, de una depresión ante el peso de la vida, que a veces es tan cargado, que si no fuese porque la mano de Dios, oculta, nos ayuda, nos quedaríamos aplastados. Pero nos levantamos con ese peso encima. Nos erguimos, andamos, ascendemos, corremos, luchamos. Es él quien viene con nosotros. Y elige a quien quiere y como quiere y cuando quiere. ¿Quién le va a poner trabas a la voluntad divina?

Esta misericordia de Dios, siguiendo al Apóstol, es la gran caridad que nos tiene. "Propter nimiam caritatem", por la excesiva caridad. Nos ha amado, nos ama. Ya no es una compasión de un padre para con los delitos del hijo, no. Es una compasión henchida de amor. Y el amor, qué difícil es de definir. Toma parte el corazón, interviene la voluntad, todo el ser interior es como un vuelco. ¡Amar!

Ese amar que nos saca de nosotros para tirarnos hacia afuera en busca del ser amado. "Dilexit nos". Porque nos ha amado, por eso, después de estar limpios de todo pecado, por el Bautismo, y después de las recaídas, el amor de Dios nuestro Señor no ha cesado. Sigue amando, seguirá amando hasta el fin.

Porque ama a los suyos, a los que ha redimido, a los que son cosa suya, a los que quiere para el cielo. Ahí está el secreto de nuestra permanencia en el servicio de Dios: amar. Cuando yo veo que una persona va aflojando en este punto, y que la hoguera que encendió un día en lo íntimo de su alma, se va apagando, porque se ha descuidado de ponerle astillas, para que la hoguera se mantenga y crezca, veo con temor que se va a reducir a cenizas. Y cuando ya no hay fuego en el interior, ¿qué le vas a pedir a una mujer, a una esposa? ¿Que se sacrifique? Con tantos sacrificios que habrá de pasar en su hogar... ¿Qué le vas a pedir, para que se sacrifique y cuide de esas ovejas, de sus hijos? ¿Qué le vas a pedir para que sonría y sea afable para aquellos con los cuales tenga que aguantar y padecer tantísimas cosas? ¿Qué le vas a pedir para que se mantenga firme y continente en su vida de pureza y castidad, cuando se vea rodeada de tantas tribulaciones y tentaciones...?

Y esto no es una estampa que os pongo. Vosotras lo sabéis. Cuánta infidelidad en los matrimonios, cuánto pecado, cuánta suciedad. Ya no es la vida del alma, es la vida del cuerpo. Pero no es la vida del cuerpo, es la destrucción del cuerpo. No es amor el que mancha; amor es aquel que vivifica.

Y así, el Apóstol continúa diciendo: Por esta gran caridad, por la cual Jesucristo nos ha amado tanto, ha borrado todos nuestros pecados, y no solamente ha borrado los pecados, sino que nos ha convivificado con él. Convivificar es vivir a la vez la vida, ambos; es vivir con él nuestra vida

unida a la suya, y la suya unida a la nuestra. Nos ha convivificado. Aquí encontramos otro secreto: que Cristo es nuestro vivir, no tan solamente externo, sino interno, como es el amor. Porque el amor es vida, y la vida de Dios en nosotros es amor. Y el amor es gracia, y la gracia es vida. Y esto se lo debemos a él.

¿Veis la obra del Señor? Qué sencilla es; cómo va discurriendo con toda facilidad hacia el hombre, y que el hombre no sabe aprovechar. Pero nos promete otra cosa, fruto de este vivir. Vividla, vividla. Y yo os aseguro una felicidad, aunque sobre vosotras descarguen tormentas tremendas, en los hogares, y en el mundo, y en la gente. ¿Quién podrá penetrar en lo íntimo del corazón? ¿Quién podrá apagar esta llama? Pero de esta vida sale otra cosa: nos hará resucitar con él. Porque no hay resurrección con él sin vida interior. ¿Habrá una resurrección económica, esplendidez de cosas del mundo, grandezas, alabanzas...? No; ésta no es mi resurrección. El cuerpo ha de resucitar en su día, pero es el alma la que lo ha de vivificar.

La vida de Cristo en nosotros nos hará resucitar con él. Y qué momento tan feliz aquel, el de la resurrección, en que, imaginemos que una familia, un conjunto de personas conocidas, un conjunto de personas que han trabajado apostólicamente por una misma finalidad, por extender el Reino de Dios, vivificadas por Jesucristo, resuciten gloriosamente con él. Es natural; hemos trabajado con él, hemos vivido con él, hemos compartido nuestra vida con él; justo es que resucitemos con él. Que el que participa de los padecimientos, también ha de participar de la gloria. El que en la lucha tomó parte y venció, también tiene derecho a tomar parte en la victoria.

Y es la conresurrección nuestra con Jesucristo, aquel a quien amamos, a quien queremos, a quien nos damos, a quien nos entregamos, con quien desposamos nuestra vida.

Y después, sigue el Apóstol diciendo: Nos hará sentarnos en el cielo. No nos separamos, un momento, pues, del Señor. Por la escala de su misericordia, desaparece toda la maldad. Por esa escala de su amor, desaparece ya en nosotros todo punto de separación. Por esa fuerza de amor, viene una nueva vida interior. Por esa vida interior, viene una unificación completa entre él y nosotros que, viviendo en el mundo, vivimos de Dios. Que con esa misma vida hemos de resucitar, y el premio será que seremos colocados con él, con Cristo Jesús, en el cielo.

¿Qué puedo más esperar? ¿Qué vale mi vida ofrecida a Dios? ¿Qué valen todos los sacrificios que podemos pasar en este mundo, cuando uno contempla estas cosas tan hermosas, tan esperanzadoras, que se nos saltan las lágrimas de alegría, pensando en aquel momento, por esta poca cosa que yo puedo hacer, aquí, en este mundo? Un desprenderme del yo, un darme a Dios, un entregarme a su vida, un prodigar lo que el Señor me ha dado, para bien de su gloria divina, un trabajar, un vivir, un amar...

El mundo, esto no es capaz de poderlo dar. Visión hermosa que responde a una realidad anunciada por el mismo Apóstol, que ni se engaña, ni nos puede engañar.

Contemplad, pues, un momento, vuestro campo de la vida actual, y levantad vuestros ojos desde el corazón, para ver aquella vida futura, aquel otro plan. ¿Qué daré al Señor? ¿Qué me dará? ¿Qué le puedo dar? ¿Qué me ha prometido él? ¿Cómo puedo comparar una cosa con otra? Mi fe me está marcando el camino. No salgáis de él. Habéis acertado lo mejor, habéis elegido el mejor camino. No volváis vuestros ojos hacia la tierra, para pegar vuestro corazón a aquello que dejasteis un día. En parte, en el interior, dejamos el mundo. Y en el interior abrazamos la vida divina, en la cual está cifrado todo nuestro porvenir.

Pensad un poco, reflexionad un poco, en estas consideraciones que acabo de hacer. Son profundas; reaniman a uno. Cuando uno ve y mira eso, piensa que las cosas son pequeñas, y que el mundo no vale nada, aunque tenga todo su valor.

El Reino de Dios os espera. El Reino de Dios os espera... Marchad adelante, por donde habéis emprendido vuestra nueva carrera de Obreras, con vuestra cooperación eficaz por establecer la gloria de Dios.

VEN, SEÑOR JESÚS

EN el libro del Apocalipsis, en el capítulo último, el apóstol san Juan nos escribe unas palabras que son de mucho gozo, a la vez que de esperanza y de deseo de la venida del Señor hacia nosotros. Nos habla también del libro de la vida: Desgraciado aquel que sea borrado del libro de la vida. En este libro están escritos los nombres de los que irán al cielo, de los que se salvarán.

Y escribe así: Yo, Jesús, os envío un ángel para daros testimonio de estas cosas. Y el espíritu y la esposa dicen: Ven. Y aquellos que tengan sed, acudan y saciarán su sed. Y aquellos que deseen beber gratis el agua de la gracia, de la vida, vengan.

Y luego, al final, se expresa así: He aquí que vengo pronto. Ven, Señor Jesús. Éste es el suspiro del alma que ama a Dios. Como el que ama suspira por el amado que está ausente, y repite en su interior: ven. El amor habla así, deseando tener al amado, estar junto con él, compartir su vida, gozar. Yo, Jesús, soy el lucero brillante de la mañana de la eternidad. Y aquel que no creyere..., será borrado del libro de la vida.

Hemos venido aquí, o habéis venido, a llenaros más de Dios, a reparar vuestras fuerzas, a completar lo que empezasteis, a aclamar al Señor que venga. Pero que venga para ser vuestro crecimiento espiritual, ahora en la tierra, vues-

tra mejor consolación. Que venga, para transformar todo vuestro corazón en un fuego que empezó a arder, y que haga crecer cada vez más, hasta que llegue al cielo.

Y el alma, el espíritu, la esposa, le dice: Ven, Señor. Cómo se desahoga el espíritu en esta ambición santa de que Jesús nos llene por completo. Y el llenarnos así, sea de verdad todo nuestro vivir, con una seguridad de que, escritos en el libro de la vida, llegaremos a ver ese lucero brillante de la eternidad.

El alma que en la vida espiritual no tiene estas aspiraciones, pídaselas al Señor. Y las que las tengan, suplíquenle que las encienda más y más. Porque ahí está la seguridad de estar en el libro de esa vida eterna, llena de gloria. ¿Cómo el alma puede vivir sin Dios? El que tenga sed, venga a él. Sed de paz, sed de más cariño, sed de un amor que no muere, sed de felicidad, sed..., en fin, de gozar de esa grandeza divina, de ese Dios, único bien.

Si pudiéramos ver a Dios un momento... Pero si Moisés no lo pudo ver, ni hombre alguno, porque moriría enseguida ante aquel brillo, aquella luz, aquel resplandor, que nace más potente que de un sol... Ven, dice la buena esposa, que es el alma en gracia, que dice: Tu espíritu, Señor, habita en mí, vive en mí; sé mi fortaleza, sé mi consuelo, sé mi apoyo. Ven; nunca te separes de quien te ama y de quien te quiere amar cada vez más.

El que tenga sed... De cuántas cosas tenemos sed. De la tierra, no. Es sed de gracia, es sed de santidad, es sed de virtud, es sed de llevar almas a Dios, que han de ser la corona de nuestra vida, en aquel momento. El mundo muere de sed material, pero también de sed espiritual. No sabe dónde aplacarla. Y no sabe más que inventar cosas y vicios y placeres, para aplacar su sed. No. El que la quiera aplacar, venga a mí. Como aquella Samaritana que aplacó su sed cuando el Señor le dio de beber aquella agua, la gracia. Ya no tuvo que bajar nunca jamás, con su cántaro, a sacar agua, porque su corazón había quedado saciado.

Ésta es una súplica nuestra en la oración, la que hoy nos enseña el Apóstol: Ven, Señor, ven a mí. Profundiza, posesiónate, sacia mi hambre, mi sed. ¿De qué? De algo que la criatura no me puede dar, de ese algo infinito, eterno. Sólo tú lo puedes hacer. Y todo aquel, pues, que quiera tener gratis, gratis, el agua de la vida, no tiene más que una fuente donde acudir: Jesús. Ese Jesús que todo es bondad, que todo es misericordia, que todo es hermandad, sentida, vivida y sacrificada por nosotros.

Cuántas veces, en vuestro interior, sentiréis una necesidad de un algo. Decidle al Señor: ven, ven a mí; dame ese consuelo que necesito en mi lucha; otórgame esa fortaleza que mis labios necesitan para predicarte. Ven.

He aquí que vendrá pronto. ¿Pronto? ¿Cuándo? No lo sabemos; es una incógnita que nadie puede descifrar. Mañana..., dentro de unos meses, en la noche, en la carretera, en cualquier parte... He aquí que vengo pronto.

El tiempo pasa; el tiempo corre. Los años se van, como un soplo, como el humo que se esfuma. Éste es un pronto. Aunque parezca la vida larga, siempre es corta. Y el deseo permanece dentro de nosotros, como agua flotando de una fuente de deseo que Dios ha puesto en nuestra alma.

Aquel, pues, que ya vive su vida espiritual, su oración, su contacto con Dios nuestro Señor, ¿qué más le puede decir? Señor, ven; ven pronto. Llévame a aplacar esa sed que yo siento de un algo, que ni las riquezas, ni la comida, ni los bienes..., pueden aplacar. Es el deseo... Y ese deseo es santo. Y ese deseo, cuanto más potente y más fuerte sea, más nos hará desear el acercamiento nuestro a Dios nuestro Señor.

¿Cuándo vendrá? Estemos preparados. ¿Y qué preparación mejor que la de desear que venga a nosotros el que es objeto de nuestros deseos, aquel a quien nosotros servimos con toda el alma, o queremos servirle y debemos servirle y debemos amar? Esto nos transporta a un plano de vida alto, elevado, por encima de la tierra.

Ven, dirá la esposa a su esposo, después de tantos meses de estar lejos. Ven, dirá la madre a su hija o a su hijo. ¿Qué es esto en comparación con el esposo divino, con el cual desposados estamos por la gracia? ¿Qué es esto en comparación con ese Jesús que llegó a lo último del amor? Ensangrentado, clavado en una cruz, colgado en ella, para demostrarme que me ama, que me quiere. Y me ha escrito en el libro de la vida, si yo, con mi conducta indigna, no le obligo a manejar la pluma para que me borre del libro de la vida.

Ven, Señor, Jesús. Le necesitamos para el apostolado, para ser constantes, para permanecer fieles. Te necesitamos en la oración, para que nos ayudes, para que no se seque esta voluntad, para que no se acobarde, para que no tenga miedo a los enemigos. Ven, estáte con nosotros. La vida va decreciendo, y llega la noche; la noche de esa muerte con un brillo de eternidad. Estáte con nosotros...

Suplicadle. Ésta sea vuestra oración. Y así, no sólo vosotras, sino a cuantas almas vuestra palabra pueda llegar, alcance también esa sed de Dios. La tienen los hombres cuando oyen hablar de Dios; sienten hambre de estas cosas espirituales y divinas, que las desconocen. Y cuando uno desconoce a una persona, no la puede desear; pero cuando la conoce, la desea, la quiere junto a sí. Esto nos ocurre a nosotros por el contacto que tenemos con el Señor, en la oración, en esos ratos de conversación íntima en que le hablamos de corazón a corazón, como estamos hablando aquí. Y nos escucha, nos atiende, aunque calla, pero sabe lo que le decimos; y nos da aquello que nosotros necesitamos, cuando de veras le repetimos: ven, Señor.

¿Pronto...? Acaso tarde en dejarse sentir en la oración; acaso tarde en dejar sentir el apoyo, para que nosotros breguemos más fuertes; para que no ahorremos fuerza; para que no nos confiemos en nosotros. No es que nos deja; no es que no viene, es que nos prueba. Es que quiere ver si agotamos por él cuanto somos, ya que él por noso-

tros también agotó cuanto era. Es la expresión del alma que ama.

Ven, Señor... Pronto... Ahora, sí. Aquí en la tierra, sí; acude enseguida, que te necesitamos. Para llevar adelante esta empresa de conquista de corazones para ti. Y para ser mejores. Si tú estás con nosotros, seremos mejores. Si tú nos inspiras, seguiremos tus luces; si tú nos apoyas, venceremos. Si tú dejas en el corazón esa chispa de tu amor divino, todo este yo arderá. Y los labios hablarán de ti, mientras allá dentro seguirán diciendo: Ven, Señor Jesús. Pronto... Ahora.

Ha venido ahora. Le tenemos ahora plenamente; nos asiste. En estos días de retiro, el Señor ha venido, ha derramado, ha infundido, ha penetrado hondamente dentro de vosotras. Luego..., ese ven pronto, será para el cielo.

Libro de la vida, libro bendito, en el que fuimos inscritos, y que nunca jamás, Jesús nos borre. Porque en él está la seguridad de nuestra eterna salvación. Por ti luchamos, porque te amamos. Por ti emprendemos esta empresa, porque te queremos, y por ti gastaremos nuestras fuerzas, porque tú también las gastaste por nosotros.

Nuestra alegría más grande será cuando el Señor venga. Y vendrá un día a visitarnos, a ser el consuelo, en la cabecera de nuestra cama, cuando para volar de aquí hacia allá se cumpla la palabra que hoy repetimos del Apóstol: Ven, Señor Jesús. A quien amé, a quien deseé, a quien consagré mis fuerzas, por quien luché.

Obreras, cuando un momento estéis con él, mirad cómo le decís: si siento sed, a ti Señor acudo para que la aplaques. No de placeres, sino de virtud. Para que le digas: Señor, gratis me das el agua de la vida. Quiero beberla, beberla. Beberla plenamente. Porque tú eres la única vida. Cuando le digas: ¿vas a venir pronto...? Preparada estoy. Te espero. Y te espero porque te amo.

LA SANTÍSIMA VIRGEN

No podemos dar fin a estos santos ejercicios sin hablar de la Santísima Virgen. Hoy es viernes, día consagrado a nuestra Madre, la Virgen de los Dolores. Día especial. ¿Qué le podemos decir?

¿Qué hizo el discípulo amado de Jesús, el que tuvo la dicha de reposar su cabeza en el pecho del Señor, en aquellas horas angustiosas que precedían a la Pasión, a quien el Señor dejó el tesoro mayor de su vida, lo que más amaba, su Madre? La dejó a san Juan. Y ¿qué hizo san Juan? La recibió en su casa. Muerto el Señor, hecho el testamento desde la cruz, no quedándole más que su Madre, porque la cruz, donde estaba, a nadie la podía dejar –era instrumento necesario para la salvación del mundo–, no le quedaba más que su Madre..., entregó su Madre al género humano, a nosotros, en la persona de san Juan. Éste la recibió en su casa; la acogió. El Señor se la entregó para que la cuidase, como un hijo.

¿Y si nosotros hoy, en nuestra despedida –como a Juan Jesús le dijo: Ahí tienes a tu Madre–, nos la llevásemos para recibirla en nuestra casa? Cuantas veces leo el Evangelio, ese tan hermoso, tan bello, me entran unos deseos, unas ganas, de que la Virgen entre en esta pequeña casa del corazón... Unos deseos de llevárnosla, para tenerla, y cuidarla, y amarla, y agradecerle, ser solícitos con ella. Y

pedirle, y rogarle; porque es Madre tan poderosa, que Dios puso en sus manos todo el poder. Es tan grande la criatura, que bien escribió uno diciendo que Dios creó el mundo por María, que era la criatura más grande que salió de las manos de Dios.

Llevarla dentro de nosotros, en la memoria, el recuerdo, el cariño, el cuidado... Llevo la Madre dentro de mí; la tengo en mi casa, en el hogar. Pequeño hogar el mío, pequeño hogar el de la casa. Si la recibimos, ¿creéis que ella no lo aceptará? Si le abrimos el corazón de par en par, ¿no pensáis, mis Obreras, que ella irá corriendo a hospedarse dentro de vosotras? Donde la tenéis ya, pero hoy, en estos momentos tan especiales de despedida, de pensar si volveréis otro año a poder escuchar de mis labios estas palabras, hoy es un día tan especial...

El Señor nos la da. De nuevo abrámosle de par en par lo que somos, y digámosle de veras: Madre, ven. Aquí tienes una hija, pero una hija rendida, amante. Te esperaré. Viviremos tan juntos que yo no sabré hacer nada sin ti, ni podré nada sin ti, ni tendré corazón que no sea para amarte.

San Juan, con qué gozo se la llevó. Pero para dárnosla a nosotros también, como una madre. Y si madre en la tierra perdimos, en el cielo la tenemos. También aquí en la tierra, cuando somos un hospedaje humilde, sencillo, pero limpio, brillante por la gracia. Cómo goza la Virgen en las almas puras, en las almas santas; en aquellas que han tenido la dicha de saber ofrecer su vida por la glorificación de su Hijo. Qué gozo tendrá la Virgen. Ella goza dentro de nosotros, cuando nosotros sabemos tenerla bien hospedada.

Y os vais ya pronto, para seguir esa ruta de trabajo, tan hermosa, que tenéis emprendida. Y con vosotras, va la Virgen. No lo dudo. Tengo la seguridad de que con vosotras ella es la que abre el camino, la que mueve los pueblos; la que suscita ese deseo de Dios en las almas. Y cuando

vamos con ella, ¿quién nos podrá vencer? ¿Quién podrá contra nosotros? Si es la manifestación del poder de Dios... Si bendecimos al Señor porque en la Virgen ha manifestado toda su potencia, y por ella ha vencido a todos los enemigos...

Nuestro campo de trabajo no es grande, no es vasto. Pero para lo que somos, lo que sois, sí. Ella va con vosotras, de aquí para allá. Yo siento gozo y alegría, como vosotras, cuando sé que en vuestro apostolado, en vuestra acción, os acogéis a ella fuertemente. En el apostolado, fiad en ella, confiadlo a ella. Abrirá vuestros labios, iluminará vuestra mente, caldeará, pondrá calor en vuestras palabras. La propagaréis; ahora más todavía, cuando se la combate por todas partes.

No tenemos más remedio que acogernos a ella, si nos queremos salvar. Porque Jesús ha puesto en sus manos todo el poder y el remedio, si es que el mundo es capaz de recibirlo. Ella pide, ella ruega. Pero llevémosla con nosotros, que si naufraga el mundo, con ella no podemos naufragar. Y si el mundo no nos escucha, es que tampoco escucha a la Madre de Dios. Y si el mundo no nos quiere, es que tampoco quiere a la que anima todo nuestro vivir: la Virgen.

Os vais, pues, después de haberla vuelto a recibir en vuestro corazón, yo y vosotras, como hijos suyos. Yo os recomiendo con toda la intensidad con que se puede recomendar una cosa: que sepáis vivir entrañablemente unidas a la Virgen.

Me basta deciros, para terminar, una cosa: es vuestra Madre. Es mi Madre. Y cuando uno se pone en presencia de ella, o mira allá en lo íntimo de su alma, con qué gozo puede decir y debe decir: mi Madre. La que puede, la que me quiere, la que me guía, la que habla por mí, la que me sostiene, la que me salva, la barquilla que me llevará hacia Dios, mi Madre.

Esta palabra suene allá muy hondo en vosotras, y quede tan grabada que, con frecuencia, vuestros ojos, vuestra mirada, vuestro porte, vuestra palabra, vuestra acción, repita, como un eco, esa dulcísima palabra: Madre mía, al pie de la cruz, llorosa, entregándote a mí. Eres mi Madre. Y como Madre, te venero, te quiero y te amo.

**PLÁTICA EN LA INAUGURACIÓN
DE LA RAMA DE COOPERADORAS
DE ALBACETE**

**Albacete
Marzo**

LLAMADA DEL SEÑOR

Voy a hablar, oficialmente, en esta tierra, al cabo de más de treinta años... Siento como cierta conmoción interior, porque se acumulan tantos recuerdos..., y cargados de cruces. Al mismo tiempo, son deleitosos esos recuerdos, porque llevan consigo el acompañamiento de tantas vocaciones que brotaron de aquella antigua casa, hoy no nuestra, de Ejercicios, en donde el Señor quiso que, después de la guerra, lanzara la red en nombre de Cristo, para ser pescador de almas en esta tierra predilecta, porque en realidad tierra virgen era entonces cuando, al golpe de la palabra, brotaba el agua como un afluente de un manantial.

Ha querido el Señor que, también al golpe de esta palabra, surja hoy otra clase de Obreras, que no van a ser menos, no van a quedarse a la zaga de las que en otro tiempo salieron. Cada una de ellas, en su lugar, en su puesto, en su condición, ha de saber vivir y sembrar lo que vive dentro de su corazón.

Y parece como que cierto miedo ocupa el alma, cierta impresión de miedo, de temor. Yo recuerdo estas palabras que Jesús decía a sus discípulos: "No temáis, pequeña grey, porque yo estoy con vosotros. No temáis". Y cuando el Señor está con nosotros, no hay fuerza posible que

pueda obligarnos a dar paso atrás, ni que nos pueda vencer, porque él es la fortaleza, es la gracia que vivifica, es el consuelo del alma. Es, en realidad, y con esta palabra se expresa todo, el amor, que da un vigor interior, da un empujón a la voluntad, por aquello de que aquel que ama es tan fuerte como el amor que lleva dentro de su alma.

No tengáis miedo. Pensad que es voluntad del Señor el que de aquí brote esa nueva Rama, que es completiva de las que hay. Hacía falta recoger a la mujer casada; hacía falta recoger aquellas almas buenas sembradas por el mundo, como ovejas sin pastor, ayudarlas y constituir las instrumentos de apostolado, de acción, de oración, de santificación, y que pueden levantar grande peso en esta batalla que estamos librando por la gloria de Jesucristo, por la salvación de las almas.

El temor desaparece de nosotros cuando recordamos las palabras de Jesucristo que nos alienta a seguirle, y nos alienta a seguirle cargados con nuestra cruz, condición indispensable que requiere y pide, para que uno, simplemente, pueda ser discípulo suyo. Para ser discípulo, hay que cargar con la cruz y seguirle. Para ser alma predilecta de Jesucristo, hay que cargar con más fuerza con esa cruz. Hay que cogerla fuertemente con las manos, grabarla en el corazón, amarla, y con ella, camino adelante, a conquistar-nos y a conquistar, a sostenernos y a sostener, a vivificar-nos y a vivificar, cada cual según las condiciones y cualidades que el Señor le ha concedido.

El campo de apostolado es tan vasto, es tan enorme, que el Señor, con una mirada, lo abarcó todo, y quiso transformarlo todo, de tal suerte que san Pablo, en su carta a los Corintios, dice: Cristo Jesús ha muerto por todos... No por gentiles ni griegos, ni judíos, sino por todos. En ese "todos" estamos nosotros incluidos. Por todos los pecadores. Como el hombre era pecador, porque llevaba la mancha del pecado y otros pecados que se sumaban en su día, por todos murió Cristo Jesús. No hizo excepción

alguna, hasta por el propio Judas, hasta por los pésimos, los peores.

La muerte de Jesucristo es vida para nosotros; muere para vivificarnos; muere porque quiere, porque él quiso ser crucificado. Era el Señor de la vida, y nadie hubiera podido con él, si él no da el permiso. La muerte es vida, y yo pienso: vida por vida. Si él da la vida terrena de su cuerpo, es para darme vida eterna, vida de la gracia, vida divina; vida por vida. Cambia la suya por otra. Y nosotros hemos de dar vida por vida. Por esa vida divina que recibimos, esa vida de gracia, hemos de dar nuestra vida, sacrificarla. Y poca cosa damos... En comparación con esta vida divina, todo el sacrificio que podamos hacer en el mundo, aun el más grande, no significa nada.

A mí me apena ver personas que regatean las llamadas del Señor. ¿Es que no le han comprendido? ¿Es que no le quieren comprender? Es que viven tan pegadas a sí mismas que no son capaces de inmolar un pedazo de su vida, cuando esa vida depende de la voluntad de Dios, y no la podemos tener en nuestras manos, porque, en un momento, se rompe como el cristal. Y miramos la suerte nuestra, nuestro cuidado; regateamos el sacrificio; nos forjamos una vida placentera, "que el Señor no me pida más...". Pero, ¿que no es dueño para pedirte? ¿Que no es el amo? ¿Que no puede disponer de nosotros como a él le plazca para su gloria? Y si nos quiere elegir para una misión en la vida, con la cual perfeccionamos nuestra vida, ¿le vamos a poner trabas, le vamos a atar las manos, vamos a decirle que no?

Hay que dar vida por vida. Primero, nuestra vida corporal, por la vida divina; luego, para corresponder a esa acción tan hermosa, tan sublime, que el Maestro ha realizado, para darnos vida; él dio la suya, y muere por amor a nosotros. Voluntariamente se ofrece. Era amor tan grande, tan grande, infinito, que le empuja a subir a la cruz. Por amor toma la cruz, deja que le crucifiquen. ¿Qué misterio

encerrará en sí el amor divino? Si en el aspecto humano el amor hace locuras, ¿cómo no hay locos del amor de Dios?, ¿cómo no hay locos en el apostolado por Cristo?, ¿cómo no hay locos? Es que no hay amor de Dios en el alma. Es que el corazón está vacío, o hay que llenarlo mucho más. Y al amor de Cristo hay que corresponder con nuestro amor. Amor, por amor. Si él así me amó, yo así lo debo amar; él con unas fuerzas infinitas, yo con mis fuerzas limitadas, con mi poquedad, con humildad, pero con mi generosidad interior.

La vida cristiana, la vida apostólica, la vida de las almas, sobre todo, entregadas al Señor de un modo especial, no se explica de ninguna manera si no está embebida en el amor de Dios. Cuando esto nos falla, sentimos cansancio, regateamos, todo nos parece mucho, cuando todo lo mucho que damos al Señor es poco, es nada. Nos falta amar; el mundo va a la deriva porque no tiene amor de Dios; no hay calor de Dios, y al faltar el calor de Dios se pierde la fe; el hombre se descentra completamente; se va alejando del sol; muere de frío, pero frío en el alma. Y busca el calor del vicio, el calor de la sensualidad, el calor del pecado, que ese calor es más frío que la misma nieve, porque mata.

El Señor se dio a sí todo completamente. Es nuestra donación, donación por donación. Él se da todo, y yo ¿por qué no me tengo que dar todo, en la misma línea de correspondencia? Discurramos un poco; comprendamos lo que es la vida del Señor; entonces, de nosotros surgirá la voluntad, como una fuente de energía; nos parecerá poco todo lo que podamos hacer, aunque uno no sepa más que orar, no sepa más que sufrir, no sepa más que llevar su cruz. Pero, es un discípulo suyo, donación por donación.

La Obrera es esto que os estoy diciendo; es un alma así, es un espíritu forjado así, sobre ese yunque, porque el que sobre un yunque así no se forma, no está templado bien, no aprovecha para la lucha. Y ¿quién no puede for-

jarse así? El que quiera, el que quiera, porque el camino el Señor lo ha dejado completamente libre. Pero, ¿es que no comprenden a Jesucristo? ¿Es que no le estudian en el crucifijo? ¿Es que no le estudian en la Sagrada Eucaristía? ¿Es que no miran a la Madre, que también lo dio todo? Porque allá dentro de nosotros nos resuena esa voz y dice: donación por donación, amor por amor, entrega por entrega, fidelidad por fidelidad.

Tan fiel fue el Señor, que obedeció la voluntad de su Padre. Estuvo cumpliéndola hasta el final, hasta que fue levantado en la cruz, para que se cumpliese aquella profecía del mismo Jesucristo: Cuando sea levantado sobre la cruz, todo lo atraeré hacia mí. Todo lo llevaré hacia mí; es decir, el mundo evolucionará a mi alrededor, o negándome, o glorificándome, pero sin mí no puede vivir el mundo; o me niega o me alaba. Nosotros somos de los que vamos a alabar, vamos a luchar, vamos a glorificar, vamos a levantar el nombre del Señor, y clavarlo ahí dentro, prendiendo su amor en las almas. Y si logramos que esto penetre en el profundo del corazón, ya quedamos tranquilos, porque la siembra ha sido bendita.

Yo sembré entonces, hace más de treinta años. Mirad cómo la siembra aquella, cuando aún a veces presentía, con temor, que la semilla se pudriese y nada saliese, al cabo de tantos años, algunas que me escucháis, que habéis pasado por los ejercicios en aquella casa, sois la semilla que se sembró y que ahora resurge, y que se abre como una espiga, como una flor, para recibir este don de Dios.

El ser Obrera significa mucho más de lo que vosotras podéis pensar; significa una integridad de vida, una fidelidad de corazón, un alma entregada, con sus herramientas en la mano, a trabajar por Dios. Sus herramientas serán: la palabra, el ejemplo, la virtud, el consejo, la afabilidad en el trato, el cambio de vida; será su devoción, será ese algo que resurge en el interior. ¡Aquellos años, quién lo había de decir...! Y podéis pensar con qué gratitud os hablo, re-

cordando cómo respondieron, y con qué gusto me dirijo a vosotras, que sois las nuevas Obreras, nuevo modelo, de las que yo espero mucho para esta bendita tierra.

La donación, nos dice san Pablo, de la vida de Cristo, que ha muerto por nosotros, es para que nosotros vivamos; y cuando ya estemos vivos por la gracia, que estemos santificados, que es la verdadera vida, porque no hay vida en el alma, en el interior, cuando falta la gracia de Dios, porque el pecado mata; podrá estar uno vivo por fuera, pero muerto por dentro. Cuando ya vivimos, dice el Apóstol, es para que los que viven, vivan para aquel que murió por nosotros y resucitó. Entonces, no voy a vivir para mí esta vida de gracia que Dios me da; no es para que yo me la trague y la consuma y la pudra dentro de mí. Es para que la dé, es para que la comunique, es para que me santifique y sea instrumento de santificación para los demás. Es para llevar el nombre de Dios grabado en mi alma y además grabarlo en las demás almas. Es para custodiarlo en mi corazón y con un amor profundo guardarlo siempre y comunicarlo a los demás, para que así le amen y le guarden y le quieran, y se consuelen y hallen la paz y la tranquilidad interior; para que vivan para aquel que murió por nosotros. Entonces, yo he de vivir para Jesucristo; que todo lo que el Señor me da es para él, que en su gloria lo he de invertir todo, que por él debo gastarlo todo, que el mundo aquí no reza para nada. El Apóstol nos lo dice. Aquí está el fallo de muchísima gente cristiana, que no vive para el Señor; vive egoístamente, vive cómodamente, vive a su manera, pero que no le hablen de cruz.

A vosotras se os habla de trabajar, Obreras y de la Cruz; es porque la cruz es el instrumento que llevamos en nuestras manos para hacer surgir el agua, aunque sea de la peña viva. Es porque sin la cruz no vamos a ninguna parte. Yo os lo digo convencido por completo, de tal manera que cuando hago un trabajo y me cuesta mucho, el fruto es mucho mejor.

Vuestra vida que habéis de emprender, vuestros trabajos, vuestras manifestaciones, vuestro vivir secreto, si queréis, en algunas, han de estar marcados con la cruz. Nunca haya una queja en vosotras. Mirad al Señor que está ahí. Y entonces atraeréis a los demás hacia el Señor, porque él ha puesto esa virtud tal, secreta, en la cruz, que cuando nosotros nos crucificamos con Cristo, las almas no sé qué tienen, pero se abren, como se abre una flor cuando la acarician los rayos del sol.

Podéis hacer mucho, os conozco bien; desde entonces conozco perfectamente a la gente de acá y sé que hay muchos granos de oro, que hay muchas almas muy capaces, que hay espíritus muy fuertes; que hay que templarlos, sí.

En vosotras, hoy, ponemos la esperanza. El Señor a vosotras os llama, y como dice el Apóstol, no para la inmunidia, sino para la santificación. Vamos a combatir en un mundo que está podrido, vamos a combatir dentro de una Iglesia que se deshace, o la quieren deshacer, mejor dicho; vamos a combatir, enfrentándonos con ideas completamente erróneas y falsas y destructoras. Vamos a sembrar al Señor, de verdad, y hacer frente a quien sea, y sin temor. Frente tuvieron que hacer los apóstoles; por eso el Señor les dijo: No temáis, pequeña grey.

Vosotras sois la pequeña grey. Mis palabras que sean de aliento. No tengáis miedo. En el nombre de Cristo, lanzad la red. Ya los peces vendrán. Ya las almas volverán a Dios; ya abrirán los ojos para conocer que están en tinieblas y en nebulosas de errores; ya tirarán aquel libro de sus manos, que les corrompe. Habéis de ser sembradoras, y las madres tienen una eficacia en su palabra porque tienen la experiencia de la vida; y la experiencia unida a su fe, a su interior unido a Jesucristo, tiene mucho poder. No es menester que yo os cuente ahora aquí, en fin, el trabajo enorme que están desarrollando las Obreras Cooperadoras en la región valenciana y que se extiende ya a otras regiones; cómo unas dos mil almas van dando vueltas en

torno de ese eje de las Obreras, y recibiendo todos los meses la doctrina del Señor, doctrina espiritual, doctrina sublime, doctrina de hogar, doctrina de educación, doctrina de forja interior. Y cuántas conversiones van surgiendo, cuántos hogares vuelven a la paz, cuántos maridos van cambiando, cómo sonríe aquel hogar donde no había más que luchas y lágrimas. ¿No veis que ha entrado el Señor? Ha entrado su doctrina, ha entrado la virtud, por medio de aquella mujer.

Sí, en vuestras manos está todo, con la gracia de Dios. Vais, pues, a empezar, a organizaros y a trabajar. No os asustéis. Creo que lo más fácil del mundo es tener lengua para alabar a Dios, y manos para derramar la caridad, ojos para mirar con compasión, labios para sonreír, brazos para estrechar, palabras que infundan el consuelo y el ánimo, y fuerza vigorosa para atraer y convencer y decidir las voluntades. ¿Es mucho esto? No lo creáis. Calad profundamente en el amor de Jesucristo. Mirad a la Virgen, que siempre va con él; nunca se separan, la Madre y el Hijo. Y bajo esa sombra de protección, ¿qué no podemos hacer? ¿Cómo no podemos vencer? ¿Qué obra tomaremos en nuestras manos, que no vaya camino adelante, contra corriente, pero venciendo, venciendo en el camino? Vais a formar parte, pues, de un ejército en lucha. Nunca dejéis caer vuestros brazos.

Sentid ánimo, que en el día de la cuenta, cuando el Señor os llame y tengáis que abrir el libro..., allí leeréis unas páginas, primera página: Obrera de la Cruz Cooperadora, pero Obrera de la Cruz. Por tanto, el espíritu de la Obrera, su trabajo apostólico, su modo de actuación, esa vida de Dios profundamente vivida, es lo que ha de calar dentro de vosotras, pues que aquí no se trata de poner nombres y personajes que sean como maniqués. No. Se trata de almas de acción. Si no sabe hablar, sabe orar, sabe pedir, sabe sufrir, sabe dar ejemplo, sabe revestirse de la virtud, que es lo que en el mundo hace falta, para que

en nosotros no hable la lengua, sino que hablen las obras. Así el Señor decía a los judíos: Si no creéis lo que os digo, creed en mis obras, creed en lo que hago. Pues si no creéis en lo que os digo, creed cómo vivo yo, con qué alegría, con qué paz, cómo supero las dificultades, cómo llevo adelante mi hogar. Aunque me cueste mucho, aunque esté sumida en la mayor pena, no me falta una sonrisa ante el Señor, ni un consuelo, ni una alegría dentro de mi corazón. Mirad qué hermoso es vivir así, qué tranquilidad llevamos encima de nosotros. Porque entonces podemos decir: Señor, sí te lo he dado todo, lo he sacrificado todo.

Buena razón tiene el Señor para exigirnos. Y cómo exige, con qué finura, con qué toques interiores en el alma, con qué delicadeza; cómo hace vibrar el corazón; cómo sabe el Señor entrar dentro de nosotros, como en aquellos discípulos de Emaús. No les dijo nada, solamente estuvo con ellos; solamente partió el pan, lo bendijo; por el modo de partir el pan, reconocieron que era él. Quédate con nosotros, le decían, que anochece, quédate con nosotros, no te vayas. El Señor obra así, con esa delicadeza. No a trompazos, nunca. Por tanto, no hay que inquietar la conciencia cuando las cosas se ponen difíciles; sino serenidad, tranquilidad, confianza, fidelidad, donación, entrega; que si uno muere con la cruz en las manos, bendita muerte; muere besando la cruz, que es la señal del triunfo de aquel que ha luchado por el Señor.

De vosotras espera el Señor mucho. Y la Virgen que con él va. Su manto os protegerá. Amadla mucho, queredla mucho; y bajo su amparo, decidle siempre: voy a lanzar mi palabra, voy a decir tal cosa, voy a acercarme a aquella mujer, voy a aquel hogar, adonde sea. Que se extienda el apostolado por estos pueblos que están esperando y pidiendo que vayan labios que les hablen, brazos que se les abran; sí, están pidiéndolo...

Vuestra misión es muy hermosa; formad, pues, compactamente con las Obreras que aquí están también escu-

chando, como una unidad. Vivid unidas a ellas. Habéis de vivir todas el mismo espíritu. Vivir el mismo espíritu es actuar según ese espíritu. Actuación interna, con la oración, con vuestra vida de fe profunda, con vuestro amor a la cruz, sin dejarla nunca, lo que se llama sacrificio. Y unidas en vuestra actuación exterior. El apostolado que hagáis, que respire siempre ese espíritu de la Obrera, que es sobrenatural. Tenemos defectos. Todos tenemos defectos, y los tendremos hasta que venga la hora de la muerte, pero la buena voluntad los aminora, los va puliendo, y si persisten, humillémonos con nuestros defectos. Y con ellos cargados, nos acercamos con un corazón grande, bueno, que es lo que el Señor mira. Esto no os puede faltar a ninguna de vosotras. Defectos todos tenemos. Que esto no presione hacia abajo: yo puedo, yo no puedo, yo es que tal, tal. Ora, pide, suplica, actúa, acompaña, lo que sea; pero hay que batallar. Estas armas sobrenaturales, unidas a las naturales, lleváis en vuestras manos, sin dejarlas nunca caer en el suelo.

La bendición del Señor será copiosa. La mirada de la Virgen no se apartará de vosotras, porque ella también fue madre, y sufrió más que todas las madres. Lo dio todo por la gloria de su Hijo y por la glorificación del Eterno Padre. Estaba cumpliendo la voluntad del Eterno Padre, Jesús, su Hijo. Y estaba cumpliendo la voluntad de su Hijo, su Madre bendita. La voluntad del Hijo era vivir crucificado, pues ella, eso quería; la voluntad del Hijo era ofrecerse como víctima, ella se ofrecía como víctima. Pero aquí no juega más que una palabra: amor.

Os recomiendo mucho esta vida de amor, de tal suerte que venga a formar dentro de vosotras como un pequeño mar donde os sumerjáis, se sumerja vuestro corazón: amar, amar, amar mucho. Que seréis invencibles en esta vuestra nueva actuación, en esta como nueva fase de vuestra vida, sencilla, muy sencilla. No creáis que son montañas. Se superan con toda facilidad, porque en nosotros hay

tal energía, cuando Dios opera en nuestro interior, que somos capaces de levantar un templo. Cuántas iglesias podéis levantar, espiritualmente hablando, porque templo es, cada uno, del Espíritu Santo. Y si a esa alma la transformamos, si a aquella joven, si a aquel hombre, nosotros procuramos cambiarle, le hacemos templo del Espíritu Santo. Una iglesia, quizá no la cuiden; es de madera, es de piedra, de ladrillos. Ahora, la iglesia interior, ese sagrario profundo que uno lleva dentro de sí, no lo puede destruir nadie, ni la muerte siquiera, porque tiene una vitalidad divina. Eso sí que lo podéis construir en vosotras, y luego, como fruto de vuestro apostolado, en fin...

Yo no quiero insistir más. Os he manifestado con toda sinceridad y con toda verdad lo que yo siento, lo que yo pienso, mi juicio que he formado de vosotras, en aquellos tiempos, y lo que pueda formar en éstos, también. Allí nacieron aquellas Obreras, aquí nacéis vosotras. En aquella casa de tantos recuerdos, de tantos sacrificios, de aquellas almas que ya partieron para el cielo, y que tanto padecieron, de aquellas Obreras, nacieron las nuevas Obreras de aquí, de esta casa que tanto sacrificio ha costado; ahora la veis así, pero ¡cuánto sacrificio ha costado! Nacéis vosotras. No vayáis a la baja. Adelante, todas a una, para glorificar al Señor.

**ALOCUCIÓN EN EL PRIMER RETIRO
GENERAL PARA COOPERADORES**

**Moncada
Junio**

NUEVOS BROTES

GRACIAS por los aplausos. Es todo un recibimiento que yo no merezco, pero en fin, quiero manifestarles mi contento y mi alegría por tenerles aquí en este día de convivencia íntima y de retiro, de corazón, de espíritu, que tanta falta nos hace a todos...

He terminado ahora la jornada de ejercicios a una florada, una floración de más de ochenta jóvenes de dieciocho años, diecisiete, o por ahí, que son una esperanza, y se han comportado maravillosamente. Es difícil entrar en esa voluntad de una juventud que, en general, viene tocada del ambiente del mundo. Pero no sé qué ha pasado, que al segundo día se han volcado, han cambiado por completo, me han dado un ejemplo maravilloso, y se han marchado como decía un padre: por lo menos, si no con bala de muerte, por lo menos, con perdigones. Se han marchado muy animadas y nos hacen esperar grandes frutos para el día de mañana.

Yo, al verles aquí, han de suponer que siento una satisfacción muy grande, porque ya son las ramas de adultos, cargados de experiencia de la vida y de conocimientos, no solamente temporales, sino espirituales, que vienen a confortar su alma en estas reuniones. Mi alegría es mucha, porque veo cómo florece la acción de la gracia de Dios. Yo

quisiera encontrarme con otras fuerzas ya, pero se van agotando, a pesar de que hago esfuerzos para poder tirar adelante y llevar esta rienda del apostolado. Pero como no faltan buenas voluntades nunca, aquí tengo dos remeros potentes, que ellos sabrán suplir mis deficiencias, hoy, en que yo puedo intervenir poco por mi cansancio, y en los demás días; yo, sin perder las riendas, pero ellos han de actuar.

En estas reuniones, espero que salga una renovación interior de voluntad de espíritu. Por encima del pesimismo que vivimos, a la fuerza, por la situación actual, crisis, que realmente no podemos desconocer, surge una esperanza, al ver este grupo de hombres y de mujeres que latén, vibran al unísono, con una fe potente, un deseo de trabajar, de ser útiles a Dios y de aportar ese granito, más que granito de arena, en esta empresa de la extensión del Reino de Dios. Para mí, pues, es un día de grande alegría, aunque yo no actúe; solamente hago el oficio de presentador de estos dos señores que han de actuar, reverendos D. José Blasco y D. Joaquín Beneyto; y estar, en espíritu y en oración, en los actos que tengan en el día de hoy.

Les deseo ¡cuántas cosas...!, sobre todo, una lluvia de gracias de Dios que pediré en mis ratitos de quietud. Y una fraternidad entre todos, una unión íntima fraternal, de verdad, de corazón, de caridad cristiana, que es lo que precisa actualizar hoy entre nosotros. Ayer mismo comentaba cómo los malos se unen, aúnan sus esfuerzos para propagar el mal, cuando tanteaba a la juventud, y me relataban muchísimas jóvenes cómo trabajan los de Jehová, los protestantes, etc..., todos, y que una de ellas me decía: yo no comprendo cómo los cristianos no se extienden de esta manera, y viven tan tranquilos, como si nada pasara. Realmente ha llegado el tiempo de sacudir la pereza, de poner manos a la obra y de empezar nuestro trabajo a fondo. Contra un frente, hay que poner otro. El frente aquel será derrotado por el frente que está capita-

neado por Dios nuestro Señor. Porque el que lleva la fuerza de Dios, ése vence siempre. Aunque tengamos que pasar por muchísimas pruebas, no importa, pero al final, ganamos la batalla.

Con esta esperanza y esta seguridad, yo termino mi alocución, brevísima, de saludo cordial, de deseo profundo y verdadero de que sea muy fructuosa esta reunión del día de hoy, y que lo pasen todos muy bien en esta santa casa, en donde la Virgen derrama a manos llenas sus bendiciones a todos aquellos que vienen aquí. No sé qué pasa, pero la Virgen parece que tiene una predilección. De esa predilección hay que saberse aprovechar. Cuando la Madre descarga su corazón, hay que acercarse a ella para recoger todo lo que salga del corazón. Cuando la Madre abre sus manos para dar, hay que ponerse junto a ella, para recibir cuanto parte de esas manos graciosas, divinizadas, de la Virgen, que es nuestra Madre.

Y aquí, mis Obreros queridos, la Virgen es la que nos preside, la que nos guía y la que cuida de todos nosotros. Y ella, que ha inspirado esto, junto con Jesucristo, ha de ser la que guíe, la que lleve, la que nos impulse, la que nos estimule nuestra voluntad, para llegar a alcanzar la meta que dice san Pablo. Hay que trabajar, hay que luchar, hay que correr, hay que tirar adelante hasta que toquemos la meta. ¿Cuál es la meta? Reconquistar parte del mundo, en cuanto podamos, para presentarlo, como la mejor ofrenda de nuestra vida, a los pies de Dios nuestro Señor. Y con esto, basta ya de mi presentación. Mi saludo cordial y mis ruegos que ofreceré al Señor para el fruto de esta reunión del día de hoy. Es la primera, por tanto, muy solemne.

Veo cuánta gente hay aquí. En la cara se refleja la alegría, la satisfacción y lo que llevarán ahí dentro, que luego irá saliendo, poco a poco, porque hay que dialogar, hay que hablar, hay que proponer, hay que estudiar las cosas. No solamente oír, sino, además, tomar parte. Ése es mi deseo...

Yo espero gran fruto de esta primera reunión, y no muchos planes, pero sí algún plan efectivo, que reúna todas las energías, como se reúnen las aguas para formar un río, y comenzar esta obra de apostolado, de verdadero apostolado, no apostolado ficticio, no moverse de aquí para allá, sin dejar huella ninguna, no. Como el caballo de Atila, que donde pone su herradura deja la marca. Donde ponemos nuestra mano, nuestro pie, nuestra actuación, dejemos la huella, pero la huella de Cristo, la huella de Dios, la huella de lo espiritual, la huella de una vida que el mundo de hoy desconoce, y que hay que enseñarla, que es la vida de la paz, es la vida de la alegría, la vida íntima que nosotros vivimos de Dios. Ésa es la vida; lo demás, es una vida de corteza. Romper, pues, esta corteza, enseñar a la gente este vivir de Dios, esto es lo propio del apostolado. Ánimo, pues, y adelante.

Y basta. Les saludo a todos, porque si no, no acabo. Les saludo a todos, oro por todos y espero grande fruto de esta primera asamblea o reunión. Nada más.

—Himno de las Obreras—.

Después del himno, conversación:

—Padre: ¿Estáis contentos?

—Todos: Contentísimos estamos.

—Padre: Yo sí que lo estoy.

—Todos: Y nosotros también.

—Padre: Porque éstos son los nuevos brotes que han salido del tronco, y salen con empuje. Hay que ver cómo cantan, con qué entusiasmo cantan, un canto con el cual se sale el corazón entero, el brío interior de los hombres, ese “a vencer”, que parece que se están comiendo el mundo entero. Y las mujeres, igual. Da la impresión de que llevan pólvora por dentro. Y con esa pólvora, con esa rapidez, con ese ímpetu, han de marchar... Han de marchar, ¿cómo?: unidos.

Hay que recalcar mucho la unión. La unión hace la fuerza, dicen. Un hilo sólo se puede romper fácilmente, según sea el hilo, más o menos, con más o menos facilidad; varios hilos trenzados, ya no se rompen con facilidad, y si forman una cuerda, ya hay que tirar muy fuerte, y cortarla, para poderla romper. Y cada una y cada uno son como un hilito pequeño. Ese hilito pequeño parece que no tiene importancia, pero la tiene y mucha, tanta, que san Juan de la Cruz dice que un hilito pequeño e imperceptible, aunque fuera de oro, que no se ve, impediría que un alma, como un pájaro, pudiese volar. Dice: este pájaro no vuela, y no se le ve nada, y es porque la alita la tiene atada a un hilo finísimo, que no le deja volar. Eso indica la fuerza que tiene un hilo, la fuerza que tiene un hombre, la fuerza que tiene uno de nosotros, solamente. Y parece que no es nada, pero cuando esa fuerza nuestra individual, se trenza, y se une con otras fuerzas, entonces sí que podemos decir que se consume la unidad y que marchamos juntos, porque uno de los males actuales que tenemos es que hay división, estamos esparcidos por ahí, sin contacto.

El contacto entre nosotros es necesario en estos tiempos que corremos, mucho, porque hay que unir fuerzas; y todos coinciden en lo mismo, todos piensan igual, todos van a aprender la misma doctrina, todos tienen el mismo campo de batalla y la misma finalidad. Esto nos une, pero ha de unir las fuerzas para poder llevar a cabo esa finalidad, que es apostólica. Unidos, unidos para trabajar por Jesucristo. Bueno, a trabajar por Jesucristo. No es que vamos con una espada, con un cañón. Vamos con la palabra, la palabra verdad, la palabra de la Escritura, la palabra espiritual, la palabra que abre el corazón y que abre el alma, la palabra que ilustra la cabeza, el entendimiento, y que esa palabra como una espada, sujeta las pasiones, para que estén en orden, porque, precisamente, nuestra batalla está en ordenar la vida. Y la vida interna del hombre, sus pasiones, su carácter, su temperamento, su modo

de ser, su complejo, hay que ordenarlo, para que todo en él, como en una planta, tienda hacia una finalidad. La planta, cuando nace, va tirando hacia arriba, hacia arriba, hasta que produce su fruto.

Nosotros nacemos; luego, crecemos; luego, nos cuidamos, llegamos a la edad adulta, hasta que llegamos a la perfección, porque, naturalmente, tendemos a la perfección. Ahora, espiritualmente hablando, también buscamos la perfección. ¿Qué es la perfección? Vivir unidos con Cristo, vivir la vida de Cristo; vivir, hacer que él en nosotros viva, y nosotros en él. Es esa comunicación vital, sobrenatural, que el Señor vino a traernos al mundo.

Nosotros vamos a establecer el reino de paz, de alegría, de verdadera fraternidad, a extender esta doctrina tan hermosa, a aprenderla, a enseñarla, y a combatir, frente a esas doctrinas que hoy se esparcen por el mundo, y que son doctrinas venenosas, erróneas, falsas. Y no hay más remedio que combatir. Todos, pues, a una, unidos con espíritu de Dios, con hambre de Dios, esperando que el día de mañana, el Señor, como a san Pablo, nos dé un poquitín de premio, una corona, aunque sea pequeñita, aunque sea de paja, pero que nos dé algo. Para eso, nuestro trabajo.

Cuánto pueden, pues, hacer estos brotes. Irán tomando fuerza a medida que pase el tiempo. Yo tengo grande esperanza. Vamos todos, pues, a la lucha pacífica. Vamos a hacer hermanos, pero hermanos de verdad, no de palabra. Vamos a hacer hermanos, no en un sentido socializante, sino cristiano. Porque el cristianismo no se conoce, no se ha calado en él, no se ha comprendido lo que es; no han comprendido que el cristianismo es el vencimiento de la persona, el señorío de la persona, y la libertad bien entendida de la persona; y que, bien controlado el individuo, y controlados todos, podamos vivir en paz, entendiéndonos perfectamente, y haciendo que la vida nuestra no sea una vida áspera, difícil, de lucha. En paz se vive cuando se vive

en paz en el espíritu; en paz se vive, cuando se vive controlando a la persona, su modo de ser, para que no se salga nunca del cauce que nosotros llamamos la virtud.

—Sin más sermones, que me he extendido ya demasiado—. Les felicito de todo corazón.

—*Todos:* Gracias, Padre.

—*Padre:* Me felicito yo también y les emplazo para otra sesión, otra asamblea, otra reunión, en la que yo pueda tomar un poco más de parte, que esta vez me encuentro cansadísimo del todo. Y, la enhorabuena.

—*Todos:* Gracias, Padre.

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
PRESENTACIÓN	7
BREVE RESUMEN HISTÓRICO	8
 Año 1972	
EJERCICIOS PARA COOPERADORAS	13
Plan de vida	15
Estado de perfección	23
Comportamiento entre los esposos e hijos	31
Si un ciego guía a otro ciego... Por los frutos los conoceréis	39
Santidad y apostolado	47
Señor, ¿qué quieres que haga?	53
RETIRO GENERAL PARA COOPERADORES. Unión con Cristo ..	63
RETIROS PARA COOPERADORAS. Predestinación	81
RETIRO PARA COOPERADORAS. Permanecer en Jesucristo .	95
RETIRO PARA COOPERADORAS. La Fe, adhesión a Jesucristo	109
 Año 1973	
EJERCICIOS PARA COOPERADORAS	125
Plática preparatoria	127

	<i>Pág.</i>
Nacer, vivir y morir. El plano humano y el plano sobrenatural	133
El infierno	141
El cielo	147
En el cielo hay varias habitaciones, y en la medida de nuestra labor, será la merced	155
El Reino de Satanás y el Reino de Dios	165
El que no está por mí, está contra mí. Y el que conmigo no recoge, desparrama	171
Vocación de los apóstoles (1)	179
Vocación de los apóstoles (y 2)	185
Deberes de los casados	189
La recristianización de los hogares (1)	197
La recristianización de los hogares (2 y 3)	205
Últimos consejos	217
RETIRO PARA COOPERADORAS. Sembrar el bien	225
RETIRO PARA COOPERADORAS. Fuertes en la lucha	237
 Año 1974	
EJERCICIOS PARA COOPERADORAS	251
Creación del hombre	253
Bendición. Elección. Predestinación	259
La batalla en el mundo. La acción del espíritu malo	265
La caridad y la murmuración	271
Sobre las normas nuevas del sacramento de la penitencia	279
Para qué sirve la mujer	283
La educación de los hijos	287
Misericordia de Dios	291
Ven, Señor Jesús	297
La Santísima Virgen	303
PLÁTICA EN LA INAUGURACIÓN DE LA RAMA DE COOPERADORAS DE ALBACETE. Llamada del Señor	307
ALOCUCIÓN EN EL PRIMER RETIRO GENERAL PARA COOPERADORES. Nuevos brotes	321

*Este libro se acabó de imprimir
en Artes Gráficas Soler, S. L.,
de la ciudad de Valencia,
el 12 de noviembre de
1999, aniversario
del nacimiento
del Padre*

L D
⌘
V M

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

- 1924 *El Castillo-Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera*. Valencia. Reedición: Valencia, 1997.
- 1931 *La vida del espíritu*. Valencia.
Reediciones: Moncada (Valencia), 1953 y 1962; Valencia, 1972 y 1994.
- 1943 *Directores de Ejercicios Espirituales*. Valencia. Reedición: Valencia, 1997.
- 1945 *Manual de las Obreras de la Cruz*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1987.
- 1949 *Siete Dolores de la Santísima Virgen*. Valencia.
Reediciones: Valencia, 1969 y 1977.
- 1952 *Estímulos*. Moncada (Valencia).
Reediciones: Moncada (Valencia), 1962; Valencia, 1995.
- 1955 *Arte de encomendarse a Dios*. Valencia. Reedición: Valencia, 1997.
- 1955 *Formación moral y acción de apostolado*. Valencia.
Reedición: Valencia, 1994.
- 1962 *Cantoral*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1989.
- 1964 *Constituciones*. Valencia.
Reediciones acomodadas a tenor de las disposiciones emanadas de la Santa Sede: Valencia, 1973 y 1987.
- 1978 *Habla el Boletín...* Valencia.
- 1978 *Espigando*. Valencia. Reedición, aumentada. Valencia, 1996.
- 1989 *Retiros*, 4 vols. Valencia.
- 1995 *Luces sobre el celemín*. Valencia.
- 1995 *Señor, que vea...* Valencia.
- 1995 *¡Tú puedes...!* Valencia.
- 1996 *Hacia la santidad*. Valencia.
- 1999 *Sembrad*. Valencia.

